

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN

**LA ESCRITURA DIARÍSTICA
DE ZENOBIA CAMPRUBÍ**

Milagros Roa Sánchez

Director: Prof. Dr. José Romera Castillo

**PROGRAMA DE DOCTORADO CON MENCIÓN DE CALIDAD:
LA LITERATURA ESPAÑOLA
EN RELACIÓN CON LAS LITERATURAS EUROPEAS**

**DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA Y TEORÍA
DE LA LITERATURA**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

CURSO ACADÉMICO 2010 - 2011

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN A LA ESCRITURA DIARÍSTICA

INTRODUCCIÓN	1
--------------------	---

Capítulo 1. LA ESCRITURA DIARÍSTICA

1. HACIA UN SINTÉTICO ESTADO DE LA CUESTIÓN: ESTUDIOS TEÓRICOS EN ESPAÑA SOBRE EL DIARIO	4
1.1. Lo autobiográfico en general.....	4
1.2. Estudios sobre lo diarístico.....	6
2. SOBRE EL ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL DIARIO.....	11
2.1. Origen.....	11
2.2. Evolución.....	15
3. EL DIARIO: DEFINICIÓN Y CARACTERÍSTICAS.....	20
4. CLASIFICACIÓN DE LA ESCRITURA DIARÍSTICA.....	35
4.1. El dietario.....	38
4.2. Carnets y cuadernos.....	40
4.3. El blog.....	41
4.4. Otros géneros próximos al diario.....	43
4.4.1. La autobiografía y las memorias.....	43
4.4.2. Los epistolarios.....	45
4.4.3. El autorretrato.....	46
4.4.4. La autoficción.....	47
4.4.5. El reportaje.....	47
5. CONCLUSIONES.....	48

Capítulo 2: ALGUNOS APUNTES SOBRE EL CULTIVO DEL DIARIO EN ESPAÑA

1. INTRODUCCIÓN.....	51
1.1. Escritura autobiográfica.....	51
1.2. Diarios.....	53
1.3. Los comienzos.....	53
1.4. El siglo XIX.....	56
1.5. El siglo XX.....	59
1.5.1. Inicios del siglo XX.....	61
1.5.2. El 27 y el exilio.....	63
1.5.3. La posguerra.....	69
1.5.4. Los años 60 y 70.....	72
1.5.5. Desde 1975 a nuestros días.....	74
1.5.6. Fragmentos diarísticos en revistas.....	81
1.5.7. El diario en catalán.....	83
1.5.8. El diario en gallego.....	86
1.5.9. El diario en otros ámbitos.....	86

SEGUNDA PARTE

UNA APROXIMACIÓN A LA ESCRITURA DIARÍSTICA DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

INTRODUCCIÓN.....	90
-------------------	----

Capítulo 3: ZENOBIA A TRAVÉS DE SUS DIARIOS

1. ZENOBIA EN CUBA.....	92
2. ZENOBIA EN LOS ESTADOS UNIDOS.....	106
3. ZENOBIA EN PUERTO RICO.....	123

Capítulo 4: OTROS TEMAS EN LOS *DIARIOS* DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

1. RELACIÓN DE ZENOBIA Y JUAN RAMÓN	147
---	-----

2. LA GUERRA CIVIL Y EL EXILIO	167
3. IDEAS POLÍTICAS.....	172
4. RELACIONES LITERARIAS DEL MATRIMONIO JIMÉNEZ	178
4.1. RELACIONES LITERARIAS EN <i>DIARIO 1. CUBA</i> ...	179
4.1.1. ESCRITORES.....	179
4.1.2. INTELECTUALES, PROFESORES Y PERIODISTAS	184
4.1.3. HISPANISTAS.....	190
4.1.4. OTROS.....	191
4.2. RELACIONES LITERARIAS Y ACADÉMICAS EN <i>DIARIO 2. ESTADOS UNIDOS</i>	193
4.2.1. EXTRANJEROS.....	193
4.2.2. ESPAÑOLES.....	196
4.3. RELACIONES LITERARIAS Y ACADÉMICAS EN <i>DIARIO 3. PUERTO RICO</i>	197
4.3.1. EXTRANJEROS.....	197
4.3.2. ESPAÑOLES.....	201
4.3.3. ESPAÑOLES EN LA DISTANCIA.....	202

**Capítulo 5: UNA APROXIMACIÓN A LA SIGNIFICACIÓN DE LOS
*DIARIOS DE ZENOBIA CAMPRUBÍ***

1. UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO DEL EXILIO.....	204
2. UNOS DIARIOS DE DOS.....	206
3. EL DESTINATARIO DE LOS DIARIOS DE ZENOBIA.....	209

CONCLUSIONES.....

1. ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA EN GENERAL.....	219
2. ESCRITURA DIARÍSTICA.....	222
3. LOS <i>DIARIOS</i> DE ZENOBIA CAMPRUBÍ.....	226

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....234

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN A LA ESCRITURA DIARÍSTICA

INTRODUCCIÓN

La escritura diarística se enmarca en el ámbito de la literatura intimista, referencial, en la que el yo del autor (sus pensamientos y preocupaciones, su vida, sus sentimientos...) constituye el centro de la escritura. Forma parte pues de la literatura autobiográfica, aquella que, entre otras condiciones genéricas, posee la peculiaridad de que el yo del escritor aparece en la escritura como un signo referencial de su propia existencia, tal como ha explicado Romera Castillo (1981: 14).

En principio, si tenemos en cuenta que cualquier manifestación literaria se da como expresión artística del autor, podemos considerar que toda literatura es autobiográfica, por lo que tenemos ante nosotros un campo inmenso, en el que las parcelaciones estarán unas veces muy alejadas y otras cercanas o incluso mezcladas.

Pero dentro de esa gran variedad, nosotros nos internamos en ese modo de expresión autobiográfica en el que la persona relata su propia vida, o, dicho de otro modo, en la autobiografía, que, “es una biografía escrita por aquel o aquellos que son sus protagonistas” (May, 1982: 13).

Hay muchas formas de realizar el relato de la propia vida, diferentes “*tipos* o subgéneros” (Romera, 1981: 15), cada uno con sus marcas peculiares según las técnicas literarias empleadas y los objetivos del escritor. Surgen así las autobiografías, las memorias, los relatos autobiográficos de ficción, los epistolarios, los autorretratos y los diarios. De estos últimos nos ocuparemos con más detenimiento en este trabajo, aunque algo iremos diciendo también del resto de los subgéneros citados, pues, si bien a veces los límites entre ellos son difíciles de determinar,

pueden establecerse sus caracteres comunes: son obras en general de madurez, la intención del escritor puede ser de índole racional o sentimental-afectiva, los procedimientos literarios variados suelen incluir el uso de la primera persona (sin excluir las otras), pueden seguir un orden temático o cronológico respecto a la presentación de las vivencias, y las formas del discurso incluyen tanto la prosa como el verso. Además, el periodo de la vida del escritor reflejado en la obra puede ser breve o abarcar la totalidad de la misma. Por otra parte, lo autobiográfico tiende hacia la veracidad y tiene en el lector un factor fundamental, ya sea por simple curiosidad o por búsqueda de aliento o reflejo para su vida.

Estas genéricas características comunes expuestas por Romera (1981: 50-52), permiten también establecer las ramificaciones del género, algunas de las cuales hemos citado un poco más arriba, y entre las que se incluyen, por supuesto, los diarios, el objeto fundamental de nuestro trabajo.

Al igual que la literatura autobiográfica (de la que es parte), la escritura diarística tiene en la referencia al yo del autor y a su vida y experiencia *real* el elemento clave que la configura, aun cuando haya que tener en cuenta que la plasmación de esa vida en palabras puede arrastrar olvidos, interpretaciones o incluso ficción.

Lo autobiográfico en muy diversas formas ha sido cultivado desde la Edad Media, aun cuando, como señala Weintraub (1991: 18), es posible que, como instinto, sea tan antiguo como la escritura, pero el género autobiográfico toma una forma definida con la comprensión histórica profunda por parte del hombre de su propia existencia. La autobiografía está ligada a la cultura occidental, con *Las confesiones* de san Agustín como punto de referencia inicial (Gusdorf, 1991: 9) y se desarrolla históricamente con una gran variedad, o como un árbol frondoso de diversas ramas, en palabras de Romera Castillo (1997: 111), una de las cuales es, por supuesto, el diario, rama de la escritura autobiográfica en la

que el autor, “anotando día a día sus impresiones y sus estados de ánimo, fija el cuadro de su realidad cotidiana sin preocupación alguna por la continuidad”, como breve y claramente lo define Gusdorf (1991: 9).

La escritura autobiográfica ha despertado un enorme interés tanto en el ámbito internacional como en el nacional con la celebración de congresos y sesiones científicas, así como con la publicación de libros y ensayos que han atraído tanto a lectores como a estudiosos del tema. Como ha puesto de relieve Romera Castillo (2004 b: 107), “tanto la práctica de escritura diarística como su estudio está floreciendo en España, actualmente, con un recio vigor”. Sobre esa vitalidad del género trataremos a continuación.

Capítulo 1

LA ESCRITURA DIARÍSTICA

1. HACIA UN SINTÉTICO ESTADO DE LA CUESTIÓN: ESTUDIOS TEÓRICOS EN ESPAÑA SOBRE EL DIARIO

1.1 LO AUTOBIOGRÁFICO EN GENERAL

Desmintiendo el tópico, largamente mantenido, de que el español siente aversión por la escritura autobiográfica (en comparación con la importancia cuantitativa y cualitativa que ostenta en las literaturas francesa o anglosajona, por ejemplo), Romera Castillo (2006: 20-21) recorre nuestra historia literaria desde los escritos árabes del siglo XI hasta la actualidad y se detiene en el siglo XX para señalar el “salto cuantitativo y cualitativo importante” producido hasta 1975 (fecha clave, por ser la de la muerte de Franco), como han estudiado Anna Caballé en *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (s. XIX y XX)*, y el propio Romera, que consigna los nombres de Unamuno, Baroja, Azorín, los ricos epistolarios del grupo del 27, la vida de Cernuda puesta en sus versos o la producción de la España del exilio, con ese culmen que supone la *Automoribundia* de Ramón Gómez de la Serna.

Pero, además, Romera destaca que “la gran pujanza del género emerge tras 1975, fecha de la muerte del dictador, tanto en producción de textos como en el estudio de los mismos” (2006: 22).

En el capítulo titulado “Algo más sobre el estudio de la escritura diarística en España”, del libro *Autobiografía en España: un balance*, Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, el profesor y estudioso del tema José Romera Castillo habla de “floración en España” en

producción y publicación y estudio de textos de tipo autobiográfico. Sólo en el año 2001 se celebran en el intervalo de unos meses tres encuentros científicos: uno en Jerez de la Frontera, organizado por la Fundación Caballero Bonald (del 19 al 21 de septiembre) con el título *Literatura y memoria. Un recuento de la literatura memorialística española en el último medio siglo*; el segundo encuentro (citado arriba), *Autobiografía en España: un balance*, y el IX Simposio Internacional sobre *Narrativa Hispánica Contemporánea*, sobre *El diario como forma narrativa*, organizado por la Fundación Luis Goytisolo y desarrollado en El Puerto de Santa María en noviembre. La celebración de esos tres congresos en tan breve espacio de tiempo da muestra “del interés que despierta en España esta modalidad de escritura en la actualidad” (Romera, 2004: 95).

En lo que se refiere a los estudios generales sobre lo autobiográfico, aparte del citado libro de Anna Caballé (1995), y de los diversos trabajos de J. Romera Castillo, que irán apareciendo aquí citados, hay que reseñar el *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, de Fernando Durán López (1997), luego completado en “Adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX” (1999).

La revista *Suplementos Anthropos* dedicó un número monográfico sobre *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, en el que figura el trabajo “Panorama de la literatura autobiográfica en España (1975-1991)” (Romera, 1991), luego ampliado en “Hacia un repertorio bibliográfico (selecto) de la escritura autobiográfica en España (1975-1991)” (Romera, 1993), en las Actas del Seminario sobre *Escritura autobiográfica*.

Por lo que respecta a los trabajos del profesor Romera, hay que reseñar otros posteriores que completan los ya citados: “Senderos de vida en la escritura española (1993)” (Romera, 1996a, 1996b), en el *II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica* (Madrid Guadalajara, julio de

1994); “Senderos de vida en la literatura española (1994)” (Romera, 1998), en el homenaje al profesor Muñoz Cortés de la Universidad de Murcia, y “Senderos de vida en la escritura española (1995)” (Romera, 1996b), publicado en el *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* de la Universidad de Barcelona.

Además, el profesor Romera ha estudiado la “Escritura autobiográfica hispanoamericana aparecida en España en los últimos años” (Romera, 2006), recogido en el libro *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*, obra que reúne estudios panorámicos, sobre autobiografías y memorias, epistolarios, traducciones y diarios. Hay que destacar también “La literatura, signo autobiográfico. El escritor, signo referencial de su escritura” (Romera, 1981) incluido en el volumen *La literatura como signo*, coordinado por él mismo.

1. 2 ESTUDIOS SOBRE LO DIARÍSTICO

Sobre la práctica del diario en España, conviene comenzar citando los estudios pioneros, como la *Antología de diarios íntimos*, editada por Manuel Granell y Antonio Dorta (1963), con un estudio introductorio de M. Granell, “El diario íntimo” (pp. XI-XLII); así como el artículo de Amelia Cano Calderón (1987), “El diario en la literatura. Estudio de su tipología” (1987).

Hay que reseñar los números monográficos que algunas revistas han dedicado al diario. Es el caso de la *Revista de Occidente*, con un número monográfico sobre *El diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles (1995-1996)*, en el número doble 182-183, julio-agosto, editado por Laura Freixas (1996). Este número incluye un conjunto de estudios sobre el género y una antología de fragmentos de diarios. Posteriormente, la revista

Un Ángel Más, 7-8 (otoño, 1989), editada por la Casa Municipal de Cultura Revilla de Valladolid, también trató monográficamente el tema del diario, e incluía tanto a escritores extranjeros como españoles.

A estos estudios se unió el libro del escritor y también diarista Andrés Trapiello (1998), *El escritor de diarios*, donde hace una serie de interesantes reflexiones acerca de esta modalidad literaria de escritura, además de incluir una pequeña selección de entradas de sus propios diarios.

Uno de los estudios de conjunto más importantes escrito recientemente es el de Danielle Corrado (2000), *Le journal intime en Espagne*. En este libro se encuentra un importante estudio sobre “Journaux intimes” del siglo XX, a través de las obras de Unamuno, Ridruejo, Rosa Chacel o Zenobia Camprubí, por citar solo unos ejemplos. Como señala Romera (2000b: 100), este trabajo se halla inserto en el equipo de investigación de la Université de Provence, en Aix-en-Provence, impulsado por Guy Mercadier, “que ha generado abundantes y granados frutos sobre lo autobiográfico en España”.

Interesante por su diferente carácter y finalidad (el estudio de la importancia en España de la práctica de la modalidad diarística por gentes comunes) es el libro de Manuel Alberca (2000), *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*, pero también hay que citar *Mi vida es mía. 2.363 mujeres descubren su intimidad a partir de sus diarios personales* (2000) de Joana Bonet y Anna Caballé, así como, *Hombres, material sensible: una interpretación de la masculinidad a partir de 1.300 diarios personales* (2003) de Joana Bonet.

Además, se deben reseñar dos Congresos celebrados en 2001 y dedicados a lo autobiográfico, que estudiaron lo diarístico también. El IX Simposio Internacional sobre *Narrativa Hispánica Contemporánea*, de la Fundación Luis Goytisolo tuvo como tema central *El diario como forma narrativa*,

cuyas actas fueron publicadas en 2002.¹ Más importante es el otro Congreso, celebrado en Jerez de la Frontera sobre *Literatura y memoria. Un recuento de la literatura memorialística española en el último medio siglo*, celebrado en septiembre de 2001 y cuyas Actas fueron publicadas un año después. El profesor Romera (2004b: 102-103) destaca de este Congreso varias intervenciones. Además de la Mesa Redonda sobre “Memoria, autobiografía y diario: coincidencias y divergencias”, moderada por Luis García Montero, y con intervenciones del crítico José María Pozuelo Yvancos y los escritores Antonio Martínez Sarrión y Luis Antonio de Villena, resalta Romera “las esclarecedoras notas teóricas” aportadas por el crítico Pozuelo Yvancos acerca de las similitudes y diferencias entre memorias, autobiografías y diarios; y las intervenciones de Antonio Martínez Sarrión (que habla de las divergencias entre estas tres modalidades), Luis Antonio de Villena (que distingue entre el “diario directo” y el “diario elaborado”) y Celia Fernández Prieto, que habla sobre la importancia del destinatario para diferenciar entre estos tres géneros de escritura.

Además, en el ya citado *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*, del Profesor Romera (2006), podemos encontrar un apartado dedicado a los diarios (341-389).

En la Universidad Nacional de Educación a Distancia, bajo la dirección del profesor Dr. D. José Romera Castillo, existe un Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías, el SELITEN@T, donde se siguen varias líneas de trabajo², de las cuales destacamos aquí la que se dedica a lo autobiográfico en España. Para conocer los trabajos en este ámbito hay que consultar “Investigaciones sobre escritura

¹ Como dice Romera (2004: 102), el volumen es muy irregular en su calidad y se resiente en el aspecto bibliográfico. En nota, el profesor Romera cita el IV Simposio Internacional sobre *Autobiografía y ficción*, celebrado en 1996 y organizado también por la Fundación Luis Goytisolo, como ejemplo mejor.

² Que pueden verse, así como las actividades y publicaciones del Centro, en la página *web*: <http://www.uned.es/centro-investigacion-SELITEN@T/>.

autobiográfica en la Universidad Nacional de Educación a Distancia”, en *Autobiografía y literatura árabe* (Romera, 2002) y, más reciente, “La escritura (auto)biográfica y el SELITEN@T: Guía bibliográfica”, en *SIGNA*, Revista de la Asociación Española de Semiótica, 19, 2010.

El SELITEN@T publica desde 1992 *SIGNA. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, bajo la dirección del propio José Romera. Se edita anualmente en forma impresa (Ediciones de la UNED) y en formato electrónico, dentro de la Biblioteca Virtual Cervantes de la Universidad de Alicante (<http://cervantesvirtual.com/hemeroteca/signa/>), con 19 números ya publicados hasta 2010.

En el ámbito de lo diarístico, en la revista *SIGNA*, destacan los trabajos de Emilia Cortés Ibáñez (1997), sobre el diario de Zenobia Camprubí en Estados Unidos, y el de Vigilio Tortosa (2000) sobre la tipología de estos textos y el estudio de diarios de algunos escritores españoles actuales.

Fruto de la tarea docente del profesor Romera en la UNED, el estudio de lo autobiográfico ha llegado a los alumnos de Tercer Ciclo desde el curso 1987-1988, mediante el curso de Doctorado sobre “Lo autobiográfico en la literatura española actual”. Dicha actividad ha dado también como resultado diversas Memorias de Investigación y Tesis de Doctorado. Una puesta al día completa de estos trabajos puede consultarse en el número 19 de la revista *SIGNA* (Romera, 2010: 337-339), pero, por su relación directa con nuestro trabajo, debemos citar aquí la tesis de Doctorado *El diario y sus aplicaciones en los escritores del exilio español de posguerra*, de Eusebio Cedená Gallardo (2004).

En la Universidad de Barcelona, bajo la dirección de Anna Caballé, existe la Unidad de Estudios Biográficos, centro en el que también se investiga sobre lo autobiográfico. Allí se publica la revista *Memoria*, que acoge estudios, artículos, entrevistas y fragmentos de diarios.

En el ámbito internacional, destacamos la tarea del Equipo de Investigación de la Universidad de Provence, en Aix-en-Provence, impulsado por Guy Mercadier.

Por último, citamos estudios que recogen experiencias de diarios personales reales en España: *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo* (Oiartzun: Sendoa, 2000), de Manuel Alberca; *Mi vida es mía. 2.363 mujeres descubren su intimidad a partir de sus diarios personales* (Barcelona: Plaza & Janés, 2000) de Joana Bonet y Anna Caballé y *Hombres, material sensible: una interpretación de la masculinidad a partir de 1.300 diarios personales* (Barcelona: Plaza & Janés, 2003) de Joana Bonet.

Por la relación directa con nuestro trabajo, reseñaremos los Congresos dedicados especialmente a Zenobia Camprubí. En el año 2001 se celebró el *Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia Camprubí. Representar-representarse, firmado: mujer*, en Moguer del 25 al 28 de octubre y cuyas Actas fueron publicadas por la Fundación Juan Ramón Jiménez. Una de las sesiones fue dedicada específicamente a Zenobia Camprubí, con intervenciones, entre otros, de Rosa García Gutiérrez, Nuria Pérez Vicente y Rosa María Grillo, que disertó sobre los diarios de Zenobia.

Posteriormente, en 2008 y en el seno de las celebraciones del *Trienio Zenobia-Juan Ramón Jiménez 2006-2008*, se celebró un Simposio titulado *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, coordinado por Emilia Cortés Ibáñez y que contiene importantes e interesantísimas aportaciones, entre las que destacamos: “Zenobia vista desde la proximidad”, de Graciela Palau de Nemes; “Juan Ramón y Zenobia, escritores de diarios. Un estudio comparativo”, de M^a Ángeles Sanz Manzano, y “Pasé la mañana escribiendo: el diario de Zenobia Camprubí (1937-1956)”, de Anna Caballé.

2. SOBRE EL ORIGEN Y LA EVOLUCIÓN DEL DIARIO

2.1. ORIGEN

Danielle Corrado (2000) en su libro *Le journal intime en Espagne* reflexiona sobre los orígenes del diario y se pregunta si no será ilusorio intentar reconstruir una historia del diario íntimo, por ser ésta una escritura que no estaba en su origen destinada a la comunicación.

En efecto, la escritura autobiográfica tiene su origen como algo diferente de la literatura, aparte de lo literario, de la ficción. El punto de partida de la escritura autobiográfica es la realidad y más concretamente, la verdad. Hans Rudolf Picard (1981: 115-116) considera que el “auténtico diario” es aquel que ha sido redactado exclusivamente para uso de quien lo escribe, por lo que esa identidad entre autor y lector lo aparta del ámbito público de la comunicación, que es la condición más universal de la literatura.

El diario hace su aparición en la historia como tipo de escritura para uso íntimo personal de quien lo escribe, hecho que lo diferencia de la literatura, que es un medio de comunicación lingüístico, público y con estatus de ficcionalidad. El diario, por lo tanto, al no pertenecer a la comunicación en principio y en algunos casos, no es literatura. Sin embargo, como afirma el propio Picard, el diario termina siendo un género literario y entrando en la literatura.

Anna Caballé (1995: 52) afirma que el diario, con ser “la quintaesencia de la literatura autobiográfica”, es la forma genérica “menos conciliable con la literatura”, como sistema de comunicación intersubjetivo y público, pues “el diario es una escritura endogámica”. Al carecer del ámbito público de la comunicación es “a-literatura”.

Danielle Corrado recuerda que la crítica contemporánea ha hecho de la publicación un eje esencial en la evolución del diario. Éste ha sido

considerado como género sólo a partir del momento en que grandes escritores, como André Gide, lo entregaron al público.

Por otra parte, aun cuando el diario parece responder al gesto simple de consignar en un cuaderno los pensamientos o las ocupaciones de quien lo escribe, ese gesto es un “hábito reciente”. También afirma Corrado (2000: 12) que la historia del diario es tributaria de factores objetivos que permitan dicha práctica: leer y escribir, actividades que durante mucho tiempo estaban reservadas a una minoría privilegiada. En definitiva, esta autora prefiere hablar de “*émergence plutôt que de naissance d’un genre*”.

Los críticos que han estudiado el diario en Europa coinciden en que el diario en estado puro no aparece hasta la primera mitad del siglo XIX y está relacionado con una evolución de la noción de persona.

Girard (1996: 32) sitúa el origen del diario “en la bisagra entre dos siglos, al final de un mundo y al comienzo de otro, alrededor de 1800, antes de la eclosión romántica”. Explica su nacimiento como resultado de dos corrientes: por una parte, la “exaltación del sentimiento” y la moda de las confesiones inaugurada por Rousseau, y por otra parte, “la ambición de los ideólogos de fundar la ciencia del hombre sobre la observación”. Girard concede también gran importancia al hecho de que el diario salte del espacio de la intimidad (privado) al de su publicación (público), pues considera que esto “manifiesta un cambio profundo en la concepción que la persona tiene de sí misma”.

Los primeros escritores de diarios no ambicionaban sino comprender “las operaciones del espíritu, captar las relaciones de lo físico y lo moral, y conocer mejor al hombre”. Éste sería el caso de Maine de Biran, Benjamín Constant, Joubert o Stendhal. Poco a poco, los diaristas atribuyeron al yo y al testimonio íntimo un valor privilegiado. La observación interior se transformó en examen de conciencia y con el individualismo romántico y la protesta contra la sociedad, el individuo desarrolla en la conciencia

individual el doble sentimiento complementario de su solitaria existencia y de su nada.

A partir de 1850 el diario va saliendo a la luz y a finales de siglo se publican numerosos textos póstumos. Antonio Dorta (1963: XXXI) ha estudiado también el valor del individuo y la conciencia de sí mismo como punto de partida de la expansión del diario. Explica que la idea de registrar por escrito diariamente anotaciones y pensamientos (especialmente de forma introspectiva) “es una cosa relativamente moderna y es lógico que fuera el resultado de la creciente conciencia de sí mismo que el desarrollo intelectual ha producido en la humanidad”. A su juicio Inglaterra es el lugar donde mayor interés se ha tenido tradicionalmente por la escritura diarística. Este autor cita como diarios más antiguos en inglés los del rey Eduardo VI, de Henry Machyn y del doctor John Dee, y considera el siglo XVII como el siglo de oro del diarismo en esta lengua, con el nombre fundamental de Samuel Pepys.

Por su parte, Béatrice Didier, que coincide en señalar que es ya en el siglo XIX cuando llevar un diario se convierte en hecho corriente, bucea en los orígenes o antecedentes del diario y llega, en Francia, hasta el siglo XV, época en que en ese país se multiplican las crónicas, en diarios que “sont la manifestation de l’écriture bourgeoise” (Didier, 1976: 28).

Tanto B. Didier como Dorta consideran que el origen de los diarios se remonta al siglo XV, con una obra anónima titulada *Diario de un burgués de París*, obra posiblemente de dos autores y con muy poca intimidad. Danielle Corrado, en cambio, se remonta al final de la Edad Media, cuando se comienza a valorar la iniciativa particular y la responsabilidad individual. Además, la conquista de América generó una gran cantidad de escritos: relatos de viajes, diarios de navegación, estudios etnológicos, cartas, crónicas, todo un corpus que nos explica la percepción de ese choque entre tradición y modernidad que afrontaron los españoles en el

Nuevo Mundo. El diario de a bordo y las cartas de Cristóbal Colón son un importante referente por ser los primeros textos en español que hablan de las tierras americanas. Sin embargo, a causa de su difusión reducida, estos escritos no pueden constituir la fuente plena del diario personal, pero contribuyen a afirmar una práctica de escritura ligada a la cronología (Corrado, 2000: 22). Tampoco aparece en estos textos la confidencia, pero se enriquecen con la conciencia histórica de su misión y de su papel individual que estos hombres manifiestan.

El escritor y diarista Andrés Trapiello coincide con esta autora en suponer que “el origen de los diarios hay que buscarlo en los viejos diarios de navegación”, aunque en estos diarios es donde “la ausencia del yo es más clamorosa” (Trapiello, 1998: 33), pues son diarios en los que normalmente está excluida la intimidad, que no tiene valor científico. Atribuye Trapiello una finalidad doble a esos diarios de navegación: primera, la de fijar los pasos de una ruta y una segunda de índole testamentaria. Aunque en tales diarios nunca se dio entrada al yo, sí sirvieron para dotar de una fórmula a algunas personas que no eran viajeros y llevaron una vida rutinaria. Este autor cree que en algún momento el nosotros dio paso al yo, pero se conservó el carácter testamentario de aventureros y exploradores: “Si el diario del aventurero es la reconstrucción de una obra, el diario íntimo va a ser la reconstrucción de un sentir, de un sentimiento claro de muerte, la angustiosa constatación del paso del tiempo y la inequívoca desembocadura en un triste final” (Trapiello, 1998: 36).

2.2. EVOLUCIÓN

Cedena (2004: 30 y ss.) nos resume la distribución que hizo A. Girard en tres épocas para mostrar la evolución histórica de los diarios íntimos en su país, Francia.

Una primera época (de 1800 a 1860) está formada por dos generaciones de diaristas y constituye el comienzo de la redacción de diarios íntimos. Los autores los escribían para sí mismos, sin pensar en su publicación; de hecho, todos fueron publicados tras la muerte de sus autores, como demuestra exhaustivamente Cedena en sucesivas notas a lo largo de su exposición sobre estos diaristas (Cedena, 2004: 30-31).

Los autores que forman la primera generación de esta época son J. Joubert (*Les carnets de Joseph Joubert*), Maine de Biran (*Journal*), Benjamín Constant (*Journaux intimes*) y Stendhal (*Journal*), nacidos todos ellos en el siglo XVIII y con la experiencia de la Revolución. Alfred de Vigny (*Extraits de carnets*), Delacroix (*Journal*), Michelet (*Ma jeneusse y Mon journal*), Maurice de Guérin (*Reliquiae*) y Amiel (*Fragments d'un journal intime*) forman parte de la segunda generación, la de 1820-1860. No siempre tuvieron conocimiento estos autores de los diarios de los anteriores, aunque sí de sus obras publicadas. Pasa un tiempo entre la muerte de estos autores y la primera publicación de su diario, que oscila entre los cuarenta años en el caso de Stendhal, los tres para Vigny y sólo uno para Amiel. Al principio se publican de forma fragmentaria o parcial. Entre 1845 y 1866, nos dice Cedena que se produce una primera aparición de diarios íntimos (Biran, Guérin y Vigny), y veinte años más tarde aparecen una gran cantidad de ellos, los de Amiel, Michelet, Constant, Stendhal y Delacroix. Es en la primera mitad del siglo XIX cuando el diario se convierte en género literario y es practicado como tal, es decir, se

da el paso, ya citado, de la no literatura a la literatura, de lo privado a lo público.

La segunda época ocupa de 1860 a 1910. En ella sirven de ejemplo a los diaristas los de los grandes maestros intimistas de la época anterior. Ahora tratan de no ocultarse nada de sí mismos y, aunque en general, no piensan en publicarlos ellos mismos, saben que un día podrán ser dados al público.

La tercera época, a partir de 1910 y hasta 1920, verá cómo el diario íntimo se convierte en un género reconocido como tal. Además se dará la circunstancia de que confluyen dos actividades: por una parte los historiadores de la literatura y los eruditos estudian y dan a conocer los diarios de los primeros intimistas, y por otra parte, los escritores publican fragmentos de su propio diario.

Entre los diaristas importantes, Cedena incluye, por orden cronológico a Mme. Ackerman, *Journal*; Sully Prudhomme, *Journal intime: lettres pensées*; los *Carnets intimes*, de Albert Samain; el *Journal intime* de Pierre Louÿs; el *Journal intime* de Pierre Loti; el *Journal inédit* de Jules Renard; varios diarios de León Bloy, como el *Journal de jeneusse* y *Mon journal*; el *Journal* de Marie Bashkirtseff y los *Cahiers intimes inédits* de ésta misma.

Un ejemplo de la importancia del diario como género es la figura de André Gide, a cuyo *Diario* Laura Freixas atribuye la conversión del diario íntimo en un género literario, “en un texto concebido como libro, destinado –aunque no sea directamente, sino en última instancia- a los lectores” (Freixas, 1999: 24)³.

El diario sufre así, como vemos, un proceso que lo conduce de la no literatura a la literatura, de lo privado a lo público. Veamos cómo, siguiendo ahora a Picard (1981: 117), se produce ese paso en dos etapas:

³ Para las distintas ediciones de los diarios de los autores citados por Cedena, tanto en sus ediciones originales como en traducciones españolas, remito al excelente libro de éste, en los capítulos correspondientes, ya sea en las notas al pie o en la bibliografía.

La primera etapa se da en la primera mitad del siglo XIX, cuando se publicaron diarios de viajeros y personajes famosos del pasado reciente: Lord Byron, *Diario de Cefalonia*; B. Constant, A. de Vigny... Con ellos, el público se acostumbró a leer este tipo de obras, con lo que se produjo una segunda etapa en la que aparecieron diarios escritos ya con la intención de que fueran publicados.

A la primera etapa, explica Picard, se llegó durante el siglo XVIII, en que los pietistas mostraron su privacidad leyéndose entre ellos las notas espirituales que apuntaban en el diario. En el ámbito literario, la publicación de diarios privados empezó con los *Journoux intimes* de Lord Byron, en 1830. Luego fueron publicadas póstumamente las obras íntimas de Constant y Vigny, ya citadas.

De esta forma, el diario iba avanzando en el camino de su aceptación literaria. “El diario perdió entonces la función meramente complementaria que tenía junto con las obras literarias para hacerse notar ahora totalmente como género autónomo” (Picard, 1981: 117). Entonces el diario adoptó el término “intime”. La expresión “journal intime” apareció por primera vez en 1882, cuando el editor E. Scherer publicó parte del diario de Henri Frédéric Amiel, *Fragments d’un journal intime*. Y 1890, fecha de la primera edición extensa de los diarios de Amiel, fue el primer precedente de la publicación de un diario escrito para ser publicado.

A continuación daremos un breve paseo, en modo alguno exhaustivo, por los más importantes diarios en los distintos países.

Comenzamos con Inglaterra, que es el país que antes atendió a este género, pues según A. Dorta, “el idioma inglés es un dominio propicio para esta literatura y las Islas Británicas lo han cultivado con asiduidad y en abundancia” (Dorta, 1963: XXXI). Aunque reconoce que es un género moderno, Dorta ve antecedentes del género ya en el siglo XVI en los

diarios del rey Eduardo VI, los de Henry Machyn y los del doctor John Dee; aunque en ellos apenas hay intimidad.⁴

En el siglo XVII, el diarismo inglés alcanzará su siglo de oro. Los nombres más importantes son Samuel Pepys, la “plenitud” del diario íntimo, según Dorta, y John Evelyn.

En el siglo XVIII destacan Jonathan Swift, con su *Journal of Stella*, y el *Journal* de John Wesley. En el siglo XIX, la nómina de diarios importantes se amplía, pues se extiende la costumbre de llevar un diario. Además de los diarios ya citados de Lord Byron, destacan los de Carlyle, Ticknor y B. R. Haydon. A éste último, Dorta lo considera de gran importancia.

Otros diarios son los de sir Walter Scott, *Diario* y *El Anticuario*; el *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, de Charles Darwin y el *Diario* de John Stuart Mill.

En el siglo XX los diarios van siendo más introspectivos y casi todos los más importantes hablan de la guerra (Dorta, 1963: XXXVI). Destacan los siguientes: El *Journal* de Katherine Mansfield; el *Diario de guerra*, de Georges Orwell; *Diarios* y *Diario de una búsqueda lorquiana*, de Ian Gibson. Por último, citamos los diversos diarios de Virginia Wolf, entre cuyas ediciones en español está *Diario de una escritora*.

Por lo que se refiere a Francia, ya vimos que Dorta considera el *Diario de un burgués de París*, anónimo del siglo XV, y que también cita B. Didier (1976: 28), como el origen de los diarios en lengua francesa. Habrá que esperar a los finales del siglo XVIII para que aparezcan otros diarios importantes: el *Journal* de Henry Beyle, Stendhal; el de Benjamín Constant. También el *Journal* de Maine de Biran; los *Journal* de Eugenia y Mauricio de Guérin; los *Diarios* de Delacroix; los *Diarios* de Charles Baudelaire y el ya citado Amiel.

⁴ En muchas ocasiones, Dorta no recoge los títulos de diarios que cita, generalmente cuando su título es sencillamente *Diario*.

A caballo entre dos siglos, encontramos los de Pierre Loti, editados en España con el título *Peregrino de Angkor; seguido de fragmentos de diario íntimo*; los de los hermanos Goncourt, *Diario íntimo (1851-1859): memorias de la vida literaria*, y el de George Sand, *Diario íntimo*. En otra frontera, la que se sitúa entre los siglos XIX y XX, el diario de Paul Valéry, de naturaleza muy intelectual. Además hay que citar el *Diario, 1887-1910*, de Jules Renard y los ya citados de André Gide. Cedena cierra la lista con un representante ya del siglo XXI, el *Diario de fin de siglo*, de Jean François Revel.

En Alemania no hay diarios que alcancen la importancia de los ingleses y franceses, pero podemos citar los de Novalis, *Diarios*; el *Diario* de J. P. Eckermann y los de Goethe, *Diarios y anales y Viaje a Italia*. Ya en el siglo XX, los *Diarios* de Thomas Mann, los *Diarios 1920-1922. Notas autobiográficas 1920-1954* de Bertolt Brecht; el *Diario* del dirigente nazi Goebbels; los *Diarios* de Kafka; *El peso del mundo* de Peter Handke; los *Diarios* de Robert Musil y el *Diario de guerra y ocupación* de Ernest Jünger.

En Italia hay pocos diarios y tampoco son de gran valor. Citamos los de Leonardo da Vinci, *Cuaderno de notas*; Leopardó, *Pensamientos*; Curcio Malaparte, *Diario de un extranjero en París* o Gabriel d'Anunzio. Muy importantes son los de Cesare Pavese, que llevan el título *El oficio de vivir*. En Portugal, son relevantes José Saramago, *Cuadernos de Lanzarote* y la importante labor diarística de Miguel Torga, *Diario*.

Otros diarios que podemos citar son los del polaco Witold Gombrowicz, *Diario*, o en Hispanoamérica, los de la pintora mejicana Frida Kahlo, *El diario de Frida Kahlo: un íntimo autorretrato*; José Martí, *Diarios*; los de Ernesto Che Guevara, *Diario de Bolivia* y Andrés Sánchez Robayna, *Días y mitos: diarios, 1996-2000*.

En el ámbito ruso son importantes los diarios de León Tolstoi, *Diarios*; los de Dostoievski, *Diario de un escritor*, así como el *Diario íntimo* de Nicolás II.

En el ámbito de Norteamérica, hay que citar los diarios de Emerson, que publicados en 1914 y 1918 con el título *Autobiographie, d'après son journal intime*, lograron una fuerte influencia en Europa. En época contemporánea hay que citar los de Walt Whitman y el *Cuaderno de notas* de Henry James. Importantes son los numerosos diarios de Anaïs Nin, entre los que citamos *Diario de adolescencia* y *Diario de infancia*.

Por supuesto, hay muchísimos diarios más, pero aquí solo hemos querido proporcionar unos botones de muestra.

3. EL DIARIO: DEFINICIÓN Y CARACTERÍSTICAS

Resulta muy difícil dar una definición del diario íntimo. Virgilio Tortosa apunta a la “compleja red de características que lo atraviesan hasta el punto de ser éstas siempre selectivas y no inclusivas” y participar de otras modalidades escriturales o “formas discursivas amalgamadoras” que lo enriquecen (Tortosa, 2000: 588).

Efectivamente, en un diario caben muchas cosas, pues se trata de un tipo de escritura abierta donde el diarista puede incluir de todo. Por esto, afirma Tortosa (2000) “la imposibilidad de su definición” y habla de su capacidad “camaleónica de constituirse en una escritura escurridiza, sin límites”.

Podremos ir perfilando la idea de lo que es un diario íntimo mediante algunas definiciones claras y sencillas dadas por los estudiosos de este tipo de escritura. Nora Catelli (1996: 87) dice que “el diario es el género en el que se registran, siguiendo los días, las actividades e impresiones de un sujeto frente a sí mismo”. Por su parte, Laura Freixas habla de “una

reflexión, en primera persona y enraizada en la cotidianidad, sobre la condición humana y el sentido de la vida” (Freixas, 1996:12). Para esta autora, el diario atiende a dos lógicas ineludibles: estar fechado y obedecer a una cierta cotidianidad de los hechos narrados o intimidad. La misma Freixas considera que es mejor atenerse al criterio de Alain Girard (1963) al menos como punto de partida, pues su libro sobre el diario íntimo es un ensayo clásico sobre el tema. Este autor opina que un diario es un maravilloso documento que nos descubre a la persona en toda su complejidad.

Para Enric Bou, “el diario es una crónica cotidiana, escrita desde el presente, de una experiencia personal” (Bou, 1996:124), también dice que tiene algo de “collage”, por su desorganización aparente y sus repeticiones. Por su naturaleza intimista, constituye el lugar donde el diarista reflexiona sobre la vida y sobre sí mismo. “Quien escribe un diario se interesa por anotar los hechos de cada día, personales, familiares, literarios, político-sociales”. Y establece unas mínimas condiciones: “anotaciones periódicas, atención hacia lo inmediato, entidad literaria. Se caracteriza también por la monotonía, la repetición de días, con sus gestos y acciones, visitas, conversaciones, lecturas.” Además establece la necesidad en el diario de tres elementos fundamentales: el narrador que escribe en primera persona acerca de sí mismo; escribe sobre la realidad diaria con dominio del presente y sin acceso al futuro; y produce un informe escrito que, eventualmente, decide publicar (Bou, 1996:125).

El hecho de la publicación del diario parece fundamental en cuanto que afecta a la propia condición íntima y privada de éste, y el propio Bou (1996: 25) recoge las opiniones que sobre este asunto expuso Jean Rousset, quien, al enfrentarse a este problema, consideró el diario como “una especie de escritura secreta”, un monólogo o soliloquio que “rehúye las miradas de los demás.” Este aspecto es también tratado por José Muñoz

Millanes, cuando al hablar de la intimidad de este género dice que el diario es un registro minucioso del trato del escritor con sus obsesiones y deseos más privados, “por lo que, en principio, tiende a excluir un destinatario que no sea el propio autor.” Y reproduce una cita de Marià Manent, que declaró repetidamente que llevaba su diario para su estricto uso personal y “sin la más vaga intención de publicarlo” (Muñoz Millanes, 1996: 137).

Teniendo en cuenta, no obstante, que el diario puede ser dado a leer a los demás, Rousset (1983) estableció una tipología siguiendo la escala de los destinatarios: el propio escritor, lector único; un narratario externo, cuando fragmentos del diario son dirigidos a personas del entorno íntimo; y por último, la divulgación pública, que establece una frontera importante, porque el diario pierde su carácter privado.

No cabe duda por tanto de que la esencia de este tipo de texto radica en la reflexión y el diálogo que el autor mantiene consigo mismo al margen de los demás; por lo que un diario íntimo deja de ser tal cuando el escritor lo redacta pensando en su publicación o cuando sabe que un día será leído por otra persona; pues es imposible pensar que el escritor no se vea condicionado ante la certeza de que su texto será dado a la imprenta para ser leído por otras personas.

Por esta razón, Virgilio Tortosa considera que el diario hoy es “una práctica pública o cuando menos arduamente publicitada, dado que el concepto de intimidad –pilar básico del diario, a decir de la crítica teórica aun a pesar de su discutibilidad- ha cambiado totalmente, pero también el hecho de que el diario –a diferencia de antaño- se escribe con la pretensión de publicarlo, además en vida del propio escritor (hecho impensable en otras épocas), con el agravante añadido de hacerlo al poco tiempo de haber sido escrito” (Tortosa, 2000: 583-584). En este sentido, recordamos unas palabras de Beátrice Didier aconsejando al diarista: “Debe ignorar esas dos

coacciones que existen para todo escritor: el editor y el público” (Didier, 1996: 39).

A pesar de que, como dijimos al principio, Tortosa manifiesta la imposibilidad de definirlo, recoge por su parte las siguientes características del diario:

- La capacidad de fechar la escritura (parentesco con el periódico).
- El acontecimiento debe ser registrado sin distancia alguna que permita cualquier reelaboración del recuerdo o reconstrucción de hechos “a posteriori.”
- Esa escritura del día a día será fragmentaria, sin una concepción de obra propiamente dicha con límites establecidos ni sentimiento alguno de acabamiento.
- La característica anterior lo acerca más al ejercicio literario o banco de pruebas de la cotidianidad que al rigor de la obra literaria, pues la premura del papel fechado dificulta la tarea de repensar y reelaborar los propios escritos.

El diario es escritura acerca de uno mismo y para uno mismo, con “la primacía de un *yo* problematizado que se somete a esa reflexión instantánea” desde el momento presente y fijando la atención en el pasado inmediato y aún no del todo acabado. Éstas son las que Tortosa considera “las constataciones textuales más palpables” de este género (Tortosa, 2000: 590).

Este tipo de construcción textual tiene como efecto la falta de linealidad, la desorganización del material y la construcción en forma de “collage”, además de inevitables reiteraciones y la falta de criterios a posteriori que determinen un punto de vista retrospectivo sobre el que se construya y estructure el relato (lo que Pope definió como la imposibilidad por parte del diarista de visualizar la importancia que los hechos de su vida adquirirán en el transcurso de su existencia, de ahí que no pueda estructurarlos para

presentar una imagen coherente de su persona), una minuciosidad frecuente en lo descrito, y bosquejos en los que el intimismo habla en clave sólo adivinable para quien la ha creado o pertenece a su entorno inmediato.

Siguiendo a Bou, la del diario es una escritura hecha a retazos, obligada a la fragmentación o atomización que impone el calendario, lo que él califica de “efecto de texto que se lee en estado trunco” (Bou, 1996: 127): por lo que en el diario confluyen prácticas discursivas opuestas, aunque el que domine sea el estilo narrativo.

Este autor (Bou, 1996: 124-5) enumera las condiciones mínimas que necesita el diario:

- El escritor de un diario anota los hechos de cada día (personales, familiares, literarios, político-sociales).
- El diarista presta atención hacia lo inmediato mediante sus anotaciones periódicas.
- El diario ha de tener entidad literaria.
- Otras características que posee el género son su monotonía, la repetición de los días con sus gestos, acciones, visitas, conversaciones, lecturas...

Además hay elementos que considera fundamentales, como:

- El narrador escribe en 1ª persona acerca de sí mismo.
- Escribe sobre la realidad diaria, con un dominio claro del presente en que se produce la escritura, sin acceso al futuro.
- Produce un informe escrito que, eventualmente, decide publicar; lo cual afecta a la condición íntima y privada del diario: de la sinceridad “auténtica” pasamos a la sinceridad “manipulada”, de cara a un público.

En el diario, además de las alusiones temporales, habrá atemporalidades como reflexiones, ideas, sensaciones, sentimientos, descripciones o discusiones. Aparecerán también conversaciones con personas o lecturas,

así como referencias al paisaje, al clima a hábitos como comidas, paseos..., referencias a objetos familiares y otras circunstancias de la vida cotidiana. Como señala Anna Caballé, “el diario está libre de acción, de contexto, de limitaciones de estilo. Nada lo sujeta, en efecto, como no sea la necesidad interior de hallar un punto de amarre” (Caballé, 1995: 56).

Pozuelo Yvancos (2002: 28-31) dice que el diario íntimo posee unas marcas diferenciales que son: La iteratividad (constitución repetitiva) y la incapacidad para el *flash-back* o efecto de reconstrucción hacia atrás.

Valiéndose además del concepto de “escenario” establecido por Castilla del Pino en su *Teoría de la intimidad* (1996), y según el cual diferencia entre escenario público, escenario privado y escenario íntimo, Pozuelo afirma que “la semántica del diario íntimo sería aquella en la cual lo observable depende absolutamente del sujeto.” Además establece lo que llama “la categoría de la nimiedad” como fundamental en el diario íntimo. “Sería el extremo, donde se establece lo nimio como un lugar habitable literariamente” (Pozuelo, 2002: 31)⁵. Por último, este autor considera también los “olvidos” un elemento primordial, en este caso de todos los géneros autobiográficos por oposición a la novela, en la que no se puede reprochar al autor lo que ha callado. En cambio, en estos géneros autobiográficos, y por tanto también en el diario, “el silencio es una marca significativa.” En ellos “hay tanta presencia como ausencia, tanta memoria como olvido, tanta construcción como ocultación” (Pozuelo, 2002: 31).

Martínez Sarrión afirma que en muy pocas ocasiones se puede creer en el diario “como espontaneidad no mediada por la escritura (Martínez Sarrión, 2002: 34), pues todos los diarios que tienen la misma categoría literaria que unas memorias o una autobiografía están retocados. Pone como ejemplo de su afirmación *El cuaderno gris* de Pla. Afirma también que el diario no es

⁵ Pozuelo Yvancos hace estas consideraciones sobre el diario por oposición a los otros géneros autobiográficos: memorias y autobiografías, estableciendo así las diferencias entre ellos.

nunca tan espontáneo como puede parecernos, “a no ser que sea publicado diariamente, como su propio nombre indica, en un medio” (Martínez Sarrión, 2002: 35).

Por su parte, Luis Antonio de Villena, tras oponer diario a memoria (en el diario contamos algo que no se nos puede haber olvidado, porque acaba de ocurrir), expone la idea de que en el diario se da “un entrecruzamiento curioso”. Como los diarios, ya sea por pudor o conveniencia social, raramente se publican al día, ni siquiera al año, sino que a menudo pasa mucho tiempo hasta que son publicados, “se da en ellos un efecto de *flash-back*. Esto es, cuando el autor escribió el diario, éste era puro presente, pero para el lector, normalmente, ya no lo es, sino que viene a actuar como la memoria” (Villena, 2002: 38). Es decir, el lector lee los diarios frecuentemente como memorias. También aborda Villena el problema de si los diarios “se publican tal como se escriben o si se reelaboran”. Según él, el diario publicado de inmediato sería absolutamente independiente como género de la memoria o de la autobiografía. Sin embargo, “en la práctica habitual, tiene [el diario] escasa independencia porque o bien se lee con muchos años de distancia y ya se ha convertido en memoria, o bien ha sido reelaborado por el propio autor, lo cual determina también que no sea diario, sino que vuelva a parecerse a la memoria” (Villena, 2002: 39).

Villena cree que el autor “pule” el diario con el fin de crear una obra literaria mucho mejor, por lo que los diarios “verdaderos” son mucho más pobres literariamente. También cree que al lector amante de la literatura le interesará más un diario elaborado que un diario “directo”.

En lo que respecta a los géneros autobiográficos en general, la opinión de este autor es que en España lo que falta es la literatura de la intimidad, ya sea por pudor o sentimiento de la honra; por lo que es la confesión el género que él echa en falta en nuestra literatura. En cuanto a los diarios, considera íntimos verdaderamente sólo “aquellos que uno escribe para sí

mismo”. En el caso de los escritores, siempre tendrán “la vaga conciencia” de que alguien los va a leer. Acerca de los que escriben diarios y los publican enseguida, Villena tiene la sospecha de que “sus diarios son poco íntimos”. Hay mucha gente que toma notas para luego corregirlas, “así que la intimidad del diario es una cuestión estructural: se escribe como íntimo, pero se adivina por ahí un lector, se busca la complicidad de alguien, como en la autobiografía” (Villena, 2002: 43).

Miguel Sánchez Ostiz también nos da una breve y precisa definición de diario: “En ese género sin género que es el diario, creo que hay unos rasgos mínimos: la cronología si no estricta sí identificable, el no dar gato por liebre, el ser honrado a la hora de llevar la espuma de los días a los papeles”. También nos aporta la razón por la que él escribe diarios: “no aspiro a que me absuelvan de nada, aspiro a encontrar, no sé, tal vez un cómplice, un compañero de viaje...un lector, alguien con quien compartir el fruto de lo vivido” (2004: 36).

Por su parte, el escritor Carlos Edmundo de Ory, en *Nuevos aerolitos*, nos dice del diario íntimo que es un “memorial de las preocupaciones tatuadas en la piel de los días”, texto donde “el escritor habla consigo mismo, y oye su propio murmullo como un son de caracola [estampando] la huella en la arena movediza del tiempo común”, bella definición que recoge el profesor Romera Castillo (2004b: 96).

Jordi Gracia, en su artículo “La voz literaria y la materia del dietarista”, defiende muy eficazmente la tesis de que los diarios de escritor han de tener “un enfoque literario” de lectura. Parte de la idea de que ante los diarios solemos actuar de manera distinta que con otras formas literarias, pensando que su lectura no pide más que “saber lo que dice”, sin trascender la anécdota. Sin embargo, el valor literario del diario de escritor “está más allá de la naturaleza del material reunido y de las razones mismas de la escritura” (2004: 224). Reconoce Gracia que la reflexión acerca del diario

también incluye la que gira en torno a una noción del yo, pero compara el eje estético de los diarios con la novela histórica, “cuyo valor literario no reside en la solvencia de la reconstrucción de los ambientes –aunque la necesite- ni en la variedad anecdótica de la trama –aunque le convenga- sino en la aptitud para producir luces de verdad moral, abstracta”. Afirma, por tanto, con rotundidad que “el valor de calidad de la literatura autobiográfica se mueve, [a pesar suyo, e incluso contra su propia intención], en el ámbito de lo elaborado literariamente, en el territorio de la competencia estética del autor antes que en el de su compromiso con una verdad histórica o incluso minuciosamente biográfica”.

Según sus planteamientos, “la verdad del texto no la avala ni la respalda la declaración de propósitos autobiográficos del autor sino su competencia para hacer eficaz un efecto de verdad autobiográfica”. Jordi Gracia atribuye al lector el poder de dar credibilidad al autor en el acto de la lectura, pues son los mismos textos los que dan esa credibilidad o no en función del “timbre de veracidad que algunos textos logran, tanto si son de ficción como si son autobiográficos” (2004: 227).

El mérito de estas obras, según este autor, no depende de la “veracidad comprometida allí” porque la “vibración de verdad de una voz literaria es propiedad del texto, no de la intención de su autor”. La pobreza de estas obras tiene la misma raíz que la mayor parte de las novelas, “son literariamente pobres”. Pone como ejemplo los diarios de Jünger, Pavese o Julio Ramón Ribeyro para afirmar que la naturaleza de los diarios de estos autores es otra que la informativa, “por mucho que sin ella pudieran tener un interés menor” (2004: 231).

Aunque en los diarios hay muchas cosas que pueden distraer de su valor de literatura (confidencias, opiniones, intimidad sentimental o sexual...), “la eficacia literaria procede de otra cosa, del arte y el artificio, de una voz y un orden, de un tono y una sensibilidad”. Hay escritores que utilizan los

diarios sólo como acopio de materiales que pueden aprovechar un día, pero hay otros (como Jünger) que se interesan por el género más allá de su utilidad. A ellos, el diario “les sirvió para fabricar una voz literaria”.

Por su parte, Manuel Granell señala que se da una “extraña confusión” entre autores, lectores y editores al no distinguir entre diario y otros géneros cercanos. Existen muchas obras calificadas erróneamente como diarios y existen también verdaderos diarios con títulos inesperados. Según este estudioso del género, la confusión más frecuente se da entre diarios y memorias, motivada por el hecho de que ambos géneros hablan principalmente del propio autor, de las incidencias de su vida, y de personas y acontecimientos relacionados con ésta. Así, muchas memorias “se dividen en años, en meses y hasta en días y al revés ¿no existen ciertos diarios, concretamente calificados de “carnets”, los cuales carecen de toda determinación temporal?” (Granell, 1963: XIII). También se confunden los diarios de viaje con los diarios íntimos.

Cuando Granell se pregunta ¿qué es el diario íntimo?, responde: “Un diario íntimo se nos muestra como un entrecortado relato que sigue la pauta serie de los días”. Sin embargo, a renglón seguido advierte de que la forma sola no define al diario, pues, por ejemplo, el diario de un comerciante no tiene nada que ver con un diario íntimo y, en cambio, hay verdaderos diarios sin fechas consignadas. Por lo tanto, hay que llegar al contenido para “aprehender la esencia del diario íntimo”.

Granell, que llama “géneros introvertidos” a las memorias, autobiografías y diarios, considera que son estos últimos los que difieren por completo de los demás. Para él, el diarista “no maneja recuerdos sino impresiones” (Granell, 1963: XXVIII), que, al coexistir con los datos objetivos, dan un punto de vista múltiple y provocan contradicciones. Además el diarista no puede distribuir, estructurar o difuminar estas impresiones “a posteriori”, por lo que el diario presenta un carácter atómico. El diarista recoge

fundamentalmente sucesos y puede que él mismo no sea importante ni recoja hechos importantes. “El valor de su diario reside en su diario mismo, en su nervioso espejear los matices cordiales de los días”.

Respecto a la finalidad del diarista, puede ser muy variada (conocerse, desahogarse, narcisismo, exhibicionismo...) pero resulta mucho más complejo conocer la motivación que lo lleva a esa tarea, que “suele permanecer en lo más oscuro de su conciencia, en las más soterradas capas del alma. Lo único cierto es que no le mueve la importancia de los hechos históricos, como al memorialista, o la importancia de su vida, como al autobiógrafo”. Una nota muy característica del diario consiste en la ausencia de destinatario, al menos en principio: “El diario es un monólogo escrito” (Granell, 1963: XXIX).

José Luis García Martín, escritor de diarios, ha reflexionado sobre el género en *Notas sobre el diario íntimo*. Allí comienza afirmando que el diario es el género “más maleable”, pues tiene la capacidad de adaptarse a la personalidad de cada uno. El tipo de diario íntimo que García Martín prefiere no es aquel que es exclusivamente íntimo, sino un “diario abierto al mundo”. Establece a continuación una serie de pautas sobre lo que debe y no debe ser un diario.

Éstas son algunas de ellas: El narrador debe hablar poco de sí mismo; no debe opinar demasiado, debe deducirlo el lector; el diarista debe aprender a callar; en el diario caben todas las contradicciones de la vida; el diarista no es un “fingidor”, pero puede ser un mentiroso; “los errores son involuntarios, y por ello disculpables; las mentiras, no”; no debe confundir el diarista verdad con espontaneidad; ha de tener anécdotas y referencias personales; ha de ser un poco indiscreto; resultará insípido e indigesto “sin unas gotas de mala intención”; no debe ser minucioso, para no resultar aburrido, el único ingrediente que no admite el diario.

Respecto al hecho de fechar los diarios, García Martín dice: “Un diario sin fechas suele acabar convirtiéndose en algo distinto de un diario: un conjunto de reflexiones sobre asuntos muy diversos”. Hace también una referencia a los diarios póstumos: un diario editado por una persona distinta del autor “deja de ser exclusivamente suyo, se convierte en una obra en colaboración. Seleccionar, cortar, ordenar es también crear”. Considera que incluso la censura y la autocensura pueden ser una “eficaz” forma de creación.

Andrés Trapiello (1998) ha reflexionado sobre la escritura de diarios en un libro titulado *El escritor de diarios*, donde también estudia diarios de diversos autores españoles. En su prólogo nos da ya una pista acerca de lo que mueve al diarista a escribirlos: “El escritor de diarios no es más que ese hombre, herido y solitario, que no se ha resignado todavía a ser como es, y se fabrica con la tenacidad de las nutrias un lugar a salvo de las crecidas y turbiones” (1998: 12). Este diarista consumado defiende la idea de que los escritores se deciden a escribir sus diarios cuando el romanticismo se agota como fórmula literaria, y se animan también a publicarlos.

Como escritor de diarios que es él mismo, se hace preguntas en su libro: ¿por qué?, ¿para qué? y ¿para quién escribe un diarista? A la primera pregunta responde que el escritor de diarios parte “de un descontento, una desdicha o una insatisfacción” (Trapiello, 1998: 21), es decir, se da una relación atormentada o anómala consigo mismo y con los demás. Según él, no cabe hablar de una relación narcisista, que sí encuentra, en cambio, exacta para algunos escritores de memorias o autobiografías. Sin embargo, aclara que “la desdicha en estado puro excluye enteramente la escritura” (1998: 21). El escritor de diarios no puede esperar que su diario le dé todas las respuestas ni cure sus heridas, pero sí lo ve como el mejor amigo, el “confidente fiel”, también como desahogo, como una “forma confesional de drenaje” (1998: 24).

La segunda pregunta, ¿para qué?, considera Trapiello que es fácil de responder: “A menudo el diarista lleva su diario para objetivar el ámbito de su intimidad, para fabricarse un lugar físico donde poder quedarse” (1998: 25). Más difícil de responder ve la pregunta de para quién, a la que en un principio responde que para nosotros mismos. Trapiello considera que el diarista a veces se fabrica en su diario un lector ideal. Pone como ejemplo a Stendhal, que repitió en sus diarios que eso no estaba escrito más que para él; dice que Stendhal sabía que sus lectores tardarían ochenta años en llegar, y se dirige en todo momento a un lector que aún no ha nacido pero está prefigurado en su escritura. Ese es el lector ideal del diarista.

Trapiello dedica buen número de páginas en su ensayo a responder a la pregunta ¿qué es un diario? Comienza afirmando que sólo podemos hablar de diarios cuando nos referimos a “esa clase de anotaciones que se hacen de una manera regular y que entre todas forman una cierta unidad con personalidad propia. No basta con que sea una extemporánea consignación de cierto estado de ánimo” (1998: 28). Considera este autor un requisito imprescindible para hablar de diario escribir de forma sistemática, sin desmayo y durante un periodo de tiempo compacto. Además afirma que para escribir un diario es necesario “reconocer que la vida es un *continuum* que el diario ha de respetar” (1998: 29). Y ha de haber un conjunto de páginas secuenciales en las que se haya ido reflejando el paso del tiempo, sea de unos cuantos años o de unos pocos días. Lo que tiene el diario de secuencia es lo que le da su carácter específico como género, con sus anotaciones que pasan al modo como pasan los días en la vida de las personas.

No está de acuerdo con M. Blanchot en que cada día nos diga algo, ni en que cada día consignado, anotado, sea una día preservado; tampoco en que el interés del diario esté en su insignificancia. Afirma Trapiello que por experiencia sabe que el día anotado no es un día salvado; además dice que

el diarista “elegirá precisamente aquellos momentos que encontrará significativos por algo, para él o para su vida o para el mismo diario, concebido como una obra literaria”, lo que desmiente que la escritura de diarios sea la escritura de la insignificancia. Afirma: “Lo que caracteriza a un escritor de diarios es precisamente lo contrario, saber que ninguna vida, por rutinaria que sea, es insignificante” (Trapiello, 1998: 64).

A la hora de abordar la cuestión de la publicación de los diarios, cita Trapiello los de Amiel, Torga o Gombrowicz y dice que “la particularidad de estar pensados para su publicación les confiere un carácter especial” (1998: 37). Enlaza la necesidad de publicación de los diarios por parte de un escritor con una situación como de vaciedad del alma después de haber creado tantos personajes de ficción. En cualquier caso, considera que el lector es la parte fundamental de todo lo escrito y que no se puede prescindir de él. El lector muchas veces busca identificarse con lo que lee, reconocerse en los escritos: encontrar en ellos su sentir íntimo si es un diario íntimo, o sus aspiraciones intelectuales, si es un diario de índole intelectual.

Hablando después como lector él mismo, afirma que en los diarios no buscamos el yo del escritor, “buscamos en ellos únicamente la vida, lo que la vida tiene de semejante y de diferente” (1998: 41). El diario, afirma, no es un libro como los demás “porque mientras en el resto de los libros pensamos que se nos da una metáfora de la vida, en los diarios se supone que se nos da la vida sin intermediarios, ni literarios ni personales” (Trapiello, 1998: 63).

Entre los autores extranjeros que han reflexionado sobre el diario, traemos aquí al escritor Elías Canetti (1982), que también ha estudiado el tema en su obra *La conciencia de las palabras*. Explica que su razón para llevar un diario es tranquilizarse, porque además “hay cosas que no se pueden contar a nadie, ni siquiera a los más íntimos”. Afirma Canetti que

quien quiera realmente saberlo todo, lo mejor que puede hacer es aprender de sí mismo y no tratarse con miramientos sino más bien como si fuera otra persona: con más dureza. Atribuye pues una “función tranquilizadora” al diario. Dice también que en el diario “uno habla consigo mismo” y considera una forma de falseamiento del diario el hecho de que el diarista vea “frente a él un auditorio, aunque sea futuro”.

Ese yo ficticio al que se refiere Canetti es el que dice se le echa encima a veces “como un rayo” y le descubre alguna imprecisión, debilidad o deficiencia. A veces se presenta como la conciencia, pero a veces no es así, “soy yo mismo y le hablo autoacusándome desesperadamente, con una violencia que a nadie deseo” (Canetti, 1982: 81).

En definitiva, Canetti sólo concede valor al tipo de diario que posea ese carácter dialógico. “Yo no podría llevar el mío sino en esta forma de diálogo conmigo mismo”, aunque reconoce que en el diario “también se habla con otros” (Canetti, 1982: 82). Para este escritor, el diario ha de ser secreto. Llega a afirmar que quien acostumbra a leer páginas de sus diarios, debería más bien escribir cartas u organizar veladas. Por otra parte, para mantener el secreto del diario, él no se fía de los candados. “Mejores son las escrituras en clave”. Él afirma escribir en una “taquigrafía modificada”.

Concede Canetti una gran importancia a los diarios ajenos, que “significan mucho para quien los lee”. Repasa los diarios que se leen de niños: los de los grandes viajeros y descubridores, los de parientes próximos, y se hace eco de un dicho que reza: “los diarios ajenos animan a decir la verdad en los propios”.

4. CLASIFICACIÓN DE LA ESCRITURA DIARÍSTICA

Eusebio Cedena destaca las dificultades de clasificación de los diarios, pues “no es fácil establecer modalidades, tipos o categorías de diarios, dada su variedad y, en muchos sentidos, su falta de unidad temática” (Cedena, 2004: 82). Afirma que hay tantos diarios como diaristas, por lo que podemos decir que cada uno tiene sus propias características.

En términos generales, encontramos diarios íntimos, de viaje, literarios, científicos, dietarios, cuadernos de notas, diarios de ficción... A. Girard dice: “Cada diario se parece solamente a sí mismo, y sin embargo todos aportan el mismo testimonio” (Girard, 1996: 128-129).

Tal como hemos visto en un capítulo anterior, el primer paso en la clasificación del diario abordaría la distinción entre diario íntimo y diario público. Al primer grupo, el del diario íntimo, pertenecerían todos aquellos diarios escritos para uso personal del diarista, sin intenciones de publicación. Enric Bou (1996: 128) denomina al primer tipo citado, “diario privado”, del que dice que el receptor es el propio escritor, que se convierte también en “editor” si decide publicarlos.

Por lo que se refiere al “diario público”, éste tiene un destinatario amplio y desconocido, y dice Bou que se publica normalmente en la prensa (periódicos, revistas u otros medios).

Esta clasificación no difiere de la de Alain Girard (1996: 128-129), excepto en la denominación: “diarios íntimos” y “diarios externos”, para Girard, y en la apreciación de éste último de que los diarios externos se acercan en su forma a la crónica que anota hechos destacables. Este tipo responde a lo que se suele denominar “dietario”. Bou considera esta distinción algo confusa, pues dice que “cualquier anotación diarística peca de subjetiva (o intimista) y está atenta a los hechos externos” (Bou, 1996:

129) y hay diarios que combinan los dos tipos, como los diarios de Pere Gimferrer.

Las peculiaridades únicas de cada diario llevan a Amelia Cano Calderón (1987: 57) a concluir que habría que estudiar individualmente cada uno de ellos. Sin embargo, realiza una detallada clasificación siguiendo diferentes enfoques:

1.- Carácter sedentario o itinerante del escritor. Diarios que reflejan las experiencias de un viaje ocasional, materia que aparece en el diario entre otras muchas, o la narración cotidiana del viaje sobre el hecho sobresaliente de los diarios. Por ejemplo, *Viaje a Italia*, de Goethe.

2.- Según la profesión del diarista. Distingue la autora entre literatos (escritores de profesión) y no literatos. Entre los primeros cita *Diario íntimo* de Amiel, y entre los segundos el *Diario* del pintor Delacroix.

3.- Atendiendo al carácter científico del contenido. En este grupo están los diarios de investigadores que anotaron escrupulosamente su trabajo diario bien porque necesitaban posteriormente esa información en el desempeño de su tarea profesional o porque la anotación constituyera una necesidad en su trabajo. El ejemplo más significativo puede ser el *Diario de las investigaciones que se refieren a la historia natural y a la geología de los países visitados durante el viaje del buque real "Beagle" alrededor del mundo* de Charles Darwin.

4.- Diarios más atentos al entorno que a la propia vida. Son aquellos que retratan con precisión toda una época y las personalidades destacadas, con gran valor documental para el conocimiento de la época que reflejan. Un ejemplo de este tipo es el *Diario* de Anaïs Nin.

5.- Diarios de carácter autobiográfico. Aquí figuran los diarios que prestan atención a la propia vida del autor y su situación personal con el telón de fondo de la época, la ideología y la cultura del tiempo vivido. El *Diario* de Stendhal es un ejemplo.

También Michèle Leleu (1952: 12) ha elaborado una clasificación sobre el estudio de más de 300 diarios seleccionados como los más importantes. Leleu distingue cuatro tipos fundamentales de diarios:

1. Diarios históricos. Aquellos en los que predomina el reflejo de acontecimientos externos. Hace a su vez una subdivisión en dos:
 - Diarios-crónicas. Por ejemplo, el *Journal* de los hermanos Goncourt.
 - Diarios-memorias. En este tipo cita por ejemplo el *Journal* (1877-1883) de De Vogüé. En este apartado distingue también los diarios de viajes, como el *Journal de voyage en Italia, par la Suisse et l'Alemagne (1580-1581)* de Montaigne; y los diarios de guerra, como *Le grand Cirque (1942-1945)* de Closterman.
2. Diarios de documentación o de conocimiento. Son aquellos en los que predomina su carácter intelectual. Hace una subdivisión en cuatro:
 - Literarios: *Les Carnets* de Joubert.
 - Filosóficos: *Journal métaphysique* de Gabriel Marcel.
 - Políticos: *Journal* de Bainville.
 - Artísticos: *Journal d'un musicien* de Hahn.
3. Diarios personales. En ellos predomina el aspecto sentimental. Se subdividen en tres tipos:
 - Diarios íntimos. *Journal intime* de Amiel.
 - Espirituales: *Journal d'enfant* de Elisabeth Leseur.
 - Intermedios: *Journal intime* de Novalis.
4. Diarios mixtos. Son aquellos que combinan varias posibilidades de las anteriores. Las combinaciones son:
 - Diario personal, histórico y documental. Aquí cita los de André Gide.

- Diario personal e histórico, como el *Journal à Stelle* de Swift.
- Diario personal y documental, como el *Journal* de K. Mansfield.

Uno de los aspectos más significativos de las clasificaciones de los diarios es la constatación de que cualquier diario puede aglutinar varias de las modalidades del género. Otro aspecto llamativo es que las clasificaciones siempre presentarán carencias, debido a “lo inabarcable de este tipo de escritura”, como señala Cedena (2004: 87), lo que llevaría a una relación de diarios imposible de cerrar.

4.1. EL DIETARIO

Ya hemos citado al comienzo de este apartado la distinción de Alain Girard (1963: 6) entre “diario íntimo” y “diario externo”, este último sería un diario cercano a la crónica (crónica cotidiana según el autor). El diarista sería aquí una especie de cronista.

Este “diario externo” puede tener relación con el “dietario”, forma de escritura diarística que “se centra más en los hechos externos, en lo que ocurre alrededor, mientras que el diario o diario íntimo encuentra su eje en el yo del autor, en su intimidad, en su ámbito personal” (Cedena, 2004: 87), y que ha sido estudiado por especialistas como Anna Caballé (1996: 105-106), Laura Freixas (1996: 12-13) y Jordi Gracia (1997: 40). Afirma Girard que estos tipos de diarios no han dejado de cultivarse en las letras francesas desde el siglo XV y responden a una necesidad humana de dar testimonio de lo observado alrededor y mostrar la capacidad de perspicacia y valoración de lo más cercano al sujeto. Este tipo de textos son como el reverso de los textos íntimos, por cuanto sus autores se interesan por lo que

ocurre fuera de ellos, mientras los intimistas se interesan por lo que ocurre dentro de sí.

Anna Caballé (1996: 105) en cambio piensa que es difícil establecer límites precisos entre diario y dietario, pues ambas escrituras fluyen de manera libre y fragmentaria pero distingue: “En el diario íntimo esa mirada está más atenta a explicarse uno mismo y suele resultar por ello reiterativa y quebrada, mientras que en el dietario prevalece la invención literaria, el artificio, la voluntad de construir un discurso homogéneo, anclado, decíamos, en referencias culturales y estéticas” (Caballé, 1996: 105-106).

Deduce Cedena (2004: 88) que los diarios íntimos son más exigentes con la propia subjetividad que los dietarios, “en los que domina la referencia externa, el peso de lo ajeno o el trazado de un yo inmerso en un universo estético y cultural e intensamente interiorizado”. Por esto, establece un paralelismo del diario íntimo con la autobiografía, y de los dietarios con las memorias.

Otra estudiosa del tema que distingue entre diario íntimo y dietario es Laura Freixas (1996: 12-13), que considera que en el diario íntimo predomina lo afectivo y en el dietario lo intelectual. También encuentra el dietario intemporal y dice de él que “no es, hablando con propiedad, ni diario, ni íntimo” (1996: 13). No adopta, sin embargo, una postura tajante, pues en ambos aparecen lo cotidiano y lo íntimo de forma variable. Esta última afirmación puede, según Freixas (1996: 13-14), aplicarse a estos tipos de escritura en España, donde la falta de tradición diarística y el tardío acceso de los escritores al diario íntimo (cuando ya el diario no es secreto) impide establecer una distinción clara entre diarios íntimos y dietarios.

Jordi Gracia (1997: 44) también reflexiona sobre este tema y destaca la preferencia en España en las últimas décadas por el cultivo del dietario frente al diario íntimo. Opina que el diario pertenece al terreno de la introspección averiguadora y libre, mientras las páginas del dietarismo

pertenecen “al ensayo puro, a la crónica diaria, la crítica literaria, al relato anecdótico, al fragmento autobiográfico, al examen de conciencia o a la saturación sin más de la propia angustia”.

4.2. CARNETS Y CUADERNOS

Emparentados con los diarios están otros tipos de textos como los carnets y los cuadernos. Los llamados “cahiers” o “carnets” son los que Miguel Morey (1992: 22) llama “cuadernos de notas”. Dice Cedena (2004: 90): “Borradores, proyectos, ideas que pasan y que el autor siente la necesidad de consignar, notas de lecturas o reflexiones en general son algunos de los retazos que componen estos escritos llamados carnets de notas o cuadernos”.

Este tipo de textos son a veces destruidos por sus propios autores o quedan relegados al olvido, pero en nuestra época se tiende a exhumarlos y a que sus autores los conserven. Tenemos cuadernos de Leonardo da Vinci, de Montesquieu, etc. Cedena (2004: 90) dice que “el carnet o cuaderno no es la escritura de un hombre en busca de sí mismo, sino de un hombre persuadido de que tiene una misión que cumplir”. En este tipo de escrito el tipo de intimidad del autor que penetra es “la intimidad de su pensamiento”, es “una especie de diario de ruta”. El autor de un cuaderno, además, no busca un refugio con su práctica de escritura porque su actitud es de seguridad y no de incertidumbre.

4. 3. EL BLOG

El término inglés blog o weblog proviene de las palabras web y log (diario). En español recibe también el nombre de bitácora, por los cuadernos que se utilizaban en los barcos para relatar el desarrollo del viaje y se guardaban en la bitácora. Este término se utiliza preferentemente cuando el autor escribe sobre su propia vida como si fuese un diario, pero publicado en la web. Esta última es una característica que lo diferencia del tradicional diario personal, que en principio nace como una escritura íntima, destinada exclusivamente a quien lo escribe, independientemente de que con posterioridad pueda ver la luz, aunque sí lo emparenta con el diario que se escribe para ser publicado en el periódico.

Los años noventa posibilitaron la creación de foros de Internet y el blog moderno, como una evolución de los diarios en línea en los que se escribía, como en los diarios íntimos, sobre la vida personal pero en la red. Justin Hall escribió desde 1994 su blog personal siendo estudiante de universidad y es reconocido como uno de los primeros blogueros. Sin embargo, el término weblog fue acuñado por Jorn Barger en 1997, aunque fue Peter Merholz quien acertó el término como blog. A partir de 2000 se fueron generalizando, de manera que en la actualidad es uno de los servicios más populares en Internet.

El autor del blog va escribiendo artículos y los lectores pueden escribir sus comentarios, que, a su vez, pueden ser respondidos por él, si el autor opta por esta posibilidad. De hecho, hay blogs diseñados para que sólo algunos internautas puedan agregar comentarios. Y es que al definir el blog hay que tener en cuenta tanto el lado del lector como el de su creador. Desde el punto de vista del creador, hay que reseñar que en el blog los textos o entradas aparecen ordenados cronológicamente de forma que la anotación más nueva aparece en la parte superior de la página. Desde el

punto de vista del lector hay que tener muy en cuenta el tema de la colaboración entre usuarios y blogueros. Aquellos que entran en el blog pueden realizar comentarios con los que coincidir con el autor, discrepar, etc., pero es muy importante tener en cuenta que también pueden complementar la información, añadir datos, rectificar, etc. De esta manera, se puede establecer un diálogo. También los contenidos de cada blog son una decisión particular: pueden ser personales, literarios, periodísticos, políticos, etc.

Aunque muy brevemente, señalaremos algunas de las características técnicas de los blogs:

- Los comentarios: Pueden añadirse a cada entrada mediante un formulario y a veces se llega al debate.
- Enlaces: Los enlaces a páginas web son una particularidad de los blogs. Éstos además pueden poseer enlaces permanentes, anotaciones anteriores incluidas en un archivo y una lista de enlaces a otros weblogs.
- Fotografías y vídeos: Se pueden añadir al blog. Sus nombres son “fotoblogs” y “videoblogs”.
- Interactividad: Su actividad de actualización frecuente permite que los visitantes respondan a las entradas, lo que posibilita el conocimiento de otras personas interesadas en temas comunes. Esta característica social hace que a veces lleguen a ser considerados una comunidad.

A pesar de que no podemos profundizar aquí en este interesante pariente actual del diario íntimo, cabe reseñar que le es consustancial su origen con clara voluntad de comunicación inmediata, a diferencia del diario tradicional. Además, llama la atención su capacidad de interacción con aquellos que entren en él y quieran intervenir con sus aportaciones, así

como su enriquecimiento visual con imágenes o vídeos y su capacidad de llevarnos a otros lugares web de forma rápida.

4.4. OTROS GÉNEROS PRÓXIMOS AL DIARIO

Todos los géneros autobiográficos o “introvertidos” en denominación de Manuel Granell tienen en común la introversión, por lo que el diario íntimo comparte características con otros géneros. Sin embargo, esos otros géneros tienen sus particularidades. Señalaré algunas –pocas- características de otras modalidades de escritura autobiográfica relacionada con la diarística.

4.4.1. LA AUTOBIOGRAFÍA Y LAS MEMORIAS

La autobiografía, género autobiográfico por excelencia, presenta la identificación de autor, narrador y personaje, trata la vida en su conjunto y aparece estructurada. Estas características coinciden con las de las memorias, mientras que el diario es un texto fragmentario, se lleva día a día y presenta una forma desestructurada.

Por lo que se refiere al tiempo, José Romera Castillo (1981: 54) explica que el diario abarca el periodo temporal de veinticuatro horas y se centra en el pasado reciente, por lo que el análisis puede carecer de profundidad. En cambio, la autobiografía y las memorias contemplan la vida como conjunto, abarcan la vida completa, por lo que la mirada y el análisis permiten mayor profundidad. En opinión de Girard (1963: 18) las memorias presentan la desventaja de que pueden deformar los hechos con el recuerdo, mientras que el diario resulta más verídico. Romera (1981: 54) considera que el diario no tiene una estructuración artificiosa, sino natural,

impuesta por los días. Sin embargo, la autobiografía y las memorias son más artificiosas, literarias. También los mecanismos de escritura diferencian al diario, que pertenece a la forma de lo discontinuo, del resto de los géneros autobiográficos que tienen una escritura más narrativa.

Para Weintraub (1991: 21) el diario constituye un recuerdo fiel del pasado, mientras que en la autobiografía “el pasado queda subsumido dentro de una visión desde el presente”.

George May (1982: 173-184) aborda los puntos en común y las diferencias entre ambos géneros. Entre los primeros destaca “la reflexión acerca del pasado”, pues considera que el autor de un diario íntimo no puede tener jamás la ilusión de trabajar sobre el presente: “al escribirse, éste se vuelve pasado”. Tanto en la autobiografía como en el diario quien escribe avanza del presente hacia el pasado, en sentido contrario al tiempo. Además, a veces se producen injerencias del diario íntimo en la autobiografía y al contrario.

Habla May de las diferencias: en el caso de la autobiografía la distancia entre el tiempo de la experiencia y el de su anotación es mayor que en el del diario íntimo. Según nos dice, las anotaciones hechas en el presente nos llevan, por su inmediatez, “bajo el signo del desorden, de la gratuidad y del capricho”. Cuando interviene el paso del tiempo, “lo que parecía contingente y caótico puede ser dominado por la reflexión”.

Por esa razón, Anna Caballé (1995: 52) establece la diferencia de autobiografías y memorias en la naturaleza de la materia manipulada por el escritor. Aunque ésta en principio es la misma, los memorialistas y autobiógrafos “se adentran en la propia vida mediante los mecanismos de la memoria”, por lo tanto, lo que anotan es no tanto la vida como una “depuración” de la misma, mientras que el autor de diarios sí anota esa “vida directa”, pues maneja impresiones, no recuerdos.

May considera que la ordenación del pasado constituye la característica fundamental de la autobiografía. Por su parte, Manuel Granell (1963: XXVII), refiriéndose a los contenidos de autobiografías, memorias y diarios, dice que el diarista trabaja con percepciones, voliciones, sentimientos, juicios, es decir, impresiones; mientras que memorialistas y autobiógrafos utilizan el recuerdo, es decir, la vida “depurada”. De esta manera, en el diario coexisten lo subjetivo de las impresiones con los datos objetivos. El punto de vista del diarista es múltiple, lo cual explica las contradicciones que encierran los diarios y que no suelen tener memorias y autobiografías.

Granell también se refiere a la ausencia de estructura de los diarios, pues la forma atomizada de reflejar lo relatado no se coordina o distribuye, mientras que los hechos autobiográficos poseen unidad de sentido. También aborda el porqué de la escritura diarística, que considera asunto más complejo, pues al diarista no le mueven ni la importancia de los hechos ni la de su vida. Por lo que se refiere al destinatario, precisamente su ausencia es lo que caracteriza al diario, que es un monólogo escrito.⁶

4.4.2. LOS EPISTOLARIOS

Hay una diferencia fundamental entre las cartas y los diarios, que interpreta Cedena (2004: 98) a partir de la opinión de Béatrice Didier (1996: 41-43), lo que ésta denomina “la naturaleza de la relación con el otro” y entiende Cedena hace referencia al hecho de que la carta va dirigida a un tercero, “a un destinatario al que se le participan determinadas cuestiones a través del texto”.

⁶ La relación entre estos tres tipos de escritura fue objeto de análisis en el congreso “Literatura y memoria” organizado por la fundación Caballero Bonald en Jerez de la Frontera, en septiembre de 2001. Las actas fueron publicadas en 2002. *Vid.* Referencias bibliográficas.

Esto también es destacado por Alain Girard (1963: 19-20), que habla del hecho de que la carta siempre espera respuesta, promesa de diálogo. Es una ruptura con la soledad y un instrumento de comunicación. Celia Fernández Prieto (2001: 20) también subraya este hecho, pero precisa que “una correspondencia frecuente puede equivaler a la escritura de un diario”.

Béatrice Didier (1996: 43) se encarga de enumerar diversas características comunes: la ausencia de límites, la fragmentación, el día-a-día y el hecho de ser concebidos (al menos en un principio) sin propósito de publicación. Considera que tampoco son “obras” propiamente dichas: ni tienen el carácter acabado de éstas, ni sufren las vicisitudes propias de la publicación, la difusión, el ingreso en el círculo comercial”.

Celia Fernández Prieto (2001: 20) por su parte señala como rasgos que aproximan a ambos géneros “el anclaje en el hoy, la amplitud temática, la atención al detalle banal, la secuencia de la escritura”.

4.4.3. EL AUTORRETRATO

Señala Romera Castillo (2006: 47) la abundancia de autorretratos en el ámbito de la pintura (citando expresamente la sala de autorretratos de la Galería de los Uffici de Florencia) para afirmar que el autorretrato “tiene también una práctica interesante en la literatura al *pintarse* los escritores a sí mismos con palabras”.

Herrero Cecilia (1993) estudia la relación de la poesía y la autobiografía, subrayando la especial dimensión autobiográfica que encierra el discurso de la poesía, aunque en principio la esencia narrativa de la escritura autobiográfica no parezca casar con él. Ciertamente el relato autobiográfico busca organizar, explicar o justificar la vida mientras al poeta no le interesa ofrecer una visión documental sino el acercamiento a lo inefable y

espiritual del *yo* “inmerso en el devenir del tiempo pero que se siente también supratemporal” (Herrero Cecilia, 1993: 248). De la misma forma, la escritura autobiográfica, cuando se acerca a los sentimientos, inquietudes y vivencias íntimas, adquiere un tono poético. Pero la escritura autobiográfica es esencialmente narrativa por lo que el discurso de la poesía no parece el más adecuado para el relato autobiográfico. Sin embargo, Herrero Cecilia (1993: 248) considera que la poesía, cuando adopta un discurso orientado hacia una finalidad específicamente autobiográfica, toma la forma de autorretrato lírico. Ese autorretrato lírico “puede presentarse bajo la forma de un poema en verso o de un texto en prosa poética” (Herrero Cecilia, 1993: 249).

4.4.4. LA AUTOFICCIÓN

Dice Girard (1963: 29) que la novela autobiográfica y el diario íntimo son contemporáneos. Sin embargo, las diferencias entre ellos son claras. Según este autor, la novela se presenta tras la máscara de la ficción, mientras el diario íntimo, no.

B. Didier (1976: 10) los ve como géneros muy diferentes. Aunque dice que la novela es fabulación (que admite puede aparecer también en el diario), supone un trabajo de organización o composición.

En opinión de A. Girard (1963: 32) ambos géneros tienen en común la necesidad de examen de conciencia de sus autores.

4.4.5. EL REPORTAJE

Sobre los puntos en común entre el diario y el periódico, Béatrice Didier (1996: 40) señala que no se debe al azar que la palabra francesa *journal* designe a la vez el diario y el periódico. “El día a día está en el origen de los dos tipos de escritura. En ambos casos el acontecimiento debe ser registrado enseguida”.

También señala otros elementos comunes: la frecuencia cotidiana, la teórica falta de elaboración, la urgencia, la ausencia de distancia... Sin embargo, estas similitudes se refieren a un tipo específico de diario, el “diario-reportaje” y no al diario íntimo del que el reportaje es bien diferente.

5. CONCLUSIONES

De entre los géneros literarios, el diario destaca por su dificultad para ser definido con precisión. Quizá el escollo esté en su propio nacimiento como tipo de escritura privada destinada a un uso íntimo personal y en principio apartada de la comunicación pública, como “una escritura endogámica” (Caballé, 1995: 52). Sin embargo, el diario es “la quintaesencia de la literatura íntima”, en palabras de Romera Castillo (1981: 46) y “la manifestación más genuina y consustancial” de la literatura autobiográfica, según A. Caballé (1995: 51).

En general, los estudiosos del género hacen hincapié en la importancia del yo y de la intimidad de éste cuando hablan del diario. Así, además de las palabras de Romera y Caballé, podemos añadir las de Trapiello (1998: 31), que habla del diario como el tipo de escritura intimista en la que el yo se encuentra más cerca de sí mismo, o las de Girard (1963: 488), que ve el diario como el instrumento que el diarista utiliza para encontrarse a sí mismo y profundizar en su mundo interior.

Por su parte, Béatrice Didier (1976: 18-19) destaca dos aspectos fundamentales: el deseo de dejar constancia escrita de los acontecimientos del día y el papel de confidente del diario.

Como vemos, la noción del yo, importante en la literatura autobiográfica en general, es fundamental en el diario, y aun cuando la entidad del yo haya sido cuestionada durante el siglo XX por psicoanalistas o existencialistas, por ejemplo, como recuerda B. Didier (1996: 44-45), es indudable que el diario es el género que el diarista utiliza para profundizar en sí mismo.

Ahora bien, el yo que se expresa en el diario hila en definitiva un mensaje narrativo, “nos encontramos siempre ante un relato, con diferentes formas de manifestarse, pero relato al fin y al cabo”, en palabras de Cedena (2004: 101), centrado, eso sí, en torno al yo del autor, que es el protagonista único, y en torno a su intimidad y sus circunstancias personales.⁷

La perspectiva de escritura intimista y personal pone las notas diferenciadoras del género diarístico frente a la novela, a la que está vinculado por la utilización de procedimientos narrativos (con el uso por ejemplo de un personaje, un relato o unos hechos), pues al diarista lo mueve un impulso testimonial que lo acerca más al poeta que al narrador, por el lirismo que en muchas ocasiones late en su diario.

Queda claro así el parentesco (mayor o menor) con otros géneros, como la poesía (señala Cedena (2004: 103) que a veces el diario puede parecer o llegar a ser un poema en prosa) o la novela (el diario como discurso literario, vinculado a la ficción), por lo que sus marcas más características y diferenciadoras se encuentran en la naturaleza de su texto que gira en torno al yo, que es además el autor-diarista, el narrador, el personaje principal y

⁷ Romera Castillo (1998: 83 y ss) estudia los diferentes criterios de narratología y analiza diversos paradigmas de estudio del relato de otros autores como Claude Lévi-Strauss, J. Greimas, Charles Morris y Tzvetan Todorov. “Existe una semiología general del relato”, dice Romera (1998: 80) y expone su propio modelo de análisis semiótico centrado en los apartados morfosintáctico, semántico y retórico.

el centro del contenido del mensaje; así como en su estructura fragmentaria, fechada y que sigue el día a día.

Como relato, el diario es un discurso literario vinculado a la ficción y con estructura literaria. Lo apasionante del género (tanto para su estudio como para su lectura) es en definitiva el mestizaje, que le confiere su parentesco con otros géneros y su peculiaridad, pero también la belleza artística, la emoción y la viveza y nervio de la escritura hecha en la inmediatez de lo vivido.

El diario es, por lo tanto, un ejemplo excelente (uno más) de la dificultad a la hora de establecer barreras o fronteras entre los géneros literarios, actividad más allá de la cual prevalece el disfrute y goce estético por “la concentrada intensidad de la palabra lírica”, en expresión del profesor Romera (1998: 78), gran defensor de la fusión de los géneros.

Capítulo 2

ALGUNOS APUNTES SOBRE EL CULTIVO DEL DIARIO EN ESPAÑA

1. INTRODUCCIÓN

En primer lugar, me referiré a la labor que en este campo ha realizado en nuestro país el profesor Romera Castillo, que ha inventariado el cultivo de lo autobiográfico en España, tanto en general como sobre el diario en particular. Por su condición de pionero en el estudio de este tipo de literatura en nuestro país, son innumerables los trabajos por él publicados. Muchos de ellos han sido o irán siendo citados en este trabajo; pero, para tener una relación más completa, es conveniente acudir a su trabajo “La escritura autobiográfica y el SELITEN@T: guía bibliográfica”, publicado en el número 19 de la revista *Signa*, publicación del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías, institución que dirige desde su cátedra en la UNED.

1.1. ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA

Ya es indudable que la escritura autobiográfica tiene un hueco en el patrimonio literario español. Aunque hasta hace bien poco el tópico más repetido insistía en la falta de interés de nuestra literatura por lo autobiográfico, hoy parece innegable que este tipo de escritura está de actualidad en nuestro país, aun cuando nos falte el peso de la tradición que sí tiene en países como Francia o Reino Unido.⁸

⁸ De su cultivo e interés por parte de escritores, lectores y estudiosos da cuenta la cantidad de biografías, libros de memorias, autobiografías y diarios tanto actuales como clásicos y de autores nacionales o

Ya desde sus orígenes podemos encontrar significativos ejemplos de esta literatura íntima, como es el caso destacado por el profesor Romera (1981: 18) de Santa Teresa de Jesús o ya en el siglo XVIII el de *Vida: ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras de Diego de Torres Villarroel* (Romera, 1981: 20), y un poco más adelante, las *Memorias de un setentón* de Ramón Mesonero Romanos, que marcaron un modelo seguido después por otros escritores.

Memorias y autobiografías entre los siglos XVIII y XX pueden estudiarse en Fernando Durán y su *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)* (1997); Anna Caballé, *Narcisos de tinta* (1995); y Miguel García Posada, Anna Caballé y Jean Pierre Castellani y su estudio *La literatura de la memoria entre dos fines de siglo: de Baroja a Umbral 1898-1998* (1999).

Hay también diversos estudios sobre literatura autobiográfica escrita por mujeres, como los cuatro volúmenes de Anna Caballé, *La vida escrita por las mujeres* (2003); la *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, de Iris M. Zavala et alii, eds. (1998) y *Mujer y autobiografía en la España contemporánea* (2001), de Bettina Pacheco. El profesor Romera ha abordado también este tema en varios trabajos, de los que citamos “Escritura autobiográfica de mujeres en España (1975-1991)” (2006) y “La memoria histórica de algunas mujeres antifranquistas” (2009).

En el siglo XX destacan las voluminosas memorias de Pío Baroja (*Desde la última vuelta del camino*), obras de Azorín, Unamuno o las más recientes de Carlos Barral (*Años de penitencia* y *Los años sin excusa*);

extranjeros que se vienen editando en nuestro país. Además, se celebran cursos, encuentros y congresos sobre el tema. En el ámbito científico es importante reseñar la labor de investigación que se viene desarrollando en dos universidades españolas; una, la del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías del Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura de la Facultad de Filología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, bajo la dirección del profesor Dr. José Romera Castillo, que es autor y promotor de numerosos trabajos e investigaciones, además de pionero en nuestro país en este campo. La otra que hay que destacar es la importantísima labor realizada por la Unidad de Estudios Biográficos de la Universitat de Barcelona, bajo la dirección de Anna Caballé. Allí se publica la revista *Memoria. Revista de Estudios Biográficos*.

Jorge Semprún; Juan Goytisolo (*Coto vedado* y *Los reinos de Taifa*); José Manuel Caballero Bonald (*La novela de la memoria*); Carlos Castilla del Pino (*Pretérito imperfecto* y *Casa del olivo*). También, *El tiempo amarillo*, de Fernando Fernán Gómez; *Tan lejos, tan cerca*, de Adolfo Marsillach y *Memorias de un bufón* de Albert Boadella. Trabajos panorámicos o sobre diversos escritores en particular de este periodo, podemos encontrar en el libro *De primera mano: sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*, del profesor Romera Castillo (2006), ya citado anteriormente.

1.2. DIARIOS

Por lo que se refiere estrictamente a la escritura diarística, hay que decir que los diarios se encuentran en la actualidad en un excelente momento; en especial, desde 1975, según ha constatado Romera Castillo (2004b: 96) han aparecido o se han ido rescatando muchos escritos diarísticos. Hay además estudios importantes acerca de este tipo de escritura, tal es el caso del trabajo ya citado de Eusebio Cedena, *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra* (2004).

El género diarístico se encuentra en España en una excelente situación, con ediciones significativas y publicaciones que van aumentando de año en año. Haremos aquí un breve repaso histórico de las obras más significativas relacionadas especialmente con el diario íntimo.

1.3. LOS COMIENZOS

Una mirada a la literatura autobiográfica española nos llevaría hasta el siglo XV, con la pionera Leonor López de Córdoba, autora de unas

memorias que en palabras de Romera Castillo (2004c: 21) son “las primeras estrictamente memorias que aparecen en nuestra historia de la escritura autobiográfica, escritas por una mujer”, a pesar de su escasa calidad literaria. También de una mujer, en este caso Santa Teresa de Jesús, es el *Libro de la Vida*. Y es que en el Siglo de Oro se dan dos manifestaciones fundamentales de la escritura autobiográfica, según exposición de Romera Castillo (2004c: 22): la escritura confesional de monjas, cuyo prototipo es el libro arriba citado de Santa Teresa, por un lado, y por otro, la aventura de los militares, la vida de los soldados, con ejemplos de gran calidad, como la *Vida del capitán Alonso de Contreras* o la *Vida del soldado español Miguel de Castro*.

Aunque como ya vimos carentes totalmente de intimidad e introspección (notas características del género), podemos rastrear en fechas anteriores al siglo XVIII algunos textos que consideramos como los diarios españoles más antiguos.

El *Diario de a bordo*, diario de navegación de Cristóbal Colón, es un antecedente muy importante, pero pueden citarse otros como el *Diario espiritual* de Jerónimo Nadal, jesuita del siglo XVI. Danielle Corrado (2000: 35-36) da otros ejemplos, como las *Memorias* del cronista real Esteban de Garibay y Zamalloa, también de ese siglo. Incluye además (por ser género cercano al diario) las *Epístolas familiares* de Antonio de Guevara. Por otra parte, Cedena (2004: 110-111) hace referencia a la reciente publicación del *Diario espiritual (1564-1570)* de San Francisco de Borja.

Del siglo XVII podemos citar el *Diario de noticias de 1677 a 1678*) de Juan Antonio Valencia, del que se incluyen fragmentos en el libro de Antonio Dorta y Granell (1963). De esta época Corrado incluye, por su cercanía con el género, la correspondencia de Felipe IV, las cartas de Quevedo y algunas crónicas de viajes, como el *Libro de viajes* de Benjamín

de Tudela y las crónicas de Ruy González de Clavijo y de García de Silva. Todos estos textos pueden ser considerados antecedentes del diario tal como se conoció en el siglo XIX y en el XX, pues, siguiendo a Corrado (2000: 36), el discurso sobre el yo emerge formalmente en España durante el Siglo de Oro, aunque la introspección no llega hasta mucho más tarde. Durante este siglo las cartas y las crónicas de viaje son un tipo de discurso personal, familiar y de carácter cronológico que pueden constituir un precedente del diario.

Así pues, hasta el siglo XVIII el diario de navegación, el libro de “razón”, el de viajes o el diario espiritual constituyen la forma en que el diario se manifiesta hasta que mucho más tiempo después toma su forma propia.

En Francia, Inglaterra o Alemania, el siglo XVIII dio grandes autobiógrafos (Rousseau, Franklin, Goethe), pero en España apenas se dan textos de importancia. Anna Caballé (1995: 135) destaca la importancia innovadora de la *Vida: ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* de Diego de Torres Villarroel, obra que también destaca Corrado (2000: 39-40) porque ve ya en ella la visión burguesa de la existencia individual, hecho que hace del individuo el autor y actor de su vida, lo que propicia la aparición de los escritos de Moratín y los de Jovellanos. Los de este último, *Diarios (1790-1801)*, están formados por notas de viajes, observaciones de carácter profesional y de la vida cotidiana, pero sin introspección. Respecto al *Diario* de Leandro Fernández de Moratín, cabe reseñar que se trata de un texto peculiar y difícil de descifrar, pues suprimía sistemáticamente las vocales internas de las palabras, y además está escrito en un idiolecto, mezcla de palabras latinas, españolas y francesas, así como vocablos italianos e ingleses, como ha señalado Corrado (2000: 49). En él se consignan de forma bastante lacónica las principales actividades diarias del dramaturgo, relatos de viajes por Europa, reflejo de los ámbitos literario y político de su época, así como amores, emociones, confesiones eróticas,

comida, visitas, amigos, pero no hace ninguna mención de sus lecturas, proyectos o reflexiones de naturaleza artística. Dice Corrado que se trata de un libro de cuentas, base de su trabajo literario, pero no contiene introspección porque el diario del siglo XVIII aún no es íntimo.

También de este periodo, Dorta y Granell (1963) en su recopilación de diarios íntimos incluyen el *Diario de viaje a Moscovia y de mi embajada en Rusia (1727-1730)* del Duque de Liria, y de este mismo autor, Danielle Corrado (2000: 35-36) cita otro diario titulado *Diario de mis viajes y negociaciones en Varsovia y Viena*. Incluye además el del sacerdote Gaspar de Pereyra y el de Faustino de Casamayor con el título *Años políticos e históricos de las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza (1782-1833)*. Por su parte, Cedena (2004: 110-111) hace referencia a la publicación de la obra *Memorias de un exilio. Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey de España (1767-1768)*, del padre Manuel Luengo, texto que no tiene pretensiones literarias, de motivación apologética, pero útil para la obtención de datos acerca de la expulsión e ideas de los jesuitas.

1.4. EL SIGLO XIX

El siglo XIX ve producirse el despegue del género y aparece una gran cantidad de escritos autobiográficos que pone a España a la altura de otros países. Anna Caballé (1995: 36) realiza un estudio sobre el género autobiográfico en nuestro país a partir del siglo XIX que la lleva a afirmar que no podemos mantener el tópico de la escasez en ese dominio literario. En su opinión, una amplia nómina de autores lo han cultivado, aunque no dispongamos de un catálogo exhaustivo de autobiografías y memorias.

En cuanto al diario íntimo, irrumpe también en estas fechas pero con poco vigor, hasta el punto de que, como afirma Laura Freixas (1996: 6), no existe en nuestro país producción antes del siglo XX. Considera Freixas que, si en el ámbito autobiográfico hay muchas obras, aunque sin intimidad ni introspección, en el terreno del diario encontramos un panorama desolador, pues antes del siglo XX no hay prácticamente nada. No pueden considerarse diarios íntimos los de Jovellanos ni Moratín, ni siquiera el de Unamuno, que es íntimo pero no diario. Además, ninguno de los escritores españoles del siglo XIX nos ha dejado un diario, cosa que sí hicieron sus coetáneos franceses.

Un caso particular que destaca Corrado (2000: 56) es el del escritor José María Blanco White. Este escritor y periodista de ascendencia hispano-inglesa se autoexilió en Inglaterra buscando la libertad. Allí se convirtió al anglicanismo e, influido por esa religión, comenzó a escribir su *Private journal*, siguiendo la costumbre anglicana del examen de conciencia. Según Corrado, ese diario se inscribe en lo cotidiano, y es un medio de “construcción de una identidad”. Con este autor el diario entra en un espacio de escritura en el que se manifiesta el yo conflictivo.

En opinión de Corrado (2000: 59-61) en el siglo XIX las convulsiones sociales y políticas y la fascinación por la historia llevaron a políticos (como Castelar) y hombres de letras a aportar su testimonio personal. Sin embargo, los memorialistas españoles del siglo XIX muestran una clara reticencia a evocar su vida privada cuando no está en relación directa con los acontecimientos exteriores.

Van apareciendo las memorias de José García de León y Pizarro, secretario de estado de Fernando VII, o el *Diario de 1823* del propio monarca, el *Diario de un patriota complutense*, de un ciudadano de Alcalá de Henares llamado Palomar, diario regular y con gran implicación personal, lo que lo puede convertir en fundador de una identidad personal,

aunque tamizada por valores como la patria y la religión, ya que el diario fue motivado por la invasión napoleónica. También, los *Apuntes del diario o itinerario de mi viaje a Francia y Flandes en compañía de mi alumno Excmo. Señor don Francisco de Silva y Bazán*, de 1849.

La afluencia de memorias relega a la sombra la práctica del diario, considerado ante todo como herramienta para la redacción, como un mero auxiliar de la escritura que lo convierte en inútil una vez la obra ha sido publicada como tal (Corrado, 2000: 63-65). Cita esta estudiosa el *Diario* de Gustavo Adolfo Bécquer, que considera más bien un “boceto” de diario, pues no excede los cuatro días de anotaciones y no contiene información capital sobre su autor. No fue publicado hasta 1961 por Dámaso Alonso. También habla de las *Memorias de un desmemoriado* de Lorenzo Ruiz Contreras, publicadas en 1917, en las que alude constantemente a un dietario del que a veces reproduce fragmentos.

Por otra parte, la progresiva emergencia de la burguesía en las grandes ciudades va acompañada de la expansión de la prensa, que se abre a nuevos géneros, como el cuadro costumbrista o los folletines. Así, Pedro Antonio de Alarcón publica en 1860 su *Diario de un testigo de la Guerra de África*. Se trata de un diario-reportaje escrito durante la primera campaña de la Guerra de Marruecos. Señala Corrado (2000: 66) que se trata de un híbrido de diario, difícilmente reductible a una categoría de escritura y que en eso reside su interés. La obra contiene aspectos propios del diario, como la fragmentación temporal o el propio título. Además, el autor recurre a otras modalidades de escritura, como la carta, el diálogo, los recitados dramáticos o el reportaje.

1.5. EL SIGLO XX

Si no existe el diario íntimo en España hasta el siglo XX, la explicación, según Laura Freixas (1996: 7), hay que buscarla en la Contrarreforma, la Inquisición y los ideales místicos y guerreros. Faltaría en España un clima como el francés, que oponía el refinamiento a la austeridad española, la galantería a la honra y el salón literario a la tertulia de café.

En la España del siglo XX encontramos obras a las que se da el nombre de diario. Es el caso del *Diario de un enfermo* de Azorín o de *Las iluminaciones en la sombra* de Alejandro Sawa, que Trapiello (1998: 83) considera grandes diarios. La obra de Azorín aparece también citada por Corrado (2000: 66) junto con otro diario de este autor titulado *Charivari (Crítica discordante)*, de 1897, publicado parcialmente por Granell y Dorta (1963: 1100-1104). Es el diario de la vida literaria madrileña entre el 25 de noviembre de 1896 y el 2 de abril de 1907. En ese diario, un joven de provincias recién llegado a los medios literarios madrileños anota día a día sus descubrimientos y hace una dura crítica.

También Miguel de Unamuno hace una pequeña incursión en el diario íntimo en *Cómo se hace una novela*, y tiene un diario titulado *Diario íntimo*.

Dorta incluye otros diarios de valor, como el de Ángel Sánchez Rivero titulado *Papeles póstumos (Diario)*; el de Eugenio D'Ors con el título *La vida breve* (2002); el *Diario de mi vida* de Rufino Blanco-Fombona; el *Dietario* de Luis Ruiz Contreras,⁹ o el *Diario* de Matilde Ras (1949). También el rey Alfonso XIII escribió un *Diario íntimo*, aunque no se publicó hasta 1961.

Laura Freixas (1996: 8 y ss.) distingue para el siglo XX tres épocas, siguiendo la fecha de inicio de los textos diarísticos:

⁹ Fragmentos de todos estos diarios pueden leerse en la antología de Granell y Dorta.

1. La etapa anterior a la Guerra Civil. En ella incluye sólo a dos escritores catalanes: Josep Pla y Marià Manent.
2. La etapa de la Guerra Civil y la posguerra. La mayoría de los escritores son catalanes y con la nota común de haber vivido gran parte de su vida fuera de España. Aquí están incluidos los escritores del exilio. Forman parte de esta etapa: Manuel Azaña, Rosa Chacel, Carlos Edmundo de Ory, Jaime Gil de Biedma, etc.
3. La etapa actual, desde la transición a la democracia. En este periodo hay muchos más escritores que en los dos que lo preceden. Hay autores de distintas generaciones, la mayoría nacidos a finales de los 40 o en los años 50: Pere Gimferrer, Miguel Sánchez Ostiz, Andrés Trapiello, Francisco Umbral, José Jiménez Lozano, entre otros muchos.

Tras un estudio de esta etapa, Freixas pone de manifiesto la confusión que en torno al diario se da en España en este último periodo de siglo XX, pues aquí el diario carece de tradición. Llega a la conclusión de que el que se cultiva en nuestro país es más bien el dietario. En este punto coincide con Caballé (1996: 105). Esta última pone también de manifiesto la influencia que en el diarismo español han tenido los grandes diaristas en otras lenguas, especialmente los franceses. Entre otros cita a María Bashkirtseff, Gide, Kafka, Gombrowicz o Pavese.

En España no tenemos diarios tan importantes como los de Amiel o Miguel Torga, pero en el último siglo el diario cuenta con ejemplos importantes como Josep Pla, Azaña, Max Aub o Zenobia Camprubí. Actualmente se encuentra en un buen momento con autores de obra diarística significativa, de los que no pueden servir de ejemplo José Jiménez Lozano, Andrés Trapiello o Miguel Sánchez Ostiz.

Como señala Romera Castillo (2000 a: 105), la escritura autobiográfica, en general, y la diarística en particular, han experimentado en España, en

los últimos veinte años, un notable auge. Hay que decir, sin embargo, que en la actualidad los diaristas españoles cultivan más bien el dietarismo, pues, más que para la introspección personal utilizan sus diarios para contenidos estéticos, culturales, sociales, etc.

1.5.1. INICIOS DEL SIGLO XX

El *Diario de un enfermo* de Azorín es el primer diario literario de nuestra literatura en opinión de Andrés Trapiello (1998: 84). El libro fue publicado en 1900 y según Trapiello, Azorín demostró ser un perfecto conocedor del género. Se hace las preguntas que se hace todo diarista: qué es la vida, cuál es su fin, para qué la vivimos... Azorín hace un libro muy literaturizado, pero aun así habla de sí mismo.

Hay que citar también como texto diarístico importante el *Diario íntimo* de Miguel de Unamuno. Trapiello opina que se trata más bien de un dietario. No sigue las convenciones del género, pues se trata de una reflexión existencial, psicológica e intelectual. Danielle Corrado (2000: 78) cree que es el testimonio de la crisis religiosa de su autor. El libro está compuesto por cinco cuadernos que abarcan un periodo que va entre octubre de 1897 y enero de 1902.

Trapiello considera verdaderos diarios de Unamuno otros títulos: *De Fuerteventura a París* (Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2003), y el *Cancionero* (Tres Cantos: Ediciones Akal, 1984), que lleva el subtítulo *Diario poético*. Aunque sus libros de poesía también tienen muchas características del género. Como hemos señalado ya antes, Unamuno hace también una pequeña incursión en el diario en *Cómo se hace una novela*. Corrado (2000: 96) opina que este libro es singular por combinar la novela, la autobiografía y el diario.

Trapiello (1998: 85-86) cita *Las iluminaciones en la sombra* como el primer gran diario de un escritor español porque su autor no quiere ser otro que él mismo, aunque más adelante dice que se inclina a creer que no se trata de un diario realmente, pues se trata más bien de unas anotaciones dispersas y hay muy pocas entradas para tantos años como abarca.

Aproximadamente de estas fechas también son las páginas del diario íntimo de Eugenio Noel, obra inacabada y póstuma, pues el autor falleció en 1936 y la obra fue publicada con el título *Diario íntimo. La novela de la vida de un hombre*, en 1961 y 1968. La obra tiene cerca de 800 páginas que abarcan desde el nacimiento del autor en 1885 en Madrid hasta 1924, fecha en la que su autor interrumpe su redacción. El texto es muy irregular y refleja la miseria en la que vivió el escritor. Trapiello (1998: 100) les atribuye un alto grado de intimidad.

De este periodo es también el libro *La novela de un literato* (en tres volúmenes), memorias de su autor Rafael Cansinos Asséns, que obtuvo con ellas un gran éxito. Andrés Trapiello (1998: 101) considera que es un texto con la forma de un diario. Este texto constituye hoy un importante documento literario de la época.

El escritor vasco Juan Larrea antes de su exilio llevó un diario, en los años 1926-1932, una selección de los cuales fue publicada en 1990 por el poeta Pere Gimferrer con el título de *Orbe* (Barcelona: Seix Barral, 1990). El texto es hermético y surrealista y ha sido calificado por Trapiello (1998: 91) de “extraño libro”, aunque con muchas de las características propias del género.

En un clima bélico, Juan Ramón Jiménez inició la escritura, en 1937, de *Desterrado (diario poético)*, escrito en el exilio americano del que no regresó. *Desterrado* fue publicado por última vez en 1990, pero apareció también entre 1937 y 1941 en *Revista Cubana VII*, y posteriormente en *Guerra en España* (1985), elaborado por Ángel Crespo. Fue también

incluido en la *Selección de Prosa Lírica de Juan Ramón Jiménez* (1990). Se trata de un diario de tono lírico, pero también atento a los acontecimientos políticos.

Juan Ramón escribió antes, entre octubre y noviembre de 1903, un diario conocido como “Diario íntimo”, editado por Ricardo Gullón en 1988 en el número doble 64-65 de la revista *Peña Labra*. En opinión de Cedena (2004: 126) se trata de un texto bello, breve y emocionado, un diario íntimo de un joven de 22 años con un gran impulso lírico. Trapiello (1998: 92-93) considera que el *Diario de un poeta recién casado* (1999) también pertenece al género, y que es un libro en el que la fecha tiene un protagonismo excepcional, “por mostrarnos la oscilación de un sentir”. El libro refleja el viaje que Juan Ramón emprendió a Nueva York para casarse con Zenobia Camprubí, y el regreso de ambos a España en 1916. Se trata de un diario poético.

Por su relación con el matrimonio Jiménez y por la peculiaridad de su escritura, es importante reseñar el libro titulado *Juan Ramón de viva voz* (1998) del gran amigo y colaborador del poeta, Juan Guerrero Ruiz. El libro presenta la particularidad de ser un diario de anotaciones que tienen como protagonista, no al autor del libro, sino a Juan Ramón, constituyendo así un paradójico diario, ejemplo de la diversidad y complejidad de este género, en palabras de Cedena (2004: 127). El libro consta de dos volúmenes, de los cuales el primero abarca desde 1913 a 1931 y el segundo desde 1932 a 1936.

1.5.2. EL 27 Y EL EXILIO

El poeta malagueño Emilio Prados escribió un *Diario íntimo* (Málaga: Centro Cultural de la Generación del 27, 1998 y Málaga: Litoral, 1966) que

puede situarse entre los años 1919 y 1921 aunque no fue publicado por primera vez hasta 1966 por José Luis Cano. Se trata de un texto de juventud, de gran lirismo, tristeza y poesía, y que Cedena (2004: 121) considera interesante en la obra poética posterior de Prados.

El poeta sevillano Luis Cernuda escribió unas breves páginas diarísticas en 1925. Éstas forman un conjunto muy breve de anotaciones dispersas correspondientes a distintas épocas de su vida en las que el poeta anotaba en forma de diario sus impresiones, recuerdos, notas, viajes, etc. Se trata en total de unas cuarenta páginas recogidas en siete conjuntos de fragmentos y que están incluidas en *Prosa II*, el volumen III de la *Obra Completa* (1994) del poeta, editada por Derek Harris y Luis Maristany. Estas páginas abarcan desde 1925 hasta 1948, algunas de ellas sin fechar, y de factura muy desigual, sin relación ni continuidad entre ellas, es decir, faltas de unidad, aunque con semejanzas de estilo y clima interior. Muestran un claro sentimiento de introversión y soledad a pesar de su falta de homogeneidad y su carácter de simples impresiones o breves apuntes. Cedena (2004: 122) considera estas páginas de gran interés para conocer la afición diarística del poeta y también por su belleza, tono poético y calidad literaria, a pesar de que no constituyan un proyecto diarístico importante. En la edición de Siruela estos fragmentos cernudianos llevan los títulos siguientes: [*Diario de un viaje*], *De un “Diario”*, [*Anotaciones*] (1926-1927), [*Anotaciones*] (1931, 1935), [*Páginas de un Diario*] (1934-1935), [*Del Cuadernillo de Fechas*] y [*Fragmentos de un Diario*].

Manuel Altolaguirre escribió su diario en plena guerra, en marzo de 1937. Se trata de un brevísimo texto “de guerra” de doce páginas, titulado *Noche de Guerra (De mi “Diario”)*. Está dedicado a Vicente Aleixandre y probablemente formaba parte de un diario más amplio que desconocemos. Los apuntes de esta *Noche de Guerra* van encabezados por una única fecha, “Marzo, 1937”, por lo que constituyen una sola anotación de doce páginas,

en la que habla de asuntos de su vida personal y de la guerra. Es un interesante testimonio de este poeta malagueño sobre la situación española.

Ya en el exilio, y en los últimos momentos de la Guerra Civil, en febrero de 1939, comienza Max Aub a escribir sus *Diarios (1939-1972)*, un importante conjunto diarístico inédito hasta su publicación en el año 1998, en una selección de Manuel Aznar Soler. De estos diarios inéditos Aub sólo publicó algunos fragmentos en vida, aunque contienen miles de páginas, de las que Aznar ha recogido en torno a medio millar, siguiendo un criterio de calidad literaria y valor testimonial. Posteriormente, en 2003, el propio Aznar ha publicado otra edición titulada *Nuevos diarios inéditos (2003)* en la que incluye nuevos e interesantes materiales del autor en esos mismos años.

Max Aub tiene otro gran diario, *La gallina ciega. Diario español (1995)*, primer diario de este escritor que se publicó en España. Es un texto que deja testimonio del regreso de Aub a España en 1969, después de 30 años de exilio. Se trató de un regreso temporal, de sólo tres meses, que supuso una gran decepción para el escritor, de la que deja testimonio en estos diarios, pues esperaba encontrar otra España diferente. En principio, este diario se publicó en México dos años después de la visita.

Debemos citar también los diarios escritos por la esposa de Juan Ramón Jiménez, compañera suya en el exilio, Zenobia Camprubí. Aunque dedicamos a ella y sus diarios el resto de este trabajo, debemos consignar ahora sus diarios, considerados por Cedena (2004: 126) “bellísimos y llenos de interés”. Por su parte, Romera (2000: 391) piensa que constituyen un documento histórico y testimonial de gran importancia. Para Trapiello (1998: 94) los diarios son bellísimos y resultan imprescindibles para conocer a Juan Ramón y la relación tan compleja y difícil entre ambos.

Los diarios más importantes y extensos son los que cubren la etapa del exilio americano, primero en Cuba, después en Estados Unidos y,

finalmente, en Puerto Rico. Abarcan toda la vida del matrimonio desde su salida de España en 1937 hasta casi la muerte de Zenobia en 1956. Están publicados en tres tomos: *Diario. 1. Cuba (1937-1939)* (2006), *Diario. 2. Estados Unidos (1939-1950)* (2006) y *Diario. 3. Puerto Rico (1950-1956)* (2006). De estos importantísimos diarios, Arturo Villar editó una selección en el “Diario de Zenobia Camprubí recién casada” (1978). También publicó el diario de 1916, junto con un escrito titulado “Juan Ramón y yo” en el volumen *Vivir con Juan Ramón* (1986). Citamos también los *Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón* (1987).

La escritora Rosa Chacel es otra diarista que escribe su texto por estas fechas, concretamente en abril de 1940. Sus diarios se publicaron por primera vez en 1982, en dos volúmenes que llevan por título *Alcancía. Ida* (1994 y 1982) y *Alcancía. Vuelta* (1994 y 1982), textos que tienen su origen en la Guerra Civil, la derrota republicana y el exilio de la escritora. Más tarde, y ya con Rosa Chacel en España, publicó un tercer tomo *Alcancía. Estación Termini* (1998, edición de Antonio Piedra y Carlos Pérez Chacel).

Los diarios de esta escritora están marcados por un tono de desesperación, de disgusto y duda existencial ante la vida, el exilio y las relaciones. Caballé (1996: 116) destaca en ellos la elipsis y la dubitación. Romera Castillo (1994a: 9) los considera bellos e importantes por hacer un retrato crítico de la época. Trapiello (1998: 127) destaca que en ellos el centro es la propia Rosa Chacel, que se estudia y se ocupa de sí misma en todo momento a lo largo de la obra.

Por los años treinta, el poeta y pintor malagueño José Moreno Villa, escribió y publicó el libro *Pruebas de Nueva York* (1989), texto cercano al diario y definido por Romera Castillo (1994: 8) como “más bien evocaciones cargadas de lirismo”, que se editó por primera vez en Málaga en 1927. Su autor recogió en él las impresiones de su estancia en la ciudad

norteamericana de forma lúcida, inteligente e irónica. José Moreno Villa escribió también una autobiografía titulada *Vida en claro* (1976), obra cumbre del género, de gran calidad literaria y contenido marcado por el exilio.

En los años treinta tenemos que enmarcar también los textos del escritor aragonés Benjamín Jarnés, así mismo exiliado a causa de la Guerra Civil. Son los *Cuadernos jarnesianos* (1988). Estos textos no pueden ser incluidos en el apartado de los diarios, pues son apuntes, bocetos de novelas, ensayos, artículos, etc., que no conforman un diario o dietario, sino más bien cuadernos de contenido heterogéneo y variado de difícil catalogación. En opinión de Cedena (2004: 123), guardan más bien semejanza con los carnets de notas. Jarnés tiene también otra obra de carácter autobiográfico titulada *Epistolario (1919-1939)* y *cuadernos íntimos* (2003), que reúne las cartas del autor en esos años a distintas personalidades del mundo literario, así como una serie de cuadernos que completa los *Cuadernos jarnesianos*.

En septiembre de 1936, en París, comenzó a escribir sus *Diarios íntimos* el escritor Agustín de Foxá, en opinión de Trapiello (1994: 54), uno de los documentos literarios más interesantes para conocer la España nacional de los años de guerra. Son diarios en los que no hay mucha doctrina política, sino mucha literatura. A pesar de su discontinuidad, poseen el *continuum* poético que les confiere un notable valor de conjunto. Estos diarios no fueron publicados hasta 1976 en las *Obras Completas*.

Otra figura importante de la política y la literatura de estos años es Manuel Azaña, presidente de la República, ministro y escritor. Sus diarios, agrupados en una edición bajo el título de *Diarios completos* (2000), constituyen en opinión de Anna Caballé (1996: 111), “el texto memorial más importante de la historia española moderna”, equiparables al *Diario* de Gaspar Melchor de Jovellanos. Caballé recuerda que Azaña fue diarista

toda su vida hasta poco antes de morir en el exilio de Montauban (Francia). Dejó varios textos diarísticos menores de su etapa anterior a la política, y tiene sus grandes diarios *Memorias políticas y de guerra* (1978, dos volúmenes) y *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados* (1997), todos agrupados en los *Diarios completos*, arriba citados.

Sus diarios son un valioso testimonio de los acontecimientos vividos en aquella España, pues poseen gran importancia como documento histórico además de poseer calidad literaria. Su tono es sorprendentemente homogéneo y contenido a pesar de que los acontecimientos que refleja son extremadamente graves, en opinión de Caballé (1996: 113). También Trapiello (1998: 97) les concede gran importancia, sobre todo en el ámbito histórico. Considera que para Azaña eran la última carta, pues pensaba que perdía la partida de la política y la de la literatura.

Un interesante trabajo sobre los textos autobiográficos de Azaña puede leerse en el libro *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (S. XX)* del profesor Romera Castillo (2006), en un capítulo que estudia tres tipos de discursos autobiográficos sobre la guerra (in)civil (en expresión del profesor) española. El discurso de los textos de Manuel Azaña presenta la peculiaridad de haber sido “manipulado descaradamente” (Romera, 2006: 83) por el franquismo.

Que Manuel Azaña tenía vocación diarística (y que además utilizaba cuadernos de notas, apuntes, textos dispersos para su posterior utilización en los diarios) queda de manifiesto en otros dos textos que llevan los títulos de *Apuntes de memoria inéditos* y *Cartas* (1990, edición de Enrique Rivas) y *Comentarios y notas a “Apuntes de memoria” de Manuel Azaña* (1990).

En 1947, tras su regreso a España después de un corto exilio, el escritor valenciano Juan Gil-Albert emprende una obra de apuntes cotidianos titulada *Breviarium vitae* (1999), de grandes semejanzas con el diario íntimo, aunque por sus características habría que considerarlo más bien un

dietario. Estos textos abarcan un amplio periodo de la vida de Gil-Albert y fueron publicados en 1979. Romera (1994: 9) los considera un conjunto de anotaciones de diversa naturaleza, desde lo poético hasta lo filosófico, lo intelectual y lo autobiográfico.

En 1952, en el exilio, comienza el escritor y pintor Ramón Gaya su *Diario de un pintor* (1994). El diario recoge las anotaciones del autor entre junio de 1952 y junio de 1953, cuando el artista regresa a Europa tras un exilio de catorce años en México, y viaja por Francia e Italia, pero no se publicó hasta 1982. Trapiello (1998: 128) lo considera un diario excepcional y modelo en su género. El *Diario de un pintor* es el libro de un hombre profundamente solitario, escrito en plena madurez y que ha sufrido la guerra y el exilio. Tuvo después una continuación en *Retales de un diario* (1994), que comprende los años que van desde 1956 hasta 1962. Los grandes protagonistas de este diario son el arte y la pintura.

En julio de 1952 se inicia en el exilio el *Diario póstumo* (1972) de Ramón Gómez de la Serna, aunque no se publicó, y de forma fragmentaria, hasta el año 1972. Este diario se compone de dos textos llamados “Primer diario” y “Segundo diario”. Abarcan desde julio de 1952 hasta agosto de 1956, y no tienen continuidad, ni regularidad, y casi ni fechas o referencias que permitan situarlos con exactitud. Andrés Trapiello (1998: 117) lo considera un carnet lleno de anotaciones de diversa índole, y no propiamente un diario.

1.5.3. LA POSGUERRA

El poeta Ricardo Molina también inició un diario en plena contienda, titulado *Diario (1937-1946)* (1990). Romera (1994: 11) considera que Molina ha consignado en su obra una serie de testimonios utilísimos para

conocer su personalidad y su obra, así como para reconstruir el ambiente social y cultural de la Córdoba de aquellos años.

El escritor Dionisio Ridruejo escribe sus diarios: *Los cuadernos de Rusia* (1978), que son de los más relevantes del siglo XX español. Ridruejo, falangista convertido después en demócrata, comienza estos cuadernos entre el 4 de julio de 1941 y el 21 de abril de 1942, cuando marchó voluntario en la División Azul. Según dice Caballé (1996: 114), le sirvieron para revisar su postura personal y al mismo tiempo la situación de España, de ahí su doble interés histórico y privado.

Ridruejo refleja en sus cuadernos la ambigüedad de su situación política. Opina Danielle Corrado (2000: 126) que estos cuadernos se inscriben en la categoría de diarios nacidos de una situación particular que determina su duración y sus contenidos. Estos cuadernos no se publicaron hasta 1978, tras la muerte de Franco, y en ellos domina un yo poético. Este escritor tiene otros libros de carácter autobiográfico: *Diario de una tregua* (1988), *Casi unas memorias* (1977) y *Sombras y bultos* (1984).

También en los años 40, en 1946 exactamente, inicia su *Diario (1946-1975)* (1983) el poeta Luis Felipe Vivanco, y lo continuó hasta 1975. La selección y edición de los textos se debe a Soledad Vivanco, hija del escritor. Danielle Corrado (2000: 176) explica que el diario de Vivanco se enmarca en una triple perspectiva de la realidad: la realidad natural, la realidad histórico-social y la realidad artística. Su diario es el relato de la puesta en obra de una ética de la contemplación poética que busca librarse de la realidad circunstancial. El antagonismo entre la vida de la ciudad y del campo, la contemplación, la fe, la realidad histórica y social, el discurso poético y el propio sentido de la vida son algunos de los ejes del diario. También de carácter autobiográfico es la obra *Cuadernos de Segovia: (estancias y vagancias)* (1991).

La obra más importante de estos años es *El cuaderno gris* de Josep Pla, de 1918-19, aunque publicado por primera vez en 1966. Cedena (2004: 120) dice que posiblemente es el mejor diario de la literatura española en el siglo XX. Está escrito en catalán y traducido al castellano por Dionisio Ridruejo y su esposa, Gloria Ros.¹⁰ *El cuaderno gris* constituye la gran obra maestra del género diarístico. En opinión de Romera Castillo (2000b: 390), es la gran obra cumbre del género en nuestra literatura del siglo XX. Cedena (2004: 120) por su parte afirma que es un diario completo, íntegro, bien escrito, inteligente y maduro, por lo que el cuaderno *resulta* ser una obra redonda, perfecta y global. Destaca también lo fascinante del proceso de su elaboración y reelaboración a lo largo de los 46 años que van desde su escritura hasta su publicación.

Lo peculiar de este libro es que no es un texto espontáneo, sino un viaje de ida y vuelta en el tiempo, que lleva al autor en su madurez a sentir de nuevo y recrear su juventud en una reconstrucción, según las palabras de Trapiello (1998: 110).

Pla, que además de extraordinario diarista fue un gran memorialista, tiene otros diarios publicados en su citada *Obra completa*. Así, *Madrid. Un dietari* (1929), traducido por Alfons Sureda como *Madrid, 1921. Un dietario* (1986); *Madrid. El advenimiento de la República* (1986); *Dietarios (I)* (2001) y *Dietarios (II)* (2002).

Tiene también otros dietarios como *Notes disperses* (2001), *Notes per a Silvia* (1985) y *Notes del capvesprol* (1986) y *Notes per a un diari. Gener 1967-octubre 1968* (1981). Además, reseñamos los diarios *Notes per a un diari 1965* (1997) y *Notes per a un diari 1966* (1997). Y es que Pla resulta ser un género autobiográfico en sí mismo (Cedena, 2004: 121).

¹⁰ Existen bastantes ediciones de esta obra: una del año 1997 del Círculo de Lectores, lleva la traducción de Dionisio Ridruejo y Gloria Ros e introducción de Cristina Badosa. Anterior a ésta es la de 1994 con la misma traducción. En 2001 Espasa editó *Dietarios I*, que incluía *El cuaderno gris* y un año después *Dietarios II*. También hay una edición de 1975 en Destino y en *Obra completa* (Barcelona: Destino, 1983, tomo 1; e *Imatge de Josep Pla*, tomo 45).

1.5. 4. LOS AÑOS 60 Y 70

La mitad del siglo XX se abre con el *Diario íntimo* (1970), del periodista y escritor César González-Ruano. Se trata de un diario que fue publicado en el periódico *Pueblo* durante 14 años, desde 1951 hasta 1965, y no apareció en edición íntegra hasta el año 1970. Según dice Caballé (1995: 183), su escritura se prolongó hasta 15 días antes de la muerte del autor, y sufre con los años notables transformaciones, desde los simples apuntes hasta las notas de una sección de periódico y otro tipo de textos. Mientras Trapiello (1998: 19) no concede crédito al tono general del diario, Danielle Corrado (2000: 153) lo considera interesante para el estudio de una variante de la práctica diarística: el diario publicado en prensa cada día. Según ella, este diario responde a una concepción utilitarista, como ayuda de la memoria, lo que explica su escrupulosa regularidad.

También citamos los *Cuadernos de Miguel Alonso* (1991), que recopila testimonios de la vida y experiencias de Miguel Alonso Calvo, auténtico nombre del escritor conocido como Ramón de Garciasol. De este autor son también otros textos autobiográficos como *Notaría del tiempo* (1985) y *Diario de un trabajador* (1983).

Gonzalo Torrente Ballester escribió varios títulos interesantes de la diarística, como *Los cuadernos de un vate vago* (1993), diario escrito entre 1961 y 1972, que presenta la particularidad de haber sido registrado sobre un magnetófono y permite contrastar este formato con el escrito. Otros textos diarísticos suyos son *Diario de trabajo* (1982) en el que se van anotando los proyectos literarios del escritor; *Cuadernos de La Romana* (1987), y *Nuevos cuadernos de La Romana* (1987), publicados inicialmente en 1976. Estos dos últimos títulos recogen apuntes de los años 1973 a 1975 publicados en el periódico *Informaciones* a través del suplemento *Informaciones de las artes y las letras*.

En 2002, dos años después de su muerte, se publicaron los *Cuadernos de todo* (2002) de Carmen Martín Gaité, en una edición que incluye una selección de 36 de sus más de 80 cuadernos. Éstos en un principio no estaban destinados a su publicación, aunque la propia escritora había hablado de su existencia en varias ocasiones en sus obras. Son unos cuadernos diversos, heterogéneos, con mucha creación literaria y de vivencias personales, y guardan una estrecha relación con el conjunto de su obra, según dice Cedena (2000: 133).

Los cuadernos, ordenados cronológicamente, se extienden desde el 8 de diciembre de 1961, cuando su hija le regala el primer cuaderno, hasta el 20 de diciembre de 1992, aunque se incluyen al final fragmentos fechados en años posteriores. La referencia cronológica los convierte en diarios, libres, complejos, variados, diversos, literarios, según constata Cedena (2000: 133). Aunque en estos diarios Martín Gaité da cuenta de su intimidad y su vida, Romera advierte (2004c: 37) de la manipulación de la edición, porque se trata de una selección, y se ha recortado, unido y enlazado “lo que Martín Gaité no quiso, puesto que tuvo posibilidad de publicarlo y nunca lo hizo.”

Jaime Gil de Biedma escribió *Retrato del artista en 1956* (2001). Fue publicado inicialmente en 1991, aunque su primera versión incompleta, según cuenta Romera (1994: 10), apareció con el título de *Diario del artista seriamente enfermo* (1974) en el año 1974. Hay pues dos versiones del mismo diario, ambas sometidas a la autocensura del autor. En la edición del 91 aparecen los fragmentos que se suprimieron en el 74, según dice Trapiello (1998: 122). Es el diario de una convalecencia y un viaje a Filipinas. En opinión de Danielle Corrado (2000: 277), se trata del diario de la formación del hombre y del poeta.

Retrato del artista en 1956 comprende tres textos singularizados por un título independiente y de carácter marcadamente diferente: *Las islas de*

Circe, que corresponde a su estancia filipina; *Informe sobre la Administración General en Filipinas*, que es un reportaje sobre un trabajo profesional del autor, y *De regreso en Ítaca*, que es el diario del regreso a España y la enfermedad.

El escritor y editor catalán Carlos Barral inició en 1957 la escritura de unos textos diarísticos que han sido editados por Carmen Riera en *Los diarios (1957-1989)* (1993). Es una recopilación póstuma con tres partes diferenciadas, según explica Romera (2000b: 391): la primera abarca los años 1957 a 1964; la segunda, dispersa en el tiempo y en los contenidos, recoge apuntes de los años 1966, 1969, 1973 y se reinicia en 1980 hasta 1982; la tercera comprende desde la última nota del 14 de octubre del 82 hasta la escrita el 5 de noviembre de 1989, siete días antes de su muerte. Romera explica también que Barral había decidido ya en 1988 publicar en diversos volúmenes los cuadernos diarísticos que de un modo simultáneo venía escribiendo, pero la muerte le impidió terminar un proyecto ahora culminado por Carmen Riera.

Romera (2000b: 319) señala también como diario importante de Carlos Barral el titulado *Diario de Metropolitano* (1997), fragmentos diarísticos publicados inicialmente por la Diputación Provincial de Granada en 1989 bajo la dirección de Luis García Montero, editor también de la reedición del 97.

1.5. 5. DESDE 1975 A NUESTROS DÍAS

El malagueño José Antonio Muñoz Rojas ha escrito una saga diarística que va desde los años veinte a los sesenta y, según señala Romera (2000b: 391-392), sigue todavía en parte inédita. Antes, el escritor ha recogido en cuarenta fragmentos diarísticos sus vivencias en el campo, en el libro *Las*

cosas del campo (2002). En *La gran musaraña: (memorias)* (1994), el autor recoge los recuerdos de niñez, formación poética y universitaria, amores, su primer viaje a Cambridge y su vuelta a España en la Guerra Civil, en un texto autobiográfico escrito en forma de diario. También ha publicado *Amigos y maestros* (1995), una serie de retratos y recuerdos; *Historias de familia* (2000) y *Las musarañas* (2002).

La escritora Carmen Conde ha publicado una serie de escritos heterogéneos fechados, con el título *Por el camino, viendo sus orillas* (1986, tres tomos), siendo así una de las pocas mujeres escritoras que escriben y publican sus diarios. Otra mujer, la barcelonesa Clara Janés, escribe en castellano un breve fragmento diarístico denominado *Diario doméstico*, publicado en la revista *Un Ángel Más* 7-8 (1989).

Entre los poetas, José Luis Cano tiene *Los cuadernos de Velintonia. Conversaciones con Vicente Aleixandre* (1986), recuerdos que, según Romera (2000a: 109), son importantísimos para reconstruir la historia reciente de la poesía española.

El gran escritor Miguel Delibes también escribió importantes textos diarísticos, entre los que citamos *Un año de mi vida* (2002), que recoge los apuntes del escritor entre junio de 1970 y junio de 1971, unas anotaciones que funden la crónica con las expresiones íntimas, centradas sobre la vida privada del autor vallisoletano. También ha practicado el diario con fines literarios, según señala Danielle Corrado (2000: 370), en novelas como *Diario de un cazador* (2002) y *Diario de un emigrante* (2002). En su condición de aficionado cinegético, Delibes ha escrito también el libro titulado *El último coto* (2002), más de ciento treinta anotaciones sobre otros tantos días de caza.

Otro gran diarista es el poeta gaditano Carlos Edmundo de Ory, con una saga de entregas compuesta, según Romera (2000: 392), por *Diario (1944-1946)* (1975), que abarca desde el 25 de abril de 1944 al 13 de febrero de

1956, y ofrece una crónica de la España de los años cuarenta, y *Eunice Fucata* (1984), aparte de algunas entregas desperdigadas de su diario en la antología poética que Félix Grande preparó de su obra. Más recientemente Ory ha recogido en *Nuevos aerolitos* (1999) ensayos, cuentos, aerolitos – aforismos-, cartas y parte de su diario, que es la continuación de los aparecidos con anterioridad, parte de los más de treinta cuadernos que el autor lleva escritos.

Recientemente, la Diputación de Cádiz ha editado de Ory una obra en tres tomos, y más de 1.200 páginas, que se titula *Diario* (2004, con prólogo de Jesús Fernández Palacios) y que recoge los apuntes diarísticos escritos por el poeta gaditano entre 1944 y 2000.

El poeta y ensayista Ángel Crespo ha publicado *Los trabajos del espíritu. Diarios (1971-1972 / 1978-1979)* (1999), apuntes diarísticos de esos años en Suecia, Puerto Rico, Italia y España. Recogen reflexiones personales y abundante información sobre la vida cotidiana de este escritor. Unos breves fragmentos de un diario inédito han sido publicados en la revista *Un Ángel Más* 7-8 (1989), bajo el título de *Días sueltos de un diario*.

De carácter misceláneo es la obra de Rafael Sánchez Ferlosio titulada *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (2001), para Jordi Gracia (1997: 45) una brillante reunión de aforismos y anotaciones que se constituye como claro ejemplo de que el dietario comparte con el ensayo su misma heterogeneidad motivacional y la consciente ligereza y fluidez de la anotación.

El ensayista, filósofo y editor Salvador Pániker publicó en 2000 su primer libro de diarios llamado *Cuaderno amarillo* (2001), que recoge los apuntes diarísticos escritos en los años 93 y 94. Anteriormente, había escrito dos libros de memorias (publicados inicialmente en 1986 y 1988) llamados *Primer testamento* (2000) y *Segunda memoria* (2000). La continuación de

Cuaderno amarillo se publicó en 2002 con el título *Variaciones 95* (2002), un diario heterogéneo e intelectual, que incluye poesía, narrativa y ensayo.

El poeta José Ángel Valente tiene un brevísimo diario publicado con el título de “Notas de un simulador” en la revista *Un Ángel Más* 7-8 (1989). Son un conjunto de anotaciones de carácter intelectual, casi aforismos, en las que reflexiona acerca de la poesía, la escritura, el pensamiento.

José Jiménez Lozano es autor de varios volúmenes de diarios. *Los tres cuadernos rojos* (1986) y *Segundo abecedario* (1992) son dos de los títulos. Más recientemente se ha publicado otro diario con el título de *Cuadernos de letra pequeña* (2003), conjunto de escritos diarísticos entre los años 1993 y 1998. Este autor excluye en principio de sus diarios todo aquello referente a lo personal e íntimo, aunque, al final, la intimidad hace acto de presencia.

El escritor Juan Goytisolo ha recogido su experiencia en la guerra de los Balcanes en los *Cuadernos de Sarajevo y escritos sobre Bosnia* (1994). *Coto vedado* (1999) y *En los reinos de taifas* (1997) son las obras autobiográficas de Goytisolo, en forma de memorias.

Francisco Umbral, periodista y memorialista de la literatura español de nuestros días, tiene diarios considerados por Anna Caballé circunstanciales como *Los ángeles custodios* (1981) o *Mis paraísos artificiales* (1976), y otros que son fundamentales como *Mortal y rosa* (2001), libro sobre el que Cedena (2004: 135) opina es discutible que pueda ser considerado diario, aunque en efecto tiene un marcado carácter autobiográfico. Caballé (1996: 118) habla también de la importancia de *Diario de un escritor burgués* (1979). Esta estudiosa destaca la gran calidad de la prosa de Umbral y la importancia del proyecto global de escritura de este autor.

Otros diarios suyos son *Diario de un español cansado* (1975), *Diario de un snob* (1978), *Diario político y sentimental* (2000) y *Un ser de lejanías* (2001). Al igual que otros grandes periodistas, como González Ruano,

Umbral publicó también páginas diarísticas en la prensa, y ha llevado un diario denominado “Por el camino de Umbral” en el suplemento *El Cultural* del diario *El Mundo*.¹¹

El poeta y ensayista Antonio Martínez Sarrión ha recopilado una selección de sus anotaciones diarísticas en *Cargar la suerte (Diarios 1968-1992)* (1995), continuación de *Infancia y corrupciones (Memorias, I)* (1998), obra que va de 1968 a 1992 en la que, según Romera (2000b: 394), el autor reflexiona sobre poesía y habla de diversos personajes literarios. El último tomo de estos diarios lleva el título *Esquirlas (Dietario 1993-1999)* (2000), que cubre los años 1993 a 1999.

El poeta segoviano Luis Javier Moreno ha publicado sus diarios en los volúmenes *La puntada y el nudo* (1993), obra centrada en la Universidad de Iowa en los años 1985 y 1987 y destinada, según Romera (2000b: 394), a escritores jóvenes, con una visión crítica tanto del país visitado como del mundo literario; *En el cuartel de invierno* (1997); *Fragmentos de diario* (2000) y *Cuaderno de paso* (2000).

José Luis García Martín, poeta y crítico, ha publicado varias entregas diarísticas: *Días de 1989* (1989), con anotaciones de abril a agosto de ese año; *Colección de días*, con anotaciones de abril a septiembre de 1992, y *Dicho y hecho (Diario 1992-1995)* (1995), sobre el periodo de septiembre de 1992 a agosto de 1995.

Otro gran diarista de nuestras letras es el escritor pamplonés Miguel Sánchez-Ostiz del que Jordi Gracia (1997: 40) ha dicho que puede considerársele como la versión más cercana al diarista íntimo en el contexto español, pues en sus múltiples registros de escritura privada pueden encontrarse las variaciones más frecuentadas por otros diaristas.

¹¹ Anna Caballé escribió y publicó una biografía de Umbral titulada *Francisco Umbral. El frío de una vida* (2004).

Sánchez-Ostiz ha publicado una serie de recopilaciones de textos, aparecidos en periódicos que, según Romera (2000b: 395), se convierten en unas prosas ensayísticas, a caballo entre el ensayo, el artículo periodístico y el diario. La segunda edición aumentada de la primera entrega, *La negra provincia de Flaubert* (1986) es el volumen más unitario de su literatura diarística, y al que siguieron otras entregas: *Mundinovi: gazeta de pasos perdidos* (1987), *Literatura, amigo Thompson* (1989), *La puerta falsa* (2002), *Correo de otra parte* (1993), *Veleta de la curiosidad* (1995), *El árbol del cuco* (1994), *El santo al cielo* (1995) y *La casa del rojo (Diarios, 1995-1998)* (2001), textos que, en muchos casos, han sido publicados primero en la prensa y convierten a Sánchez-Ostiz, según Romera (2000b: 396), en el escritor que más dietarios ha cultivado en la actualidad.

Probablemente, el proyecto diarístico español de mayor envergadura sea hoy el del escritor leonés Andrés Trapiello. Bajo el título genérico de *Salón de pasos perdidos* y el subtítulo de *Una novela en marcha*, Trapiello ha publicado los siguientes volúmenes: en 2009 *Troppo Vero* (2009), le siguen en orden cronológico inverso, *La manía* (2007), *La cosa en sí* (2006), *El jardín de la pólvora* (2005), *Siete moderno* (2003), *El fanal hialino* (2002), *Las inclemencias del tiempo* (2000) *Do fluir* (2000), *Los hemisferios de Magdeburgo* (1999), *Una caña que piensa* (1998), *Las cosas más extrañas* (1997), *Los caballeros del punto fijo* (1996), *Las nubes por dentro* (1995), *El tejado de vidrio* (1994), *Locuras sin fundamento* (1993) y *El gato encerrado* (1990), primer tomo de la serie, que se inicia con las anotaciones del año 1988. Aparte de estos libros, Trapiello tiene otros textos de carácter diarístico, como la serie de artículos reunida bajo el título de *Mil de mil* (2001).

El escritor Antonio Muñoz Molina publicó en 1986 por primera vez *Diario del Nautilus* (2002), un conjunto de artículos que son la continuación de otra serie de trabajos en la prensa periódica reunidos

inicialmente en 1984 bajo el título de *El Robinson urbano* (1997). Jordi Gracia (1997: 42) opina que estos textos tienen el aire de la anotación personal aunque concebida bajo las condiciones del artículo literario, y forman parte, por tanto, de la literatura del yo. El mismo carácter se encuentra en sus volúmenes de artículos posteriores, tal es el caso de *Las apariencias* (1996). En 2004 publicó *Ventanas de Manhattan* (2004), obra de testimonio sobre la experiencia del escritor en Estados Unidos, en la ciudad de Nueva York.

El escritor mallorquín José Carlos Llop ha publicado varias entregas de diarios. El primer volumen es *La estación inmóvil* (1990), breve dietario de 84 páginas, que abarca de 1989 a 1993, en el que recoge lo escrito entre la primavera de 1986 y el invierno de 1988 y se detiene en la lucha que enfrenta a periferia y centro en el mundo literario y cultural, con una elegante prosa. La segunda entrega lleva por título *Champán y sapos* (1994) y abarca el periodo comprendido entre los años 1989 a 1992. Le sigue *Arsenal (1993-1995)* (1996). También hay que citar *El Japón en Los Ángeles: diarios 1996-1997* (1999). Llop ha reunido en un volumen sus colaboraciones periodísticas, textos que, en opinión de Jordi Gracia (1997: 41), destilan mucha más confesionalidad y vigor crítico que sus propios diarios. Este volumen lleva por título *Consulados fantasmas* (1996).

El madrileño José María Parreño ha publicado un texto, titulado *Las guerras civiles* (1995), que según Romera (2000b: 397), es de difícil clasificación por mezclar relatos, poemas, aforismos, sentencias y un diario íntimo.

De entre los muchos diarios de autores actuales podemos citar algunos más, como *La ronda de los días* (1990) del crítico y periodista Juan Manuel Bonet; el *Diario cultural* (1983) de Andrés Amorós, un conjunto de noticias y curiosidades; el diario de la psiquiatra y activista Eva Forest editado inicialmente en 1975 en París con el título de *Diario y cartas desde*

la cárcel (1996), en edición bilingüe; el diario de viajes *Londres / Edimburgo* (2000) del escritor Adolfo García Ortega; el diario *Canciones gitanas. Diarios 1989-1992* (2000), del escritor mallorquín Eduardo Jordá.

Felipe Benítez Reyes, escritor y poeta, ha publicado *La maleta del náufrago (Cuaderno de notas, 1981-1990)* (1991), breve diario que recoge lo acontecido entre 1981 y 1990, y continúa en veinte páginas en *La maleta del náufrago (Fragmentos inéditos)* (1994), donde recoge una serie de aforismos sobre la creación y la crítica literarias.

1.5.6. FRAGMENTOS DIARÍSTICOS EN REVISTAS

Manuel Alberca (1998: 101) en el número 3 del *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* da cuenta de otros diarios interesantes, como los del autor de Ciudad Real José F. Arroyo, titulados *Edelgard, diario de un sueño (1948-1953)* (1991) y *Diarios de un intento (1954-1997)* (1997). También en ese mismo número del *Boletín*, Blanca Bravo (1999: 149-150) reseña *Perros ahorcados* (1997), el diario íntimo del poeta valenciano César Simón. Y en el número 4 de esa misma publicación, Manuel Alberca (1999b: 137-140) da cuenta también del diario *Los cuadernos de Lolita* (1998) de Dolores Juan Merino.

Otras revistas que han publicado fragmentos de diarios son la vallisoletana *Un Ángel Más* 7-8 (1989), en la que podemos encontrar fragmentos de diarios de Manuel Sierra Álvarez (“Notas de pintura y vida”, pp. 163-170), Tomás Salvador González (“La provincia y un huerto”, pp. 179-188), Ildefonso Rodríguez (“Elogio de los Museos”, pp. 211-224), Gustavo Martín Garzo (“El cuarto cerrado”, pp. 225-246), Carlos Ortega (“Anotaciones en el bloc de avisos”, pp. 247-260), Juan Carlos Valle (“Notas desde el amor, el mar y lejos”, pp. 261-266), Marta Cárdenas (“Un

paseo y otros”, pp. 267-272), Andrés Sánchez Robayna)”La Inminencia”, pp. 273-280), Moisés Mori (“Un yo veneciano”, pp. 281-294), Eliot Weinberger (“Un mes de Rushdie”, pp. 295-318) y José Miguel Ullán (“Como lo oyes”, pp. 323-331).

La *Revista de Occidente* publicó un número especial en 1996 con fragmentos diarísticos de Bernardo Atxaga (pp. 159-162), Felipe Benítez Reyes (pp. 163-167), Julia Escobar (pp. 168-174), Laura Freixas (pp. 175-180), José Jiménez Lozano (pp. 181-186), José Carlos Llop (pp.187-193), Gustavo Martín Garzo (pp. 194-202), Antonio Martínez Sarrión (pp. 203-207), Juan Antonio Masoliver (pp. 208-215), Justo Navarro (pp. 216-220), Carme Riera (pp.221-226), Juan Salabert (pp. 227-235), Miguel Sánchez Ostiz (pp. 236-241), Antonio Tovar (pp. 242-246) y Andrés Trapiello (pp. 247-256), todos ellos con el título de “Diario (fragmentos)”, excepto en los casos de Martín Garzo (“El cuarto cerrado”), Carme Riera (“Notas de clase”) y Antonio Tovar (“Diario d’un vellido”).

El *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* de la Universidad de Barcelona ha publicado varios fragmentos diarísticos en los diversos números publicados hasta el momento, entre ellos “Fragmentos de diario” (1997, número 2, pp. 99-100) de Carlos Castilla del Pino; “Cuadernos inéditos” (1997, número 2, pp. 111-116) de Eduardo Haro Ibars; “Diario de lo cotidiano” (1999, número 4, pp. 109-114) de Leonor del Corral; “Dietari de 1947” (2001, número 5, pp. 77-88) de Manuel Amat i Rosés; “Noctuario” (2001, número 5, pp. 93-100) de Jesús Pardo; “Días extraños” (2001, número 5, pp. 115-120) de Jorge Carrión; “El suelo de la madurez” (2001, número 5, pp. 121-128) de Fernando Rodríguez Badimón y “Me pierdo en la red” (2001, número 5, 129-131) de Roca Infantes.

En el número 1 de la revista *Memoria. Revista de Estudios Biográficos*, que sustituye al *Boletín* de la Universidad de Barcelona, se publicaron unos fragmentos de diario de la escritora Mercedes Salisachs, con el título de

Ráfagas (2003, pp. 95-97). También en este número se publican fragmentos diarísticos de Antonio Meroño, con el título de *Desde el faro* (2003, pp.125-132) y de Fernando Rodríguez Badimón, titulados *El frágil equilibrio* (2003, pp. 133-140).

En el número 2 de esta misma revista se publican fragmentos de diarios de José Rosas Ribeyro, con el título de “Cuadernos de la pasión” (2005, pp. 110-119), de Remei Pla, con el título “Guerra i exili. Un testimoni”, escritos en catalán (2005, pp. 124-135). Finalmente, en el número 3, y de momento el último, de esta revista han sido publicados unos fragmentos de un diario inédito que tiene la curiosidad de haber sido redactado “a dos manos” por Norma Bacin y Jaume Pla. Lleva por título “Un diario a dos manos” (2007, pp. 118-129), y está escrito en catalán.

1.5.7. EL DIARIO EN CATALÁN

El catalán es un ámbito que ha prestado gran atención al género diarístico desde sus comienzos. La gran cantidad de nombres importantes justifica una atención al menos a los autores más representativos, sin tratar, por supuesto, de ser exhaustivos, algo imposible aquí.

El gran nombre del diario en catalán es sin duda Josep Pla, pero aparte de este importante autor (al que hemos hecho referencia más arriba), hay muchos y buenos diaristas, entre los que podemos citar el diario de Verdaguer, testimonio de su viaje a Palestina, titulado *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa* (1999), escrito en catalán. Siguiendo un orden cronológico, cabe también citar el *Glosari* de Xenius (Eugenio D'Ors), del que reseñamos las últimas ediciones en catalán y castellano: *Glosari 1910-1911* (2003) y *Último glosario IV* (2002) y *Último glosario V* (2002). Del poeta J. V. Foix citamos *Catalans de 1918* (1986), donde recopila recuerdos

sobre personalidades literarias que el autor conoció; además tiene recopiladas unas prosas poéticas tituladas *Diari 1918* (1987).

Josep María de Sagarra publicó en los años cuarenta el testimonio de su periplo por los Mares del Sur efectuado durante la Guerra Civil. En español lleva el título *El camino azul. Viaje a la Polinesia* (1942), y en catalán *La ruta blava. Viatge a les Mars del Sud* (2000). El escritor José Carlos Llop editó el *Diario de guerra* (1997), de Llorenç Villalonga.

Es también importante el diario del periodista y crítico exiliado Sebastià Gasch, publicado en 2002 con el título de *Etapas d'una nova vida. Diari d'un exili* (2002). Se trata de una crónica del paso a Francia desde Barcelona en los últimos días de enero de 1939, cuando la guerra está ya perdida para la República. Este autor tiene otro libro del exilio titulado *París, 1940* (2001 y 1956), una crónica de los años de la Francia ocupada por los nazis, vista por un exiliado de la Guerra de España.

Marià Manent tiene un diario que abarca una etapa amplísima de su vida y que está agrupado en *Diario disperso, 1918-1984* (1985, con traducción del catalán de José Muñoz Millanes). La última edición en catalán es *Dietari dispers (1918-1984)* (1995).

Un lugar especial ocupa la obra diarística y autobiográfica de Salvador Dalí. En catalán destaca su *Un diari: 1919-1920. Les meves impressions i records íntims* (1994). De 1983 es el *Journal d'un genie*, escrito originariamente en francés en 1964, rescatado después bajo el título de *Diario de un genio* (1983), compuesto por unos fragmentos que abarcan desde el año 1952 hasta 1964. Como señala Cedena (2004: 145), con motivo de la celebración en 2004 del “Año Dalí” se publicó la *Obra Completa*, una colección de ocho volúmenes de los cuales los dos primeros tomos, editados en castellano y catalán, con prólogo y notas de Félix Fanés, recogen precisamente los textos autobiográficos. El primer volumen agrupa textos como *Un diario: 1919-1920*, la *Vida secreta* y el *Diario de un genio*;

en el segundo volumen se encuentran su *Confesiones inconfesables*, por primera vez libres de censura, y *Las pasiones según Dalí*, por primera vez en castellano.

El escritor Artur Bladé i Desumvila tiene también varios diarios, entre ellos el titulado *L'exiliada (Dietari 1939-40)* (1976), *Dietari tarragona* (1984), *Viure a Tarragona: fulls d'un dietari (1970-1971)* (1986), *Viure a Tarragona (1972-1974)* (1989) y *Viure a Tarragona: fulls d'un dietari 1975-1976* (1991).

El escritor Juan Perucho tiene un diario titulado *El palco. Dietario lírico de un crítico de arte 1943-1947* (1994), en el que recopila una serie de críticas artísticas de su primera época, publicadas en *Alerta*, acompañadas de añadidos autobiográficos, históricos y anecdóticos.

Joan Fuster recoge sus diarios en *Obra completa, II (Diari, 1952-1960)*. También las ediciones de *Diari: 1957-1958* (1991), *Diari: 1959-60* (1991) y *Dietari inèdit* (1993).

El poeta barcelonés Pere Gimferrer tiene publicados un primer volumen de su *Dietari (1979-1980)* (1994) en catalán, con edición en castellano traducida por Basilio Losada titulada *Dietario (1979-1980)* (1984), y su *Segundo dietario* (1985), también traducido por Basilio Losada y publicado inicialmente en 1982 como *Segon dietari (1980-1982)* (1982).

Montserrat Roig ha visto traducida su obra *Un pensament de sol, un pessic de pebre* (1993) como *Última crónica. Diario abierto 1990-1991* (1994). Son una serie de artículos que Roig escribió durante su enfermedad, entre septiembre de 1990 y noviembre de 1991, publicados en el periódico *Avui*, y que constituyen, en opinión de Romera (2000b: 398), un testamento ético y literario de esta escritora.

Valentí Puig, escritor y periodista mallorquín, tiene un diario titulado *En el bosque* (1986), traducido al castellano por J. J. Cercas, que comprende los años 1970 a 1979. En 1991 publicó un segundo diario en catalán

titulado *Materia obscura* (1991) y en 2001, un dietario en castellano con el título *Cien días del milenio* (2001), con anotaciones de los primeros meses del año. De Rafael Argullol citamos *El caçador d'instants. Quadern de travesía 1990-1995*, publicado en 1995.

De Alex Susanna citamos su diario *Cuaderno veneciano* (1990), publicado antes en catalán como *Quadern venecià* (1989). Enric Soria tiene *Mentre parlem. Fragments d'un diari iniciàtic (1979-1984)* (1991). En 2001 ha sido publicado el dietario de Antoni Martí Monterde, titulado *L'erosió* (2001), que recoge anotaciones del autor durante una estancia en Buenos Aires en el verano de 1998. Con la obra de este poeta y profesor cerramos un breve muestrario que podría incluir a muchos más.

1.5.8. EL DIARIO EN GALLEGO

De los diarios escritos en gallego, son muy importantes los del periodista y crítico de arte Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, publicados en su *Obra Completa, 3. Diarios de Arte* (1982). También tiene los diarios *Diario, 1921* (1977) y *Diario: viaxe a Francia, Bélxica e Alemaña, 1921* (1986). La lista se podría ampliar, pero se escapa al objeto de este estudio.

1.5.9. EL DIARIO EN OTROS ÁMBITOS

Diarios de otros ámbitos más o menos alejados de la literatura hay muchísimos ejemplos, muchos de ellos publicados en los últimos años, lo que da cuenta del interés despertado por el género; de entre ellos, destacamos el diario del pintor José Gutiérrez Solana, publicado en 2002,

con el título de *Cuadernos de París*, en edición facsímil a cargo del Museo Reina Sofía y la Fundación Marcelino Botín.

En el ámbito de la política, destacan los diarios de los republicanos españoles y exiliados de la Guerra Civil, como Eulalio Ferrer, *Entre alambradas* (1988), Antonio Ros, *Diario de un refugiado republicano* (1975) y Ramón Moral de Querol, *Diari d'un exiliat 1939-1945* (1979). También hay que citar el diario del que fue presidente del Consejo de Ministros en febrero de 1936, Manuel Portela Valladares, *Dietario de dos guerras (1936-1950)* (1988).

Hay también muchos diarios editados sobre la guerra: *Una mujer en la guerra de España* (1979) de Carlota O'Neill; *Diario de guerra de un soldado* (1977) de Vicente Salas Viu; *Diario de guerra de un marino voluntario* (1977) de Modesto Cañal; *Diario de la guerra del 36* (1995) de Gregorio Baquero Gil; *El abrazo de los muertos. Diario de la Guerra Civil 1936-1939* (1970) de José de Arteche Aramburu; el *Diario de un rebelde: la república, la Falange y la guerra* (1991) de Alejandro Corniero Suárez y otros; *Diario de guerra de un teniente médico* (1977) de José Aznares García y el *Diario de preguerra* (1991) de Santiago Araúz de Robles.

De entre los diarios de la guerra española escritos por extranjeros citamos el de Mijail Kolstov, traducido del ruso por José Fernández, que lleva por título *Diario de la guerra española* (1978).

De los diarios de políticos españoles, citamos los de José María de Areilza, *Crónicas de la libertad, 1965-1975* (1985) y *Diario de un ministro de la monarquía* (1983); de Manuel Fraga Iribarne, *En busca del tiempo servido* (1987) y de Víctor Mora, *Diario de a bordo* (2001), traducido al catalán por Diana Falcón.

Los periodistas también cuentan con ejemplos de diarios, como los de Alfonso Rojo, *Diario de la guerra*, (1991), sobre la primera Guerra del Golfo; Manuel Leguineche, *La felicidad de la tierra*, (2001), o Arcadi

Espada, *Diarios* (2002). Gran interés ha despertado *Diario de un skin: un topo en el movimiento neonazi español* (2003) de Antonio David Salas Rey.

Además de los pintores ya citados, otros han hecho recientemente incursiones en el diario, como Eduardo Arroyo, con *Sardinias en aceite* (1990, traducción del francés de Daniel de la Iglesia), que recoge sus vivencias en París y Madrid. El pintor mallorquín Miquel Barceló editó en Francia sus *Carnets de África* (2003), donde el pintor español recoge sus experiencias africanas de los años 1988-2000. Por último, Cedena (2004: 150) señala el interés del *Carnet de París* (1995), de Pablo Picasso, donde refleja sus impresiones de la primera visita a esa ciudad en 1900.

Otro artista, el arquitecto Oriol Bohigas, tiene publicadas unas memorias redactadas en forma de diarios con el título de *Combat d'incerteses. Dietari de records* (1989), traducidos en 1991 por Joaquín Jordá con el título de *Desde los años inciertos. Dietario de recuerdos* (1991). Este mismo autor ha publicado en catalán *Dit o fet: dietari de records II* (1992) y en castellano *Entusiasmos compartidos y batallas sin cuartel: dietario de recuerdos II* (1996, traducción de Joaquín Jordá).

Entre los músicos, destacamos *Apuntes de armonía: dietario de París 1908* (2002), de Manuel de Falla; y los *Diarios* (1995, dos volúmenes) del compositor Tomás Bretón.

En el ámbito religioso, ha sido recuperado el diario espiritual y la autobiografía del fundador de los jesuitas, San Ignacio de Loyola, un conjunto de textos que lleva el título de *Autobiografía y Diario espiritual* (1992), con introducción de Luis María Mendizábal. Cedena (2004: 151) cita también los fragmentos publicados del diario del padre José Rivera Ramírez, un sacerdote toledano que se encuentra en proceso de canonización. Los diarios se publicaron en el número 9 del boletín

informativo de la Diócesis de Toledo, en diciembre de 2003, y forman parte de la Postulación para la causa de canonización del padre Rivera.

Como caso curioso, Cedena (2004: 151) cita también el diario *espacial* que el astronauta español Pedro Duque publicó en el diario *ABC* desde el 23 de octubre de 2003 y durante los días que duró la misión “Cervantes” a bordo de la estación espacial internacional (ISS). Se trata de un diario de a bordo en el que Duque relata sus experiencias cotidianas en la estación espacial. Son seis entregas en total, la última correspondiente al día 28 de octubre de 2003, fecha en la que regresó a la Tierra.

SEGUNDA PARTE
UNA APROXIMACIÓN A LA ESCRITURA DIARÍSTICA DE
ZENOBIA CAMPRUBÍ

INTRODUCCIÓN

Como ya hemos tenido ocasión de comentar antes, los diarios de Zenobia Camprubí han sido publicados en tres tomos, correspondientes cada uno de ellos a los lugares que acogieron al matrimonio Jiménez durante su prolongado exilio. Así, el primero cubre los años en Cuba, el segundo se ocupa del tiempo vivido por ellos en Estados Unidos, y el tercero, los años de Puerto Rico.

Son muchos los aspectos que durante tantos años vividos fuera de su patria (de 1939 a 1956) la diarista recoge, comenta, apunta, critica en sus cuadernos. Aquí intentaremos conocer algunos de ellos; en concreto, comenzaremos por el conocimiento de la propia autora, sus sentimientos, su estado de ánimo, sus opiniones sobre diversos temas, las ocupaciones que le divertían y entretenían, aquéllas que no le gustaban, sus inquietudes culturales, las relaciones con su familia y amigos... Es también de gran interés, por razones obvias que ya hemos señalado en páginas anteriores, el análisis de las relaciones de la diarista con su esposo, el poeta Juan Ramón Jiménez; relaciones que no siempre fueron fáciles, bien por las circunstancias que en ese momento las rodeaban (precariedad económica, enfermedad del poeta), bien por los diferentes caracteres e inquietudes de los miembros de la pareja. En los momentos primeros de su exilio, cobra gran interés ver cómo aparece el tema del obligado destierro y la causa de éste: la Guerra Civil, asuntos que irán perdiendo protagonismo con los años, como es natural, aunque al final de sus vidas regrese a sus mentes (o

al menos a la de Zenobia ya enferma y cercana a la muerte) la posibilidad o no del regreso a la patria.

En los diarios de Zenobia asistimos a la intimidad de una pareja que vivió siempre unida y compartió su vida cotidiana doméstica pero también inquietudes intelectuales y tareas profesionales, tanto de escritura y preparación para la edición de obras del poeta, como la ocasional de docencia en la universidad. Era conocida la gran ayuda que la diarista había proporcionado al poeta, no sólo creándole el clima más adecuado para su creación poética, sino también haciendo de secretaria, pasando sus textos a máquina, preparándolos para una edición, corrigiendo, atendiendo a la voluminosa correspondencia con escritores, intelectuales y editores; pero es en estos diarios donde asistimos directamente a las escenas diarias de todas esas tareas y podemos apreciar el gran trabajo y apoyo que para la genial creación del poeta supuso su esposa. Podemos conocer también cómo se sentía ella en determinados momentos en que no se consideraba suficientemente atendida por su esposo, o en otros en que agradecía un pequeño gesto de éste, o aquellos en que ella se desvivía por distraerlo para librarlo de las garras de la depresión. También asistiremos al increíble gesto de una mujer que, ya cercana a la muerte y gravemente enferma, lucha por dejar concluida la obra de su marido y prepara su bienestar para cuando ella ya no esté.

Capítulo 3

ZENOBIA A TRAVÉS DE SUS DIARIOS

1.- ZENOBIA EN CUBA

Zenobia comienza su *Diario* en La Habana, Cuba, exactamente el día 2 de marzo de 1937, fecha que corresponde al veintiún aniversario de su boda con el poeta Juan Ramón Jiménez. Empieza constatando el hecho de que en ese momento está “en este lado del mar, pero tan lejos de casa” (Camprubí, 2006a: 3), igual que cuando se casó. Ahora sabe valorar sobre todo la “libertad” que goza y tiene un recuerdo para los millones de personas que en España están sufriendo por la Guerra Civil. Desde el comienzo del diario, pues, vemos en ella el que creemos es un rasgo definitorio de su forma de ser: su generosidad para con los demás y su carácter solidario con el sufrimiento ajeno. La primera persona a la que entrega su ayuda desinteresada es el propio Juan Ramón, pero en los comienzos de su estancia en Cuba esta tarea no llena el día suficientemente y además se trata de un trabajo irregular, lo cual le impide seguir, por ejemplo, unas clases con asiduidad. Por esta razón, se impone una serie de obligaciones que la disciplinen y aparten de “la desmoralización que causa el ocio” (Camprubí, 2006a: 3)¹². Elabora una lista que incluye escribir cartas, coser, aprender a cocinar... y hace también un presupuesto.

Además de asistir a clases de cocina, acudía a lo que ella llama “la clase de Camila” (Camila Henríquez Ureña), dentro de un ciclo que esta doctora en Filosofía y Letras y Pedagogía impartía en el Lyceum de la Habana. Zenobia no seguía estas clases como mero entretenimiento, sino que sacaba provecho de ellas, como podemos apreciar en la entrada del 18 de marzo, donde comenta que la clase ha tratado sobre escritores de la época de Carlos V. Despierta su interés la figura de Cortés, en especial la

¹² A partir de ahora, con el fin de no resultar repetitivos y monótonos, haremos las referencias al *Diario 1*, en el texto sólo con el número de página o la fecha del día correspondiente, entendiéndose que nos referimos siempre a nuestra edición de 2006.

“Academia” que, tras perder el favor real, fundó con un grupo de amigos, y en cuyo seno mantuvo unas conversaciones, fruto de las cuales son unos “diálogos” que dejó escritos, y de los que hay constancia por sus cartas. Zenobia escribe que preguntará a don Ramón Menéndez Pidal (por entonces en Cuba, dando unas conferencias) si conoce alguna edición moderna de dichos escritos.

Aunque elabora listas repletas de cosas que hacer como terapia para llenar sus días, la verdad es que se siente vacía y tendente al aburrimiento en un país que ella considera lugar de paso, ya que desea seguir camino hacia los Estados Unidos, como podemos leer en la entrada del 19 de marzo. Tras una excursión a Cienfuegos el 22 de ese mismo mes, escribe que se siente “más bien holgazana” y víctima de una “creciente tendencia al aburrimiento”. Dos días después se queja de su “serena y pausada vida” que la “fastidia”. No le gusta el tipo de vida que lleva en Cuba. La califica de “intolerablemente vegetativa”. Su deseo constante es el de marcharse a otro lugar, preferiblemente los Estados Unidos. El día 13 de enero de 1938 escribe que sólo anhela estar en tres lugares: Nueva York, París y Londres, y el 25 de abril anota que desea mudarse a otro lugar más en consonancia “con nuestro parecer y sensibilidad”. A Cuba le reconoce belleza, pero cree que es un país al que le falta grandeza y diversidad, y considera que no ofrece lo suficiente para querer quedarse en él. Es probable que a ese sentimiento contribuyera la situación de estrechez en que vivía el matrimonio en La Habana. Ambos deben compartir un único cuarto y la insuficiencia de espacio se agrava con la costumbre de Juan Ramón de llenarlo de periódicos. Zenobia debe aprovechar las escasas ausencias de su marido para realizar alguna tarea en el cuarto común, como el 4 de febrero del 37, en que aprovecha para cortar una chaqueta de pijama. Cuando el cuarto compartido se le hace muy asfixiante, sale de paseo sola y reflexiona mirando lo que la rodea.

Además está convencida de que el clima del trópico le sienta mal a su organismo con manifestaciones como exceso de sudor, falta de energías y tendencia al sobrepeso. Su inactividad hace que manifieste varias veces sus deseos de visitar a su familia en los Estados Unidos, pero Juan Ramón no quiere. En septiembre del 37 pasa una gripe que la deja deprimida, porque tampoco ha podido hacer el deseado viaje para ver a sus familiares. Otro tema constante desde julio hasta diciembre del año 37 es su preocupación por la situación económica que atraviesan.

Todos estos factores provocan desencuentros en el matrimonio, que trataremos en otro capítulo. Como tendremos ocasión de comprobar, son estas las fechas en que Zenobia vierte en sus diarios las más duras críticas hacia su marido.

No es difícil adivinar que la diarista se siente desorientada en la situación de incertidumbre que ella y su marido viven en Cuba, sin saber a dónde ir. Unas veces piensan en Argentina, otras en Chile o México. Ella misma manifiesta el 27 de febrero del 37 que el futuro es muy incierto para hacer planes. Teme que algún problema pueda complicarles su situación (ya que llevaban pasaportes diplomáticos emitidos por el gobierno de la República). La inquietud de ambos por su situación personal y por la guerra aumenta con noticias acerca de su sobrino y ahijado Juanito, combatiente con el ejército nacional y que ha resultado herido en la guerra.

Zenobia sale a veces ella sola a dar un largo paseo que le sirva de alivio de sus penas y para reflexionar sobre su relación con Juan Ramón. Así hace, por ejemplo, el 27 de diciembre, tras el cual escribe que en ocasiones está “harta de todo” y que cree que “ya que vivimos sólo una vez es demasiado no poder vivir la propia vida” (135-136). En otra ocasión, sale de nuevo sola, se sienta en un banco frente al mar y “me dediqué a reflexionar sobre las cosas y me tranquilicé mirando la ancha avenida de

palmas, los jardines tan bien cuidados abajo y el punto donde desaparecía la avenida” (159).

Creemos que es en esta época cuando la diarista más echa de menos hacer su propia vida, tener una actividad y hasta su propio cuarto, que como dijimos anteriormente, ella disfruta cuando su marido sale, por ejemplo a una conferencia (13 de diciembre) y ella se queda en casa, “con completo dominio de nuestro espacio: cuarto y baño”, y se ocupa de poner orden en sus papeles.

A pesar de las numerosas quejas de inactividad por parte de Zenobia, un repaso a su estancia en Cuba el primer año de su llegada, nos da un buen número de actividades, movida por su espíritu social y filantrópico. Se encarga de escoger el mobiliario para una representación teatral en el Auditorium, lo que le ocupará varios días (28 de abril), continúa enviando ayuda a los niños que tiene bajo su cuidado en España; con su amiga Elena Mederos organiza la distribución de costura para las mujeres y los niños de España; visita, junto a una muchacha americana también interesada en el trabajo social, a un carpintero que está experimentando con fibras de plátano, sin haber encontrado apoyo en su iniciativa, y se interesa por su trabajo; escribe a diversas personas para ayudar a algunos amigos; se inscribe para trabajar en una cárcel de mujeres tomando nota de sus antecedentes penales; vende boletos para beneficio de la biblioteca del Lyceum. Lee también bastante (además de aquellas lecturas sugeridas en la clases de Camila Henríquez, lee, entre otros libros, *Lo que el viento se llevó*, diversos libros sobre España, de Clara Campoamor, Louis Delaprée, la *Biblia* o la *Historia del Arte* de Elie Faure), asiste a exposiciones, a un desfile de modas y atiende a su abundantísima correspondencia.

Zenobia no se encuentra a gusto en Cuba, pero su desazón no es porque eche de menos su país. Aunque, como veremos, se muestra continuamente preocupada por la situación de España y expresa su anhelo de paz, no se

siente compungida por la lejanía, al contrario que su marido. En ocasiones, ella se plantea posibles países en los que vivir, como México o Chile, países que tienen la ventaja de que en ellos pueden editarles los libros del poeta. Sin embargo, México no parece, por su altitud, muy apropiado para Juan Ramón, así que la diarista considera que en Chile podía llevar una vida muy barata para compensar lo caro del viaje. Dice: “En vez de eso, estamos estancados aquí” (160). Con motivo de la recepción de una carta de Guerrero el 10 de febrero de 1938, en la que les tranquiliza respecto a la situación de Luisa, Zenobia expresa su deseo de ser útil a los niños españoles en París, pues quiere “trabajar para España entre profesionales americanos”; y termina su entrada de ese día con una manifestación contundente: “Pero no quiero volver a Madrid” (161).

De manera repetitiva se queja de que Cuba la hace sentirse físicamente vieja, el lugar le parece insoportable, aun cuando reconoce su belleza, y sólo el mar la consuela. Tampoco le gusta la gente, que encuentra aburrida y “pedestre”. Durante su estancia en la isla también protestará frecuentemente por su inactividad. Echa de menos tener un trabajo y en alguna ocasión se plantea un posible empleo, como trabajar en la granja de su prima Hannah, pero esa posibilidad nunca llega a materializarse. Son frecuentes las anotaciones acerca de su estado de ánimo: “Estoy exasperada con la vida”, dice el 4 de febrero, y al día siguiente: “Estoy terriblemente triste y desolada. Es sólo que la inactividad me está consumiendo. No puedo tolerarlo y quiero alejarme y estar libre un tiempo” (158). En febrero de 1938, Juan Ramón hace a su mujer la propuesta de marchar a Argentina. Ella está dispuesta, aunque supondría un desembolso muy grande, pero eso les permitiría ver otros países de Suramérica “y eso es algo que no nos pueden quitar”. Reflexiona sobre lo que ella llama “saltos al vacío” que la estremecen, aunque disfrute de los lugares y experiencias nuevos, pero considera que es necesario tomar medidas, al menos económicas. En esta

ocasión, la diarista piensa más en el beneficio que el cambio puede traer para su marido, al que la incertidumbre y la preocupación hacen que eche mano a recursos insospechados. Lo que ella denomina “salto en la oscuridad” cree que puede ser un éxito para el poeta; por lo que, siempre que sea posible económicamente, dice que está dispuesta a marcharse (165). Sin embargo, pasan los días, comienza a hacer calor y Zenobia está dispuesta a partir, “pero J. R.¹³ no tiene la menor gana de darse prisa, se ha atrincherado y está preparándose para trabajar” (166). Las esperanzas de marcharse se irán diluyendo, atenuadas por la marcha de la guerra de España. El 27 de febrero declara que “el futuro es muy incierto para hacer planes” y el 2 de marzo, aniversario 22º de su boda y 1º de su diario, dice que ese hubiera sido un día feliz en lo personal “si no fuera porque el mundo parece estar al borde de la catástrofe” (171). A Zenobia no le quedará más remedio que aceptar la situación, por lo menos hasta el momento en que reciben una carta del profesor Gordon Brown, de la Escuela de Tecnología del Estado de Georgia, con el ofrecimiento de unas conferencias, que le despierta de nuevo su deseo de viajar y conocer uno de los lugares, San Agustín, “que me muero por ver desde hace mucho”. A este ofrecimiento, dentro de ser algo “pequeño y casual”, no deja ella de verle todo tipo de ventajas, como la posibilidad del contacto con varias universidades y que les pagan los viajes. El poeta dilata la respuesta al profesor, lo que ocasiona la impaciencia de ella, que vuelve de nuevo a sus quejas por su inactividad: “como de costumbre, mano sobre mano. Sencillamente, no resisto el no tener nada que hacer” (12 de marzo). Finalmente, el 13 de marzo nos dice que ha conseguido que su marido al fin exponga su plan para el futuro inmediato, que no es sino quedarse en

¹³ Siempre que citeamos del *Diario*, respetaremos la forma abreviada con que Zenobia se refiere a su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez.

Cuba, al menos hasta la llegada de Montilla¹⁴, y después hacer un viaje a La Florida para desde allí zarpar para Nueva York, donde permanecerán un par de meses. Después de eso todo queda en el aire. Escribe: “los próximos tres meses sabemos dónde estaremos” (177), y aprovecha de nuevo para quejarse del trato con la gente aburrida del hotel.

La estancia de estos primeros años del matrimonio Jiménez en Cuba se ve aún más gravemente perturbada por las noticias acerca de su sobrino Juanito¹⁵, del que por carta de Eustaquio saben que ha resultado herido en el frente. La noticia llega el día 23 de marzo de 1938 en carta que había sido escrita en febrero y no daba más detalles. Además de esta inquietante noticia, viene con la misiva un recorte de prensa donde se calumnia a Juan Ramón. Dice la diarista: “Lo siniestro y horrible para nosotros es que estas dos cosas han pasado juntas” (181).

El 25 de marzo reciben un cable con la noticia de que su sobrino está gravísimo. En su diario, escribe: “Por mucho tiempo nos pareció como si las pocas ilusiones que quedaban en el mundo estuvieran concentradas en él y lo que quedaba de nuestras vidas, como la del pobre Eustaquio, serían tres viejos respirando insípidamente en un mundo sin sentido”. Ellos esperan una nueva carta, pero mientras, sienten sombríos augurios. A modo de cura, pasa ella la mañana en la playa de Jaimanitas, donde le sientan bien el aire y el sol, pero la molestan a su alrededor los ruidosos bañistas.

En estas horas bajas, hace infeliz a nuestra diarista comprobar que el poeta “tira a un lado y yo al otro” y la manía de éste “de querer que yo esté con él todo el tiempo”, y lo que es peor, con él también cuando se reúne con la tertulia del hotel, durante horas, “a hablar de los peores y más aburridos temas”, con su “corte”, que, ahora, inactivo por su desesperación, “preside” dos veces al día.

¹⁴ Carlos Montilla, el que fue entonces Encargado de Negocios de España en Cuba.

¹⁵ Juan Ramón Jiménez Bayo era hijo de Eustaquio Jiménez, hermano del poeta. Juanito (así lo llamaban ellos) era ahijado de Juan Ramón.

A pesar del sufrimiento provocado por la incertidumbre, Zenobia sigue pensando en un próximo viaje a los Estados Unidos, mientras atiende al matrimonio formado por Carlos Montilla y su esposa Rosario, recién llegados a la Habana. Los paseos con ellos por la ciudad y la mucha conversación dejan exhausta a la diarista, además de deprimida por la situación de España. Por la tarde hojea algún ejemplar del *ABC* de Sevilla buscando alguna noticia de su sobrino Juanito. Por fin, el 13 de abril se confirma la muerte de su sobrino, después de que Zenobia haya creído en el suceso y en el contrario: “Si fuera cierto que Juanito podría renacer como una espiga de trigo nueva...” (189).

Las entradas del 14 al 16 de abril se ocupan del relato de un viaje que realiza a Trinidad. La primera noche la pasa casi toda sin poder dormir pensando en su sobrino y llorando, lo que la alivia mucho. A su regreso, encuentra a su marido en un penoso estado mental, que no aconseja dejarlo solo, por lo que parece olvidar su viaje a Estados Unidos, que ya habían decidido que haría ella sola. Sin embargo, tras varios días ocupada solo en las tareas domésticas y de ayuda a Rosario buscando vivienda, vuelve a insistir: “Me muero por terminarlo todo y estar de camino a la Florida”. Aún tiene ánimo para buscar en un montón de ejemplares del *ABC* sevillano información sobre Juanito. Allí encuentra un reportaje sobre él y su andadura hasta su muerte. Había estado en Guadalajara, Sabiñánigo y Belchite antes de morir en Teruel.

El ambiente asfixiante del hotel en el que residen la incita a buscar vivienda, pero no obtiene resultados, pues alguna de las que ven son demasiado caras para su presupuesto o no convencen al poeta. Ya hemos visto cómo la diarista a veces debe salir del hotel para poder disfrutar de la soledad, visitando la playa o paseando. Por otra parte, la falta de espacio le impide tener libertad para disfrutar cuando lo desee del viento fresco en casa o de la música. Finalmente, el poeta admite que deberían tener cada

uno su propio cuarto y promete comprar una radio para que ella pueda escuchar buena música. Zenobia consigna que le duele que esta iniciativa de su marido no haya salido de forma espontánea, sino como resultado de la decisión de ella de no hacer el ansiado viaje a Estados Unidos, ante el estado depresivo de él cada vez que ella le recuerda que desea hacerlo. Esta circunstancia le impide mostrarse agradecida; se lo toma “con una sonrisa forzada, después de catorce meses de vivir reprimida, como un premio para consuelo del perdedor, por hacerme renunciar a una visita a mi familia” (198-199).

Sin embargo, ha conseguido un cuarto para ella sola, y se consuela amueblándolo y viendo por su ventana el mar. Ocupará varios días organizando la habitación y disfrutándola, ya sea cosiendo unas cortinas y unos cojines, pasando a máquina algún documento para Juan Ramón, o simplemente observando la naturaleza. Las entradas del 12, 13 y 14 de mayo nos muestran una Zenobia contenta, feliz, “bastante contenta conmigo misma y hasta más descansada y serena”. Y “el cuarto se ve de lo más bien”; además se da cuenta de que aunque su lucha con su marido la perturbe, “no dependo de él para ser feliz” (203). Además, puede hacer las cosas que le gustan a su manera, como escuchar música “abriendo ambas ventanas de par en par a la noche tropical”, experiencia “maravillosa” de que tenía que privarse antes por miedo de su marido a las corrientes de aire: “Una maravillosa experiencia la de anoche en perfecta soledad fantástica” (240). La realidad es que el hecho de que Zenobia tenga ya su propio cuarto mejora la relación del matrimonio y calma la situación, lo que facilita largas conversaciones, “hablamos y hablamos por largo rato” (204). Durante el resto de los días del mes de mayo, la diarista, muy animada, se vuelve más activa, asiste a conferencias y come con sus amigas, mientras que su marido se encuentra en el dique seco. Sin embargo, en junio poco a poco vuelven las quejas en el diario por lo mal que se encuentra en Cuba.

“No puedo acostumbrarme al clima”, dice el 5 de junio, y unos días después: “La vida en Cuba se hace cada vez más insoportable mientras más pienso en todo lo que quiero hacer en los Estados Unidos”. “Mi único consuelo son las ventanas y el mar”, dice el 8 de junio.

A la diarista se le hace cada vez más insoportable su inactividad intelectual. “¡Un largo día tras otro! Me doy cuenta de que no es nada justo el pasar la vida en este estado mental cuando he tenido la buena fortuna de estar viviendo con J. R.”, dice el 9 de junio. Reconoce una vez más la belleza del lugar, pero insiste en su valoración negativa de la gente. Además encuentra irritante que el poeta se avenga a ese tipo de vida, hasta volverse “insulso”. Todo lo que la rodea parece irritarla e inutilizarla para lo bueno, lo útil y lo que requiera un esfuerzo continuo. Sin embargo, tiene que reconocer que su marido está mejor adaptado que ella hasta el punto de que vive con un “apacible interés en la vida cotidiana que yo no tengo”, escribe el 14 de junio. Sólo cuando tiene más presente la guerra de España, sabe valorar que, al fin y al cabo, ella está a salvo en Cuba. “Me sentí culpable por disfrutar de un privilegio que no tenía la mayoría de mis compatriotas”, dice al pensar que “cualquier persona inteligente de cualquiera de los dos lados” que se encuentre en España debe sentirse como en una prisión, contradiciendo así a Juan Ramón, que nos dice Zenobia que exclama: “¡Ay, Dios!, y que tengamos que estar en esta prisión que es estar fuera de España” (233).

A primeros de agosto Zenobia empieza a preparar el ansiado viaje a los Estados Unidos, que finalmente harán juntos. En el diario escribe con tristeza que ya está decidido que se quedarán en Cuba. Dice ella del país: “Ha sido nuestra ruina”, refiriéndose a que han tenido que vivir de los escasos ingresos de ella y han gastado más de lo que tienen. Parece albergar alguna ilusión sobre los Estados Unidos: “Yo quiero ver cuál es la

situación en los Estados Unidos y ver si puedo hacer algo para arreglar las cosas” (248).

El viaje que realizó el matrimonio Jiménez duró desde el 24 de agosto hasta el 3 de diciembre, en que regresan a La Habana. Supuso un reencuentro muy esperado y feliz de Zenobia con su familia, especialmente con su hermano preferido, Jo, al que estaba muy unida. Éste era uno de los objetivos de su viaje, pues su hermano se encontraba enfermo de cáncer. El diario nos deja una muestra del vínculo especial que unía a los hermanos en los comentarios de la diarista. En un principio, el matrimonio se aloja en casa de la familia de Jo, pero al llegar su sobrina, Nena, y el marido de ésta, Zenobia y Juan Ramón deben mudarse al alojamiento que en principio habían reservado solo para el poeta. Zenobia manifiesta su disgusto y el de su hermano al tener que marcharse: “Es un desengaño encontrar siempre un obstáculo en mis relaciones con Jo, pero parece que la familia siempre ha resentido nuestro cariño” (257), y: “necesitaba un momento más íntimo para hacerle preguntas a Jo” (260). Las confidencias entre hermanos tendrán que producirse lejos de miradas ajenas cuando quedan para comer o Zenobia lo lleva a un espectáculo teatral algo frívolo según la diarista, pero que le hizo reír mucho. La salud de su hermano le preocupa grandemente estos días, lo ve con frecuencia y, cuando lo encuentra bajo de moral, melancólico, habla con su cuñada y su sobrina y les sugiere que hagan algo para mostrarle su cariño. En la entrada del 29 de octubre queda patente que la buena relación con Jo no es sólo de Zenobia sino también de Juan Ramón: “Jo sonrió al abrir la puerta y encontrarnos delante”, “parecía contentísimo de que estuviéramos con él y dijo que quería que no nos fuéramos”. Dice también: “He de decir que es Jo el que nos hace sentirnos en casa, su afecto entrañable, y detesto tener que dejarlo en la condición en que está” (290). A finales de noviembre, cuando ya sabe que se aproxima

su vuelta a la Habana, la diarista escribe que es muy duro despedirse de su hermano.

Otros encuentros importantes en el terreno afectivo para la diarista son, aparte de sus hermanos Gus y Raymond, a los que ve el 27 de agosto, su antiguo amigo y albacea del matrimonio Henry Shattuck, que se ocupaba de sus asuntos legales en Estados Unidos, y fue antiguo pretendiente de Zenobia. El encuentro fue muy emocionante. También visita a su amiga Hannah en Torrington, el 2 de septiembre, con la que pasarán unos días disfrutando con la naturaleza y la vida de la granja que esta regentaba: “pasé la mañana atendiendo a los pavos y arreglando los recipientes de comida”, escribe el 4 de septiembre.

Leídas todas las entradas del diario correspondientes a este viaje, podemos afirmar que Zenobia aprovecha éste al máximo. Sus actividades se reparten entre visitas, encuentros con antiguos conocidos, excursiones, fiestas, acompañada o no por Juan Ramón. Éste al principio parece disfrutar en museos, exposiciones o en la ópera. También intenta trabajar. Sin embargo, a medida que avanzan los meses, se va aislando. Desde el principio, queda patente que su mujer es mucho más activa que él. “Podría hacer muchas más cosas en el tiempo disponible, pero tendría que excluir al pobre J. R.”, dice el 9 de septiembre. Con el paso del tiempo, ella parece plantearse si ha tenido un poco abandonado a su marido: “Siento que no he hecho por J. R. todo lo que podía durante nuestra estancia aquí” (292). A renglón seguido, se justifica: “Pero una nunca sabe para dónde va a tirar o lo que le va a *gustar* hacer”. El poeta, con el tiempo, va aislándose y acusando el frío, por lo que la diarista dice el día 21 de noviembre que está dispuesta a regresar. Ambos, no sólo Zenobia, han aprovechado su viaje: Visitan la Hispanic Society, el 10 de septiembre; la iglesia donde se casaron, el día siguiente; el Museo Frick, el día 13; los Claustros, el día

16¹⁶; la playa , el 17; diversos lugares donde ella vivió, el 22; la University Women Association, el 5 de noviembre, esta vez ella sola sustituyendo a Juan Ramón en un acto, y el 19 para escuchar una conferencia de Eleanor Roosevelt; acuden a un recital de La Argentinita el 13 de noviembre; visitan diversas exposiciones: una de Picasso, Sisley y Monet; otra de Derain y otra de Piero di Cosimo, el día 17; acuden a una comida de la Asociación de Política Extranjera para “Forjar una nueva España”, el día 22; van a la ópera al día siguiente. A todas estas actividades hay que sumar comidas o cenas diversas y encuentros con conocidos o personalidades como Díaz Canedo, Waldo Frank o Ángel del Río. De esas jornadas agotadoras queda constancia en diversas entradas del diario: “Otro día pleno de actividades” (5 de octubre), “¡Un día muy importante!” (6 de octubre), “Un día glorioso” (8 de octubre), “Caí en la cama muerta” (16 de octubre), “Cansadísima después de haberme divertido tanto (26 de octubre). El contraste con la Zenobia de La Habana, aburrida y quejumbrosa no puede ser mayor. Su cansancio era, desde luego, muy diferente a aquel casi paralizador que sentía en Cuba.

El 29 de septiembre inician el viaje de regreso a Cuba, Zenobia preocupada por que su hermano no pueda acompañarlos para mejorar su salud y descansar. El regreso supone la vuelta a la normalidad anterior y la nueva búsqueda de casa por parte de la diarista, infructuosa búsqueda por los apuros económicos que atraviesan. También vuelven los desencuentros en la pareja debido a la desmoralización e inactividad en que ha caído el poeta. Zenobia a veces se enfada con su marido, pero, en general, en los días de las fechas navideñas son reiterativas las anotaciones en el diario reflejando su preocupación por él: sus largos silencios, su semblante apenado, su aspecto desalentado. El 24 de diciembre, día del cumpleaños

¹⁶ Esta visita provoca un divertido comentario de Zenobia sobre Juan Ramón. Piensa que éste hubiera deseado ser un monje del siglo XVI, pero que “solamente una ocurrencia le hizo atraerme a su compañía”.

de Juan Ramón, se emociona ante la reacción agradecida del poeta por el regalo que ella le hace: un libro con las poesías de Emily Dickinson y un pequeño grabado de Blake. “De repente me sentí invadida por un torrente de lágrimas” (320).

La diarista reanuda sus actividades, incluyendo los viajes, que tanto le gustan, uno a Trinidad, el 28 de diciembre (no consigue convencer a Juan Ramón para que la acompañe) y otro a Camagüey, entre el 21 y el 24 de enero. Reanuda también la asistencia a las clases de Camila (que ahora versan sobre literatura francesa moderna), prepara en el Lyceum juguetes para los niños pobres, lee (por ejemplo, *La rebelión de las masas*), asiste a conferencias, y se queja de haber perdido la costumbre de trabajar: “Me temo que me estoy acostumbrando a no trabajar y a querer hacer solamente lo que me gusta”, dice el día 11, aunque está trabajando en la antología que prepara su marido y disfruta mucho: “ésta es una bella oportunidad para trabajar” (331). Aunque Juan Ramón parece que se recupera y vuelve al trabajo por esas fechas, el viaje de Zenobia a Camagüey será decisivo. Unos días antes (el 18 de enero) Zenobia había consignado en su diario que el poeta caía en la desesperación y el letargo, influido negativamente por las noticias sobre los acontecimientos internacionales. En estas circunstancias el poeta “no hace absolutamente nada”.¹⁷ A la vuelta del viaje, Zenobia acumula en pocas líneas la información sobre la alegría de los dos por el reencuentro, las noticias de la situación “horrible” de España y, sobre todo, la decisión de ambos de regresar a los Estados Unidos “que es el único país que nos queda ahora en el mundo del que no queremos que nos separen” (338).

El 26 de enero Zenobia dedica la mañana a empaquetar sus cosas y la tarde del día siguiente ayuda a Juan Ramón a hacer lo propio con las suyas,

¹⁷ El subrayado es de la propia Zenobia.

y el 28 de enero, tras muchas visitas que vienen a despedirse, parten en tres automóviles, dos de ellos llenos de equipaje, “una verdadera procesión”.¹⁸

2.- ZENOBIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

En el barco *Numargo*, tras una incómoda travesía, llega el matrimonio a Miami el 29 de enero. El cambio de Cuba a Estados Unidos, a pesar de las dificultades iniciales por el precio de su alojamiento primero y el nerviosismo de Juan Ramón¹⁹ al no poderse comunicar directamente con nadie después, no puede sino animar a Zenobia, que comienza buscando una casa que alquilar. Cuando encuentran una pequeña casa apropiada (tras alguna desavenencia en la pareja) la diarista anota: “Estoy muy contenta con esta casa”, aunque la tensión le provoca durante unos días dolor de cabeza y termina llorando y aliviándose (12)²⁰. Las dificultades del matrimonio en ese momento eran fundamentalmente económicas. La diarista comenta que viviendo allí será necesario tener coche (algo que conseguirá más tarde, como veremos) y el dinero para la casa apropiada escasea. Zenobia y Juan Ramón buscan en Coral Gables, pero la diarista escribe que tendrán que buscar en el suroeste, pues “en las actuales circunstancias, nuestro presupuesto está más cerca del que trabaja con las manos que de un turista o un intelectual con empleo” (9). Como señala Graciela Palau en la Introducción, los comienzos en Miami fueron duros, pues el matrimonio apenas conocía allí a nadie ni era conocido, pero Zenobia, amante de la vida social, aprovecha una invitación de Mrs.

¹⁸ En una nota final, la editora nos informa de que así termina el diario de Cuba y el 29 de enero, domingo, ya están en Miami.

¹⁹ El nerviosismo del poeta por sus dificultades para comunicarse sin la ayuda de su mujer, hace que Zenobia incluya un comentario que resulta premonitorio: “Quizá tengamos que irnos a Puerto Rico” (p. 4).

²⁰ Seguimos el mismo criterio con las citas del diario. Ahora, naturalmente, los números de página o fecha corresponden al tomo 2.

Bowers (una amiga suya de la Habana) a cenar. Juan Ramón se lo reprocha y ella argumenta que necesita “expansionarse” con gente de su clase. Unos días después hace también una pequeña excursión a Coral Gables con ella, a pesar de que su marido intenta impedirselo alegando que está acatarrado. Sin embargo, pronto conocen al Director del Departamento de Español de la Universidad de Miami, Mr. Owre, al que la diarista califica de “muy jovial”.²¹

Enseguida Zenobia comienza a encontrarse a gusto en La Florida. Tiene una casa, lo que le permite organizarse, la vida es barata y está dispuesta a ahorrar encargándose de hacer ella misma la comida, aunque esto último sin mucho éxito, como comprobamos el día 19, jornada en que tras sentirse satisfecha de sus labores culinarias, ve cómo se le prende fuego la sartén, por lo que comen “todo el almuerzo carbonizado y me ha llevado una hora entera limpiar las cacerolas”. Compran también una radio, en la que pueden escuchar conciertos además de las noticias. Como vemos el día 25 de febrero, en que escuchan un concierto completo de Wagner. Ella lo disfruta sentada “en el sillón de mimbre del porche, con la cabeza echada hacia atrás viendo cómo movían sus penachos las palmeras, negras contra las nubes bordeadas de rosa, mientras las valkirias lanzaban gritos salvajes” (19). Los días sucesivos también escuchan otros conciertos. Zenobia parece echar en falta sólo hacer algo de ejercicio, pues se empieza a sentir “floja de carnes”.

Aparte de organizarse mejor que cuando vivían en el hotel de Cuba, y ahorrar, ella y Juan Ramón hacen amistad con los caseros, a los que dan clases de español. Zenobia escribe: “Esta casa es de veras un hogar para mí después de nuestro inquieto buceo en hoteles” (18). La preocupación principal de la diarista en estos días está focalizada en su hermano Jo, al

²¹ Graciela Palau de Nemes explica que el profesor Owre y su esposa serían personas muy del gusto de los Jiménez. Además, el profesor incorporará a Juan Ramón a la facultad.

que ya vimos que había dejado enfermo en su viaje anterior. Ella querría traerlo a su lado: “¡Qué feliz me haría el lograr que Jo viniera para acá e hiciera planes para construir una pequeña casa en Coral Gables!” (17). Se preocupa también por la dureza del clima que estará sufriendo: “Ese terrible frío de Nueva York debe de ser horrible para él” (18).

Sin embargo, no pasará un mes antes de que Zenobia empiece a sentirse aislada, mientras su marido comienza a trabajar. La diarista sabe expresarlo brevemente y con claridad: El aislamiento “está muy bien para las cosas grandes, pero las pequeñas sufren definitivamente” (24).

En estos tiempos de sus comienzos en los Estados Unidos, España sigue estando muy presente a través de la radio que los dos escuchan a diario esperando noticias. Pero la preocupación económica es aún la mayor, como ocurrirá periódicamente a lo largo de todo su exilio. A veces, Zenobia echa cuentas en su diario. Están sin dinero, esperando el cobro de trabajos diversos de Juan Ramón y con varios otros pagos pendientes. Como siempre, es ella quien se ocupa de todas estas gestiones. El poeta por estas fechas comienza a sentir cómo baja su moral. Esto se manifiesta físicamente en dificultades para digerir la comida, dolor de cabeza y problemas para conciliar el sueño. Zenobia, con más capacidad de adaptación, lee mucho esos días: *The siege of the Alcázar*, la vida de Gauguin contada por su hija (Pola Ratton Gauguin) y *Whith Malice Toward Some*, de Margaret Halsey. El 19 de marzo nos da cuenta de los dos últimos libros leídos, que le han decepcionado: *Lords of the Press*, de George Seldes (al que juzga de muy parcial, casi propagandístico) y *Fifth Column* de Hemingway, que califica de “inmundicia”. A finales de mes nos comenta su opinión sobre el libro que acaba de terminar, *L'Espoir*, en inglés. Le parece “pesado y monótono, pero es la verdad”. Manifiesta que su lectura es una pesadilla y le recuerda con horror las cinco semanas que pasó en España tras el estallido de la guerra. Dice: “Me enferma solamente

el acordarme de ello. ¡Pensar en la gente que durante años ha vivido ese infierno!” (40).

El mes de abril continúa prolífico en lecturas. Ahora lee el manual de la *Hitler Youth*. Ya el 24 de marzo nos había contado las dificultades para conseguir el libro en la biblioteca (37). Ahora que lo está leyendo, lo califica de aburrido y dice: “Es un absurdo forzar este tipo de religión en la humanidad y que la humanidad la tolere. ¿Creen en ella los predicadores?” (42). Algo más se extiende el 4 de abril en sus reflexiones tras la lectura. “Después de leerlo, entiendo muchísimas cosas que antes eran para mí incomprensibles. Por ejemplo, el asesinato de García Lorca”. Comenta la indignación que se siente al pensar que 7000 muchachos al año deben leer ese “veneno”, pero cree entender lo que tiene esa doctrina de bueno. “La organización es, sin duda, una gran canalizadora de la voluntad y la energía. ¡Si la usaran para mejores y más liberales propósitos!” (42).

Sigue también cultivando su interés por conocer lugares, que la lleva a visitar varias islas cercanas, de lo que da cuenta el 14 de marzo. Y se siente feliz continuando el trabajo para una antología del poeta. El 22 visita el extremo norte de Miami Beach e Indian Creek. Está siempre muy atenta a cualquier evento cultural que pueda ser de su interés. El 27 de marzo anota que, paseando, ha visto en el escaparate de una librería el anuncio de una conferencia de Eve Curie en la Escuela Superior Edison. Cuando se da cuenta de que era ese mismo día, concretamente hacía unas horas, se enfada, porque dos conocidas suyas, profesoras de esa escuela, y que podían haberla avisado, no lo han hecho. En el tranvía se cruza con una mujer que lleva el programa en la mano y “me puse furiosa de veras”, nos dice.

Los problemas económicos, que persiguieron al matrimonio durante todo el exilio, como ya dijimos antes, vuelven a atenazarlos. En la primavera, Zenobia consigna que carecen de lo más elemental, que viven “a lo

Robinson Crusoe”. Un pequeño detalle le hace darse cuenta de ello: Para un sencillo acto social no tiene el par de medias adecuado, sólo le quedan dos, uno no tiene el color apropiado y el otro tiene un remiendo. Por ello, la diarista se ve obligada a afinar en sus proyectos. “Ahora tengo un plan entre manos para poder usar un coche a muy bajo precio. La necesidad aguza el entendimiento”, dice el 4 de abril. Hay que tener en cuenta que el matrimonio seguía enviando dinero a España y Suiza, como ayuda a familiares y niños acogidos, por lo que dice: “Creo que voy a tener que empezar a ganar dinero otra vez” (48). Aun así, planea construir casa y comprar coche, pero deben además buscar nueva casa, lo que hace ella, a veces sola, otras acompañada por los Owre o por Juan Ramón.

A pesar de las dificultades económicas, Zenobia no deja de hacer planes. El 2 de mayo hace uno de tres años: “el 1º año un coche; el 2º año, una casa; el 3º año, agrandar la casa”; pero se ve obligada a volver a ocuparse personalmente de la casa y la cocina. Se pone a ello con dedicación y se propone poner en práctica una receta cada día, pues si no, “no seré cocinera en lo más mínimo al final de mi primera temporada de cocina”. También intenta ahorrar en el vestir, comprando ropa que tenga un estilo que perviva a las modas: “muchas de las cosas que tengo me van a durar, pues no pertenecen marcadamente a ningún periodo en particular”. Sus propósitos son los de ahorrar lo más posible, pero no quiere dejar de ir a ver a su hermano Jo en verano, aunque sabe que la mejor forma de ahorrar sería quedarse en casa durante las vacaciones.

Finalmente, con Juan Ramón en estado depresivo, realizan el viaje a Nueva York, que durará desde el 1º de agosto (tras comprar los billetes de ida y vuelta, se quedan sin un centavo) hasta el 20 de octubre. Zenobia se propone disfrutar de la vida. Vive momentos difíciles, de nuevo por la “actitud polémica, egoísta e irritable” de su marido, como nos dice el 25 de julio. Nuevamente, sueña con su independencia: “Y de seguro quiero un

cuarto para mí sola para hacer lo que me dé la gana, abrir bien las ventanas, ponerme crema en las manos cuando el fregar me endurece la piel y moverme en la cama si me apetece” (93).

El largo viaje a Nueva York será más aprovechado por la diarista que por el poeta. Ella llevará una intensa vida social. Aparte de la relación con la familia más próxima, verá a otros parientes y personas, algunas de relevancia intelectual, como Ángel del Río o Tomás Navarro Tomás. Además aprovechará algunos fines de semana para salir de la ciudad. Unos los pasa en la finca de su amiga Hannah y la mayoría con su hermano y familia en Woodmere. También hace visitas culturales con su marido. El 10 de agosto van los dos al Museo de Arte Moderno. “Pasamos una mañana espléndida”, dice (99).

Durante sus estancias en Woodmere, la diarista valora especialmente las conversaciones familiares, el disfrute de la playa o la piscina y la lectura junto al mar. En los días que pasa junto a su amiga Hannah, Zenobia disfruta de la vida en la naturaleza (días 19 al 29 de agosto y fin de semana del 8, 9 y 10 de septiembre) y describe su impresión del paisaje o sus actividades del día. “Por la noche nos sentamos cerca de un espléndido fuego que ardía en la chimenea para tomar una cena fría. Pusimos la mesa con gran esmero y lo pasamos muy bien. Las ascuas no se apagaron hasta las 11” (114).

En uno de esos regresos tras el fin de semana sola, encuentra a su marido triste y deprimido. El poeta empezaba a encontrarse aislado y ella intenta hacer cosas con él. El 21 de septiembre Zenobia había visitado la Feria Mundial, en Flushing Meadows, Nueva York. En su diario detalla sus opiniones sobre algunos de los pabellones que visita. No le gusta el soviético, al que critica los “horribles murales” y del que le atraen solo los retratos de científicos y aviadores. Le gusta más el pabellón italiano. Compara ambos y hace una interesante reflexión: la ventaja de los italianos

es la continuidad de su historia, “mientras que los rusos se han desentendido por completo de su pasado y tratan de dar la impresión de que su mundo se hizo de la noche a la mañana. A mí me parece odiosa la idea” (122). Por fin, la diarista consigue volver a la Feria con el poeta (“una hazaña con J. R.”), pero éste parece siempre cansado. Visitan esta vez el Pabellón de Obras Maestras. “J. R. se moría de la fatiga real o imaginaria constantemente”. Ella en cambio no parece cansarse nunca, sigue viendo a muchas personas en cenas, tes y cócteles, yendo al cine (*Goodbye Mr. Chipps*, *Historias de Filadelfia*, o alguna película de Greta Garbo), visitando otros barrios (Tuckahoe en Long Island, el 6 de octubre) y por la noche aún se relaja escuchando conciertos por la radio. Tanta actividad provoca el enfado de su marido por los compromisos y porque “nunca podía acomodarme a ninguno de sus planes”.

Como vemos, la diarista se desenvuelve perfectamente sola, e incluso podemos afirmar que mejor sola que cuando lo hace con su marido, a pesar de que se muestra encantada cuando pueden salir juntos. Su independencia está fuera de toda duda, como prueba una vez más la importancia que ella concede al hecho de poder disponer de un cuarto para ella sola. El 22 de septiembre habían debido mudarse de cuarto, con la ventaja para Zenobia de que cada uno cuenta con el suyo propio. “Es una gran comodidad, pues en cuanto me acuesto me gusta relajar los nervios y J. R. se queja de que me muevo en la cama, de que me ahogo, de que me cuesta trabajo respirar”, dice ella.

Tras el viaje a Nueva York cambian de domicilio, primero a un pequeño apartamento en Coral Gables y en noviembre alquilan una casa en esa misma zona. El cambio parece sentar muy bien al poeta, que encuentra en el barrio parecidos con su Moguer natal, pero también Zenobia se encuentra muy a gusto. Lo que no cambia son los apuros económicos, que llegan “hasta el punto de no haber comprado café desde que llegamos y

pedirle al lechero que cobre por la leche y los huevos al final de la 2ª semana”, dice el 1 de noviembre.

Como el poeta vuelve a trabajar, dicta a la diarista, y el resto del día ella se organiza también con las tareas de la casa. Su ánimo la lleva a realizar una lista de propósitos (“cosas que quiero comenzar a hacer enseguida”, escribe), en la que incluye tomar clases de cocina, enseñar español, asistir a actividades sociales y culturales en un club o incluso tratar de escribir. Visita muy frecuentemente la biblioteca del lugar, donde busca bibliografía y va haciendo fichas sobre castillos para preparar unas conferencias sobre España, y, aunque se queja de que la vida en el barrio la hace sentirse “abandonada”, se anima invitando a un pequeño grupo de personas a su casa el Día de Acción de Gracias, pues escribe: “debo decir que la tranquilidad sólo me gusta hasta cierto punto”. No quiere sentir la soledad que ha sentido en ocasiones en días de Navidad o Año Nuevo, lejos de la familia. Por lo demás, sigue leyendo mucho, saliendo al cine, haciéndose rizar el pelo (y “me sentí yo de nuevo”, dice), asistiendo a tes, y pensando en construirse casa (la última noche del año cena con unos amigos que la asesoran sobre construcción y ella decide construir “aunque sea como una inversión”) e informándose sobre coches.

De comienzos de 1940 es una reflexión que encontramos en el diario, muy importante para entender la necesidad de autonomía personal de la diarista. El 7 de enero relata que sintió una gran tristeza por “una cosa muy pequeña”. Esa nimiedad es el cambio inesperado de Juan Ramón, que, sin consideración hacia su mujer, a la que había dicho que las salidas de los domingos las decidía ella, determina que harán otra cosa distinta. Zenobia se sintió abatida pensando que su personalidad iba quedando gradualmente anulada por los objetivos de su marido. También la abruma el pensamiento de que ella siempre está dispuesta a sacrificarse, mientras él no se plantea complacerla en nada. Revive en su mente sus ocupaciones en Madrid,

donde, como sabemos, amueblaba y decoraba pisos para alquilar y regentaba una tienda, “Arte Popular”, de exportación de productos de artesanía española. Dice que estas ocupaciones le gustaban “porque me lo quitaba del medio y podía hacer las cosas a mi gusto”.

El hecho, en apariencia nimio, que relata sobre el cambio de opinión de su marido, es el detonante que la ilumina sobre sus pérdidas personales, como resultado del exilio. Las mismas pequeñas cosas que tienen el poder de entristecerla y hacerle pensar en lo insatisfactorio de la vida que lleva tienen también la capacidad de devolverla a la normalidad. Menos de un mes después hace constar en su diario su “enorme placer” por la oportunidad de conducir por primera vez y llevar a Juan Ramón a la biblioteca pública de Coral Gables. Aquel sentimiento de anulación personal parece abandonado. En su lugar, el 11 de febrero se congratula por el éxito de su marido en el inicio de un seminario y muestra su contento con una nueva actividad que el matrimonio realiza por las tardes: leerse el uno al otro.

Probablemente por el largo periodo de inactividad, manifiesta que se siente insegura y preocupada por la responsabilidad que ha contraído de dar unas conferencias. Confiesa que ya ha rehusado otros ofrecimientos, de lo cual parece arrepentirse. “Seguro que si hubiese tenido éxito me habrían llegado muchas invitaciones más”, dice el 17 de febrero.

Su faceta de conductora, en cambio, lejos de hacerle sentir inseguridad, le causa la satisfacción de “descubrir constantemente que tengo más capacidad que la que me atribuyo” (189). Por esas fechas parece superado un nubarrón anímico. La clave puede estar en que Juan Ramón pasa por un buen momento creativo. En esas circunstancias Zenobia ayuda con ganas a su marido en su trabajo, esto los une y por la noche continúan con su costumbre de leerse el uno al otro. El buen momento creativo del poeta parece contagiarse a su mujer, que se pone también a escribir los artículos

que versarán sobre los castillos de Ávila, Oropesa y Villaviciosa. No obstante, debe aprovechar las primeras horas del día madrugando mucho para trabajar mientras Juan Ramón todavía duerme, porque tiene por costumbre requerir a su mujer en cualquier momento para escribir a máquina.

Entre los meses de abril y mayo, Zenobia puede satisfacer su gran pasión viajera con dos viajes, el primero de carácter profesional a Orlando, con ocasión de un congreso de maestros, en el que intervienen los dos, y un segundo a Nueva York. A la vuelta del primero, la diarista escribe: “Ya estoy poseída del ansia de viajar”. Durante el segundo, el matrimonio decide abandonar su idea de construir casa y compra un coche, un Chevrolet, que conducirá, claro, Zenobia.

En la entrada correspondiente al 9 de julio de 1940 (209) encontramos una confesión de Zenobia que explica el motivo por el que en ese momento de su vida, y tras más de un mes sin anotar nada en su diario, necesita utilizarlo para huir de la convicción de la inutilidad de su existencia. Se siente obligada a decir algo y escribe que lo renueva, “sin intención de expresar lo mío, pero para ayudarme a salir de este pantano de ociosidad en que estoy sumida por una temperatura de 88 grados y la falta de ocupación habitual” (209). Esa idea es la que la anima a seguir.

Durante el mes de julio de 1940 hay muchos silencios en el diario y en las pocas entradas²² vemos que Zenobia se dedica a faenas caseras, a la lectura²³ y a sacar a pasear en coche a su marido. El día 11 de julio anota asombrada que el profesor Riis la ha recomendado para que dé unas lecciones de español, escribe ella, “¡cobrando!”. En la entrada del día 17 le ha levantado el ánimo haber ido a la peluquería y hacerse una permanente,

²² A partir del día 9 de julio, las entradas en el diario sólo serán en días seguidos hasta el día 13. Después escribe el día 15 y el 17 y ya no lo hace hasta los días 30 y 31.

²³ El día 11 dice que lee varios libros que acaban de recibir de Guerrero, “la mayor parte, malísimos”. ¿Qué libros serían esos? No nos lo dice.

pero se siente sola, pues manifiesta: “más que nada, me hacen falta personas de cierta clase”. Sus desánimos y sus silencios parecen indicar que la diarista ha estado meditando hasta que el 30 de julio anota: “Anoche, [...] decidí sacar un M[aster of] A[rts], (una licenciatura) en la Universidad de Miami”. Su objetivo es doble: poder permanecer cuatro años más en los Estados Unidos y prepararse para lo que ella llama “un nuevo orden”. Considera que, si bien eso le costará dinero, le “levantaría mucho la moral, pues me doy cuenta de que en los últimos años he estado estancada con un sentimiento de fracaso y de pesimismo desmoralizador” (214). En la entrada correspondiente al 21 de noviembre nos enteramos de que, a pesar de que había llegado a matricularse, Zenobia no ha podido iniciar sus estudios debido a la mala salud de Juan Ramón (221). Sin embargo, el año 1940 termina con alegría, como constatamos leyendo la entrada final del año, correspondiente al 8 de diciembre, en la que nos transmite su serenidad de espíritu y alegría al ver a su marido trabajar con entusiasmo.

En el diario correspondiente a 1943 hace la diarista una reconstrucción de los años anteriores. Con ello, sabemos que el poeta enfermó a finales de octubre de 1940 y permaneció en el hospital por espacio de 14 días (230) lo que dio al traste con el proyecto de Zenobia de estudiar en la universidad de Miami, donde se había matriculado en septiembre.²⁴

En la entrada del día 21 de noviembre de 1940 nos detalla algunos pormenores sobre su intención de estudiar. Al principio, su marido estaba completamente en contra, lo que provocó una confrontación. Luego, dice Zenobia que entendió por qué ella, después de 4 años, había decidido que le tocaba a ella encontrar un modo de ganar dinero (221). Explica que leyeron una entrevista en una revista latinoamericana que les hizo entender que

²⁴ La enfermedad de Juan Ramón se agravó con la noticia de que iban a fusilar en España a cuatro de sus amigos, entre ellos Cipriano Rivas Cherif. Zenobia dice que el poeta sufrió un “colapso total”. Por el fragmento 3 del libro *Tiempo* del poeta sabemos que Rivas Cherif no fue fusilado, aunque sí estuvo encarcelado. Por otra parte, la editora de los diarios nos informa de que Zenobia pudo matricularse a finales de año.

“pese al prestigio literario de J. R.” no podrían mantenerse con los libros y las conferencias del poeta. Afirma que, tras cuatro años de exilio, “si no fuera por mis entradas, estaríamos en la indigencia más completa”. Ella cree que podría depender de sí misma económicamente si se dedicara a enseñar. Además de parecerle “una solución envidiable”, la diarista “disfrutaba tanto de las clases que el camino me hubiera parecido color de rosa si J. R. no hubiera estado enfermo casi todo el tiempo”.

El propio poeta pareció después entenderlo así, y su esposa nos explica que notó un cambio en él cuando vio que ella disfrutaba y llegó no sólo a interesarse por los estudios de ella sino incluso a ayudarla a entender la métrica y escuchar la lectura de sus monografías. Como comprobaremos después, la decisión de Zenobia fue un gran acierto. Tanto en el plano personal como en el profesional, su formación académica (que más tarde, con la enfermedad, considerará algo desordenada e insuficiente) y su posterior actividad como profesora, llenarán la vida de la diarista y nos ayudarán a ver completa esa figura de mujer moderna para su época y dinámica que veníamos adivinando desde el comienzo de la lectura de los diarios.

Como hemos comentado más arriba, el diario correspondiente al año 1943 sólo tiene dos entradas, de las cuales, la primera, bastante extensa, constituye una reconstrucción de los dos años anteriores. En ella Zenobia afirma haber leído su diario interrumpido “con tal placer que sentí mucho haberlo abandonado cuando ocurrían cambios importantes en nuestra vida”. Quiere recomponerlo para futuras lecturas. De entre los hechos reseñables en el año 1941, destacamos la visita de Pedro Henríquez Ureña el día 2 de enero, “que tuvo un efecto positivo en J. R.”; un viaje a la Universidad de Duke (Carolina del Norte) en cuyo hospital examinaron al poeta y Zenobia aprovechó para hacer dos cursos durante seis semanas, uno sobre la Tragedia Griega y otro sobre Historia de América del Sur; la compra de un

chalé, y un viaje angustioso de Zenobia a Nueva York, alarmada por la salud de su hermano Jo.

De las anotaciones del diario de 1942 hay que reseñar dos terribles noticias: las muertes de Eustaquio, hermano de Juan Ramón, en enero en Moguer; y la de Jo, ocurrida en marzo. Zenobia ahora se alegra de su viaje anterior, ya que en esta ocasión no tiene dinero para costearse el viaje. Dice: “Después de eso, la vida se hizo insoportable. J. R. sumido en una melancolía neurasténica, sin tratar de hacer nada” (236). También destacamos un viaje al norte, que Zenobia aprovechó para realizar un curso de verano y Juan Ramón para dar cinco conferencias. Con el inicio de este viaje queda interrumpido el relato, que debemos reconstruir leyendo la nota que incluye la editora. Gracias a ésta sabemos que a mediados de octubre regresaron a Coral Gables y a mediados del mes siguiente salen definitivamente de la Florida para instalarse en Washington.

Aproximadamente un año después de su llegada, Zenobia vuelve a escribir en el diario. Concretamente la entrada del 5 de diciembre de 1943 con la que termina el relato de este año es la que interrumpe la anterior reconstrucción, pues dice la diarista que tiene muchos deseos de escribir sobre el presente. El presente es el desánimo que nota en su esposo haciendo un trabajo rutinario y monótono por la urgencia de conseguir dinero. Ella lo anima a empezar un trabajo más personal, concretamente un diario, y hace todo lo posible para que él note su total apoyo.

Aunque en el diario de 1944 hay sólo cinco anotaciones, destaca en ellas el momento feliz que vive Zenobia. Ha conseguido culminar sus estudios, ha dado unas clases como lectora visitante a los soldados que estudian español en la Universidad de Maryland, cerca de Washington, donde ya vivían, y posteriormente escribe que ha “emprendido una carrera profesional” (244). El Dr. Zucker, a cuyo Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras había estado adscrita, le ofrece dar clases tres días a

la semana. Precisamente, la primera anotación del año 44, con fecha 3 de enero, da cuenta de la enfermedad por gripe de la diarista que impide la impartición de su charla, tarea en la que la sustituirá el poeta, que la seguirá también después a ella en el padecimiento de la enfermedad. En compensación, se encuentran muy bien integrados en la ciudad y también con sus vecinos, que les atienden solícitamente.

La diarista anota el 4 de septiembre (en español) su alegría porque confía en que mejorará su situación económica, ahora que Juan Ramón no puede trabajar debido a una depresión. Su alegría se ve completa por la especial comunión en que viven los dos, ya que su marido se deja guiar y ayudar: “Lo que más me alegra es haber pasado unos ratos tan apaciblemente juntos” (247). En la última entrada del año (del 15 de noviembre) Zenobia vuelve a expresarse en inglés. Comienza: “Hoy ha sido un día tan feliz que debo ponerlo por escrito”. Manifiesta su felicidad porque han cobrado por una versión en portugués de *Platero y yo* y deciden celebrarlo saliendo juntos de compras. Anota ella: “fue muy divertido hacer todas estas cosas juntos”, y termina: “¡J. R. estaba tan contento!” (249).

Las entradas del diario correspondientes al año 1945 (continuas y regulares hasta finales de mayo) nos muestran la gran satisfacción que supone para Zenobia el desarrollo de su trabajo en la universidad, a pesar de algunos momentos difíciles, como son los comienzos en enero, aún sin libros de texto y por lo tanto obligada a hablar en exceso en clase, con la fatiga correspondiente; o las dificultades con el vehículo con el que acude a clase cuando hiela. Pero abundan las anotaciones optimistas: “una clase estupenda” (10 de enero); “el trabajo es duro pero divertido. Me gusta la vida de la universidad” (24 de enero); “me encanta mi doble vida: la mitad en la universidad y la otra mitad dedicada a la vida doméstica” (6 de febrero). Siempre habla con entusiasmo de su vida durante esos meses, en los que compagina sus tareas como profesora con la atención a Juan Ramón

y a su trabajo doméstico (como hemos visto), lo que no le impide seguir saliendo a comer con sus amigas, asistir a alguna fiesta o ir al cine con “dos de mis alumnos de Conversación Avanzada” (270). Sólo en marzo consigna algún agobio con motivo de los exámenes, por lo que disminuye sus salidas de carácter social. También nos da algún detalle sobre su docencia: en la clase de español intermedio consigue sustituir la lectura de *El sombrero de tres picos* por una selección de textos del *Quijote*.

Dos cosas llaman la atención de la Zenobia de esta época: los agobios que pasa en época de exámenes, en especial cuando le surge un problema con dos alumnas que tenían el mismo examen. Confiesa que ese hecho la pone enferma y les da a ambas la calificación más baja, “pero a la pasiva le di la oportunidad de rehabilitarse”. Más tarde, cuando Zenobia se plantea dejar la docencia, es precisamente el agobio de la época de exámenes una de las razones que esgrime para no querer seguir. Pero eso será (como veremos) después, de momento (y esto es lo segundo que llama la atención) la diarista está encantada con su trabajo y parece que un factor importante es el contacto con la gente joven. El 9 de enero ya había escrito: “Con la gente joven se trabaja más a gusto. ¡Qué hermosa es la juventud!”. El 12 de febrero anota que en la universidad, en el almuerzo, se le unieron a su mesa unos alumnos. “Nos divertimos de lo lindo tomando el pelo a un joven judío enamorado de una de las chicas”.

A partir de mayo las anotaciones van escaseando y convirtiéndose muchas de ellas en telegráficas consignaciones de citas, cenas, actos sociales o trabajo para Juan Ramón.

El diario de 1948 es muy breve y se conserva en hojas sueltas. Zenobia escribe desde este momento en español. Sólo hay anotaciones del mes de julio. Del 8 (la primera) al 11 escribe todos los días. Después escribe el día

15 y el 20 nada más²⁵. Es el año de un viaje del matrimonio a Buenos Aires. La diarista sólo escribe el viaje en coche camino de Nueva York para después embarcar y algo sobre lo que hicieron en la ciudad de los rascacielos. El día 20, una brevísima anotación dice: “¡Qué viaje tan maravilloso! J. R. está espléndido. Todo es optimismo. Dos noches hace que se encuentra con los pies hinchados y más me...” Así se interrumpe y termina. La felicidad del poeta es la felicidad de Zenobia.

El diario de 1949 (escaso, con apenas cuatro entradas) está ocupado en su mayor parte por unos textos de carácter rememorativo-descriptivo en los que Zenobia hace un repaso de todos los cuartos que ha tenido en su vida. Se trata de una parte disruptiva en el ritmo del diario, de carácter evocador, sugerida por un comentario hecho por Juan Ramón a la diarista: “¡En la vida has tenido un cuarto tan bonito como éste!” (318). La referencia temporal al presente o pasado inmediato propia del diario se trastoca aquí en memoria que comienza en Malgrat, cuando ella era muy niña, con el cuarto de la casa que sus padres alquilaban en los veranos, y recorre, en orden cronológico, todos los cuartos que ella ha tenido hasta el presente, en Riverdale (donde acaban de comprar una casa). Anna Caballé (2008: 271) ha destacado la importancia de este “interesante ejercicio autobiográfico que daría para un análisis en sí mismo, sobre todo si lo contrastáramos con otros de su estilo”.

El interés de Zenobia por describir y evocar sus cuartos (con los recuerdos y sentimientos que los acompañan) sugiere la importancia que el hecho de disfrutar su propio cuarto tiene para la diarista (como ya vimos en el diario de Cuba). Ahora que, como dice, se está haciendo vieja (ha cumplido ya los 62 años), desea un lugar donde la vida sea grata, sin esfuerzo. Su cuarto es luminoso y agradable, pero todavía no responde a lo que ella desea: “Sueño en construir una sola habitación grande con

²⁵ La editora de los diarios ha fechado las entradas del día 11 y del 15 sirviéndose del contexto.

chimenea y muchas ventanas que sea *mía* y que me libre de lo demás” (331). Si el cuarto actual es agradable, ella preferiría vivir en otro lugar, pues el actual le resulta “espantosamente limitado y pequeño burgués” que la “asfixia”. Zenobia sólo acepta vivir en esa casa porque Juan Ramón está satisfecho en ella. En efecto, como ella escribe el 23 de octubre, Juan Ramón está feliz en esa casa; ella en cambio sólo se consuela viéndolo a él alegre, porque no le gusta el barrio y “me da un poco de pánico pensar en tener las fuerzas disminuidas y verme encerrada aquí” (336). Su conformismo se expresa en su agradecimiento a Dios por tener “una casa calentita en invierno y fresca en verano”. En realidad, sólo pide tener fuerzas suficientes hasta la edad del retiro forzoso de la Universidad a los 70 años.

La alegría y satisfacción personales de Zenobia se convertirán en preocupación y nuevas estrecheces económicas durante el año de 1950. Esta situación tiene su reflejo en las escasas entradas del diario durante ese año (sólo tres). Los problemas se acumulan: Juan Ramón vuelve a tener horas bajas y la situación económica obliga a una drástica reducción de gastos: renuncia al piso de Washington, al Washington Club y al Arts Club. Además, la diarista se ve obligada a dar clases extras en el Congressional Club, y espera que le salgan más. Esta sobrecarga de responsabilidades (con más clases y Juan Ramón que vuelve a llevar mal el quedarse solo) hacen mella en la diarista, hasta el punto de culpabilizarse: “Me parece que no administro bien”, y “Creo que debiera escribir y ganar ese extraordinario si tuviese bastante inteligencia, voluntad y tiempo”. Termina por sentirse agobiada por las clases, algunas de las cuales no le permiten ni almorzar con tranquilidad, y muy preocupada por el porvenir “cuando seamos demasiado viejos para seguir en la Universidad. Hay que pensar en soluciones posibles en que la vida nos diera más tiempo para pensar y hacer cosas más agradables y nuestras” (343).

Por las líneas finales del diario de ese año, encabezadas como “Recuerdo del invierno 50-51” y escritas ya el 29 de junio de 1953, en Puerto Rico, en la “Casita de Huéspedes de la U. P. R.”,²⁶ sabemos que la situación empeoró con la enfermedad de Juan Ramón, “siempre en hospitales adonde yo iba al terminar mi trabajo en la Universidad” (344). Contaba Zenobia con la ayuda de su amiga Inés Muñoz, “que había venido a acompañarme en esas soledades”. Termina así: “Después, Puerto Rico y J. R. mejorando un poquito cada semana” (344).

3. ZENOBIA EN PUERTO RICO

Puerto Rico será el último país de residencia del matrimonio en su largo exilio. Zenobia continuó escribiendo su diario allí entre 1951 y 1956, año de su muerte. El cuaderno con las anotaciones de 1951 es muy breve, apenas cinco hojas, y comienza en octubre. La primera anotación corresponde al día 3 de ese mes, con lo que la diarista llama “Memorando de obligaciones del día”, que incluye una visita al banco, compra, exámenes,²⁷ una comida con maestros en la Universidad y la relectura de *La rebelión de las masas*, probablemente para un seminario al que la diarista acudía como oyente. Se declara “feliz en esta casa rodeada de jardín”²⁸ y también parece estar muy contenta con su marido: “J. R. es para mí, cada vez más, él mismo y cada vez más entrañable” (4).²⁹ Sigue pendiente, como siempre, de él y ahora se preocupa por su aislamiento y falta de contactos

²⁶ Siglas de la Universidad de Puerto Rico.

²⁷ Zenobia, que había tenido que abandonar la docencia en Maryland, daba ahora cursos de lengua española en la Universidad de Puerto Rico a instancias de su rector, Jaime Benítez, persona (como veremos) clave en las vidas del matrimonio a partir de ahora.

²⁸ El matrimonio vivía entonces en una casa de huéspedes ubicada en los terrenos del Hospital Insular de Psiquiatría, en Río Piedras, y que compartía con ellos el Dr. José García Madrid, médico español, que a su vez esperaba la adjudicación de una casa en Psiquiatría. Vid. *Diario 3*, nota 3, p. 3.

²⁹ Ahora los números hacen referencia al *Diario 3*, tercer y último tomo.

humanos, porque ella sigue necesitando salir y estar en contacto con la naturaleza, de manera que, como ya la hemos visto hacer, aprovecha una ocasión en que el poeta está en casa con el Dr. García Madrid, para escaparse con dos emigradas españolas a los montes de Puerto Rico, como dice, a “encontrar el paisaje precioso” de allí.

A pesar de ese bienestar, la preocupación por la propia salud la tiene algo decaída. Ha sufrido una hemorragia, aunque de momento no trata de adelantarse al porvenir sino que “me dejo deslizar de día en día, feliz de tenerlo a él, de ir pagando mis deudas y de estar en un ambiente paradisíaco”, dice el 17 de noviembre. Sin embargo, la enfermedad la ronda en dos enfermos de cáncer muy cercanos a ella: su amiga y prima Hannah Crooke y su hermano Epi. Este último desconoce su enfermedad. La diarista escribe: “Si me ocurriese a mí, yo quisiera saberlo cuanto antes. Pero ¡que no me ocurra nada mientras tenga a J. R.!” (6). La realidad de la enfermedad se va imponiendo, y el 1º de diciembre sabemos que la diarista tendrá que marchar al Massachussets General Hospital, de Boston, para ser operada. Está intranquila sólo por si no le dicen “la verdad clara”. Por lo demás, afirma encontrarse tan bien que “no creo que esto pueda ser maligno”. Sin embargo, el día 12 se siente cansada y abatida, y su marido no coopera, por lo que complica las cosas. “A mí en este momento hasta el pensar me cuesta trabajo”.

Hasta el 27 de diciembre no hay nueva entrada, ya escrita en el hospital de Massachussets, adonde ha acudido sola, pero con “una sensación de tranquilidad porque ya he hecho todo lo que podía”. Sus pensamientos son para su marido y el Dr. García Madrid, mientras espera que una monja le consiga las poesías de san Juan de la Cruz y las *Coplas* de Jorge Manrique. También reproduce en su diario unos versos de Juan Ramón pertenecientes

a un poema de *Estío*. Termina: “¡Vamos a ver si después de mañana puedo seguir hablando!”³⁰ (31).

Regresó a Puerto Rico de 1 de febrero³¹ pero no hace su primera anotación en el diario de ese año (1952) hasta el 26, animada por la lectura que han hecho ella y Juan Ramón de las páginas que la diarista escribió de su viaje a la Argentina en 1948. En ella nos aporta información valiosa acerca de su estado de ánimo. Dice que se encuentra en un “paréntesis”, lo normal cuando ya no se es joven y que quizá por eso los dos se sienten muy vitalistas y, (a pesar de que a Juan Ramón no suele gustarle reunir a más de dos o tres personas) un domingo llegan a tener a una docena de amigos, a los que el poeta atendía “radiante” y “jubiloso” ejerciendo de “maestro de ceremonias para que no decayera la animación”, mientras su esposa atendía a la comida y la bebida. La diarista parece haber recuperado su alegría y optimismo, como muestra una simpática anécdota. Un conocido suyo le pide “un favor para su mujer”, que era hacerse con ella un retrato para enviárselo a aquella. Zenobia tiene una ocurrencia: “Le pedí una copia para “alarmar a J. R.”, con gran júbilo de los asistentes” (18).

Desde luego, vemos que su ánimo no ha decaído. En el plano estrictamente personal, está firmemente dispuesta a reiniciar sus actividades, “en cuanto yo pueda manejar el auto, daré el primer paso”, dice. El 16 de abril cuenta cómo ha despejado algunas dudas mientras mantiene otras. El Dr. Meigs, que era quien le trataba su enfermedad, le asegura que el clima de Puerto Rico no tiene ningún efecto negativo sobre el cáncer, pero le prohíbe trabajar en la escuela de verano. Por otra parte, recibe una oferta para reintegrarse a su puesto en la Universidad de Maryland y le informan de que allí no tendría que jubilarse hasta los 70.

³⁰ Zenobia fue operada el día 31 y dada de alta el 11 de enero de 1952.

³¹ Tras ser dada de alta, pasó unos días en el Women’s City Club de Boston, otros cuantos en la granja de su prima Hannah Crooke, en Connecticut, y por último, estuvo en el piso de su cuñada Ethel Leaycraft en Nueva York. Seguimos la información que proporciona la editora de los *Diarios* en la nota 1, p. 17. Ella a su vez sigue la fuente de una carta de Zenobia a Elisa Ramonet fechada el 12 de febrero.

También está pendiente de su naturalización como americana, que no llegará hasta agosto.

Pero vemos que Zenobia comienza a replantearse la orientación de su vida tras su enfermedad, sabiendo que ya es muy mayor y quizá no le queden muchos años. El 28 de mayo escribe una entrada muy personal, de desahogo de su espíritu. Reproducimos el párrafo final: “Lucha entre querer gozar más egoístamente de tantas cosas amenas sacrificadas al deber o a lo que parece más importante y la llamada más profunda del espíritu por despojarse más aún de lo que no sea esencia pura de ascetismo. Angustia” (22). La diarista parece vivir una lucha interior entre lo que la impulsa a hacer cosas antes abandonadas ante el deber y la llamada de lo esencial e importante y de naturaleza más espiritual. En junio sólo escribe una vez (el 17 y en inglés) unas breves líneas en las que reflexiona sobre la vejez. “En el momento en que el tiempo se hace más valioso por lo breve, nos vemos frustrados por la imposibilidad de llevar a cabo lo que más querríamos hacer”.

En las pocas anotaciones del diario de este año, se trasluce el momento fuertemente introspectivo que vive la diarista, aunque no queden extensas reflexiones escritas sino breves y sintéticos apuntes que demuestran que se replantea su vida para el futuro que le quede. De hecho, la última anotación de ese año, con fecha 20 de noviembre y escrita en inglés, constituye la expresión de sus deseos para el resto de su vida. Siente que “la vida está llena de nuevo” y expresa su deseo de retirarse de la vida universitaria “y dedicarme por entero a ayudarle [a Juan Ramón] con sus libros, conferencias, etc.”. Declara que, sin embargo, continúa porque necesita el dinero. Se muestra optimista “si J. R. puede mantener la energía y entusiasmo para escribir” (28).

El diario correspondiente a 1953 es muy breve, apenas tiene cuatro entradas y termina abruptamente con una larga frase inacabada. No aporta

ninguna novedad respecto al año anterior. La pareja vive feliz y tranquila, van a cambiarse de casa, a Hato Rey, cerca de la Universidad de Puerto Rico, donde precisamente termina de forma interrumpida la última anotación el día 13 de septiembre: “¡Primer domingo en nuestra casita desde que se iniciaron nuestras peregrinaciones en agosto del 50!” (35). Continúa por lo demás la intranquilidad acerca de su futuro, que de nuevo vuelve a pergeñar: “Me gustaría poder dedicar todo lo que me queda de mi vida a trabajar tranquilamente con J. R. Si pudiera uno saber los [años] que quedan...” (35).

El diario de 1954 es más extenso, aunque también breve comparado con lo que escribirá en los dos años siguientes. Prácticamente todos los meses del año tienen entradas (excepto febrero y marzo) y es el de mayo el mes que más anotaciones acumula.

Comienza el diario con una anotación que dice sólo “1954” y con la frase: “El año 1953 fue grave para mí”. Efectivamente, su hermano Augusto, muy enfermo de cáncer, estuvo con ella de enero a marzo, poco antes de morir; y después murió también su prima Hannah Crooke. Ella misma vio cómo se manifestaba de nuevo su enfermedad, hubo de perder clases, en las que la sustituyó su marido, al tener que ser de nuevo sometida a sesiones de rayos, y dice que en el nuevo curso no ha vuelto a la Universidad, “y no creo que vuelva”. Aunque le duele dejar de ganar el dinero que le proporciona su trabajo de profesora, no le apetece volver a las clases, pues “siempre me ha producido gran tensión nerviosa la enseñanza y parece que los nervios se reflejan bastante en el estado general” (40). Su médico, el Dr. Franceschi, no la deja volver, pero ella tampoco lo desea. En una larga entrada del día 30 de abril expone las razones por las que no desea volver a las clases. Las razones en contra que da son las siguientes: Considera su preparación académica hecha “por gusto”, pero desordenada e improvisada; le resulta difícil la relación con su jefe inmediato, “a quien J.

R. no le da la mano³²; a ella tampoco le gusta el trato cotidiano con una persona acusada de asesinato; le molesta que Serrano Poncela intente utilizarla como “puente de paz entre J. R. y él” (43); los exámenes “son para mí una verdadera enfermedad”; ha pasado la edad de trabajar y la incomoda que el rector se sienta obligado a hacer una excepción con ella; y por último, no le gusta “cargar a la Universidad con un segundo sueldo. Bien estaba cuando J. R. estaba malo y no quedaba más remedio” (43-44). Sin embargo, las necesidades económicas son acuciantes, y está muy preocupada por la percepción de una pensión. Ahora que no trabaja en la universidad, ayuda al poeta pasando trabajo a máquina, pero a veces está desocupada, así que vuelve a su diario: “Este pobre diario abandonado en sus comienzos se reanuda hoy por pura falta de ocupación”, dice el día 30 de abril.

Quizá contagiada por el clima, el sol y la vegetación que la rodean, el mes de mayo es en el que más escribe (hasta 14 entradas), y en la primera, del 3 de mayo, manifiesta su alegría de vivir. Como sigue desocupada (y ya hemos visto que eso es algo que ella no puede soportar), volvemos a oírla quejarse de su inactividad y echar de menos las visitas que podría hacer a los estupendos museos de Nueva York o ver a su familia y amistades. También escribe un nostálgico: “Si pudiera volver a Europa...” (46). La vida social de Puerto Rico no la satisface, dado que no encuentra allí gente interesante, así que de nuevo nos recuerda a la Zenobia anterior, especialmente la de Cuba, que hace listas de cosas que hacer. Además lee muchísimo y hasta escribe, y no sólo cartas. El 5 de mayo dice: “Ayer escribí un soneto por primera vez en mi vida”. Decide ponerlo entre los poemas de estudiantes con el fin de que un día lo encuentre Juan Ramón y

³² Se trataba de Segundo Serrano Poncela, en la Guerra Civil delegado de orden público a las órdenes de Santiago Carrillo. Juan Ramón lo consideraba responsable de los crímenes de Paracuellos del Jarama. Según recoge Graciela Palau, parece que en privado el poeta decía que no había abandonado su país para acabar dando la mano a un asesino.

le dé opinión sin prejuicios. Le sale mal la estratagema, porque tira una primera versión al cesto de los papeles, de modo que el poeta lo encontró “y creyó que era una traducción mía y me preguntó...¿si era de Keats!” Entonces le explica que es un soneto, que está mal medido y en asonante, no en consonante. La diarista se defiende: “no comprendo por qué mi soneto no puede estar en asonante, si le da a uno la gana. A mí me gusta más”. El poeta le concedió “que está bien de ideas y me lo quiere arreglar. Esto último lo acepto si no me lo desvirtúa de modo que ya no me sienta a mí misma” (47). Zenobia, siempre con las ideas claras.

Lo que parece también ir teniendo muy claro es que no desea volver a la universidad, y en la entrada del 17 de mayo vuelve a repetir los motivos para no hacerlo que ya conocemos; así que resulta una descarga emocional para ella que su médico, el Dr. Franceschi, le diga que no quiere que ella vuelva al trabajo universitario. Termina exclamando que quiere “¡Disfrutar libremente y con *ocio* de la vida!”. Poco después vuelve a recalcarlo: “ya sólo quiero, con verdadera ansia, ayudar a J. R. a editar sus libros” (51). En junio escribe que sólo quiere tranquilidad y sosiego. Claro es que sigue pensando en el futuro económico de ambos y hace en mayo una valoración de sus ingresos, en esos momentos dependientes del trabajo de Juan Ramón en la universidad. Se plantea (junto con su marido) la posibilidad de marchar a vivir a otro país más barato. Juan Ramón parece preferir Argentina. Zenobia escribe: “No me gusta España por su ambiente clerical asfixiante, pero no me importaría nada vivir en Mallorca, en donde hay bastantes extranjeros, para no chocar con mi falta de ortodoxia” (51).

De momento, lleva una vida tranquila, disfrutando de las plantas de su jardín, y en las anotaciones de su diario entran descripciones de una planta de flores malva que “nos está llenando de alegría” y cuyo color aprecia que cambia de tonalidad según tenga o no sol. O evoca el jardín en el que se celebró la boda de unos conocidos, lleno de luces de colores y amigos.

Dice: “Querría ver estos jardines sin gente y sin luces artificiales en una noche de gran luna que bañara el mar al mismo tiempo que a la tierra. ¡Tal vez ésa fuera la mejor de sus formas!” (56).

En el mes de julio apenas escribe cuatro entradas, la más larga del primer día del mes, constituye una variopinta serie de pensamientos que se suceden mientras escucha un concierto de Schnabel. Le vienen a la memoria unas imágenes de Boticelli, la belleza de unas flores que tiene en casa, un juicio sobre la isla: “Puerto Rico es maravilloso en su naturaleza, aunque se aburra uno con un nivel medio poco interesante de burguesía más ocupada en cosas materiales que espirituales o intelectuales”, para terminar con la preocupación que le ocasiona que Juan Ramón baje el ritmo en su trabajo (63). Pero sea por su inactividad o por otro motivo, Zenobia nos vuelve a recordar a la diarista del diario de Cuba con sus juicios negativos sobre el lugar en el que vive. Como ocurría allí, valora la naturaleza del país, pero lo considera muy aburrido: “Tengo que hacer un esfuerzo para no ceder a la pereza que induce en mí el calor, pero la verdad es que Puerto Rico a la larga puede ser muy aburrido” (64). Aunque se relacione con una sociedad de mujeres puertorriqueñas dedicadas a la cultura y a obras benéficas, llamadas “Altrusas”, no le gusta su ambiente y cree que no están a la altura de las del “Cosmopolitan” de Nueva York o de las del “National Geographic Society” de Washington.

El final de año no puede ser peor para el matrimonio. Juan Ramón ha caído en una depresión, es hospitalizado y la dedicación a él tiene a la diarista agotada. El 4 de diciembre dice que se está imponiendo distraerse una vez al día, “porque comprendo que las profundidades de angustia y agotamiento en que me sumo no van a traer nada bueno a nadie. Voy a ver la exposición de arquitectura del Museo de Arte Moderno en la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico” (72). De nuevo, Zenobia debe ser fuerte y tirar de los dos, y de nuevo se vuelve angustioso el problema de la

escasez de medios económicos. En su última anotación de este año (del día 14) Zenobia nos dice que Juan Ramón permanece en cama y ella se encuentra en un estado de gran agitación nerviosa. “Hay muchos ratos en que los nervios pueden más que yo y que no puedo pensar serenamente lo que conviene más” (74). Pero sabemos que tendrá que hacerlo, porque ella es la más fuerte de los dos siempre.

Los años 1955 y 1956 son los de mayor actividad de escritura en el diario. De hecho, ocupan casi todo el volumen. Como dejamos el año anterior al poeta muy enfermo y hospitalizado, comienza éste de 1955 con la misma situación, pero con la diarista animada al ver cómo mejora su marido, sobretodo cuando ella lo visita y pueden tener una charla íntima en el cuarto. Hasta marzo no mejorará el poeta, después de llevar desde aproximadamente mediados de febrero ya en casa. Pero será abril el mes que les traerá una noticia importantísima. En la entrada del día 4, Zenobia escribe que en la universidad le han dado al poeta una habitación donde instalar la biblioteca y objetos diversos que Juan Ramón regaló a esa institución cuando el rector Benítez “le respetó su contrato de 9 meses, a pesar de haber enfermado el segundo mes” (84). Este hecho será el motor y el gran estímulo que Zenobia necesitaba para hacer el esfuerzo de llenar, como veremos, su vida a pesar de los terribles rigores de su enfermedad hasta su muerte.

Desde el comienzo, detalla en una larga entrada los pormenores del acontecimiento y describe el lugar. Está muy contenta: “no quiero dejar de pensar en nuestro cuarto maravilloso en donde ya tengo instalados unos 400 tomos”, además de otros objetos como un retrato del poeta hecho por Sorolla, cacharros antiguos y retratos dedicados de otros escritores, como Antonio Machado, Rodó, Ortega, Valéry, etc. La diarista, que no puede sospechar lo importante que dedicarse a esa sala será para ella, de momento, como siempre, piensa fundamentalmente en su marido, y espera

que se anime a ir hasta allí con frecuencia: “Lo que yo más quería, que esto fuera la manera de interesar a J. R. de nuevo en el logro de un proyecto suyo, se está comenzando a realizar desde lejos [...] Cualquiera día arrancará para allá sin darse cuenta” (83). En la entrada del 22 de abril nos relata que Mr. Hayes³³ la había visitado en la sala para comunicarle que “el cuarto quedaba permanentemente como cuarto de trabajo de J. R. y que el día que él faltara sería un cuarto a su memoria” (90). Además le ofreció ayuda bibliotecaria y facilitó el mobiliario necesario. Dice: “J. R. está conmovido”.

Las dificultades en estas fechas vienen de nuevo por el estado de salud del poeta, que vuelve a sufrir una dependencia de médicos y hospitales, exigiendo a la mínima ocasión ser internado, tal como ya contaremos en otro lugar. Su estado anímico se agrava por culpa de otros dos hechos: la vuelta de una vieja rencilla con el poeta Jorge Guillén, que se remontaba a 1932, y fue inoportunamente revivida en abril del 53 por la revista *Índice*³⁴; y la noticia de la muerte, en España, del gran admirador de Juan Ramón y amigo de la pareja, Juan Guerrero, que también llenó de pesimismo a Zenobia. En estas condiciones, la diarista está dando un uso “terapéutico” a sus diarios de Cuba. “Esta lectura evoca infinidad de recuerdos en J. R.; se sorprende de su variedad, está tan encantado que lo oye con fruición, y yo me estremezco al notarlo más normal a cada momento” (93). Ella, por su parte, nos dice alborozada que lleva varios días acudiendo todas las mañanas a la sala, catalogando libros y revisando revistas.

Por entonces, ella parece haber despejado las dudas acerca de lo que quiere hacer a partir de ahora. El día 29 escribe: “Me pareció claro que lo que yo debía hacer era no sólo concentrarme en dejar bien organizado el cuarto de J. R. en la Biblioteca de la Universidad sino ayudar a dar realidad

³³ Thomas S. Hayes, Director de la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico y profesor de Inglés.

³⁴ Los detalles y el proceso de este enfrentamiento entre Juan Ramón y Jorge Guillén, pueden leerse en el propio diario, p. 87, nota 19.

al proyecto de la Casa de J. R. en España”³⁵. Quizá influida por este proyecto español, el día 31 anota que se plantea la posibilidad de “volver a Sevilla para terminar allí apaciblemente nuestros días”, por ser el lugar donde reside más familia del poeta. Es posible que Zenobia también estuviera considerando la posibilidad de la compañía familiar para su marido en caso de que ella faltara. De momento, anota que, para informarse, ha escrito a Francisco Hernández-Pinzón, sobrino del poeta. “A J. R. ni una palabra por ahora” (97), dice, sabedora de la negativa hasta el momento del poeta a la posibilidad de regreso a España.

Si ahora el poeta se encuentra en un mal momento, Zenobia, como hace siempre en estas circunstancias, lo cuida y trata de animarlo, tarea en esta ocasión más llevadera por su entrega a la sala de la universidad. Esto la mantiene activa y le permite concentrarse en el trabajo de organización y catalogación, así como en otros detalles referentes al mobiliario y objetos varios. Tiene, por lo tanto, mucho que hacer allí, donde acuden también visitas, como hace el 8 de junio Ricardo Gullón. Fuera de la sala, además de sus tareas de secretariado para el poeta (por estas fechas debe escribir a Claude Couffon, el traductor francés de *Platero*, contestando a las preguntas que le hace a su autor; además escribe varias cartas autorizando ediciones diversas de la obra del poeta, entre otras actividades), procura seguir activa con alguna reunión de carácter social. Por un hecho casual, conocemos a través del diario que Zenobia se había unido a una asociación de mujeres, llamadas “Damas Cívicas”³⁶. En una merienda con estas damas la diarista resultó víctima de una intoxicación alimentaria, que la obligó a un parón en su actividad. El obligado descanso lo dedicó a la relectura de sus diarios de Cuba, a propósito de lo cual hace la siguiente reflexión:

³⁵ Este proyecto, hoy ya una realidad consolidada con la denominación “Casa Zenobia-Juan Ramón” en Moguer (Huelva), cuna del escritor, fue iniciativa del poeta sevillano Adriano del Valle (1895-1957).

³⁶ Se trataba de una asociación de mujeres puertorriqueñas a la que Zenobia se unió a pesar de parecerle “espantosamente cursis”. Ya vimos más arriba su opinión nada favorable de estas asociaciones comparadas con las que ella había conocido en los Estados Unidos.

“Leyendo mis diarios de Cuba y visita a N[ueva] Y[ork] el 38 me doy cuenta de lo que se ha limitado y empobrecido nuestra vida” (115).

Durante el verano sigue trabajando y avanzando en el trabajo de catalogación de libros y revistas y mantiene sus salidas sola, como nos cuenta por ejemplo el día 23 de julio, que ha estado en el cine viendo *La ventana indiscreta*. Además sigue atendiendo a pequeñas cosas que puedan hacer más llevadera o animada la vida, especialmente al poeta. Así, ese mismo día escribe que no sabe si comprar o no televisión, “pues creo puede interesar de nuevo a J. R. en lo que pasa a su alrededor” (133). Ahora el poeta se muestra muy alterado, con irritación nerviosa que Zenobia atribuye a los efectos de la insulina que se le inyecta. Además va desarrollando rarezas (que se irán agudizando), como alteración ante los perfumes que llevan las personas, negativa a dejarse cortar el pelo, a arreglarse la barba, o a averse, que sólo Zenobia (como se comprobará después cuando ella falte) será capaz de orientar. Sin embargo, a veces ella pierde los nervios. El día 21 de agosto nos dice que ha ido a misa “sintiéndome muy humilde por mi mal carácter y el estado doloroso, rencoroso y amargado interno que me ha estado afligiendo en estos últimos tiempos, provocado especialmente por la negación de J. R. a dejarse tener en un estado de relativa limpieza” (145).

Zenobia parece poder con todo. El día 23 llega Graciela Palau y Juan Ramón se altera por su perfume. La diarista, en cambio, no para, yendo a recogerla al aeropuerto, llevándola a la Universidad, presentándole a la profesora Margot Arce, almorzando con ella y llevándole archivos y documentos.³⁷ El día 31 de agosto, día del cumpleaños de la diarista, la pareja invita a Graciela a comer. La profesora Palau se marchó un día

³⁷ Graciela Palau llegaba a Puerto Rico para documentarse con el propósito de hacer su tesis sobre la vida y la obra de Juan Ramón.

después con la firme idea de ocuparse de la candidatura de Juan Ramón al Premio Nobel.³⁸

Durante todo el mes de septiembre Zenobia seguirá trabajando incansablemente en la Sala de la Universidad. El 2 de septiembre dice: “Hoy estoy muy contenta porque he conseguido muchas cosas”. Detalla que ha trabajado en el archivo, con el correo y ha conseguido una lámpara para el rincón en el que trabaja su marido, y unos días después consigue las estanterías que esperaba, “así que ahora tengo mucho trabajo por delante y lucido y espero que el cuarto muy pronto vaya cobrando un gran aspecto” (155). Sin embargo, ya desde principios de mes vamos encontrando expresiones que manifiestan que seguramente su salud se va deteriorando. El día 4 tiene que quedarse en casa por las molestias que tuvo la noche anterior, aunque no permanece ociosa, sino que ordena cartas y papeles. El martes 13 dice que es un “día bastante fecundo”; escribe: “ya tengo en marcha la ordenación de los libros de arte, la de los libros de tamaño grande y la estantería de series” (159), pero el día siguiente comienza su anotación con un “Estoy cansada”, aunque ella atribuye sus cansancios al tiempo y “los cambios de las ondas barométricas” (161).

No ayudan en nada las manías del poeta con los olores, el aseo y la higiene así como la dependencia que manifiesta hacia su mujer. El 21 escribe: “Estoy cansada desde hace días por la lucha infructuosa por lavar a J. R., cambiarle de ropa y hacerle pelar. Tanto esfuerzo [...] que no le quedan a uno fuerzas para lo que debe hacer”. El día siguiente no escribe y el 23 explica el porqué: “Anoche estuve demasiado cansada para escribir. Las mañanas se me van volando en el entusiasmo del trabajo en la Biblioteca”. Algo parecido le ocurre el día siguiente, en que no puede escribir, lo que justifica el día 25 lamentando haberse saltado el día anterior

³⁸ En la nota nº 136, p. 152, Graciela Palau da algunos detalles de cómo inició los trámites “de acuerdo a las reglas”. Para una información más detallada aún y la consulta de documentos, es muy apropiado el libro de Alfonso Alegre Heitzmann (2008).

en su diario porque debe escribir muy temprano (a las 6:30 de la mañana) para hacerlo cuando el poeta no puede “crear conflictos”, que es en lo que dice que consiste su enfermedad. Ésta además les ha dejado aislados, debido a que ya no tolera visitas; dice Zenobia que “sólo entran por esta puerta los médicos” (166), y a ella le entristece la soledad en que las rarezas y manías de su esposo les han sumido. Su tristeza se acentúa con la noticia de la muerte de su cuñada Ethel, “que ya era la única persona de mi familia y generación con quien yo me entendía a maravilla” (168). Le dedica unas emotivas líneas en las que dice que su vuelta a Nueva York ya no tendrá calor de familia, y recuerda los desayunos con ella cuando estaba en la ciudad.

Los cansancios de Zenobia le dan un susto el 1 de octubre en la Biblioteca, cuando de repente sufre un ataque de amnesia y hasta pregunta a Juan Ramón que quién era él. El médico diagnostica tensión alta por cansancio cerebral debido a “la preocupación y lucha constante con el estado negativo de J. R.” y le aconseja que descanse el fin de semana. El aprovechamiento del descanso lo explica el domingo con un símil: “Esta paz y descanso recetados por el Dr. Suárez me vienen como gota de rocío a una planta casi seca” (169). En adelante, el poeta la acompañará en muchas ocasiones, temeroso de que el ataque se repita.

Los meses siguientes, la diarista mantendrá el ritmo de trabajo, con acontecimientos que exigen mucha dedicación, como la Feria del Libro, durante la cual la Sala permanece abierta al público, lo cual exige una serie de cambios previos en ella. Juan Ramón, curiosamente, la acompañará sin desfallecimiento (como veremos en otro apartado de este trabajo) durante esas jornadas, pero la diarista se quejará varias veces de cansancio. Conviene reseñar que Zenobia vuelve a reafirmarse en su intención de dedicarse lo que le quede de vida a “ayudar a J. R. a que se realice lo que se pueda de su obra y que aquí lo que quiero es trabajar en su Biblioteca

resumiendo su archivo” (176), declaración que hace con motivo del ofrecimiento que se le hace para que se ocupe de las relaciones publicitarias de la Universidad de Puerto Rico.

A finales de año parecen agudizarse las manías del poeta, especialmente en privado. El tremendo esfuerzo que ella debe hacer para algo tan simple como un cambio de calcetines, por ejemplo, la agotan, ocasionándole finalmente insomnio y fatiga ocular por las noches. Aun así, como ya la hemos visto hacer, acude a eventos sociales en nombre de su marido. Además de encargarse de recibir algunas visitas ilustres a la Biblioteca, como la del matrimonio Robles Piquer, asiste a una serie de conferencias del ensayista español Luis Díez del Corral, quien, con su mujer, acude el 1º de diciembre a visitar al poeta en la Biblioteca. Y el día 6 va en representación del poeta a una velada necrológica dedicada a Ortega. “Yo lloraba interiormente todo el tiempo echando de menos a J. R.”, dice (206).

Finalmente, el día 10 escribe que es un día triste porque el Dr. Franceschi encontró “síntomas algo inquietos”, y el 13 nos dice que sigue un tratamiento de nitrato y está pendiente de que el médico le diga si necesita radium. Ella desea que baste con el tratamiento actual, pues dice que el radium le “destroza los intestinos”. Además el doctor le ha ordenado que se tome “la vida con calma”, como nos dice el 14 de diciembre. La medicación le resta fuerzas. “Por la noche no me sentí con arrestos para contestar las últimas tarjetas”, dice el 16. Ya el 23 nos enteramos de una tercera visita médica menos favorable, y que se plantea la posibilidad de ir al Memorial Hospital de Nueva York. Aun así, los últimos días del año trabaja mucho en la Biblioteca con la ayuda del poeta. Del día 30 es la última anotación del año “que si ha sido duro ha marcado un lento progreso en el estado espiritual de J. R. Esta mañana ha sido verdadera gloria cómo ha trabajado conmigo [...] así que estoy contenta”.

Por la primera anotación del año siguiente sabemos que también el último día del año ha ido a la Biblioteca a trabajar, donde sólo se encontró a Onís; que luego tuvo una charla con su amiga Muna Lee y leyó en voz alta fragmentos de un libro de Ortega, tras lo cual la venció pronto el sueño. “Mi última impresión fue de una normalidad consoladora” (225), escribe la diarista como intuyendo que ya lo más deseable es precisamente la normalidad en su vida.

Si en el plano conyugal, Zenobia vive unos momentos dorados en los que se siente muy unida a su pareja, personalmente sigue muy preocupada por el futuro. Esto motiva una charla con el rector de la Universidad, Jaime Benítez, al que pide que de algún modo la ligue a la Universidad “para podernos dar una vivienda de la Facultad”. El rector, siempre muy protector con la pareja, la sorprende diciéndole que les puede dar una casa como la de Onís, que era el “bello ideal” de Zenobia. Sus temores están perfectamente fundamentados, pues a mediados de mes vuelve a sentir molestias y dolores, y dice que se encuentra hecha una “piltrafa”. Sus médicos le recomiendan reposo, aprovechado por ella para escuchar música.

Sus dificultades se agravan en la segunda quincena del mes de enero. Muy cansada y con pocos bríos para el trabajo, tiene que atender también a su amiga Inés Muñoz, ya muy mayor y “disminuida”, que permanecerá con ellos un tiempo, lo que multiplicará por dos el esfuerzo de Zenobia, que el día 25 se declara “incompetente para resolver los conflictos de los dos [Inés y Juan Ramón] al mismo tiempo”, pues el estado físico de aquella la “coge ya agobiada por la lucha con J. R.” (243). Aun así, la diarista no desatiende ninguna labor, como nos muestra el apretado día de trabajo del 17, en el que atiende a un profesor que quiere escribir sobre la Sala de Juan Ramón; la petición de una colaboración desde el diario *La Nación*; una carta del editor Ruiz-Castillo aceptando publicar una Antología aumentada del

poeta; una carta de Graciela Palau pidiendo “en lista ordenada todo lo que necesita para lo del premio Nobel a vuelta de correo;³⁹ y alguna visita que llega a la Biblioteca. Ese mismo día comienza a reunir todo el material solicitado por Graciela, pero por la noche el poeta la despierta porque no puede dormir y no la deja descansar. Al día siguiente (el 18) escribe que tiene “cansancio mental” y no avanza mucho con el material para Graciela; pero el 30 de enero nos informa de que los trámites para la concesión del Nobel culminan y envía cartas de agradecimiento a Graciela y a H. Temple, secretaria de la Universidad de Maryland.

Del 22 de este mes (y para cerrarlo aquí) incluimos una interesante reflexión que de sí misma hace a propósito de la plegaria de S. Francisco.⁴⁰ Lo escribe después de que su marido le dijera que en esa oración “hay [...] tres líneas que son para ti”. Comenta: “Y yo lo acepté porque al leerlas antes sola, [...] había sentido que yo podía repetirlas con profunda compenetración”. Zenobia demuestra conocerse muy bien al escribirlo, y modesta al terminar: “y lo escribo ahora porque en esto no hay mérito alguno cuando se nace así” (243).

Durante el mes de febrero trabajó intensamente en la catalogación del material de la Biblioteca y en la preparación de la antología pendiente, con mejor salud, hasta que los últimos tres días del mes vuelven las molestias y dolores. El 28 de febrero escribe: “Como me sentía verdaderamente mal, me dediqué a catalogar y fui solo una vez al correo”. El día siguiente anota: “Como llevo tantos días durmiendo mal y sufriendo más o menos todo el día, tengo pocos bríos para el trabajo. Sin embargo, no dejé de catalogar”. Escribe por la tarde varias cartas y termina su anotación: “Así que no dejo de trabajar, pero sin gusto. Además, no me queda energía para movilizar la poca que cede J. R. a regañadientes” (267). Estas dificultades parecen

³⁹ La documentación debía estar en Estocolmo el día 1 de febrero.

⁴⁰ Graciela Palau reproduce la plegaria, que dice así: *Oh Señor/ que yo no busque tanto/ el ser consolado/ como consolar/ el ser comprendido/ como comprender/ el ser amado/ como amar.*

anunciar la dureza del mes de marzo. El primer día ya comienza: “Me voy cansando bastante de esta vida en la que no me veo ni un momento libre de dolor. Por las mañanas, Universidad, y por las tardes cama, aun cuando no dejo de trabajar mientras estoy en ella” (267). En los momentos en que se encontraba peor se tumbaba, pero no dejaba en ningún caso de trabajar, ya fuera despachando correspondencia o continuando con la selección para la antología, y, si se encontraba muy mal, dejaba la escritura a máquina y escribía a mano.

A estas dificultades físicas de la diarista, hay que añadir una nueva manía del poeta, que insistía en que el que se iba a morir ya era él y le apenaba dejarla a ella enferma. A veces, más tranquilo, cuidaba de su mujer, poniéndole el mosquitero y la manta eléctrica a la hora de dormir.

El sufrimiento físico empieza a agudizarse cuando se le reproduce la hemorragia, el pesimismo vuelve a adueñarse de ella al verse sin fuerzas. El día 10 nos dice que el médico le ha hecho una cura “feroz” y que “parece que tengo delante otra temporada de lucha”, pero su médico no es partidario de que se vaya ni a Nueva York ni a Boston para el nuevo tratamiento de rayos, pues no necesitará hospitalización. En estas circunstancias, ella sigue trabajando lo que puede, y Juan Ramón suele cooperar, excepto por las noches.

El ecuador del mes lo pasa mal, hasta el punto de que algún día debe renunciar a escuchar música, de la que gozaba tanto, pero no deja de hacer anotaciones puntualmente en su diario, excepto el día 15, que sólo dice: “Días malos estos en que se me pasa hasta apuntar una letra en el diario”.

Como no mejora, empieza a preocuparse por el futuro de su marido: “Preocupadísima con qué solución dar al cuidado de J. R. si a mí se me acaba la cuerda. Me estoy angustiendo demasiado por todo” (277). Hasta teme no poder acabar la tercera antología del poeta. De que hace incluso más de lo que puede, nos deja constancia la anotación del 19 de marzo,

cuando al tener un dolor que ella califica de “insoportable”, nos dice que no ha hecho más que poner 22 poemas a máquina. Expresa su deseo de ver editados cuatro libros inéditos de Juan Ramón,⁴¹ y decide quedarse en la cama, para ver si así lleva mejor la inyección del día siguiente. Hasta final de mes, estará hospitalizada, y, aunque el 31 de marzo es dada de alta, y a pesar del tratamiento, no hay mejoría perceptible y se siente con un estado de ánimo derrotista. Esto no le impide volver a la Biblioteca, con pésimo resultado, pues lo pasó mal físicamente y le aumentó la hemorragia. Piensa si sería posible que acudiera dos o tres veces por semana para ir adelantando aunque sea lentamente. El sábado 7 de abril debe escribir a Ruiz Castillo para comunicarle que su enfermedad retrasará la entrega de la antología.

A mediados de mes experimentó una mejoría, que la permitía sentarse a ratos sin mucho dolor y trabajar en la cama de nuevo en la Antología. El día 19, preocupada por el desorden de la Sala ante la inminencia de la visita de unos escritores, se propone ir al día siguiente, cosa que efectivamente hace.

Dos problemas en casa hacen más difícil su situación: el poeta ha vuelto a su manía de “alarmar sobre su estado” y no dejarse asear, hasta el punto de que incluso debe ponerse violenta con él y amenazarle con irse. La otra dificultad es tener que cuidar de su amiga Inés, huésped del matrimonio, que ahora se ha fracturado una pierna en una caída. Zenobia no se considera capaz de tener que luchar contra la enfermedad y la negativa perpetua del poeta más el estado de su amiga. Además, no está conforme con la forma en que su médico trata su enfermedad. Se considera un conejillo de Indias, le receta demasiados medicamentos (alguno de los

⁴¹ Tres de los títulos que ella menciona fueron publicados como libro tras su muerte; aunque todos aparecieron parcialmente en la *Tercera Antología*. Los títulos son: *En el otro costado*, *Animal de fondo*, *De ríos que se van* y *Una colina meridiana*.

cuales la postran un día en la cama) y ha sufrido ya muchas quemaduras con el tratamiento de rayos.

Durante el mes de mayo, el comentario más repetido en su diario será el terrible sufrimiento que le ocasionan las quemaduras producidas por los rayos: “Día bastante malo” (10 de mayo), “día de tortura para mí” (día 11), “el día de ayer fue verdaderamente horroroso” (día 21), “día desesperante de dolores exacerbados” (día 28), “días verdaderamente horribles en que no sabe uno cómo ponerse para sufrir menos” (31 de mayo). Aunque a principios de mes se había propuesto continuar con su tarea (“pasé un día molestísima, pero pienso seguir adelante un día sí y otro no mientras no se me provoque nuevamente la hemorragia”, anota el día 2), el día 9 termina dolorida tras cuatro horas en la Universidad y Juan Ramón le pide que sean sólo dos. El día 18 acude sólo dos horas y media, no consigue avanzar apenas con el trabajo y acaba con dolor de espalda, y el 20 desiste de ir porque “ayer fue un día de sufrimiento [...] intenso por las quemaduras” (312). Nada proclive a quejarse, escribe sin embargo en su diario: “este diario bien pudiera llamarse la monotonía del dolor” (314).

Debe sufrir además la disparidad de tres doctores en cuanto a la cantidad de rayos que ha recibido y la continuidad o abandono del tratamiento. Aburrída, el día 19 escribe: “Es posible que lo que tenga que hacer sea un viaje a Nueva York a ver eminencias médicas que se han distinguido en sus tratamientos más modernos” (312).

Los terribles dolores y quemaduras que sufre llegan incluso a afectar le el carácter. Después de tantos días de aguante, el 9 de mayo se derrumba y termina llorando, con gran congoja de Juan Ramón. El día 13 comienza su anotación: “Dios me ayude a cultivar mejor genio porque, desde que enfermé, estoy convertida en una verdadera cascarrabias” (308). Y más adelante: “Dios quiera que pueda reducirme los dolores [el doctor Battle] porque se me mejoraría el carácter” (317). Ya hacia final de mes, como

sigue encontrándose tan mal, siente desánimo: “Ayer [...] me costaba trabajo pensar en continuar en la vida y sólo el recuerdo de J. R. y de su trabajo inacabado era como un remordimiento de conciencia” (317). Realmente, la lectura del diario de este mes tan difícil, nos convence de que su entereza y empuje están sustentados fundamentalmente en la labor pendiente: la Sala de Juan Ramón en la Universidad y la *Tercera antología* aún inacabada. Ya vimos su determinación de continuar adelante, y durante la lectura, comprobamos que hace unas cuantas visitas a la Universidad a archivar, repasar documentación, atender el correo, releer la *Segunda Antología* para descartar poemas, catalogar, recibir visitas, etc. las más de las veces en muy difíciles condiciones. Su enfermedad tendrá todo el protagonismo durante el mes de junio. Los dolores cada vez son más insufribles, una grave quemadura en la cadera le impide descansar y, finalmente, el 24 de junio sale para Boston.

Por causa de los terribles dolores, sólo aliviados a ratos por la medicación, estos días no puede acudir a la Biblioteca, y pasa prácticamente todo el tiempo en la cama. Desde allí hará algunas gestiones referentes a la *Tercera Antología* (5 de junio) por carta o personalmente, y entrega la medalla de la Sociedad Hispánica de América de Nueva York, concedida a Juan Ramón, a una persona que viaja a España, con el encargo de entregarla al sobrino del poeta, Francisco Hernández-Pinzón, para la Casa-Museo de Moguer.

El dolor, las posibles formas de paliarlo, el efecto indeseado de algunos medicamentos que le producen vértigos (5 y 6 de junio), son el contenido casi exclusivo de las primeras entradas del mes. El 8 de junio anota que está decidido el viaje a Boston, por lo que, aun con dolores, se muestra esperanzada pero al tiempo afligida ante la idea de dejar solo a Juan Ramón, que quedará atendido por el Dr. Batlle, Nemesia (la criada) y Graciela Palau, que llegará pronto. Ella se siente optimista, aunque de

momento no hay más cambio que la decisión de hacer el viaje: “Trato de comparar una noche con otra para ver si encuentro mejora, y me parece que cada una es peor que la anterior. Sin embargo, me parece que dentro de mí hay un comienzo de optimismo”, escribe el día 11. En adelante, a medida que van avanzando los detalles para el viaje, se mostrará “más esperanzada”, dice el 15 de junio.

Zenobia se encontró muy acompañada en esos momentos. En los días previos al viaje la visitan bastantes personas, algunas de las cuales la ayudan con las gestiones, le compran lo que necesitará o simplemente están de paso y se acercan a darles ánimo, como es el caso del filósofo Julián Marías, ocasionalmente en la Universidad para unas clases, y que visita al matrimonio, lo que refleja la diarista el día 19 en estos términos: “La visita de Marías ayer tarde nos animó mucho” (328). Su sobrina Nena (Inés) la acompañará a Boston, lo que la alegra mucho, así como la próxima llegada de Graciela Palau a Puerto Rico, que estará muy cerca de Juan Ramón.

El día 25 de junio, el de su llegada a Boston, no escribe. El 26, ya en el Massachussets General Hospital, nos relata su llegada y da algunos detalles del viaje, acompañada del Dr. Rodríguez Olleros y su esposa. Durante su estancia en el hospital, Zenobia se sentirá muy satisfecha con el comportamiento hacia ella de sus dos sobrinas, y la alegrarán con su juventud y dinamismo.

Mientras espera ser intervenida, recibe la visita de su médico, el Dr. Meigs, que contestó “con honradez” a sus preguntas. “Parece que tengo pocas oportunidades de escapar esta vez. Me alegro de saber las cosas para arreglar mi horario, por decirlo así”, escribe el 3 de julio. En esta difícil situación, continúa trabajando: escribe una serie de cartas al editor, a Graciela Palau y a su sobrino Paco Hernández-Pinzón. Se propone dedicarse a la Sala el tiempo que le quede. Aunque tiene que regresar, lo hace esperanzada en una operación en septiembre, pero ya hace

disposiciones acerca del bienestar económico de su marido. Plantea a sus sobrinas que permitan que Juan Ramón pueda utilizar mientras viva la herencia testada por su familia materna, y que, al no tener ella hijos, pasa a sus sobrinas. Éstas aceptan e inmediatamente hacen las gestiones con el amigo y abogado Henry Shattuck. El día 11, último de su estancia, hace un breve balance: “De todos modos, este viaje habrá valido la pena por lo que me ha demostrado de cariño de las dos hijas de mi hermano, que lo han sido de verdad en todos los sentidos”.

A finales de julio, ya de regreso, vuelven los dolores y espera comenzar un tratamiento con cortisona que se retrasa, lo le hace pasar unos días terribles. Escribe: “En estos momentos tengo que recordar todo lo que quiero hacer para J. R., para no desear morirme en el acto” (347). Aun así no está ociosa. Aprovecha estos días para escribir cartas, leer, arreglar la documentación para el Seguro Social y comienza la lectura del libro que sobre Juan Ramón prepara Graciela Palau, en su segunda versión.

Durante el mes de agosto y buena parte de septiembre su preocupación fundamental será la antología de Juan Ramón, por lo que ya el primer día le pide a Graciela que le traiga todo lo que tiene preparado y escribe: “Espero que Florit quiera darle el último empujón. No quiero correr el riesgo de que me fracase”. Y el día 2, a pesar de las molestias y los efectos secundarios de la cortisona, dice: “Lo que me hace interesante la vida es seguir adelante con los proyectos de la Biblioteca, con la *Tercera Antología*, que ahora espero me ayude a terminar Florit”. Éste le escribe aceptando el libro, según escribe en su diario el día 10, y el 22 anota que ya lo está terminando: “No me queda más que un capítulo que revisar con J. R., contestar la carta de Florit y terminar de repasar lo último de *De ríos que se van*” (359).

Mientras estudia las fechas más convenientes para su próximo viaje al hospital (pues está deseando ser operada), prepara diversos objetos

personales que quiere llevar para sus sobrinas y el testamento; pero aún le quedan fuerzas para realizar una lista de libros que es necesario encuadernar: nada menos que 120, que, según dice, son los más urgentes.

El final del diario de Zenobia se acerca con las entradas escritas ya en el hospital de Massachussets (en inglés). Allí su estado empeora y, mientras se le realizan pruebas de rayos X y una transfusión de sangre, termina de perfilar cuestiones referentes a su testamento y bancos.

La última entrada del diario lleva fecha 13 de septiembre, de nuevo en español. Es muy breve y está interrumpida. Zenobia sabe que no va a ser operada. Comienza así: “Qué pocos días para adaptarse a cambios de actitudes diferentes en la vida, grandes y pequeñas en lo que espera...” (368). La anotación termina con un enunciado interrumpido en el que escribe que espera al médico Larry Sánchez (que la había acompañado en este viaje) para que la recoja, “esta vez porque la Nena (pronto la toca a ella una gran escala de martirio, a ella como a su madre)...”

La editora de los diarios, con el fin de que el lector conozca lo fundamental acerca de esos últimos días antes del regreso de Zenobia a Puerto Rico, incluye, a modo de final, la carta que con fecha 11 de septiembre de 1956 escribió Zenobia a su sobrino Francisco Hernández-Pinzón. En ella le dice que regresa a Puerto Rico sin ser operada “porque el cirujano ha sido demasiado concienzudo para emprender una operación que comprende llega demasiado tarde”. Duda si contárselo a Juan Ramón, “porque me parece demasiado cruel, la verdad”, y, por último, le dice que recibirá una copia del testamento (368).

Capítulo 4

OTROS TEMAS EN LOS DIARIOS DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

1. RELACIÓN ZENOBIA-JUAN RAMÓN

Los diarios, por pertenecer a la literatura intimista, siempre nos comunican (en mayor o menor medida, según el grado de intimidad) importante información acerca del ser interior del diarista, además de aportarnos datos sobre su relación con otras personas cercanas a él. Así se cumple en el diario de Zenobia, como veremos en otro apartado de este trabajo en el que hablaremos de algunas de las muchas personas que Zenobia conoció; pero, en este caso, es fundamental destacar que se trata de unos diarios especiales, unos diarios de dos, en los que el “yo” protagonista del diario se convierte en “nosotros” en muchas ocasiones. Ese plural viene motivado por la presencia que en el diario de Zenobia tiene su marido, el gran poeta Juan Ramón Jiménez, hasta el punto de convertirse en un diario de la pareja durante su exilio, es decir, desde 1937 hasta la muerte de la diarista en 1956. Gracias al diario de Zenobia Camprubí tenemos una visión más completa del carácter difícil del gran poeta español del siglo XX, asistimos a sus sucesivas depresiones, a su forma de trabajar, a su aversión a ciertos acontecimientos sociales o personas, al proceso de creación de algunas de sus obras, etc. En definitiva, este diario se convierte en un documento excepcional para conocer en la intimidad a Juan Ramón Jiménez y comprender la gran labor que en ayuda de su creación supuso la cercanía y vela continua de su esposa, siempre atenta a su tranquilidad y salud, además de secretaria eficazísima.

La constatación, durante su lectura, del imponente y omnipresente acto de presencia del poeta en unos diarios íntimos (en principio, plasmación de un

“yo”), que los convierten casi en los diarios de un “nosotros”, hace pensar en las posibles motivaciones de Zenobia al escribirlos con ese carácter común, de pareja. Es posible que la diarista los escribiera con la firme voluntad de dejar constancia de su decisivo papel dentro de la pareja, en la que el personaje importante era él, pero en la que, como se desprende de la lectura de los diarios, ella no lo era menos, si atendemos a las debilidades, exigencias y necesidades a veces caprichosas del poeta, que hubieran tenido difícil cumplimiento sin una mujer como Zenobia Camprubí.

Estos diarios, al desarrollarse de forma bastante continua y a lo largo de tantos años y tan decisivos en la vida de los dos, muestran la evolución que la propia relación de la pareja sufrió durante todo ese tiempo, sujeta como estaba a las terribles contingencias a que, en ocasiones, el exilio los sometía. Para hacerse una idea cabal de la relación del matrimonio, creemos que es necesaria la lectura completa de los tres tomos de los diarios, ya que la situación vivida por la pareja en cada lugar del exilio fue muy diferente, dado el tiempo tan largo en el que se desarrolla.

Sin duda, los momentos más difíciles en la relación de la pareja, y en los que los desencuentros son mayores, corresponden a la estancia del matrimonio en Cuba. Esto es lógico, si pensamos en la situación precaria y temporal de ambos, recién salidos de España con lo puesto, sin casa y con un futuro muy incierto. Como sabemos, ambos vivían en un hotel, compartiendo una única habitación. Zenobia, mujer independiente y que ansía también tener sus momentos de soledad, debe disfrutar ésta sólo cuando puede aprovechar que su marido ha salido. En una ocasión nos cuenta: “Prendo la radio, sintonizo una música bellísima de cualquier lugar del mundo y me recuesto en la silla de brazos mirando al mar” (Camprubí, 2006a:10). Sin embargo, el poeta tiene la costumbre de acumular periódicos en el cuarto, lo cual irrita a la diarista, provocando más de un enfado: “[dije] que quería irme a recuperar en un cuarto mío donde no

hubiera que respirar la atmósfera de un almacén de periódicos”, dice después de haber pasado una gripe (Camprubí, 2006a: 97).

Un nuevo enfado surge por la negativa del poeta a realizar un viaje a los Estados Unidos, donde la diarista tenía a su familia. Ignorando los deseos de su mujer, no accede a ese viaje, pero planea viajar a Francia, con la esperanza de establecerse en algún pueblo cercano a España. Esto provoca la furia de Zenobia, que escribe sufrió una de su “grandes cóleras”. La diarista utilizaba a veces el recurso de un arrebatos de genio para sacudir el ánimo de su marido, aunque en esta ocasión nos dice que es inútil, pues no serviría de nada, al no ser ella capaz de marcharse sola a ver a su familia, dejando al poeta en el “triste estado de ánimo” en que se encontraba. La única ventaja que ve a esos arrebatos es la de “refrescar el ambiente por un momento, ya que J. R. es un espíritu completamente inconsciente” (Camprubí, 2006a: 115).

Las críticas más abundantes y duras de la diarista aparecen justamente en el diario correspondiente a la estancia en Cuba. Aparte de la escasez de espacio y de recursos económicos, el estado de ánimo de los dos no contribuía, como es de sospechar, a mejorar las cosas. El poeta se hallaba muy afligido por la situación de España, sumida en una tremenda guerra fratricida, Zenobia no se adaptaba (como ya vimos) al país en el que estaba viviendo, se aburría, no encontraba gente de su agrado y le acongojaba pensar en su futuro. En estas condiciones, no parece extraño que los diarios reflejen una relación difícil, a la que no ayudaba tampoco el carácter del poeta, al que Zenobia critica su incapacidad de actuar en propio beneficio o en el de los dos, y que sí parecía derrochar cuando se trataba de terceros. El día 17 de noviembre de 1937, la diarista nos relata que Juan Ramón se ha esforzado grandemente por conseguir la visita de la Sociedad Coral Cubana a las otras dos Antillas Mayores, dentro de un plan de acercamiento de las tres islas. Dice ella al respecto: “Si J. R. usara la mitad de las energías y el

ingenio que emplea en otros [...] para sí mismo, hubiera tenido una vida más fácil y menos llena de dificultades de todas clases que nuestros esfuerzos combinados no han podido evitar” (Camprubí, 2006a:116). Es posible que el poeta no tuviera aún conciencia de que los sucesos de su país se alargarían y, por tanto, no sospechara ni pensara siquiera que podrían desembocar, como así fue, en un exilio que duraría hasta el final de sus días. Por las fechas a las que un poco más arriba nos referimos, Juan Ramón trabajaba en la elaboración de una antología de poetas cubanos y llevaba una vida pasiva que ocupaba por las tardes en una tertulia con otros huéspedes del hotel sin ningún interés para Zenobia, que se rebela ante la aceptación de esa insulsa actividad por parte de su marido. En su afán por salir de Cuba, Zenobia estaba dispuesta a que el poeta incluso aceptara ofertas humildes, como la de impartir unas conferencias en la Escuela de Tecnología del Estado de Georgia, que el poeta no aceptará.

A pesar de lo difícil de la situación, Zenobia siempre tendrá más recursos para afrontarla que su marido. Ella no deja de leer, hacer excursiones y salir con conocidos, aunque psíquicamente se encuentre mal. El poeta en cambio es muy dependiente de su mujer, sobretodo en situaciones que le ponen en una posición muy débil anímicamente. Así sucede cuando conocen las primeras noticias acerca de su sobrino Juanito, herido en la guerra en España. El 23 de marzo reciben las primeras noticias, el 25 les llega la de su estado gravísimo, y a partir de entonces, el poeta, lejos de ser una ayuda para su mujer, la agobia exigiendo que ella esté con él todo el tiempo, incluso cuando se reúne con la tertulia del hotel. El poeta cae en un estado depresivo y desespera a la diarista negándose a ir al médico. Zenobia además no soporta sus silencios. Dice: “Se entiende que después de veintidós años sin desarrollar ningún nuevo interés y nada más que con la angustia del pasado, él no tenga mucho que decirme, pero ¿por qué insistir

en que me la pase como un heraldo en la corte de él?” (Camprubí, 2006a: 184).

La influencia del poeta sobre su mujer es tal que el día 3 de mayo ésta encabeza su entrada con la expresión “un día desastroso”. Cada vez que ella insiste en hacer el viaje a los Estados Unidos, él entra en un estado depresivo, por lo que Zenobia decide renunciar a él por lástima. A cambio, el poeta admite que deberían tener dos cuartos, uno para cada uno, y asegura que comprará una radio para que ella pueda escuchar buena música. A Zenobia le duele que estas cosas no hayan salido del poeta de forma espontánea, por lo que en lugar de mostrarse agradecida se las toma “con una sonrisa forzada, después de catorce meses de vivir reprimida, como un premio para consuelo del perdedor, por hacerme renunciar a una visita a mi familia” (Camprubí, 2006a: 198-199).

La consecución de un cuarto propio por parte de la diarista mejorará las relaciones de la pareja. Por lo pronto, Zenobia (que ya ha renunciado a su viaje familiar) se consuela amueblándolo y viendo por su ventana el mar. Ocupará unos cuantos días organizando la habitación y disfrutándola, ya sea cosiendo unas cortinas y unos cojines para vestirla, pasando a máquina algún documento de Juan Ramón, o simplemente observando la naturaleza a su aire. De todo ello nos da cuenta el diario. Las entradas de los días 12, 13 y 14 de mayo nos muestran una Zenobia “contenta”, “feliz”, “bastante contenta conmigo misma y hasta más descansada y serena”. Y “el cuarto se ve de lo más bien”. Además, se da cuenta de que aunque su lucha con su marido la perturbe, “no dependo de él para ser feliz” (Camprubí, 2006a: 203). Como decimos, la relación de la pareja mejora y calma la situación, lo que facilita largas conversaciones, “hablamos y hablamos por largo rato” (Camprubí, 2006a: 204). La nueva situación parece normalizar a la diarista, mientras el poeta se encuentra en el dique seco, por lo que su mujer vuelve a hacerle una nueva crítica el 20 de mayo, censurando que no haya

adelantado nada en el trabajo que utilizó como motivo para pedirle que se quedara tres meses más mientras lo terminaba. Lo único que ha hecho, nos dice ella, es malgastar el tiempo “con toda esa gente aburrida del hotel” (Camprubí, 2006a: 206).

Los desacuerdos del matrimonio afectaban también al posible lugar en el que vivir en un futuro inmediato a la espera de la finalización de la guerra. Mientras Zenobia deseaba ir a los Estados Unidos, donde tenía a su familia y muchos amigos y conocidos, y donde se encontraba a gusto, en ambiente apropiado a sus intereses artísticos e intelectuales, Juan Ramón manifestó claramente a su mujer que no podía vivir en un país donde no pudiera oír su propio idioma, lo que descartaba a los Estados Unidos. Al final, parecía que Cuba era la única opción. A primeros de agosto de 1938, con el ansiado viaje a Norteamérica a la vista, Zenobia está dispuesta a aceptar vivir en Cuba con dos condiciones: “cuatro meses al año en los Estados Unidos y nuestra propia casa” (Camprubí, 2006a: 244), aunque a regañadientes, porque sabe que esa solución no se adapta a sus planes de llevar una vida activa en los Estados Unidos.

Tras el viaje realizado por el matrimonio en 1938 a los Estados Unidos, Zenobia, que había accedido a volver a Cuba después pensando que el poeta regresaría al trabajo, se encuentra con que él sigue inactivo y desmoralizado, lo que provoca su enfado ya cerca de las Navidades. El 21 de diciembre anota: “Las cosas entre J. R. y yo llegaron a su punto culminante”. Dice que aflora su indignación “normalmente reprimida por estar mortificada todo el tiempo”, decide “darle una sacudida para que actúe” y le echa en cara no ser capaz de resolver ni los problemas más pequeños, cuando hombres despreciados y criticados por él al menos son capaces de mantenerse y mantener a sus familias. También le amenaza con irse a Miami. La cercanía del cumpleaños del poeta templó la situación con

la ayuda de la reacción agradecida del poeta por el regalo de su mujer (un libro y un grabado), gesto que hace llorar a la diarista.

El enfado deja paso a la preocupación. Durante las fiestas navideñas Zenobia consigna los largos silencios, el semblante apenado y el aspecto desalentado de su marido, que quiere tratar de ahuyentar invitándolo a acompañarla a un viaje a Trinidad. Juan Ramón no hace ese viaje y recibe a su mujer a la vuelta ya el 1º de enero de 1939. La diarista consigna que, aun que la recibe radiante, al poco vuelve a caer “en un extraño letargo, hablando sin mirar” (Camprubí, 2006a: 327). Sólo unos diez días después, podrá Zenobia escribir que se siente feliz al ver a su marido volver al trabajo “con la mejor disposición”. Se pondrá de nuevo al servicio del poeta, al que ayuda en la elaboración de una antología: “esta es una bella oportunidad para trabajar” (Camprubí, 2006a: 331).

Sin embargo, el 18 de enero Zenobia anota que no quieren continuar en el Vedado. Juan Ramón sigue sin hacer absolutamente nada, está desesperado. Ella cree que influye también la situación internacional y, por supuesto, las noticias de España, por lo que ambos toman la decisión de regresar a los Estados Unidos.⁴²

Con la llegada a Miami, el matrimonio comienza buscando casa. El cambio de la vida en un hotel por el de una casa propia supuso ya de por sí una mejora en la vida y relación del matrimonio (ya vimos cómo Zenobia había puesto al final de su estancia en Cuba la condición de tener casa propia para permanecer allí). Ambos organizan su vida mejor que en la Habana y comienzan a sentirse a gusto en La Florida, donde viven en una casa tranquila.

Las situaciones difíciles, ya fueran externas (la guerra de España, la incertidumbre ante el futuro, la muerte del sobrino del poeta) o internas (la mala salud, el sentimiento de inseguridad, las cíclicas depresiones) volvían

⁴² El 28 de enero inician el viaje hacia Miami, adonde llegan el 29.

a Juan Ramón extremadamente dependiente de su esposa. En momentos como los que acabamos de enumerar se aferraba a su mujer de forma enfermiza y obsesiva. En cualquier caso, y con el paso de los años, la vida del poeta era difícilmente imaginable sin el apoyo de Zenobia, mientras la de ella era independiente en esencia, aun cuando las circunstancias la ligaran tan fuertemente de forma personal y profesional a su marido. Un testimonio claro lo encontramos en las anotaciones que la diarista hace en su diario con motivo de la noticia de la muerte del poeta Antonio Machado. Juan Ramón se enteró por el periódico del suceso, que le impresionó vivamente: “Con lo que había intentado que lo invitaran a la Universidad de La Habana, pero los más jóvenes, Gaos en particular, que fue el primero en beneficiarse, no querían tener nada que ver con los mayores [...] y prevaleció su opinión sobre la de J. R. Ahora era más grande su dolor por no haber podido ayudarlo”⁴³ (Camprubí, 2006b: 20). A continuación, hace la siguiente reflexión: Juan Ramón habría seguido su suerte o estaría loco, de no haber unido su destino al de Zenobia. “Después de todo, yo soy en parte dueña de mi propia vida y J. R. *no puede* vivir la suya aparte de la mía” (Camprubí, 2006b: 21).

El exilio irá convirtiendo al poeta en un ser cada vez más depresivo y dependiente de su mujer. Este estado se agudiza con hechos concretos que lo dejan temporalmente en un lamentable estado mental, como ya ocurrió en Cuba, tras la noticia de la muerte de su sobrino Juanito. En los Estados Unidos otro hecho, también proveniente de España, le afectará gravemente. A finales de mayo del 39 le llega la noticia (por medio de dos tarjetas postales de Juan Guerrero) del asalto y saqueo de su piso de la calle Padilla de Madrid. Se habla de “algunos manuscritos de J. R.”⁴⁴ (Camprubí,

⁴³ Juan Ramón y Zenobia creyeron equivocadamente que Antonio Machado murió en un campo de concentración. Probablemente es lo que se difundió en la prensa de entonces.

⁴⁴ En realidad, en este saqueo, que se produjo –según dice la editora de los diarios– en abril de 1939 con la entrada de los vencedores en Madrid, no desaparecieron sólo manuscritos, sino también, entre otras cosas,

2006b: 66) Una tarjeta posterior les informa de que “probablemente se han llevado a Barcelona algunos de los manuscritos de J. R.”, y Guerrero sugiere que Zenobia regrese a España. Ella escribe: “¡¡No, gracias!!” (Camprubí, 2006b: 67). El poeta quedará muy afectado. Algo similar experimentará en 1940 cuando lee en un periódico que en España van a fusilar a cuatro de sus amigos, uno de ellos Cipriano Rivas Cherif. La noticia, dice Zenobia, le produjo tal impacto que sufrió “un colapso total” (Camprubí, 2006b: 222), tras vomitar 43 veces y tener que ser llevado al hospital en ambulancia.⁴⁵ El 29 de mayo, la diarista escribe que, tras una salida, encuentra a su marido “tan alterado que ofrecía un aspecto patético”, y comenta que se aferra a ella como la única cosa segura que tiene, por lo que cuando ella se retrasa, “se pone en un estado mental desastroso”. Sin embargo, y a pesar de las atenciones de su esposa, él no pone nada de su parte y son muchas las ocasiones en que Zenobia se queja de la actitud polémica, egoísta e irritable de su marido. Esto ocasiona una gran frustración en la diarista, porque normalmente, además de la molestia personal que le supone, siempre tiene algún plan entre manos que se ve frustrado.

Zenobia suele reaccionar en estas ocasiones escribiendo propósitos de cambio en el futuro, generalmente consistentes en desligarse de su marido y disfrutar por su cuenta, como el día 25 de julio, en el que anota que piensa planear el resto de su vida “egoístamente”. Por supuesto, este propósito no se lleva a efecto. Como mucho, y como reacción inmediata temporalmente liberadora, hace sola una excursión a algún lugar interesante.

libros y objetos de arte. Información acerca de ese suceso puede leerse en el libro *Guerra en España* (Jiménez: 1985, 214-229).

⁴⁵ Cipriano Rivas Cherif (1891-1969) sufrió cárcel, pero no fue fusilado finalmente. Según aclaración de la editora de los diarios, de esos cuatro amigos, fusilaron a dos.

La dificultad de la relación con su esposo se manifiesta como resultado de problemas que surgen y a los que el poeta parece sentirse incapaz de hacer frente, tales como los que acabamos de comentar, pero también aparece esa dificultad como resultado de los diferentes caracteres y educación de ambos. Por ejemplo, el día 4 de marzo de 1940, fecha de su aniversario de boda, Zenobia escribe que éste resulta ser “como siempre una desilusión”. Como ella dice, esto no es nuevo, pues todos sus aniversarios “de cualquier clase” resultan ser un fracaso. Zenobia lo atribuye a la distinta educación recibida. A ella su madre la acostumbró a celebrar los aniversarios “con exquisito arte”, mientras que Juan Ramón no ha vivido eso en su familia. Algo parecido ocurre con el interés por los viajes y excursiones, muy acentuado en Zenobia, pero escaso en Juan Ramón, al que vemos viajar en pocas ocasiones, a veces por necesidad (tal es el caso del viaje a Orlando, en abril de 1940, para asistir a una reunión anual de la Florida Education Association) y casi arrastrado por su mujer, que muchas veces viaja sola.

El humor del poeta y la imposición de sus manías influían grandemente en la diarista, como queda de manifiesto en los días que siguen a la noticia del asalto a la casa del matrimonio en Madrid. Zenobia intenta seguir su día a día con normalidad, pero el poeta, con el humor muy alterado, se queja del ruido que su mujer hace al pasar la página del periódico que está leyendo. En otro momento, ella intenta escribir un cuento, pero su marido la interrumpe para sermonearla acerca de lo pernicioso que es comer fuera (Camprubí, 2006b: 195). Zenobia no había logrado escribir más que una página y media. Cuando al rato retoma la escritura, no puede concentrarse pensando que el poeta puede llamarla en cualquier momento para escribir a máquina. Finalmente, se sube a su coche y medita en un lugar tranquilo sobre cómo no pasarse “toda la vida como si estuviera en la sala de espera de una estación” (Camprubí, 2006b: 196). A pesar de que Zenobia no se

dedicó de forma continuada a la creación literaria (sí de forma ocasional, pues sabemos que escribió algún relato en su juventud, tradujo a Rabindranath Tagore, y de vez en cuando le gustaba escribir a parte de su actividad en el diario) sí le atraía dicha práctica, de lo cual da constancia la entrada del 21 de noviembre de 1940, donde expone su propósito de presionar a su marido para que escriba y “tratar yo misma de escribir” (Camprubí, 2006b: 223); pero debía aprovechar sus momentos creativos para que dieran sus frutos cuando su marido aún dormía. Recibió el encargo de dar unas conferencias sobre castillos españoles (Camprubí, 2006b: 196-197), y disfrutó buscando información en la biblioteca, consiguiendo finalmente escribir siete artículos sobre el tema a costa de madrugar y trabajar cuando Juan Ramón estaba aún en la cama.

La determinación de Zenobia de sacarse una licenciatura (adoptada en julio de 1940) fue en principio motivo de fricción en la pareja. En la entrada del 21 de noviembre la diarista nos dice que Juan Ramón al principio estaba “completamente en contra, así que tuvimos una de nuestras pocas confrontaciones” (Camprubí, 2006b: 221). Sin embargo, el poeta terminó comprendiendo que la situación económica de la pareja atravesaba muy mal momento y no podrían mantenerse con los libros y conferencias del escritor, pese a su prestigio literario. En efecto, Zenobia explica que si no fuera por sus ingresos, estarían “en la indigencia más completa”. Piensa que una formación académica reglada le permitirá emprender una carrera profesional en la docencia. Cuando Juan Ramón entendió la situación y vio que ella disfrutaba con el estudio, no sólo estuvo de acuerdo sino que incluso la ayudó a entender la métrica y escuchaba sus monografías. Con dificultades ocasionadas por la enfermedad del poeta, Zenobia fue completando sus estudios regulares, además de diversos cursos de verano en 1941 y 1942.

Zenobia siempre se volcó en la ayuda a su marido, tanto en su trabajo como en el seguimiento de su salud y estado de ánimo. Tras las muertes en 1942 del hermano de la diarista (Jo) y de Eustaquio, el hermano de Juan Ramón, éste, melancólico y agobiado por la situación económica, cae en el desánimo haciendo un trabajo rutinario y monótono, urgido por la necesidad de conseguir dinero. Su mujer es la encargada de animarlo y le sugiere que comience un tipo de trabajo más personal, un diario. También trata de calmarle asegurándole que de momento están seguros económicamente. El propio diario nos demuestra la enorme importancia de Zenobia para Juan Ramón, en especial cuando pasa por dificultades anímicas. Anota la propia diarista: “J. R. me pidió que lo mantuviera firme en su propósito de volver él a vacilar. Esto a veces va a ser difícil, él lo sabe; pero en este caso, creo que podrá hacerse” (Camprubí, 2006b: 238).

La vida del matrimonio, y la relación entre ellos, se aquietará a partir de 1944, año en que Zenobia comienza sus clases en la Universidad de Maryland, cerca de Washington. Los años siguientes, ella disfrutará con su actividad profesional, que compagina con la ayuda al poeta, y asumirá la carga económica familiar con motivo de los periodos depresivos de éste. La pareja estaba muy asentada en su lugar de residencia y durante esos años tendrán satisfacciones, como el viaje emprendido a Buenos Aires en 1948 (viaje triunfal para el poeta), o la adquisición de una casa en Riverdale, pueblo del Estado de Maryland, cerca de la Universidad. Por esta razón, son los años en que el diario registra menos entradas. Zenobia disfruta con su actividad profesional y personal y casi siempre encontramos entradas que la muestran optimista. En general, el poeta vivirá entonces una época fructífera en el terreno literario, de lo que la diarista deja constancia en diversas anotaciones: En la entrada del 14 de julio de 1949 nos dice que el poeta está muy animado y sale mucho; así, nos dice que “al ver a J. R. tan contento, yo me siento satisfecha también”. El 23 de octubre del mismo

año consigna el espléndido otoño que están viviendo y la alegría de Juan Ramón. Eso la hace sentirse optimista y escribe arrobada el siguiente comentario: “J. R. está en época de plena y regocijada creación y quiere hacerlo todo”. Hasta le parece “el mejor tipo de caballero español lleno de dignidad sobria”. Incluso encuentra probable la afirmación del hermano de su marido de que eran descendientes de los reyes de León. “La verdad es que J. R. ha ido depurándose de modo que me parece mucho mejor ahora que a los 30 años. Que Dios me lo guarde mucho tiempo” (Camprubí, 2006b: 336).

Esa situación de felicidad se desmoronará a finales de 1950, cuando una nueva y grave depresión aqueje al poeta; pero, tras el traslado del matrimonio a Puerto Rico (y ya en el tercer tomo de los diarios, escrito en ese país), en un principio se encuentran felices y tranquilos en una casa de huéspedes en Río Piedras, donde encontramos al poeta ya muy restablecido, y unido al matrimonio: “Feliz en esta casa rodeada de jardín”, dice la diarista; y respecto a su marido: “J. R. es para mí, cada vez más, él mismo y cada vez más entrañable” (Camprubí, 2006c: 4). En 1951, sin embargo, aparecerá ya un primer motivo de alarma para la diarista con respecto a su salud, al sufrir una hemorragia a finales de noviembre. En diciembre, y en su primera entrada, nos informa de que tendrá que marchar fuera de Puerto Rico para ser operada. Zenobia anota en su diario que está tranquila, pues es ella la enferma que tendrá que ser intervenida, y a ella le afecta más que sea su marido el enfermo. En esta situación, es, una vez más, Juan Ramón quien hace más difíciles las cosas, ya que no colabora, por encontrarse “en un estado de desesperación horrible”, como anota ella los días 22 y 23 de diciembre, debido a que quiere ir con su mujer al hospital, en Boston, pero no está dispuesto a hacerlo si no le acompaña un médico. Zenobia se muestra intranquila por tener que dejar solo al poeta, pero al final viajará sola, lo que le hace anotar ya en el hospital: “¡Pobre J.

R.! ¡Cómo estará en este momento!” (Camprubí, 2006c: 11). Sin embargo, cree que está más serena sola; mientras que si Juan Ramón estuviera allí, “estaría hecha un mar de lágrimas: es mucho mejor para todos que no estén”⁴⁶ (Camprubí, 2006c: 31). Zenobia tendrá un recuerdo para su marido mediante unos versos suyos que reproduce, pertenecientes al libro *Estío*.

Tras su regreso a Puerto Rico, ya el 1 de febrero, en la primera anotación que realiza el día 26 de ese mismo mes, nos dice que han leído juntos las páginas de su diario correspondientes al viaje a Argentina en 1948, y reflexiona sobre la etapa “distinta” de su vida en la que están. Ambos han pasado “una fuerte crisis”, uno por el corazón y ella por el cáncer. Zenobia dice que sufrió “infinitamente” más por lo de su marido, porque en su caso su sufrimiento se debió más que nada a la separación y a tener que dejarlo solo. Ambos se sienten unidos y más vitalistas en lo que ella llama un “paréntesis”.

En efecto, tras la operación, el diario refleja la fuerte unión del matrimonio, que ha recuperado la costumbre de las lecturas conjuntas, y, después de la del diario del 48, la diarista traduce para su marido el libro de Thor Heyendahl, *Kon-Tiki*. Cuando el 2 de marzo se cumple el 36 aniversario de su boda, escribe: “Ojalá fueran 36 más, unidos, lo que nos esperara”. Hace votos por que no se separen nunca y se pregunta por su porvenir. Decide que lo mejor “es vivir en marcha y no pensar en acomodarse en ningún lado esperando la muerte” (Camprubí, 2006c: 19). Aunque no olvida el primer aviso que ha tenido, termina: “Juntos en cualquier parte”.

La maniática dependencia de los médicos por parte de Juan Ramón, que, lo llevó a querer tener siempre un médico u hospital cerca, preocupaba sobremanera a su mujer, como demuestra la larga entrada del 21 de marzo,

⁴⁶ El plural “estén” se refiere a Juan Ramón y al Dr. José García Madrid, médico español, con el que compartían entonces residencia en Puerto Rico.

en la que, tras una conversación con el Dr. García Madrid, (al que ella llama Dr. Hermético), escribe dejando entrever que desea que la beca en los Estados Unidos que el doctor está esperando, le sea concedida, para que así vivan “cerca y no juntos”. Zenobia habla de la “dependencia espantosa” del doctor que, por otra parte, cree que ha perdido interés por el poeta o “se ha aburrido de J. R.”. Ella está convencida de que no sólo no ha surgido una profunda amistad sino “antagonismo”. Escribe: “Cariño nos tiene poco. Yo creo que no lo tiene profundo por nadie” (Camprubí, 2006c: 21). Sus expectativas se verán frustradas cuando a mediados de abril sepa que el doctor no ha conseguido la beca.

Por otra parte, como persona vitalista que es, está firmemente dispuesta a reiniciar sus actividades. Dice: “Desde el 1º de abril, me voy a ir a todo lo interesante que haya y él [Juan Ramón] tendrá que decidir si me deja ir sola o no”. (Refiriéndose a si quiere acompañarla o no).

A pesar de que la dependencia del poeta respecto a su mujer será cada vez mayor, en los últimos años de su vida es donde podemos encontrar comentarios de Zenobia que indican su compenetración con él, su entrega a la culminación de la obra de éste y la valoración de esos gestos en apariencia pequeños, como cuando le regala flores: “J. R. siempre hace estas pequeñas cosas que significan tanto y de las que pocas personas se acuerdan” (Camprubí, 2006c: 23). En septiembre de 1952, una brevísima entrada del día 17, constituye toda una declaración de amor a su marido. La reproducimos entera: “¡Cómo se da uno cuenta de que se quiere más y más a medida que pasan los años! Es porque se da uno cuenta al mismo tiempo de que le va ya quedando poco de estar juntos. Apenas puedo escribir esto. ¡Qué congoja!” (Camprubí, 2006c: 27-28).

Zenobia vivirá (como veremos) cada vez más pendiente de su marido, no sólo de ayudarlo con su obra, sino de su estado de ánimo, su salud y el futuro que le espera si ella falta. Durante el mes de mayo de 1954, está

pendiente del ritmo de trabajo de Juan Ramón y refleja en el diario su preocupación porque cree que quiere abarcar más producción de la que es humanamente posible y trabaja con “excitación nerviosa”, sin apenas descanso. Es esa preocupación por el que cree que es un exceso de trabajo de su marido, que es ahora el que aporta los ingresos, lo que le hace volver una y otra vez a la cuestión de su vuelta a la Universidad, a pesar de que (como ya vimos en otro capítulo) no quiere hacerlo por diversos motivos, entre ellos, el de disfrutar ya libremente y con ocio de la vida. Un ocio relativo, si pensamos que lo que ella quería hacer era dedicarse a ayudar a su marido con la publicación de su obra y a iniciar los primeros pasos de la Sala dedicada al poeta en la Universidad de Río Piedras. “Me gustaría poder dedicar todo lo que me queda de mi vida a trabajar tranquilamente con J. R. Si pudiera uno saber los [años] que le quedan...” (Camprubí, 2006c: 35), escribe en 1953.

Durante el año 1954, el poeta sufriría otra de sus cíclicas depresiones, ahora cuando la propia diarista se encuentra en una situación personal delicada y debilitada. Pero su debilidad deberá transformarse completamente en dureza para ayudar a que su marido reaccione: “Me cuesta mucho trabajo no consolarlo con el cariño que yo querría, pero esto da un resultado contrario y no hay más remedio que cortar su emoción con entereza”, escribe el 25 de septiembre. Además, ella sospecha que el poeta a veces representa un papel “porque cuando tiene que hablar a su clase,⁴⁷ preparar las páginas de *Universidad* o hablar a alguna persona de fuera, deja la representación y está completamente normal”. Esa situación le produce a ella un estado de tensión nerviosa, por “sus aspavientos de gesto y de palabra”, por lo que a veces se ve obligada a actuar, como hace el día 30 de septiembre, metiéndose en la cama a las 8:30 para no oírle. Da

⁴⁷ Juan Ramón entonces daba seminarios y conferencias, como “Poeta en Residencia”, desde agosto de 1953 en la Universidad de Puerto Rico, nombrado por el rector Jaime Benítez.

resultado, pues al rato, “vino a hablarme muy razonablemente” (Caprubí, 2006c: 68).

Durante los dos últimos años de vida y escritura en su diario, la pareja aparecerá en éste muy unida y compenetrada. En 1955 será el poeta quien sufra una hospitalización. En el diario abundan las anotaciones en las que ambos aparecen como una pareja feliz de estar junta, en especial en los días en que se encuentran físicamente separados por la hospitalización del poeta. Zenobia nos relata la gran alegría de él al verla. “¡Qué alborozo para los dos!” Ambos se dirigen palabras amorosas: “Me decía: `¡Qué bonita eres!’, repitiéndolo como un novio. Yo le decía: `Para ti, mi vida” (Camprubí, 2006c: 78). El día 19 anota: “Estamos los dos otra vez como cuando éramos novios”.

Al encontrarse físicamente separados, disfrutan cuando pueden hablar íntimamente en el cuarto. Al igual que siempre, Zenobia es la más fuerte. Su marido cree que no va a poder volver a casa y ella, en cambio, “que solo nos perdimos el camino, y que lo vamos encontrando y cuando menos lo pensemos ya estaremos allí”, escribe el 16 de enero. El 19 anota: “Mis nervios van entrando en caja y le soy bastante más útil a J. R. que cuando estaba tan destrozada, que me echaba a llorar por la menor cosa”. Su entereza la ayuda a planear cosas que animen a su marido, como procurarle compañía para que no pase tantas horas solo, haciendo una lista de profesores y otros amigos para que se turnen acompañándolo.

Cuando, en marzo, el poeta ya se va recuperando, por el diario nos enteramos de los avances que Zenobia ha luchado por conseguir: “Esta semana he ganado 3 puntos: El intento de dictar, el paseo solo en el auto conmigo y el quedar establecido que el peluquero podía pelarlo” (Camprubí, 2006c: 83), y después haciendo notar cómo cada vez va sintiendo que es él mismo: “Y ya puedo bastantes ratos dejar que mi corazón lata con el suyo”. Básicamente, esta será la lucha que en el terreno

personal tendrá Zenobia que afrontar hasta que su estado físico deje de permitírsele: animar y entretener a su esposo, intentar que emprenda un trabajo intelectual y permitirle que lo asee. El poeta continuaba con su obsesión por ser hospitalizado con cualquier excusa, por lo que Zenobia tiene que recurrir en una ocasión a la treta de ocultarle que había recibido una herencia de su prima Hannah Crooke, para que él no sintiera esa tentación al saber que habían entrado en casa esos ingresos.

Por otra parte, continúa la dependencia del poeta de su mujer, aunque de nuevo ella escribe en el diario que a veces ésta es fingida: “Se desespera de que me vaya, pero luego resulta que ha visto revistas y periódicos y tiene que ser durante mi ausencia, porque cuando estoy presente no hace más que tratar de alarmarme por su salud” (Camprubí, 2006c: 120-121). Este será uno de los factores que dificulten más la convivencia de la pareja. Por el diario sabemos que la dependencia del poeta llegaba a esclavizar a la diarista, que en alguna ocasión sufre maltrato de obra o palabra. El psiquiatra del poeta aconseja a la diarista que no debe consentir “ni malas palabras ni violencia de ningún género. Me aseguró también que yo debía llevar una vida completamente normal, sin concesiones, también salir por la noche a conciertos o cualquier otro acontecimiento” (Camprubí, 2006c: 123-124). No obstante, las manías del poeta no harán sino acrecentarse y con una gran variedad: desde exigir a cualquier hora de la noche a su mujer que acuda un médico, hasta negarse a tomar las medicinas, cortarse el pelo o la barba, cambiarse de ropa, dejarse limpiar las zapatillas o asegurar que no aguantaba los perfumes de las personas; destrozarse la corbata, un bolsillo o el mantel; o ni siquiera tolerar visitas, excepto las de los médicos (Camprubí, 2006c: 166). “Día triste porque J. R. no cumple nada de lo que promete, está sucio y no consigo cambiarle el traje”, escribe el 20 de septiembre de 1955. “Estoy cansada desde hace días por la lucha infructuosa por lavar a J. R., cambiarle de ropa y hacerle pelar. Tanto

esfuerzo [...] que no le quedan a uno fuerzas para lo que debe hacer”, dice al día siguiente.

En ocasiones, el poeta parece mejorar de sus manías y acompaña a su mujer a la Sala de la Universidad y atiende a las visitas con deferencia. Compensa las manías “olfatorias” canturreándole cancioncillas a su mujer. El 4 de octubre Zenobia transcribe algunas de esas cancioncillas:

“¡Vida de mi vida

Zenobia de mi alma!

¡Qué bonita eres

Lucero del alba!”

El día 8 le recita otra, que la diarista encuentra algo fúnebre:

“Cuando yo esté en la agonía

Siéntate a mi cabecera

Pon en tu mano la mía

Y puede que no me muera”.

Comenta la diarista que, aun cuando la canción es “linda”, no le hace “ninguna gracia su estado voluntariamente pesimista” (Camprubí, 2006c: 172).

En los primeros días del año 1956 la mejoría de Juan Ramón parece una realidad y ella se siente muy cercana a él. El primer día del año salen a dar un paseo, durante el cual el poeta piropea a su mujer: “Cuando yo sentí la vida es cuando yo te quise a ti”, le dice. “Es una de las primeras preciosas cosas” que le dijo. Zenobia siente el deseo de apuntarlas, aunque debe conformarse con lo que recuerda, al no haberlo podido hacer durante el paseo. También recuerda que le dijo: “Envuélveme con tu luz para que la muerte no me vea”. La diarista se muestra tan contenta con los piropos, que le dice a su marido que “con esta media hora de paseo oí tantas cosas preciosas que el mar me daba lo mismo” (Camprubí, 2006c: 226).

Con el transcurso del año, el estado de Zenobia se irá progresivamente deteriorando, así como el del poeta, que oscilará entre momentos de más entereza, en los que atiende diligentemente a su mujer, haciéndole las curas (como consta el 1 y el 4 de mayo) o llamadas telefónicas (16 de mayo); y otras ocasiones en que alarma a su mujer con su propio estado de salud, o asegurando que es él quien se muere ya, o vuelve a sus manías de no dejarse asear. A veces, simplemente, no la deja descansar: “J. R., encerrado en su egoísmo, no me deja ni levantar el ánimo ni descansar, aun cuando esté sufriendo” (Camprubí, 2006c: 275). Otras, la cuida con diligencia que hace exclamar a su mujer: “¡Qué haría yo sin él! 40 años en que nos hemos ido queriendo cada vez más” (Camprubí, 2006c: 285).

Es probable que la situación superara anímicamente al poeta, incapaz de reaccionar de forma ordenada y racional. La imagen de su marido que encuentra la diarista tras su penúltimo regreso del hospital, es un símbolo de la impotencia del poeta y su incapacidad de reacción. “Lo que me causó una impresión malísima fue J. R., que tardó un siglo en salir a mi encuentro y llegó tan hombre de la selva, como si yo no le hubiera dejado apalabrado a Romero, y apestando a castores de la manera más espantosa, lleno de manías de olores contra Graciela, y ésta disminuida y asustada” (Camprubí, 2006c: 342). Pero la diarista, torturada por los terribles sufrimientos que le causaba su enfermedad ya cercana a la muerte, también confiesa arrepentida en su diario que en algún momento ha sido injusta con él: “Me porté bastante mal con el pobre J. R., con motivo de mi dolor sin tener él la culpa” (Camprubí, 2006c: 346).

Pero que Juan Ramón no fuera capaz de mantener una postura activa de ayuda constante, como sí lo era su mujer con él cuando la necesitaba, y estuviera también en manos de sus obsesiones, no quiere decir que no fuera consciente del estado de su mujer, como demuestra un hecho que aparece relatado en el diario. Antes de su nueva partida hacia el hospital el 2 de

septiembre, Zenobia se empeña en dejar todo organizado en la Sala de la Biblioteca en la Universidad, aunque no le conviene un esfuerzo de ese tipo. A pesar de todo, el día 20 de agosto consigue hacer una escapada a espaldas del poeta y ayudada por Graciela y Onís. “Con grandes dificultades escapé por la puerta de la cocina y me llevó [se refiere a Onís] a la Biblioteca, en donde estuve hasta las 12. La pobre Graciela me ayudó” (Camprubí, 2006c: 358). En una nota al pie, la editora de los diarios cuenta que a la vuelta de esta escapada, encontraron a Juan Ramón desesperado y “acusó a Onís de haberle podido causar la muerte a Zenobia”. Como consecuencia de ese gran esfuerzo, la diarista pasó muy mala noche.⁴⁸

Por su parte, Zenobia, poco antes de su partida hacia el hospital de Massachussets (de donde se volverá, como sabemos, sin ser operada) relata en su diario la fatigosa jornada del día de su 69 cumpleaños. Lo hace ya el día 1º de septiembre, y termina su anotación con una cariñosa referencia a su marido: “J. R. metido en el corazón. ¡Qué dulce y bueno es a pesar de esta terrible negación!” (Camprubí, 2006c: 364).

2. LA GUERRA CIVIL Y EL EXILIO

La Guerra Civil, que impidió la vuelta del matrimonio a su país, aparece como es lógico con gran protagonismo sobre todo en el tomo primero de los diarios, y algo en el segundo. Como afirma Graciela Palau, no hay que buscar en los diarios de Zenobia Camprubí “hondas reflexiones sobre la tragedia española; pero la presencia de España es constante” (Palau, 1992: 145); pues en “breves destellos” aparecen los sentimientos suyos de exiliada. En múltiples ocasiones, pequeños detalles les hacen a ella y a Juan

⁴⁸ Tras esa visita, Iris Ribera, hija del escritor Ribera Chevremont, quedó a cargo de la Sala Zenobia y Juan Ramón.

Ramón recordar lugares, canciones, personas. Con ocasión de una charla sobre cante jondo en la Habana, a cargo de María Muñoz de Quevedo, pianista que fue discípula de Falla, Zenobia escribe el 16 de mayo de 1937: “Es imposible decir en palabras cómo nos afectaron esas canciones, nunca le tuve tanta pena a J. R. Con mucho cuidado pretendía secarse el sudor de la cara y me di cuenta de su profundo dolor al ser transportado a Andalucía, ahora tan desesperadamente inalcanzable” (Camprubí, 2006a: 40).

Durante la estancia del matrimonio en Cuba (entre 1937 y 1939), como tantos españoles, parecían pensar en que terminaría pronto y podrían regresar, por lo que desde las primeras páginas del diario encontramos múltiples referencias a la guerra. “Lo intolerable en Madrid era el asesinato acechando detrás de las líneas y esa terrible sospecha del prójimo. No. No se puede morir felizmente en compañía de asesinos” (Camprubí, 2006a: 12), escribe al comienzo de su diario en una larga reflexión acerca de la presencia de idealismo en los bandos.

Todo el tiempo que permanecieron en Cuba, tanto Zenobia como Juan Ramón seguían los acontecimientos por la radio y los periódicos, además de las noticias que de vez en cuando les llegaban por carta. Al principio, su preocupación fundamental la constituyen su familia, Luisa (la empleada que había quedado en el piso y a cargo de unos niños que el matrimonio había acogido) y la familia de Juan Guerrero, gran amigo de la pareja. En especial, Zenobia escribe su intención de ayudar a éste y su familia a salir de España si así lo desean, hecho que no se producirá.

También expresará la diarista en varias ocasiones su preocupación por sus compatriotas y las “riquezas del pasado de España” (Camprubí, 2006a: 69). Y reflexiona sobre la difícil convivencia entre los españoles: “Sigue la terrible batalla y la espantosa matanza continúa día tras día. [...] Pero cuando oigo a otros españoles hablar, especialmente a las mujeres, veo qué difícil sería desarrollar un plan de vida para tolerarnos los unos a los otros”

(Camprubí, 2006a: 72). Salpicados entre otros muchos asuntos, cobran protagonismo en el diario los hechos más relevantes de la guerra que les llegan de su país: el 31 de mayo del 37, el bombardeo de Almería, noticia leída en el periódico y confirmada luego en la radio; el 12, el 13 y el 14 de junio aparecen referencias dolorosas a Bilbao; el 19, la noticia de la caída de esa ciudad; el 26 de agosto refleja la caída de Santander; el 12 de octubre reproduce las noticias acerca de un gran bombardeo en Madrid; el 20 de enero, las noticias sobre el bombardeo de una zona residencial de Barcelona; el 26 de mayo del 38 hace referencia al “bárbaro bombardeo” de Alicante; y ya en 1939 leemos algunas referencias a la preocupación por la reunión de Mussolini y Chamberlain, temiendo un posible pacto a costa de España (Camprubí, 2006a: 332) o a la “situación horrible” de España, en enero. Son algunas de las anotaciones que podemos encontrar en los cuadernos de Zenobia, como muestra del seguimiento constante y la preocupación por su país.

Pero la Guerra Civil no estaba sólo presente en sus vidas a través de las noticias de periódicos, la radio, las cartas o la información proporcionada por personas conocidas que venían de España; el conflicto, a cuyo inicio habían asistido, calaba muy hondo en el ánimo de los dos, hasta el punto de que la diarista refleja en sus cuadernos muy frecuentemente durante su estancia en Cuba sus deseos de ayudar, que han de conformarse con serlo en la distancia. Así que, tras asistir a finales de mayo del 38 a una película-documental sobre los refugiados españoles, Zenobia acude el día 27 a la Embajada a una reunión pensada para unir esfuerzos y socorrer a la España Republicana. En la legación se celebraban reuniones con ese fin y en ella Zenobia propuso que los fondos recogidos se dedicaran a la compra de tabaco y azúcar para que así el dinero quedara en la isla.

Zenobia prestó su ayuda siempre con espíritu animoso pero muy crítico, pues observaba con pena cómo en la legación se reproducían los

enfrentamientos que se vivían al tiempo en suelo español, lo que en su opinión las convertía en algo muy desagradable. “Le temo a estas tardes en la legación, pero siento que es un deber civil el no echarme atrás, cosa que quisiera hacer. Siempre están riñendo por resentimientos pasados y nunca tienen tiempo para las decisiones prácticas del momento” (Camprubí, 2006a: 212-213). Ella no ahorró críticas a los intelectuales españoles, entre los que citó (para criticarlos) a Ortega y Marañón, por su egoísmo y su falta de ideas constructivas para la consecución de la paz. “¿Buscan soluciones o los hombres que salen de sus respectivas fronteras continúan aislados los unos de los otros y por consiguiente continúan haciéndose la guerra en la neutralidad de un país extranjero? ¿Tienen alguna idea constructiva de colaboración para conseguir la paz?” (Camprubí, 2006a: 226).

El 12 de junio del 37 pone en el punto de mira a los comunistas por su incapacidad para mirar más allá de sí mismos y los compara con la Iglesia Católica. Ambos son limitados de miras, crueles y falsos. Termina afirmando que el comunismo (como el fascismo) tendrá que desaparecer, pues los considera sólo un revulsivo.

Movida por su espíritu generoso inclinado a ayudar a su prójimo, la diarista puso por escrito varias veces sus deseos de ponerse al servicio de las necesidades de la España Republicana, pero en especial, en junio, tras la llegada de Gaos a Cuba, e informarse sobre la situación de España, se convierte en verdadera obsesión para ella la incapacidad que muestran las partes en contienda para llegar a una fórmula política basada en lo que tienen en común. Ella sabía valorar que se hallaba a salvo en Cuba y habla de disfrute de un “privilegio” que no tiene la mayoría de sus compatriotas, por lo que se preocupa, pero también manifiesta su desilusión con su gente. Los españoles que (como Gaos, al que pone de ejemplo) recalcan por la isla, actúan, según dice, con egoísmo, pensando sólo en una solución cómoda para ellos y sus familias, y tratando de aprovecharse del trabajo de

Juan Ramón, “para traer a sus amigos personales en lugar de los españoles que pueden representar a España más prudentemente y con más dignidad” (Camprubí, 2006a: 235). Zenobia se lamenta de que Gaos y Montilla no quieren (como propone y desea Juan Ramón) que el poeta Antonio Machado sea invitado a la Universidad de La Habana. Sin embargo, esta crítica, probablemente fundada en muchos casos, es matizada a renglón seguido por la escritora, que piensa en sí misma con una renta pequeña y sin hijos, por lo que se pregunta: “¿quién soy yo para hablar?”(Camprubí, 2006a: 235).

La desesperanza por la situación de exilio, va dejándose ver ya en los cuadernos de Cuba. El 26 de agosto de 1937, Zenobia, tras dar cuenta de la caída de Santander, comenta algunos lugares de la isla que ha ido a visitar sin la compañía de su marido, pues el poeta afirmaba que lo que no era de uno no le podía decir nada. La diarista hace la siguiente reflexión: “Definitivamente, un español de pura raza es como un alma perdida fuera de España, pero no veo muchas oportunidades de regresar pronto sin que suframos allá más que en el extranjero” (Camprubí, 2006a: 86). En septiembre escribe que, por noticias de personas llegadas de España, deduce que “por muchos años no se podrá vivir en España” (Camprubí, 2006a: 95). Ante el desarrollo de los acontecimientos, Zenobia, a principios de febrero del 38 ya parece asumir que será difícil el regreso y llega a afirmar: “Pero *no quiero* volver a Madrid” (Camprubí, 2006a: 161), aunque dice que quiere seguir ayudando a los niños españoles.

Ya en La Florida (Estados Unidos), la preocupación de la pareja por los sucesos bélicos en España continúa muy viva. Especialmente Juan Ramón sigue mostrándose muy sensible, lo que consigna Zenobia el 13 de febrero, hablando del “gran dolor” que el poeta siente. No obstante, ella parece ser capaz de poner mayor distancia ante ciertos acontecimientos. Así el 21 de febrero del 39 escribe: “¿Qué puede importar el que F[ranco] prive de la

ciudadanía a los antifascistas!”(Camprubí, 2006a: 17). Sin embargo, unos días después, el 27, sacude a los dos por igual la noticia de la muerte de Antonio Machado, de la que saben por el periódico. Zenobia consigna el gran dolor de su marido, acrecentado por el pesar de no haber podido ayudarlo haciéndolo ir como invitado a la Universidad de la Habana. En marzo de ese mismo año va recogiendo con brevedad algunas noticias referentes a la guerra: la ofensiva contra Madrid (20 y 21 de marzo), la alegría ante la esperanza de la paz cercana (25 de marzo) y la caída de Madrid (28 y 29 de marzo).

En la lejanía del exilio, a Juan Ramón casi cualquier cosa le lleva a extrañar España. Cuando su esposa lo lleva de paseo al parque, él recuerda el Parque María Luisa, que echa de menos. Zenobia en cambio dice que Sevilla sólo le gusta como visitante, no para vivir.

Con la guerra civil ya terminada, sus contactos en España la van haciendo ver que las cosas siguen difíciles. El 17 de mayo reciben una tarjeta postal calificada de “horrible” por Zenobia y llena de “lisonjas obsequiosas para los vencedores”. Sin embargo, el hecho más doloroso será la comunicación el 25 de ese mes del asalto y saqueo del piso del matrimonio en la calle Padilla. Zenobia atribuirá el estado depresivo de su marido a comienzos del verano a la incertidumbre acerca de ese robo, especialmente en lo que se refería a sus manuscritos. Ante el estado del poeta, el Dr. Owre, profesor en la Universidad de Maryland, se ofreció a ayudarles pues, a finales de junio, recibieron una carta de Guerrero que les daba esperanzas sobre la recuperación de manuscritos si lograban la intervención de la Embajada Americana.

Otra clara muestra de las diferentes actitudes de ambos la encontramos en el comentario que escribe la diarista cuando la victoria de Franco invalida los pasaportes diplomáticos del matrimonio. Zenobia decide solicitar permiso de un año de residencia en el país, lo que ocasiona una regañina de

Juan Ramón. El poeta opina que “un español sólo podía pensar con alegría en volver a España” y acusa a la diarista de amar a España como lo haría un “botánico”. Zenobia escribe que reconoce sentir rencor hacia sus paisanos (Camprubí, 2006a: 69). No obstante el deseo de regresar que manifiesta en esos momentos el poeta, las noticias que van llegando del hermano y la sobrina del poeta (Eustaquio y Lola) desde España, así como las de otras amistades (como es el caso de Pilar de Madariaga, establecida en Londres), no aconsejan la vuelta al menos por el momento.

Con el tiempo, desaparecen del diario no sólo las noticias sobre la guerra (como es natural) sino las referencias a una posible vuelta a España. El matrimonio va asentando su vida en los Estados Unidos primero y en Puerto Rico después, por lo que a la altura del año 1954 ni Zenobia ni Juan Ramón tenían ya ninguna intención de regresar a España, o al menos, no hay ninguna referencia a esa posibilidad en el diario. Sólo al final de su vida, cuando Zenobia, ya enferma, se ve obligada a dejar su trabajo en la Universidad y el futuro económico les agobiaba, la diarista escribe que el poeta “la vuelta a España no quiere ni considerarla”. Por lo que a ella se refiere: “A mí tampoco me hace mucha ilusión por la beatería de la gente, que, sobre todo, con mi amenaza actual no me dejaría en paz un momento” (Camprubí, 2006c: 40). Si acaso, Juan Ramón, dice ella, se inclina por Argentina “como solución muy gustosa” (Camprubí, 2006c: 40). Zenobia piensa en Mallorca, por su proximidad a Italia y Francia. “No me gusta España por su ambiente clerical asfixiante, pero no me importaría nada vivir en Mallorca, en donde hay bastantes extranjeros, para no chocar con mi falta de ortodoxia” (Camprubí, 2006c: 51).

Sin embargo, en mayo de 1955, quizá animada por el inicio del proyecto para la Casa-Museo de Juan Ramón en España, y pensando en el futuro del poeta si ella faltaba, Zenobia vuelve a considerar la posibilidad de regresar a España. “Pienso más y más en la posibilidad de volver a Sevilla para

terminar allí apaciblemente nuestros días; es en donde J. R. tiene más familia cercana y muy buenos amigos” (Camprubí, 2006c: 97). Escribe que solicitará a Francisco Hernández-Pinzón (sobrino del poeta) información para “construir o desechar este plan”; acto seguido añade: “A J. R. ni una palabra por ahora” (Camprubí, 2006c: 97). Más adelante, en junio de ese mismo año, las referencias en el diario son, no sobre una vuelta definitiva a España, sino de “un viaje a España el verano que viene” (Camprubí, 2006c: 115). En la entrada del 27 de junio, tras la noticia de que la casa de Juan Ramón en Moguer había sido comprada ya para Biblioteca-Museo (en expresión de la propia Zenobia), parece albergar la esperanza de que la realidad de ese proyecto anime en un futuro a Juan Ramón a ¿quedarse? Veamos las palabras de la diarista: “si al terminar esta Biblioteca [la de Puerto Rico en la Universidad] pudiéramos tener algo de igual interés que hacer allá, podríamos pasar un año de prueba en Sevilla, con frecuentes escapadas a Moguer, o viceversa” (Camprubí, 2006c: 116).

Y ya en 1956, en enero, Zenobia escribe ilusionada los avances en el proyecto del Museo de Moguer, que ambos iban leyendo. Pero dice: “Cuando más contentos estábamos, J. R. me dejó helada diciendo de manera positiva y casi airada que él no iba a España y no iría aunque estuviese completamente bueno” (Camprubí, 2006c: 232-233). Una vez más, los planes o deseos de Zenobia y los de Juan Ramón no coincidían. Al menos la escritora deseaba realizar un viaje a España, quizá esperando que su marido se animara a quedarse allí; en cambio, el poeta debía de tener muy claro que no regresaría a su patria bajo ningún concepto, tal como acabamos de leer unas líneas más arriba. En igual sentido leemos un testimonio algo posterior, del 8 de febrero, en el que la diarista escribe: “La verdadera personalidad de J. R. está empezando a sobreponerse a su depresión de manera bastante patente, pero con ella también su verdadera y

razonada oposición a su visita a España. Estoy preparando el viaje alternativo” (Camprubí, 2006c: 255).

3. IDEAS POLÍTICAS

Zenobia vierte algunas ideas propias acerca de acontecimientos políticos en su diario especialmente en los dos tomos primeros, por corresponder éstos cronológicamente a los años del exilio en que el matrimonio tenía más presente la guerra en España. En el tomo tercero, ya en la década de los cincuenta, y con su vida más claramente asentada fuera de España, la política no tiene prácticamente protagonismo en estos cuadernos. Quiere decirse que encontramos opiniones de carácter político directamente relacionados con los acontecimientos de España.

No era Zenobia una revolucionaria. Ella misma lo dice el 14 de mayo del 37: “Sin lugar a dudas no nací para revolucionaria. Prefiero sacar provecho de las circunstancias existentes mejorándolas en vez de virarlo todo al revés, corriendo el riesgo de que funcione o no el nuevo experimento” (Camprubí, 2006a: 40). Graciela Palau afirma que “la ideología del diario de Zenobia durante la Guerra Civil es la de una española republicana a quien no le ciega la pasión, que se declara contra los extremismos de cualquier bando, que sin estar de acuerdo con el clero, condena la campaña anticlerical en España” (Palau, 1992: 147). Zenobia se considera más bien escéptica, con una posición más reformista o posibilista, que desconfía de lo que ella llama “todos estos rimbombantes programas políticos para redimir a la humanidad”. En realidad, en la entrada de ese mismo día (14 de mayo del 37), admite que sin el trabajo de algunos reformadores tercos los seres humanos no progresaríamos mucho, para terminar afirmando que ella al menos no es un estorbo para esos reformadores tan ocupada como

está en sus propios asuntos. En definitiva, la diarista parece preferir trabajar desde su puesto en lo que le corresponde y ayudar de forma libre y desde el compromiso personal cuando algún asunto lo requiera.

No debe esto hacernos pensar en Zenobia como una persona apolítica. Ya hemos visto en otro lugar de este trabajo cómo se dispuso a trabajar a favor de la República española desde el exilio, comprometiéndose con ilusión aun cuando el ambiente en el que debía hacerlo recordaba demasiado al propio conflicto que se vivía en el territorio bélico. Sin embargo, no manifestó en ningún momento en sus cuadernos simpatía o proximidad alguna con ningún partido o formación política determinados. Lo que sí podemos encontrar son algunas ideas propias de carácter general. Así por ejemplo, manifiesta su descreimiento en las clases sociales. A propósito de la queja de un taxista de origen español afincado en Cuba sobre la animosidad de los cubanos hacia los españoles, afirmando que los de su clase lo notan más que los de la clase de Zenobia y Juan Ramón, ésta afirma: “Va a tomarle a los seres humanos largo tiempo para darse cuenta que todos estamos hechos de la misma clase” (Camprubí, 2006a:46).

Sin embargo, sí podemos encontrar bastantes opiniones de la diarista sobre el comunismo. Coincide, según dice, con Juan Ramón en que el comunismo puede constituir una mejora del sistema económico, pero no deja libertad de espíritu. Oigamos sus palabras: “el espíritu debe permanecer libre, lo que no ocurre con ninguno de los experimentos totalitarios ensayados hasta ahora” (Camprubí, 2006a: 118).

Lo que sí queda claro en el diario es que el comunismo no gustaba a la diarista, como se puede leer en varias entradas en las que vierte duras críticas a este partido. El 29 de mayo de 1937, tras hablar con Carlos Montilla y su esposa, recién llegados de España, escribe en su diario que detesta mucho más el comunismo que el fascismo. Más adelante, con motivo de un mitin de Lázaro Cárdenas, Zenobia, al comentar la reacción

con aplausos de los asistentes, vuelve a hacer la siguiente crítica a los comunistas: “Los comunistas están siempre listos para aplaudir sus más pequeños logros con la mayor desfachatez en cuanto a las aportaciones de los otros” (Camprubí, 2006a: 217). Esta crítica, vertida el 12 de junio de 1938, se completa en la misma entrada con la acusación de que son puramente teóricos. Los compara con la Iglesia de Roma: ambos son igualmente “limitados de miras, crueles y falsos”. Acaba su reflexión afirmando que fascismo y comunismo (iguales según dice en sus “arranques de brutalidad”) deben desaparecer para que el hombre pueda recuperar su dignidad pues “son la revulsión después de la fatiga, pero pasará” (Camprubí, 2006a: 217).

Ya en el segundo tomo de los diarios seguimos encontrando duras críticas a este partido, en una primera anotación a propósito del anuncio de la llegada de su amiga Connie (Constancia de la Mora y Maura, comunista), equiparándolo, como antes, a la Iglesia: “Los comunistas son como los monjes y las monjas en cuanto a la familia”. La única diferencia es que unos hablan de “the call” [vocación] y otros de “the cause” [la causa] (Camprubí, 2006b: 26). En su opinión, los comunistas son más brutales en sus métodos que las monjas y los curas sólo porque están faltos de experiencia mientras estos están a punto de olvidar la inquisición.

En otra ocasión, tras una comida en casa de los Owre con profesores, Zenobia comenta el inevitable tema del comunismo y el fascismo, que salió en la conversación. Ahora su crítica al comunismo, además de ahondar en su introversión que los lleva al egoísmo,⁴⁹ incluye el comentario acerca de la “tiranía” de ese partido, y se pregunta: “¿Acabarán completamente con la

⁴⁹ Zenobia en esta ocasión se admira de que Julián Besteiro esté en la cárcel (pone tres signos de admiración) y dice respecto a Aranguren, comandante de la Guardia Civil leal a la República, que ha sido fusilado: “Como no era comunista, me imagino que no se molestaron con él” (Refiriéndose a los comunistas).

democracia antes de que resucite en una forma defensiva mejor?” (Camprubí, 2006b: 50).

Hacia el final del año 1939, Zenobia hace en su diario un comentario que refleja su escepticismo político. Con motivo de los comentarios políticos que ha leído en una carta recibida por su marido, la diarista afirma que los políticos “convirtieron nuestra vida en un infierno” (Camprubí, 2006b: 165). Atribuye esto a que Juan Ramón “se entusiasma” con ellos y se da cuenta ya tarde de sus verdaderos objetivos. Termina esta anotación, correspondiente al 13 de diciembre, congratulándose por encontrarse en los Estados Unidos, país que significa para ella el “sosiego”.

4. RELACIONES LITERARIAS DEL MATRIMONIO JIMÉNEZ

En los largos años de su exilio, Juan Ramón Jiménez y Zenobia como compañera siempre, ayudante de su marido y ella misma profesora durante los años que ejerció la docencia en la universidad, mantuvieron constante contacto con muchas personalidades del mundo literario, intelectual, académico y periodístico.

Observados los diarios por separado, vemos que en el primero, correspondiente a los años de Cuba, hay una gran cantidad de poetas, muchos de ellos jóvenes, con los que Juan Ramón se relacionó con motivo de su trabajo en la antología de poetas cubanos representativos del momento. En este periodo también aparecerán intelectuales, profesores y críticos, pero es especialmente importante la presencia de españoles como Menéndez Pidal, José Gaos o Sánchez Albornoz.

En los tomos correspondientes a los periodos transcurridos en Estados Unidos y Puerto Rico será mayor el número de profesores, críticos, historiadores e hispanistas debido a la relación de Juan Ramón y Zenobia

con las universidades de Duke, Maryland y Puerto Rico, así como a la creación de la Sala cedida por la Universidad de este último país a Juan Ramón con el fin de que organizara y recopilara sus libros y documentos, que ahora conocemos como “Sala Zenobia y Juan Ramón.”

Iremos haciendo una relación de los más significativos, distribuida en tres apartados correspondientes a los tres tomos de los diarios, que, como ya sabemos se dividen atendiendo a los países en que vivió el matrimonio: Cuba (primer tomo), Estados Unidos (segundo tomo) y Puerto Rico (tercer tomo). No obstante, con el fin de no repetir nombres y datos, cuando aparezca alguno en varios de ellos, recogeremos de forma seguida toda la información, aclarando cuándo ésta aparece en otro tomo distinto al que estamos comentando.

4.1. RELACIONES LITERARIAS EN EL *DIARIO 1.CUBA*

4.1.1. ESCRITORES

- EUGENIO FLORIT (1903-2000)

Este poeta cubano aparece citado por primera vez el día 4 de marzo de 1937. Zenobia está pasando a máquina el prefacio que Juan Ramón ha escrito para un libro de este autor, y que el poeta de Moguer da por terminado y entrega el día 7 de ese mismo mes. La nota al pie nos informa de que se trata del libro *Doble acento. Poemas 1930-1936*. Graciela Palau dice: “Juan Ramón y Zenobia estrecharon su amistad con el poeta Florit y su familia casi a raíz de su llegada a La Habana”. Según parece, Juan Ramón quiso conocer a este poeta después de oírle recitar sus poesías en público y le animó a publicar su primer libro (4).

Eugenio Florit será también uno de los 63 poetas cubanos seleccionados para formar parte ese mismo año de una antología: *La poesía cubana en 1936*, publicada por iniciativa de Juan Ramón. Tras su llegada a La Habana, el poeta de Moguer leyó a los poetas cubanos y habló con el

presidente de la Institución Hispanocubana de Cultura, Fernando Ortiz. Fruto de este contacto surgió la idea de publicar anualmente una antología con los poetas más representativos. La primera de ellas, citada unas líneas más arriba, estaba a cargo de Juan Ramón.

En su diario, Zenobia escribe el 31 de marzo que por la noche han ido a casa de Camila “para leer el prólogo de *La poesía cubana en 1936*.” Esta persona citada por la diarista es Camila Henríquez Ureña⁵⁰, que en el proyecto de antologías de que hablamos, había sido nombrada asesora, junto al director de Cultura, José María Chacón y Calvo. Juan Ramón, además del prólogo, escribió un Apéndice.

Estos dos trabajos del poeta a que acabamos de referirnos son citados también y valorados positivamente por Zenobia en una anotación del 22 de julio: “Creo que este trabajo entre los jóvenes poetas cubanos le ha proporcionado una gran satisfacción” (70).

La relación del matrimonio Jiménez con Eugenio Florit no fue sólo literaria o profesional. A lo largo de las páginas del diario vemos al poeta cubano que los visita y a veces se queda a cenar (6 de mayo, 25 y 30 de junio del 37). Otras veces es Zenobia la que pasa la velada en casa de ellos o visita a la madre del poeta. En la última entrada del diario (el 28 de enero de 1939) el matrimonio Florit será uno de los que acudirá a despedir a los Jiménez, a punto de partir para los Estados Unidos, con un ramillete de flores de guisantes.

- JOSÉ LEZAMA LIMA (1910-1976)

Este gran escritor cubano fue también incluido en la antología citada. Él y Juan Ramón se ven varias veces, según consta en el diario. Ambos

⁵⁰ Camila también será profusamente citada en los Diarios de Zenobia. En otro lugar nos ocupamos específicamente de ella.

colaboraban en lo que Zenobia llama “Coloquio” de Lezama,⁵¹ y cita al menos en tres anotaciones de julio del 37. El 17 de octubre Zenobia consigna: “Terminé el diálogo de Lezama-Lima. ¡Qué alivio!”

En enero del año siguiente todavía Juan Ramón y Zenobia están revisando la prueba de este diálogo para la *Revista Cubana*. No consta otro tipo de relación más personal con el escritor cubano, pero el contacto con él continuó por carta, como evidencia el *Diario 3*, pp. 109 y 133-134. En esta última referencia (correspondiente a 1955) Zenobia dice que le ha leído a Juan Ramón una carta de Lezama tras haberla descifrado con gran esfuerzo.

- ZOILA FOMINAYA (1912-¿?)

Esta poeta de La Habana, nacida Zoila García Fominaya, e incluida también en la antología, era de ascendencia japonesa. Aparece por primera vez en el diario en una anotación sobre la velada que la diarista ha pasado en casa de la poeta y su esposo americano.

Zenobia se relacionaba a veces con ella, para tomar el té juntas, hacer una visita al Castillo del Morro o al hogar de niños abandonados donde ésta tenía un ahijado.

La relación literaria de esta poeta con Juan Ramón deja en el diario un sustancioso comentario de Zenobia el 22 de enero del 38, cuando dice dejar a su marido y Zoila hablando de los poemas de ésta a solas, “pues sé que a él no le gustaron y la crítica adversa, difícil de escuchar con ecuanimidad, se vuelve intolerable enfrente de un tercero”.

- DULCE MARÍA LOYNAZ (1903-1997)

⁵¹ Lezama Lima: “Coloquio con JRJ,” *Revista Cubana*, tomo XI, núm. 25, La Habana, enero-febrero, 1938.

La poeta Dulce María Loynaz era de La Habana y estaba también representada en la antología. Nos dice Graciela Palau que era una mujer “algo excéntrica que llamó la atención de Juan Ramón” (24, nota 18). Su poesía recibió la influencia del poeta de Moguer, así como de Rabindranath Tagore. Juan Ramón incluyó un retrato lírico suyo en *Españoles de tres mundos*. Dulce María tenía dos hermanos también poetas, Carlos y Enrique (el más conocido de los dos).

Durante su estancia en Cuba, Zenobia se ve bastante con ella, pues hay registradas 5 ó 6 anotaciones sobre veladas que ha pasado con Dulce María sola o con la familia de ésta. Sólo aparece una visita de la poeta a Juan Ramón el 25 de junio de 1937. Casi un mes después, Zenobia cuenta que ha pasado la tarde con ella y la ha escuchado leer “muy bien por cierto” un bello poema, “La madre sin hijos”.

- MIRTA AGUIRRE (1912-1953)

Se trata de otra poeta nacida en La Habana e incluida también en la antología. Era poeta de contenido social.

Zenobia la cita en sus diarios cuando está corrigiendo las pruebas de dicha antología, por lo que lee el libro antes de su publicación “disfrutando muchísimo”. Ese día le llama la atención la poesía de Mirta; dice: “Su obra me inspira a hacer una antología propia sin más propósito que el de consolarme a mí misma y ya la he llamado *Antología de la vida futura* (39).

La impresión tan favorable de su poesía sin embargo, no se corresponde con la opinión que le merece la persona. El 7 de julio de 1937 el matrimonio Jiménez recibe su visita. El aspecto varonil y la “*necesidad*”⁵² de fumar como una matrona” desagradan tanto a Zenobia que llega a decir: “Siento haberla conocido”. El choque entre su aspecto y la impresión

⁵² En cursiva en el Diario.

“noble” y “elevada” que le había producido su poesía revolucionaria fue muy grande.

- EMILIO BALLAGAS (1908-1954)

También incluido en la antología, poeta cubano de la poesía negra, Emilio Ballagas fue asimismo ensayista. Aparece citado una única vez en el diario, curiosamente sólo como una más de las visitas inoportunas que se presentan en casa del matrimonio el 29 de julio de 1937, cuando Zenobia y Juan Ramón están trabajando, por lo que le dice que no puede recibirlo.

Otros dos poetas incluidos en la antología son la joven MARIBLANCA SABAS ALOMÁ (1901), que se distinguió en el periodismo y la lucha social. Aparece también RAMÓN GUIRAO (1908), escritor cultivador de la poesía negra y colaborador en diversos periódicos.

- JUAN MARINELLO (1899-1977)

Fue poeta, ensayista y orador cubano, presidente del Partido Socialista Popular. Según cuenta Zenobia el 23 de diciembre de 1937, éste desilusionó a Juan Ramón, después de haberle gustado mucho cuando lo conoció.

El 9 de enero de 1938 cuenta la diarista que ha asistido a una conferencia de este poeta activista. Dice: “debí haber dicho al mitin”. Comenta que es un buen orador, pero se sintió incómoda allí.

- GABRIELA MISTRAL (1889-1957)

Zenobia y Juan Ramón también tuvieron ocasión de verse dos veces con la poeta chilena, que en el mes de diciembre de 1938 se encontraba en La Habana.

Zenobia recoge el 5 de diciembre la opinión sobre la persona: “según JR mejoraba con el trato”. Mistral acudió a despedirse del matrimonio y le preguntó a Zenobia “cuál era el mejor modo no político de ayudar a los niños vascos”.

4.1.2. INTELLECTUALES, PROFESORES Y PERIODISTAS

- JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO (1892-1969)

Gran erudito y crítico cubano, director de Cultura en la Secretaría de Educación de Cuba, la cual publicaba la *Revista Cubana*, que dio fragmentos de *De mi Diario Poético 1936-37* de Juan Ramón. Chacón fue asesor, junto a Camila Henríquez Ureña de la antología *La poesía cubana en 1936*. Las relaciones de Zenobia y Juan Ramón con él serán frecuentes durante toda su estancia en Cuba.

Debido a su cargo, acompañó a Américo Castro durante la visita de éste a la isla; también ofreció en su casa una pequeña fiesta en honor de Ramón Menéndez Pidal, a la que acudió Zenobia. A instancias suyas, Juan Ramón leyó por radio unos poemas en la Hora de Educación de la Dirección de Cultura (130).

Chacón pidió a nuestra diarista que asistiera a las clases de la Secretaría de Educación. El 28 de abril del 38 ésta anota que Chacón llega a casa para informar a Juan Ramón sobre “lo que había logrado respecto al niño por el que JR le pidió que hiciera algo”.

Ya en los Estados Unidos, Zenobia escribe el 21 de julio de 1939 que han enviado una carta a Chacón –a instancias de Juan Ramón– “sobre la posibilidad de que la embajada cubana le recogiera sus manuscritos⁵³”, pues parece que el Departamento de Estado de los Estados Unidos no

⁵³ Se trata de los manuscritos, libros y otros objetos personales que fueron robados en la casa de Madrid del matrimonio al final de la Guerra Civil. La carta enviada a Chacón y su contestación están publicadas en A. Crespo, J. R. J., *Guerra en España*, p. 218-219.

respondía a la petición hecha a través del Dr. Owre, y de la que se nos da cuenta en el *Diario 2* el 22 de junio de este mismo año.

- CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA (1894-1973)

Perteneciente a una familia de escritores (también lo eran sus hermanos Pedro y Max), era doctora en Filosofía y Letras y en Pedagogía por la Universidad de La Habana. Amplió estudios en Estados Unidos y París. Durante los años de estancia de Zenobia en Cuba Camila era profesora de cursos de verano en La Habana y daba clases de Lengua y Literatura españolas en la Escuela Normal de Santiago de Cuba; además impartía conferencias en el Lyceum.

Zenobia asistía a sus clases, que cita con frecuencia. Así, el 12 de marzo del 37 comenta que la clase ha consistido fundamentalmente en lecturas de Garcilaso y el 18, tras una clase sobre escritores de la época de Carlos V, la diarista se interesa por la obra de Cortés. Cita otra de sus clases que le gustó mucho, pues versaba sobre los místicos españoles, san Juan de la Cruz, santa Teresa y fray Luis de León, favoritos suyos. Hasta el final de su estancia en Cuba Zenobia acudirá a las clases o conferencias de Camila.

La relación con Camila no se limitaba a esto; Zenobia sale a veces con ella a la playa y a veces cenaban juntas con Juan Ramón. En estas ocasiones, la diarista destaca cómo le gusta su compañía al poeta, hablando con ella de los poetas franceses modernos. El 3 de febrero del 38 escribe que Camila es “una compañía muy estimulante para el almuerzo”. Y el día 12: “Camila es siempre interesante”.

- ROBERTO AGRAMONTE (1904-1995)

Nacido en 1904, fue un profesor de Filosofía de la Universidad de La Habana y dirigía la revista de esa universidad. Le pidió a Juan Ramón colaboraciones. A su vez, el poeta le sugiere alguna de otros escritores para

su revista. Es el caso de un artículo de Dámaso Alonso en la *Revista Universitaria* sobre fray Luis de León, que, según dice Zenobia el 26 de febrero del 38, Agramante incluyó por consejo de Juan Ramón.

Agramante también se ocupaba de gestionar la invitación a algunos profesores españoles para dar cursos en la Universidad de la Habana. Por una anotación del 8 de mayo del 38 conocemos que este profesor se puso en contacto con el poeta moguerense para comunicarle la decisión tomada al respecto, y Zenobia da como posible candidato el nombre de Gaos.

- RAFAEL SUÁREZ SOLÍS (1881-1968)

Nacido en España, este periodista asturiano nacionalizado cubano era también crítico teatral y literario.

La relación de Juan Ramón y Zenobia con este periodista y crítico fue bastante regular durante la estancia del matrimonio en Cuba. El 9 de junio del 37, el poeta de Moguer asiste a una conferencia suya en el Club Republicano; también consta que se visitaban mutuamente y se reunían en tertulias, por ejemplo con Vosller, durante la estancia de éste en enero del 39.

- HOMERO SERÍS (1889-1969)

Era lingüista, discípulo de Menéndez Pidal, colaborador del Centro de Estudios Históricos y vicepresidente de la Sociedad Hispánica de Nueva York. Zenobia visita a la familia Serís en varias ocasiones y come con ellos.

- RAFAEL MARQUINA ANGULO (1888-1960)

Nacido en 1888, era un periodista catalán que escribía sobre temas cubanos, director del diario *Información* de esa isla y director literario de *Grafos*.

Envía a Juan Ramón un estudio crítico que sobre él ha escrito Emma Neddermann.⁵⁴ Aparte de esta información de carácter literario, Marquina sólo aparecerá en el diario por el trastorno económico que causa a la pareja al pedirles una cantidad prestada a principios de agosto del 37 y no haberla devuelto todavía a finales de enero del 38.

- CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ (1893-1984)

El catedrático y medievalista español, director del Instituto de Estudios Medievales, se encontraba en Cuba en 1938 donde impartió un ciclo de conferencias en la Universidad de La Habana.

El 11 de febrero Zenobia asiste a la inauguración de este ciclo. Reconoce su erudición y asegura que las conferencias serán interesantes, pero hace un juicio negativo de la charla inicial; afirmando que a veces sonaba “verdaderamente ridículo y a veces falso”. La diarista generaliza a continuación: “Todos estos hombres están pensando en el efecto que tendrá lo que dicen en los demás y en las consecuencias para su bolsillo” (161).

Zenobia asiste a la primera lección del medievalista sobre las instituciones de la Edad Media. A Juan Ramón “no le interesa el hombre”, por lo que se niega a escuchar a su mujer, que quiere contarle todo lo interesante que le escuchó. Por esta razón, Zenobia califica a su marido de “limitado de miras”. Ella, en cambio, acude a todas las conferencias, que, dice, “instruyen e iluminan”. Sin embargo, la conferencia del 13 de marzo sobre el Califato de Córdoba la considera “interesante pero superficial”. El 5 de abril le presentan a Sánchez Albornoz, “pero no me gustó mucho”.

- RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL (1869-1968)

⁵⁴ Se trata del estudio “JRJ, sus vivencias y sus tendencias simbolistas”, publicado en *Nosotros*, año I, n° 1, Buenos Aires, abril 1936.

Coincidiendo con el inicio del exilio del matrimonio Jiménez, Menéndez Pidal se encontraba en Cuba dando un ciclo de conferencias. El 7 de marzo del 37 Zenobia escribe que ha asistido a la tercera. Se aburre con la parte filológica, por lo que agradece que leyera también unos cuantos romances viejos, como el del “Conde Arnaldos”. También dice que D. Ramón es tan mal lector que es un “terrible esfuerzo” asistir a sus conferencias.

El 12 de marzo el matrimonio Jiménez cena con él y Zenobia escribe que le encantó escuchar a los dos y califica la velada de “encantadora”. Por la lectura del diario vemos que en abril aún se encontraba en La Habana y el 15 de mayo Zenobia anota que ha ido a una clase suya.

Juan Ramón y él se ven con frecuencia a lo largo del verano, hasta que el 6 de julio la diarista anota que embarca para Nueva York. El matrimonio Jiménez lo visita en su hotel. Zenobia se lleva la impresión de que está “completamente indeciso sobre su futuro”. El día 3 de julio se había dado una “pequeña fiesta” en su honor en casa de Chacón.

En el tercer tomo de los diarios asistimos al hecho curioso de la coincidencia de las candidaturas al premio Nobel de Juan Ramón Jiménez y el gran filólogo Ramón Menéndez Pidal. El primer día de febrero de 1956, la diarista nos informa de la llegada de una petición de firma del poeta de Moguer a favor de la candidatura de Pidal. Zenobia, conocedora de los plazos, sabe que ese mismo día ya deberían encontrarse en Suecia las firmas. Dice: “¡A buena hora! Faltaban la mitad de las firmas y ya es día 1º de febrero. Claro que J. R. firma, pero el escribir la carta que le piden a sabiendas de que llega tarde sería una farsa” (250).

- JOSÉ GAOS (1900-1969)

Catedrático de Lógica y rector de la Universidad de Madrid. El 7 de mayo de 1938 Juan Ramón y Agramonte se dirigen a la legación para tratar de traerlo a la Universidad de La Habana a dar unos cursos. Por fin, el 10

de junio del 38 Zenobia anota la llegada de un telegrama anunciando su llegada, que se produjo el 23 de ese mismo mes.

El 27 de junio se inicia el ciclo de conferencias, al que asiste Zenobia. Su primer juicio es positivo: “Gaos tiene una personalidad muy viva y reconcentrada. Se parece mucho a Marichalar, pero es mucho más simpático”.

Algunas de sus conferencias no le gustan, pero la última (consignada el día 9) dice que fue la mejor. Los días inmediatos tras el cierre del ciclo salen bastante con el grupo de escritores e intelectuales. El 14 de julio acompaña a Gaos a casa de los Loynaz y amplía sus opiniones sobre él. Dice que tiene un “rápido poder de asimilación”, pero sin “gran facultad inventiva”. Casi una semana después, su opinión sobre este profesor ha empeorado: le parece “frívolo” y “egoísta”, cree que sólo busca una solución cómoda para sí y su familia y “quiere aprovecharse del trabajo de JR para traer a sus amigos personales” (234).

El día 20 escribe que ni él ni Montilla quieren que Machado vaya a la Universidad de la Habana “y ponen tropiezos”. El 11 de agosto escribe: “Gaos se las ha arreglado para pasar un año en México. Tiene el ojo siempre puesto en la oportunidad”. Ella lo justifica debido a las circunstancias.

En el *Diario 2* hay de nuevo una referencia a este catedrático con motivo de la noticia de la muerte de Antonio Machado. El 27 de febrero de 1939 Zenobia escribe que Juan Ramón había quedado muy apenado y sentía mayor dolor por no haber podido ayudarlo para viajar hasta La Habana invitado a la Universidad. La diarista dice que “Gaos en particular” no quiso que se le invitara. Añade: “fue el primero en beneficiarse”.

- FEDERICO DE ONÍS (1885-1966)

Catedrático de las Universidades de Oviedo y Salamanca, en 1916 pasó a ser director del Departamento de Español de la Universidad de Columbia de Nueva York. Crítico y educador, difundió las letras y la cultura hispánica en los Estados Unidos, a través de su cátedra, del Instituto Hispánico (1920), la Casa Hispánica (1930) y la *Revista Hispánica Moderna* (1934) fundada por él. Junto a la profesora Gertrude M. Walsh, hizo una edición de *Platero y yo* para estudiantes de habla inglesa. Ayudándose de Zenobia y su negocio de artesanía española decoró la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia.

Parece ser que por su carácter chocaba con Juan Ramón. De ahí el comentario que hace Zenobia en su diario el 4 de noviembre de 1938 durante su viaje a Nueva York desde Cuba: “J.R. y Onís son como el agua y el aceite y no se van a mezclar nunca”.

En el *Diario 2* Zenobia nos cuenta que intentó en vano hacer buenas grabaciones de la voz de Juan Ramón. En el *Diario 3* este profesor y crítico tiene constante presencia ya que vivía en Puerto Rico en el mismo barrio que los Jiménez. Por entonces, Onís era director de la Facultad de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico tras su jubilación en la Universidad de Columbia de Nueva York.

4.1.3. HISPANISTAS

- WALDO FRANK (1889-1967)

Hispanista norteamericano. En octubre de 1938 se encontraba en Cuba y visita a los Jiménez el día 10. Zenobia recoge la opinión de Juan Ramón sobre la persona: “A JR le disgustó su manera vulgar, fácil y exuberante” (282).

- KARL VOSSLER (1872-1949)

Filólogo e hispanista alemán, profesor en la Universidad de Munich, visitó Cuba en enero de 1939 para dar unas conferencias y, junto con su esposa, se citó con los Jiménez.

El 25 de enero Zenobia dice que el matrimonio Vossler le gusta *mucho*,⁵⁵ en particular la señora, “pero es imposible asistir a conferencias presididas por un representante de Hitler. JR tuvo la franqueza de decírselo”.

- JOHN B. TREND (1887-1958) crítico e hispanista inglés, profesor en Cambridge. Era un gran aficionado a la música española y escribió sobre el compositor español Manuel de Falla el primer estudio crítico acerca de su obra: *Manuel de Falla and Spanish Music* (1929).

4.1.4. OTROS

- BERTA SINGERMANN (1901-1998)

Recitadora argentina a la que Zenobia y Juan Ramón conocieron en una visita de ésta a España en los años veinte. Berta incorporó muchas poesías del poeta moguerense a su repertorio. Si bien en un principio gustó mucho al poeta, esa atracción fue disminuyendo con el tiempo.

El 22 de abril de 1938 dice Zenobia que Berta ha llegado a La Habana. El 22 de mayo la recitadora y su marido los visitan y sugieren a los Jiménez que vayan a vivir a Buenos Aires.

El 23 de junio Zenobia acude a escucharla y la encuentra “afectadísima y exagerándolo todo”.

- En el viaje que hicieron a Nueva York en 1938, Zenobia y Juan Ramón se vieron con FERNANDO DE LOS RÍOS (1879-1949), catedrático de las universidades de Madrid y Granada. Fue ministro de Justicia, Educación y

⁵⁵ En cursiva en el original.

Negocios Extranjeros durante la Segunda República en 1931 y embajador de la República Española en los Estados Unidos de 1936 a 1939.

El 18 de diciembre dicen haberse emocionado con un discurso por radio suyo. Dice Zenobia: “Fue un verdadero discurso sobre *nuestra*⁵⁶ España, no sobre esas lunáticas Españas modernas que nos sirven con salsas antiespañolas y que nuestro paladar rechaza vivamente”.

Juan Ramón vio humedecérsele los ojos. Fueron luego a saludarlo a su hotel y cenaron juntos. De los Ríos hasta cantó “Anda jaleo, jaleo” y contó cuentos de la gente del campo. Debió de ser, tal como dice Zenobia, una velada “animadísima”.

- También alternaron en este viaje con ÁNGEL DEL RÍO (1900-1962), investigador y crítico de Literatura Hispánica. Catedrático de la Universidad de Columbia en Nueva York, aparecerá también citado en el *Diario 2*. Su esposa Amelia, a la que se refiere Zenobia muy favorablemente en el diario, era profesora de Lengua y Literatura en el Barnard College, de Nueva York. El 19 de octubre del 38 escribe de ella: “Nos gustó la Sra. Del Río en particular. Es tan sana, tan buena madre, tan buena esposa y por lo visto es también competente como maestra”. De hecho, se ve con ella varias veces.

Además se relacionaron en Cuba con:

- RICARDO GUTIÉRREZ ABASCAL (1888-1963) usó el pseudónimo de Juan de la Encina, fue un crítico de arte español y director del Museo Nacional de Arte Moderno de España. En 1938 marchó a México, donde murió.

- ALEJANDRO CASONA (1900-1965) dramaturgo español, exiliado en América. En 1937 estaba en Cuba dando unas conferencias, una de las cuales indigna a Juan Ramón. Zenobia la califica en su diario de “conferencia barata” (122).

⁵⁶ En cursiva en el original.

- AMÉRICO CASTRO (1885-1972), catedrático de la Universidad Central de Madrid, investigador del Centro de Estudios Históricos y estudioso de la cultura y la historia de España. En julio del 38 está en La Habana. Zenobia lo ve y dice que le pareció que estaba en las últimas. “Se veía también viejo, nervioso y encorvado” (232).
- NICOLÁS GUILLÉN (1902-1989) el gran poeta cubano.
- ADOLFO SALAZAR (1890-1958) compositor, musicólogo, historiador y crítico español.

4.2. RELACIONES LITERARIAS Y ACADÉMICAS EN EL *DIARIO* 2. *ESTADOS UNIDOS*

Las personas con las que se relacionaron Zenobia y Juan Ramón Jiménez en los Estados Unidos fueron fundamentalmente profesores de la Universidad, algunos de los cuales dieron clase a la diarista. Además trataron a algunas personalidades intelectuales españolas. En general, no se dice mucho de ellos en el diario, Zenobia se limita a dejar constancia de algún encuentro o hecho concreto por el que se ven.

4.2.1. EXTRANJEROS

- DR. J. RIIS OWRE

Profesor y Director del Departamento de Español de la Universidad de Miami. Zenobia y Juan Ramón lo conocieron nada más llegar a los Estados Unidos y la primera anotó en su diario al conocerlo que era “muy jovial” (4). Graciela Palau nos explica que tanto el Dr. Owre como su esposa Kathy Owre “iban a ser las personas más del gusto de los Jiménez” (5). En efecto, este profesor trabó amistad con el matrimonio Jiménez.⁵⁷ Al poco de llegar éstos a Miami ya expresó su deseo de que Juan Ramón diera algunas conferencias en su universidad en invierno. El 6 de marzo de 1939,

⁵⁷ El Dr. Owre dejó escritas sus impresiones en la *Revista de Estudios Hispánicos*, University of Alabama Press, vol. II, nº 2, noviembre de 1968, con un artículo titulado: “Recuerdos de Juan Ramón y Zenobia”.

tras anotar esto, dice Zenobia: “nos convendría mucho” (26). En junio de ese mismo año se ofreció a ayudar en la recuperación de los papeles robados a Juan Ramón en su piso asaltado de Madrid, “pidiendo la intervención de la Embajada norteamericana en Madrid” (79). Su apoyo al matrimonio queda patente en dos ocasiones: en enero de 1940 creó un curso de poesía española contemporánea para que fuera impartido por Juan Ramón. Consistía en nueve charlas sobre poesía, una a la semana, que empezaron en febrero de ese año. Zenobia en su diario se refiere a ese curso llamándolo “seminario” (184). Además, promovió la creación de unas conferencias en las que Zenobia hablaría sobre castillos, titulada “Castles in Spain”. Fue además consejero académico de Zenobia en los cursos que ésta debía sacar cuando se matriculó en la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Miami. Escribió sus recuerdos sobre esto en “Zenobia estudiante”, en la revista *La Torre*, de la Universidad de Puerto Rico. El contacto con este profesor continuó por carta durante la estancia de los Jiménez en Puerto Rico, como puede comprobarse en las referencias de ese diario, por ejemplo en las páginas 104, 107 y 108.

- DR. ROBERT E. MCNICOLL

Profesor adjunto de Historia e Instituciones Latinoamericanas de la Universidad de Miami.

- ERNESTO GUERRA DA CAL (1911-1994)

Fue un poeta en lengua gallega que se exilió a los Estados Unidos durante la Guerra Civil española, adoptando allí la nacionalidad estadounidense. Desempeñó la docencia en el Colegio Brooklyn de Nueva York. Después se doctoró en la Universidad de Columbia. Fue lusitanista y crítico literario. Su esposa Margarita Urcelay, becada en la Universidad de Columbia, tuvo bastante relación con Zenobia.

- DR. DONALD F. FOGELQUIST

Profesor asistente de la Universidad de Miami durante el año académico 1941-1942, especializado en literatura latinoamericana, se dedicó más tarde al estudio de la vida y la obra de Juan Ramón Jiménez. En el *Diario 3*, aparece en algunas entradas correspondientes al año 1954, cuando viajó a Puerto Rico con el fin de documentarse para un estudio biográfico de Juan Ramón.

- DR. JOHN TATE LANNING

Historiador de la época colonial española y de Hispanoamérica, fue profesor de Zenobia durante el curso 1941-1942.

- DR. STURGIS E. LEAVITT

Profesor de Literatura Hispánica, bibliógrafo y crítico, enseñaba en la Universidad de Carolina del Norte, cerca de la Universidad de Duke.

- DR. OLAV K. LUNDEBERG

Director de la Escuela de Estudios Hispánicos de la Universidad de Duke. Tanto éste como Leavitt se relacionaron con la diarista y Juan Ramón también durante el verano de 1941, con motivo de los cursos que se celebraban en la Universidad de Duke, Carolina del Norte.

- DR. ADOLPH E. ZUCKER

Era director del Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland, cerca de Washington. Invitó a Zenobia a hablar sobre los monumentos de más significación cultural e histórica de España. Después la invitó a participar en el curso académico regular de 1944-1945.

- ARTURO TORRES RIOSECO (1897-1971)

Crítico chileno, era profesor visitante en la Universidad de Columbia de Nueva York en 1939. Presidente del Instituto de Literatura Iberoamericana, fundado en 1938, fue redactor de la *Revista de Literatura Hispánica*, órgano del Instituto.

En octubre de 1939 Zenobia anota que les ha visitado para pedirle a Juan Ramón una colaboración en su revista.⁵⁸

- ARTURO MORALES CARRIÓN (1913-1989)

Intelectual puertorriqueño, ensayista dedicado primero a la docencia y después hombre de estado. Estuvo de visita en Miami con su madre y su esposa.

4.2.2. ESPAÑOLES

- ÁNGEL DEL RÍO (1901-1962)

Soriano de nacimiento, marchó muy joven como profesor en el extranjero. Fue profesor de literatura española en la Universidad de Columbia y realizó una importante labor crítica. Es autor de una *Historia de la literatura española* en dos tomos que fue editada en Nueva York en 1948. Zenobia se relacionó especialmente con su esposa, Amelia Agostini.

- TOMÁS NAVARRO TOMÁS (1884-1979)

Filólogo, discípulo y colaborador de Menéndez Pidal, considerado el fundador de la fonética hispana moderna, era profesor en la Universidad de Columbia de Nueva York. Cena en alguna ocasión con el matrimonio Jiménez y los visita de vez en cuando. Sólo aparece citado en el diario durante el año 1939.

- LUIS SANTULLANO (1879-1952)

Crítico, novelista e inspector de Primera Enseñanza en España, estuvo vinculado a la Junta para la Ampliación de Estudios. Era profesor en la Universidad de Columbia.

- HOMERO SERÍS (1879-1969)

Bibliógrafo y filólogo español, se exilió de su país en 1937. En 1939 era profesor de español del Colegio Brooklin de Nueva York. En el tercer tomo

⁵⁸ Graciela Palau cree que se puede tratar de “Siluetas de hispanoamericanos: I. José Enrique Rodó. II. Alfonso Reyes. III. Eugenio Florit.”, incluido en el número 4, año II, noviembre de 1940, p. 353-357.

de los diarios Zenobia se encuentra con él en una exposición de escultura en 1955.

- JIMENA MENÉNDEZ PIDAL (1901-1990)

Hija de Ramón Menéndez Pidal y pedagoga, cofundó el Colegio Estudio en 1940. Con ella y su marido, Diego Catalán, se ven los Jiménez al menos una vez en 1948 en Washington.

4.3. RELACIONES LITERARIAS Y ACADÉMICAS EN *DIARIO 3. PUERTO RICO*

4.3.1. EXTRANJEROS

- JAIME BENÍTEZ (1908-2001)

Fue sin duda una figura muy importante en los años finales del matrimonio Jiménez. Educador y político puertorriqueño, desempeñó el cargo de rector de la Universidad de Puerto Rico, desde el cual acometió importantes reformas. Ofreció trabajo como profesores en la universidad tanto a Zenobia como a Juan Ramón. A éste último lo había nombrado “Poeta en residencia” (116), de forma que el poeta adquiría unas obligaciones con la universidad que le permitían gran flexibilidad a la vez que le procuraban un gran prestigio y unos honorarios regulares.

En el “Epílogo” de *Diario 3*, Graciela Palau expone cómo Zenobia, cercana ya a la muerte, pidió al rector Benítez que velara por su marido en el caso de que éste se negara a volver a España o no pudiera hacerlo. También le rogó que le mantuviera el sueldo aun cuando el poeta no pudiera desempeñar sus obligaciones. A la muerte de Zenobia el rector Benítez se opuso siempre a que Juan Ramón volviera a España. Esto ocasionó algún enfrentamiento con el sobrino del poeta, Francisco Hernández-Pinzón, que en 1957, ante la grave depresión que sufría su tío, era partidario de su vuelta a España para ser atendido por su familia (380-381).

Graciela Palau hace una crítica al rector con respecto a una donación de manuscritos inéditos hecha en 1957, y de la que dice los herederos no pudieron encontrar documento alguno que la legalizara. En opinión de esta estudiosa de la vida y la obra del poeta moguerense, Zenobia no pensaba donar los inéditos del poeta y señala que, aun cuando los albaceas nombrados por la diarista en su testamento eran Jaime Benítez y Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, éste último no fue consultado acerca de la donación ni fue informado de ello (385).

Un nuevo enfrentamiento entre el rector y el sobrino del poeta se produjo cuando éste acudió a Puerto Rico a atenderlo con motivo de su hospitalización a causa de una fractura en la pierna. Hernández-Pinzón tomó la decisión de llevarse a su tío a España, a lo que se opuso terminantemente Benítez, alegando al parecer incluso argumentos políticos referentes a la situación de dictadura que se vivía en España.

Graciela Palau considera que Juan Ramón no quería volverse a España por considerarse “deudor al Rector por las muchas consideraciones y facilidades que les habían ofrecido desde la llegada de él y Zenobia a Puerto Rico” (389). Palau reconoce la generosidad del rector, no sólo con el poeta de Moguer, sino con otros escritores o artistas desterrados a los que abrió las puertas de la Universidad, pero dice que también fue recompensado con el prestigio adquirido por su Universidad y por él mismo. Considera lógico el interés del rector por retener al poeta, que era la figura más ilustre de todas las que pasaron por allí. Además, el prestigio de Juan Ramón aumentó considerablemente con la obtención del Premio Nobel. La consideración en que tenía el poeta a Benítez tiene su clara muestra en que fue encargado por el propio Juan Ramón de recoger el Premio Nobel en Suecia y hablar en su nombre.

Tanto Zenobia como el poeta estaban muy agradecidos al rector, que les había proporcionado un modo seguro de vida y la relación que les unía a él

era de respeto mutuo y verdadero cariño. A la diarista le preocupaba que en Puerto Rico pudiera interpretarse como desprecio o falta de agradecimiento a ese país (al que ella se sentía vinculada también por lazos familiares) su propósito de viajar a España; pero sabemos por su correspondencia con su sobrino que, tanto con motivo de su viaje a Boston en 1951, al saber que tenía cáncer, como durante los dos últimos años de su vida, planeaba viajar a España, para lo que estaba tratando de convencer a su marido. Lógicamente, al tratarse de correspondencia privada, nadie más sabía de estos planes de la diarista.⁵⁹

Que la preocupación del matrimonio por que su proyectado viaje fuera mal interpretado en Puerto Rico no estaba sólo en su mente, queda patente en la labor de defensa de ambos que tuvo que realizar la diarista el último año de su vida, cuando el periódico *El Día* en un artículo titulado “Dos huéspedes ilustres en Puerto Rico” (en referencia a Juan Ramón y Pablo Casals), el autor anónimo decía sospechar la futura marcha de Juan Ramón, recordándole la promesa hecha por éste en 1952 de reposar en Puerto Rico a su muerte. En el *Diario 3*, queda reflejado que Zenobia respondió a *El Día* mediante carta, como puede leerse en la nota 36 de la página 244, correspondiente al año 1956.⁶⁰

De las palabras de Palau se desprende que Benítez, incluso muerta ya Zenobia, y con el poeta en un estado lamentable, se negó siempre a que éste viajara a España para ser atendido por su familia. Su sobrino sólo pudo traer a España los restos del poeta, junto con los de Zenobia, el 4 de junio de 1958, tras diversos avatares, y sin la oposición del Rector Benítez, que,

⁵⁹ Graciela Palau ha consultado los archivos de Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, donde ha leído estas cartas de las que dice conserva copia. De la determinación de Zenobia de viajar a España hay también testimonios en: Zenobia Camprubí, *Un soñado viaje a España*, citado por Graciela Palau en *Diario 3*, p. 391, nota 19, además de los que aparecen en el propio Diario de Zenobia.

⁶⁰ Para más información sobre este asunto y su prolongación tras la muerte de Zenobia, en 1958, conviene leer en el tomo 3 las páginas 392 y siguientes.

no obstante, declaró que el poeta había escrito su deseo de ser enterrado en Puerto Rico.

- THOMAS S. HAYES

Fue director de la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico y profesor de inglés en la misma. En el Diario 3 aparece en una anotación del 22 de abril de 1955 como la persona que comunica a Zenobia que el cuarto adjudicado como sala de la biblioteca de Juan Ramón lo será de forma permanente. Zenobia dice que lo encontró “satisfechísimo” con todos los regalos del poeta: libros, retratos dedicados, libros con autógrafos de sus autores, etc.

En opinión de la editora de los diarios, intervino de forma desacertada en algunos aspectos relacionados con la Sala de Zenobia y Juan Ramón. Según el relato hecho anteriormente, cuando hablamos del rector Benítez, también el bibliotecario Hayes intervino en el acto de donación de manuscritos, libros e inéditos del que se hizo eco el periódico *El Mundo* el 5 de octubre de 1957 y de cuya legalidad duda Palau.

Posteriormente, en mayo de 1958, publicó un escrito titulado “Azúcar y vinagre” en el diario *El Mundo* en el que atacaba a Hernández-Pinzón, porque quería llevarse a su tío a España.

- LUIS ALBERTO SÁNCHEZ (1900-1994)

Fue un crítico peruano, historiador de la literatura y antiguo profesor de la Universidad de San Marcos en Lima. Daba clases en la Universidad de Puerto Rico, pero nada relevante se dice sobre él.

- RISIERI FRONDIZI (1910-1985)

Argentino, profesor de filosofía de la Universidad Nacional de Tucumán y autor de estudios filosóficos. Se había exiliado de Argentina por motivos políticos y trabajaba como profesor en Estados Unidos y en Puerto Rico de 1951 a 1954. Zenobia y Juan Ramón se relacionaron bastante con él durante su estancia en la isla.

- MAURO MAURÍN

Joven profesor francés, profesor asistente de esa lengua en Bryn Mawr Collage, universidad de mujeres de Pennsylvania. Entrevistó a Juan Ramón en 1952 para el diario *El Mundo* y tradujo varios poemas suyos.

- MARGOT ARCE (1904-1990)

Profesora y escritora de crítica literaria hispánica de la Universidad de Puerto Rico. Realizó estudios en España y en la Universidad de Columbia de Estados Unidos. La relación con esta profesora era frecuente, en especial por los alumnos suyos que a veces visitaban la Biblioteca de la Sala Zenobia-Juan Ramón, como consta en los diarios. La profesora también mantenía una afectuosa relación personal con Zenobia a la que visita en varias ocasiones para interesarse por su salud.

- ADRIANA RAMOS MIMOSO

Profesora asistente de español en la División de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico; era además vecina y amiga íntima de Zenobia.

Las entradas que incluyen referencias a esta profesora son múltiples, normalmente para anotar encuentros, llamadas o visitas que hacen en común, intercambio de revistas, y la ayuda que presta a Zenobia en diversas ocasiones, en especial cuando la diarista se encontraba ya enferma de muerte.

- NILITA VIENTÓS GASCÓN (1908-1989)

Profesora de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, crítica literaria y periodista, fue presidenta del Ateneo puertorriqueño y editora de la revista *Asomante*.

4.3.2. ESPAÑOLES

- RICARDO GULLÓN (1908-1991)

En 1954 se encuentra desde hace casi un año en Puerto Rico, trabajando en la Universidad en el Departamento de Leyes de la Facultad de Derecho. El 10 de junio Zenobia lo critica por la falta de atenciones para con ellos, a

pesar de que durante su estancia ha sido invitado por el matrimonio a cenar muchas veces y le recogían las camisas para hacérselas lavar y planchar.

A lo largo del *Diario 3* aparece citado en varias ocasiones con motivo de diversos proyectos editoriales de la obra de Juan Ramón.

- SEGUNDO SERRANO PONCELA (1912-1976)

Dirigía el Departamento de Español de la División de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico. Fue historiador y crítico y, al exiliarse, ejerció primero en la Universidad de Santo Domingo.

En agosto de 1952, Zenobia se prepara para el nuevo curso en la universidad y lo cita con ocasión de un encuentro con la secretaria de éste. En 1954, ya muy enferma, Zenobia se plantea su necesidad de trabajar un año más en la Universidad para tener la edad legal que le permita cobrar una pensión. El 30 de abril, en una larga anotación, expone los pros y los contras de su vuelta. Uno de los argumentos en contra que la diarista escribe es la difícil relación con Serrano Poncela, su jefe inmediato, debido al rechazo que provocaba en Juan Ramón por las acusaciones que pesaban sobre él de ser responsable de los crímenes de Paracuellos del Jarama. Juan Ramón se negaba a darle la mano, como recoge Zenobia (43). Personalmente, a Zenobia se le hacía incómodo el trato amable con él porque, a pesar de acusaciones tan graves de asesinato, él no se defendía.

- LUIS DÍEZ DEL CORRAL (1911-1998)

Ensayista español, traductor y catedrático de Derecho de la Universidad Central. A finales de 1955 se encontraba en Puerto Rico y visita a Juan Ramón en la Biblioteca. Además dio unas conferencias a las que asistió Zenobia. El 7 de diciembre habló en una velada necrológica dedicada a Ortega, en calidad de discípulo suyo. Zenobia lo califica en su intervención de “ponderado, entrañable y objetivo” (206).

4.3.3. RELACIONES CON ESPAÑOLES EN LA DISTANCIA

- MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO (1893-1966)

Historiador, crítico literario, académico de la historia y de la lengua española. Hizo unas alusiones cariñosas en el diario *ABC* en 1955, que emocionan y alegran a Juan Ramón y Zenobia. Ellos le contestaron agradeciéndoselo (134).

- FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA (1918-2010)

Catedrático de Lengua y Literatura Españolas en Sevilla por aquel entonces, escribió un ensayo sobre Juan Ramón en la revista *Clavileño*, titulado “En el tercer camino”, en 1953. El 25 de noviembre del año siguiente, Zenobia lee dicho artículo a su marido. Éste alabó muy encarecidamente el contenido, y declaró a su esposa que era de lo mejor que había leído sobre él. La diarista escribe que se apresuró a anotar las palabras del poeta, para incluirlas en la carta de respuesta a López Estrada. En 1959 vuelve a escribir al profesor, en tono de broma, pues éste la había invitado a la Academia de Málaga (159).

- CAMILO JOSÉ CELA (1916-2002)

El novelista aparece varias veces citado en el diario, primero en una referencia a su novela *La colmena*, sobre la que expresa su buena opinión (240); más tarde, por su relación a través de la revista que Cela fundó (*Papeles de Son Armadans*) en Mallorca, donde vivía por entonces.

Además, Juan Ramón tuvo relación con la revista *Caracola* de Málaga (277), desde la que en marzo de 1956 le enviaron una arqueta con tierra española.

Como ejemplo de la influencia de la figura de Juan Ramón en poetas, escritores e intelectuales españoles en general, terminamos con la visita de JULIÁN MARÍAS (1914-2005) al matrimonio, el 19 de junio de 1956, que en palabras de la diarista, “nos animó mucho” (328).

Capítulo 5

UNA APROXIMACIÓN A LA SIGNIFICACIÓN DE LOS *DIARIOS* DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

1. UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO DEL EXILIO

Como dice Cedena Gallardo (2004: 101) en sus conclusiones acerca de las características del diario, este es siempre “un relato, con diferentes formas de manifestarse, pero relato al fin y al cabo”. Pues bien, los diarios de Zenobia Camprubí constituyen en efecto un relato de su vida en el exilio, desde la llegada a Cuba hasta su muerte en Puerto Rico, pasando por los años de estancia en Estados Unidos. Con su lectura, podemos reconstruir y seguir su vida cotidiana con bastante regularidad, así como sus sentimientos, opiniones, relaciones personales, preocupaciones, etc. Sin duda, al finalizarlos, tenemos la impresión de haber recorrido ese segmento de su vida (prácticamente veinte años) con ella.

Y es que constituyen un excelente ejemplo de diarios de carácter autobiográfico, “es decir, que conforman en buena medida, una autobiografía total o parcial del autor”, en palabras de Cedena (2004: 155), que los cita expresamente al tratar este tipo de diarios, pues “conforman al final una autobiografía de la vida de la escritora junto a su marido, Juan Ramón Jiménez, en el exilio” (2004: 155). Por ello, podríamos afirmar que son también los diarios del destierro de Juan Ramón, “tan imponente y primordial es su figura en estas páginas, en las que se puede ver trazada su trayectoria vital desde su salida de España en 1937, en medio de la guerra civil” (Cedena, 2004a: 344).

Estos diarios constituyen además un documento histórico y testimonial de gran importancia, en palabras de Romera (2000: 391), tanto por la etapa

histórica que cubren (el exilio republicano español de posguerra) como por el testimonio que ofrecen acerca de la obra, vida y personalidad de ese otro protagonista de los diarios, el compañero de la autora, Juan Ramón Jiménez.

Para Andrés Trapiello, se trata de unos diarios interesantes y bellísimos. Según nos dice son “de los más interesantes testimonios de nuestra literatura, con no ser ellos propiamente unos diarios literarios” (1998: 95). Como auténticos diarios íntimos que son (aunque de una intimidad relativa) estamos de acuerdo con las palabras de Trapiello cuando dice que en ellos “hay encerrado el retrato de un alma como en pocos lugares de nuestra literatura, y que ellos son uno de los pocos y más claros ejemplos de lo que es un diario íntimo” (1998: 96).

En el panorama diarístico de la época del exilio español de posguerra fueron pocos los intelectuales que llevaron un diario y aún menos aquellos que lo siguieron con regularidad o a lo largo de un número de años suficiente como para que pueda servir como testimonio. Cedena cita tres ejemplos de diarios escritos durante prácticamente todo el exilio, e incluso hasta la muerte de sus autores. Se trata de Max Aub, Rosa Chacel y Zenobia Camprubí. Afirma que los tres son grandes diaristas que convierten sus diarios en importantes testimonios de la experiencia del exilio, aparte de sus calidades literarias (2004: 238).

Pero en primer lugar los diarios de Zenobia son el testimonio de sí misma como una gran mujer, culta, inteligente, fuerte, serena, con gran sensibilidad social y, sobre todo, inagotable generosidad con su marido el poeta Juan Ramón Jiménez, por quien estaba dispuesta a hacer importantes renunciaciones. Por ello, nos dan también en segundo lugar fundamental testimonio del gran poeta del siglo XX, no sólo como el genio creador que fue, sino también (y esto es muy importante) como el hombre enfermizo,

débil, maniático, egoísta, totalmente dependiente de su mujer, pero al mismo tiempo cariñoso, generoso, agradecido que fue.

En tercer lugar, estos diarios constituyen una fuente histórica ineludible para conocer los difíciles años de la Guerra Civil Española vistos desde el exilio, el sufrimiento de quienes se vieron desterrados para siempre, y conocer la vida cultural de aquella época y los personajes españoles y americanos de ésta. Son por tanto también diarios que hay que enmarcar “en la gran corriente de la literatura testimonial y autobiográfica que produjo el exilio republicano español y en el que colectivamente queda reflejada para la historia la experiencia de tantos españoles expulsados de su tierra” (Cedena, 2004: 308).

2. UNOS DIARIOS DE DOS

No cabe duda de que el diario de Zenobia responde al canon establecido por Philippe Lejeune (1994: 64), su famoso “pacto autobiográfico”. El diario de Zenobia es el marco íntimo referencial de su vida y por tanto es un testimonio autobiográfico puro. Sin embargo, los tres tomos que conforman estos diarios no son sólo el relato testimonial y de la vida cotidiana en el exilio del yo que escribe en ellos. El yo único, omnipresente que es el protagonista de todos los diarios se convierte aquí en dos. A través de los diarios conocemos el yo de Zenobia, como escritora incansable de éstos, pero también conocemos en profundidad a Juan Ramón Jiménez, tan protagonista en ellos como la propia diarista, pues prácticamente no hay página en la que no aparezca el poeta.

Esta particularidad constituye el rasgo quizá más llamativo y peculiar del diario, que pasa así a convertirse en testimonio, no de uno, sino de dos

protagonistas. Asistimos a dos puntos de vista diferentes, el de Zenobia y el de Juan Ramón.

Compartimos las palabras de la editora de los diarios, que en el prólogo a *Diario. I* explica esa peculiaridad por la estrechísima unión del matrimonio durante toda su vida. “Puesto que su persona y la del poeta Juan Ramón Jiménez, su marido, son inseparables, Juan Ramón es también protagonista, representado sustancialmente con una veracidad que no puede tener igual en ninguna otra escritura” (Camprubí, 2006a: XIII). Sin embargo, hay que tener en cuenta que es Zenobia siempre la que habla desde su yo como narradora y por tanto conocemos a Juan Ramón a través de ella, por lo que el protagonismo de éste “es pasivo, es decir, aquí Juan Ramón es el sujeto pasivo de la acción, un personaje central del que se habla constantemente en el libro, pero que nunca se expresa por sí mismo”, como afirma Cedena (2004: 318).

La presencia del poeta es en efecto constante a lo largo de todo el libro, pero como presencia continua siempre lo vemos a través de los ojos de la diarista, por lo que nos parece exagerado afirmar como hace Andrés Trapiello, que “curiosamente no es ella la protagonista de sus propios diarios, sino su marido, la sombra de su marido, que la alcanza allí donde vaya” (Trapiello, 1998: 94-95). Tampoco parece acertado considerar que “Zenobia ha comprendido que su vida es insignificante, pero que puede tener un valor si la emplea en una buena causa, y encuentra que esa buena causa es Juan Ramón” (Trapiello, 1998: 95).

No podemos saber si Zenobia consideraba o no insignificante su vida. Más parece por sus escritos que deseaba simplemente vivirla con plenitud y disfrute y con la independencia personal y económica suficiente. Aunque siempre ayudó a su marido, sabemos que ella censuraba a la mujer española que veía el matrimonio como un mero fin y creía en cambio en la independencia intelectual, personal y económica de la mujer casada. Por

esa razón, ella tuvo antes de la guerra civil su propia forma de ingresos mediante su tienda de arte popular y el alquiler de pisos en Madrid.

En el aspecto personal, vemos a Zenobia en múltiples ocasiones asistir a espectáculos, hacer excursiones, tomar clases, ir al cine, etc. con amigos o sola, sin Juan Ramón, cuando éste se negaba a acompañarla, pues queda patente en los diarios la diferencia de caracteres de ambos. A veces consigue que el poeta asista con ella a un espectáculo o vaya a una exposición, pero está claro que en muy contadas ocasiones renuncia a hacer algo por tener que ir sola o sin él. Ella es muy sociable, tiene sus propias ocupaciones, amigos, conocidos y no desiste de su disfrute por el hecho de que su marido, más tendente a la soledad y a veces hasta misántropo, no quiera salir o hacer nada.

Las circunstancias del exilio (precisamente el periodo que cubre estos diarios) fueron las que torcieron el camino de Zenobia en lo que al tipo de vida personal y profesional que ella hubiera querido para sí se refiere. Las vicisitudes del exilio y las cíclicas depresiones y “manías” del poeta, cada vez más agudizadas lo volvieron extremadamente dependiente de su mujer y ella se entregó con gran generosidad para ayudarlo personalmente y con su obra.

No podemos estar de acuerdo, pues, con la afirmación de que Zenobia es “como el pequeño satélite cuya luz no es sino una reflexión del astro” (Trapiello, 1998: 95). Sobre todo con la lectura del tercer tomo de los diarios, sabemos que Zenobia no era un satélite y que tenía su luz propia. Cuando finalizamos la lectura de los diarios y los contemplamos globalmente, la pregunta que nos hacemos es si Juan Ramón hubiera podido culminar su obra sin la ayuda desinteresada de su mujer.⁶¹

⁶¹ Para refutar la expresión (de sentido parecido a la que venimos comentando de Trapiello) de María Teresa León sobre Zenobia: “Prefirió vivir junto al fuego y ser la sombra”, Carmen Hernández-Pinzón titula “Zenobia, siempre luz” sus palabras en la presentación del catálogo correspondiente a la exposición

La presencia continua del poeta visto, eso sí, desde la óptica y la subjetividad de Zenobia nos proporciona lo que Cedena (2004: 318) considera “un bello y apasionante juego casi psicológico que atrapa al lector [...] y constituye un retrato de la pareja realmente interesante a la hora de abordar la lectura y entrar en su mundo”, sin que ello signifique la entrada en lo ficcional, pues se trata de unos diarios sinceros y honestos a la vez que personales y subjetivos, es decir, puramente autobiográficos.

Como auténtica obra autobiográfica, los diarios de Zenobia forman lo que Cedena llama “un diario en estado puro” (2004: 320), pero que, además de tener la presencia constante de la primera persona del singular, como corresponde a un diario personal, lleva también el “nosotros”, la primera persona del plural, para referirse a ella misma y a Juan Ramón Jiménez, su compañero inseparable. Desde luego, aparece asimismo la tercera persona del singular, “él”, Juan Ramón Jiménez, como hemos visto. Esto supone en cierto modo una ruptura del principio esencial del diario como obra de un “yo”.

La constante presencia del poeta, además de un símbolo de la relación tan estrecha que ambos mantuvieron a lo largo de su exilio, puede orientarnos en la elucubración acerca del destinatario de los diarios a quien Zenobia quiere exponer la vida íntima, el carácter y la forma de creación del poeta.

3. EL DESTINATARIO DE LOS DIARIOS DE ZENOBIA

Una pregunta que surge siempre cuando se habla de diarios es para quién se escribe o a quién van dirigidos. Aunque en principio es característico del género el carecer de destinatario, pues es el propio diarista quien se habla a

que conmemoró el centenario de la estancia de Zenobia en la Rábida. Esta exposición llevaba también el significativo título: “Zenobia Camprubí con luz propia”.

sí mismo en lo que constituye un monólogo interior escrito, en muchos casos se piensa en un posible lector de éstos.

Ya vimos que Enric Bou (1996: 125) recogía la tipología establecida por Jean Rousset y hablaba de tres posibles destinatarios: el propio escritor, como lector único; un narratario externo, cuando hay fragmentos del diario que llegan a personas del entorno íntimo del diarista; y por último, el público, cuando el diario se divulga públicamente y pierde su carácter privado.

En principio, está claro que, puesto que Zenobia no publicó en vida sus diarios ni hizo en ellos nunca referencia alguna a un destinatario concreto, podemos deducir que pensaba solo en sí misma como posible lectora de los mismos. Sin embargo, como dice Trapiello (1998: 26): “En principio lo hacemos para nosotros mismos, pero nadie que lleve un diario ha renunciado a que pueda ser leído alguna vez por otro. A veces, alguien concreto de quien se habla en sus páginas, a veces alguien abstracto, suma de todos esos lectores, o mejor, suma de todos esos seres a quien se ama de modo secreto mientras se escribe”.

Si siguiendo a Manuel Alberca (2000: 34) aceptamos que “el diarístico es un texto que tiene o diseña su lector cómplice” y aceptamos que como dice V. Tortosa (2000: 597), “el diario sin el lector que le construya su sentido, del mismo modo que todo discurso, no es nada”, llegamos a la conclusión de que todo escritor de diarios escribe para alguien, aunque ese alguien sea él mismo “al cabo de unos años”, como afirma Trapiello (1998: 27). Es decir, el diarista escribirá siempre para otro destinatario, que bien puede ser él mismo cuando ya sea otro. Trapiello (1998: 27) llega a hablar incluso de un “lector ideal” para el que escribe todo diarista.

Creemos que Zenobia escribe en principio sólo para sí misma, llevada quizá por esa inclinación que le inculcó su madre, cuando la diarista era una adolescente. Ella era en origen la única destinataria. M. Á. Sanz

Manzano señala que fueron las cartas y las páginas de sus diarios las que ocuparon casi todo el tiempo dedicado por la diarista a la escritura. En concreto, en los diarios, ella descubrió un género que se adecuaba a sus necesidades. Estas eran anotaciones de agenda, listas de gastos, presupuestos o menús y, también, desde luego utilizaba sus diarios como instrumento de auto-examen. Concluye Sanz Manzano (2008: 360), “es evidente que Zenobia confirió a sus diarios un valor instrumental, no literario. Le sirvieron como agenda, como medio de desahogo íntimo, como forma de auto-examen y como depositarios de parte de su memoria”. Estos datos, unidos al hecho de que Zenobia no muestre en ellos “ninguna preocupación estilística” hacen que Sanz Manzano afirme: “Es muy posible que Zenobia hubiese preferido que siempre permanecieran en el ámbito privado” (2008: 359).

A lo largo de los diarios vemos cómo en ocasiones Zenobia acude a sus diarios y los relee con placer. Pero también asistimos a momentos en que Zenobia lee fragmentos de sus diarios a su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez. ¿Con qué criterio seleccionaría Zenobia los fragmentos que leía a su marido? ¿Lo hacía como mero entretenimiento? ¿O quizá era para animar al poeta a la creación?

Seguramente, la pregunta fundamental que ahora debemos hacernos es: ¿pensaba Zenobia en llegar algún día a hacer públicos sus diarios? Y es que directamente relacionado con el destinatario de los diarios de Zenobia está el problema sobre la intención o no de la diarista de publicarlos. Las continuas referencias a Juan Ramón sugieren que Zenobia quería utilizar sus diarios como testimonio de primer orden sobre su vida en común. Como testigo privilegiado también de la intimidad del hombre, ella querría “dar su versión”, según dice Cedena (2004: 321), como su esposa, secretaria, compañera, asistente y hasta enfermera que fue. Así aparece la Historia como referente en el campo del destinatario de estos diarios, y su

publicación posible, o al menos su “impulso” como evidente. No encuentra, no obstante, Cedena contradicción ninguna con la consideración de los diarios de la autora como una necesidad personal a la que recurrir en momentos difíciles de su vida.

Cedena (2004: 321) considera claro que en la autora “el impulso hacia la publicación es evidente”. Siguiendo las directrices de Enric Bou (1996: 125), que trata el problema del paso fundamental que supone la publicación de los diarios (el paso de la sinceridad auténtica a la sinceridad manipulada), cree que en el caso de Zenobia su diario estaba destinado a publicarse. Esta circunstancia explicaría que la autora no termine de entregarse del todo. La misma idea defiende Trapiello (1998: 96) quien habla de “intimidad relativa” y considera que “por las razones que sean, Zenobia creyó que eso que contaba de su marido, había de darse a conocer a todo el mundo”. Se pregunta a continuación por qué ella no lo cuenta todo. Nos encontramos aquí con los silencios y vacíos que hay en estos diarios, con la dosificación de su intimidad que deja sólo sugerida la profundidad de confesiones que se detienen en un punto y quedan incompletas.

Trapiello se pregunta si Zenobia, consciente de que es la mujer de un poeta famoso, alberga a además “la esperanza secreta” de que su marido los leyera alguna vez y se pregunta también si Juan Ramón llegó a leerlos tras la muerte de su mujer.⁶² Habla también Trapiello de “compasiva venganza”, y de intención de dejar un testimonio “para restaurar una verdad y devolverle a la realidad algo que sólo era de la propia realidad” (1998: 94), lo que reforzaría la idea de que la autora pensaba en su posible publicación.

⁶² Dice Trapiello: “¿Leyó Juan Ramón esos cuadernos al morir Zenobia? ¿Son ellos la explicación de la más tierna y desgarradora dedicatoria de Juan Ramón a su mujer poco antes de morir éste, enfermo de dolor y soledad, aquella que decía: “A Zenobia de mi alma, este último recuerdo de su Juan Ramón, que la adoró como la mujer más completa del mundo, y no pudo hacerla feliz”?” (1998: 95).

Un análisis detallado de los que Cedena llama “silencios” arroja los siguientes resultados: De los tres tomos que conforman los diarios, el primero (el de Cuba) es el que muestra una mayor regularidad. Zenobia, con gran fidelidad, escribe prácticamente todos los días, desde que comienza su diario el 2 de marzo de 1937 hasta que lo finaliza el 28 de enero de 1939.

El tomo segundo (el diario escrito en los Estados Unidos) comienza el 29 de enero de 1939, pero ya en él Zenobia empieza a ser más irregular en sus anotaciones. Durante el tiempo comprendido entre 1939 y 1940 en que el matrimonio trataba de establecerse en la Florida, Zenobia escribe más, pero después del verano de 1940 apenas lo hace. Son las fechas en que Juan Ramón está relacionado con las universidades de Miami (La Florida) y Duke (Carolina del Norte). A finales de 1942 están en Washington; en 1943 ambos pertenecen a la Universidad de Maryland. En 1944 Zenobia era profesora en la universidad y por primera vez tienen un sueldo seguro. En 1945 la diarista vuelve a escribir en su diario, pero deja de hacerlo en 1946 y 1947, y escribe muy poco entre 1948 y 1951.

Es importante tener en cuenta que Juan Ramón sufrió en 1950 una grave depresión, que lo llevó a varios hospitales. Por su parte, Zenobia descubre en 1951 que ha enfermado de cáncer.

El tercer tomo (escrito en Puerto Rico) abarca las fechas comprendidas entre 1951 (el 3 de octubre) y 1956. Hasta 1954 escribe muy poco, pero desde septiembre de ese año hasta 1956, año de su fallecimiento, escribirá intensamente. Las páginas escritas entre 1951 y 1953 son escasas y tienen como protagonista la mala salud de ambos.

Graciela Palau (2006a: XIX-XX), que estudia estos silencios en la Introducción al primer tomo, llega a la conclusión de que “las fechas de mayor escritura coinciden con las épocas más difíciles de la vida en el exilio, hacia el principio de éste y hacia el final de la vida de Zenobia.

Cuando las cosas adquieren un ritmo normal, entre 1945 y 1948, no escribe”.

A la vista de estas conclusiones, podemos intentar responder a la pregunta que nos hicimos al comienzo: para quién o para qué escribía Zenobia sus diarios. Lo primero que debemos tener en cuenta es que estos diarios escritos en el exilio no son ni los únicos ni los primeros que ella escribió. Su primer diario lo llevó a instancias de su madre, cuando viajó con ella a los Estados Unidos, donde vivieron desde 1905 hasta 1909. El segundo diario lo llevó en otro regreso a ese país, en diciembre de 1915, antes de su matrimonio. Aun cuando el primero esté escrito en inglés y el segundo en español, ambos presentan características similares, pues en ellos hay solo “un registro de su vida activa y apenas de su vida interior”, según dice Graciela Palau (2006a: XVIII). Esta modalidad de diarios está relacionada con la cultura anglosajona, a la que en cierto modo pertenecía Zenobia por vía materna. Según nos dice Danielle Corrado (2000: 103), la costumbre de llevar un diario responde a una moral que hace hincapié en la responsabilidad del individuo: la madre de Zenobia deseaba que su hija meditara, gracias a la recapitulación diaria de sus actividades, acerca de su papel y su utilidad en el mundo. Siguiendo a Corrado, Zenobia quedaría “impregnada” para siempre de esa moral fundada en la actividad y el servicio.

En el diario que Corrado llama de “madurez”, el del exilio, Zenobia se orienta en cambio hacia el análisis y la confianza íntima. Respecto a estos diarios del exilio, no podemos por menos que ver el paralelismo establecido con aquellos que Zenobia inició poco antes de su boda. Esta vez comienza el diario en Cuba y ella misma constata que lo hace el día de su vigésimo primer aniversario de boda: “estamos de nuevo en este lado del mar, pero tan lejos de casa” (Camprubí, 2006a: 3). Es probable que esa coincidencia fuera el punto de arranque del diario, al constatar la diarista

con dolor que en 1916 iniciaba su vida conyugal, y ahora se encuentra en el exilio y sin hogar.

Siguiendo a Danielle Corrado, Zenobia intenta conjurar la tristeza del desarraigo y plantar cara al porvenir eligiendo esa simbólica fecha que constituye un “umbral simbólico” para marcar a la vez lo que termina y lo que se renueva, creándose así su propio ciclo con esa referencia temporal. Según Corrado (2000: 104) “para Zenobia Camprubí, el aniversario de boda es la fecha ideal para conjurar la tristeza del desarraigo y encarar cada día por venir como una vida que construir o reconstruir”.

En opinión de esta estudiosa del diario íntimo, Zenobia está desmoralizada y trata así de disciplinarse: “Estoy tratando de evitar la desmoralización que causa el ocio, imponiéndome alguna disciplina”. Además de las tareas que se propone realizar (escribir cartas, coser, aprender a cocinar...) el diario contribuye a esa disciplina necesaria mientras espera el retorno a España.

Desgraciadamente, la situación española no hace posible el retorno y Zenobia empezará a sentirse “prisionera de una especie de presente eterno” (Corrado, 2000: 104) en el que el diario cumplirá el papel de sostén de esas actividades que ella va programando, como si de un deber escolar se tratara, pues, según esta estudiosa, Zenobia conocía las “virtudes pedagógicas” del diario. La obligación de tener una mirada crítica sobre sus actividades se asegura con la práctica disciplinada de escritura en el diario.

Zenobia lucha contra su situación “con una apretada y no menos neurótica agenda, anudada como sábanas de un penal” (Trapiello, 1997: 137): atender correspondencia, visitas, reuniones, cursos, paseos, listas de compras, gastos... múltiples actividades que sirven para tranquilizar a la diarista, sobre todo desde el momento en que son puestas por escrito sobre el papel.

La eficacia del diario se consigue mediante una condición esencial: la regularidad, que Zenobia cumple en el suyo de Cuba siempre salvo excepcionales ocasiones por enfermedad o por la incertidumbre ante la falta de noticias sobre su sobrino y ahijado Juan Ramón Jiménez Bayo. Día a día el hábito de la consignación en el diario se va consolidando, sometiendo a Zenobia al ritmo de la fecha, que por una parte obliga a la regularidad (sin las fechas las interrupciones pasan inadvertidas y desaparece la obligación), y por otra constituye una motivación. Para la diarista el diario no es importante sólo por el contenido sino por lo que tiene también de cita fijada. Este es un apoyo psicológico importante para una persona como ella, privada de referencias familiares, sociales y profesionales. Dice Corrado que al igual que el prisionero graba su calendario sobre los muros, Zenobia se concentra a través de su diario en lo cotidiano y lo dota de un relieve singular, diferenciado con respecto al ayer y al mañana, restableciendo así una temporalidad significativa. Como ya destacó Béatrice Didier, para la diarista la fecha constituye un elemento significativo de su diario, su motivación esencial.

Podemos afirmar que el diario escrito en Cuba, más que ningún otro, como escribe Graciela Palau (2006a: XIII), “se convirtió en un instrumento de supervivencia por el que Zenobia trató de reencontrar el perdido sentido de la vida a raíz del trauma de la Guerra Civil Española”.

La regularidad seguida en Cuba se pierde para convertirse en anotaciones irregulares en el Diario de los Estados Unidos. Siendo un diario que abarca más de diez años, ocupa las mismas páginas que el anterior, testimonio de sólo dos. Sólo el año 1939 tiene anotaciones regulares, diarias. Zenobia recurre de nuevo al diario para expresar las dificultades de sus comienzos en Estados Unidos, en Miami, donde apenas tenían conocidos. Aunque la diarista comienza a encontrarse a gusto viviendo en una casa tranquila y está llena de proyectos, no tarde en sentirse anulada por su marido. Zenobia

escribe el 9 de julio de 1940 afirmando que “renueva” su diario, no por la necesidad de contar sus cosas sino “para ayudarme a salir de este pantano de ociosidad en que estoy sumida” (Camprubí, 2006b: 209). Como le ocurría en Cuba, la falta de ocupación la hace sentirse mal, pues siente inútil su existencia. De nuevo, también aquí, reacciona poniéndose a hacer cosas y haciendo planes, como un viaje, o, más importante, sacarse una licenciatura.

A partir de la segunda mitad del año 1940 el diario pierde sus anotaciones no ya diarias sino algo regulares. Zenobia parece olvidar su diario en unos años en que ella y Juan Ramón ya están bien asentados. Zenobia ha estudiado y da clases en la Universidad de Maryland, Juan Ramón se ha relacionado con la Universidad de Duke, se han instalado en Washington, han comprado coche y un chalé. Además, en 1948 la pareja hace un viaje a la Argentina.

Sólo en las anotaciones finales de 1950 (del mes de marzo) la diarista se muestra preocupada por el porvenir y se siente agobiada por las clases. El diario parece haber perdido aquí el valor pedagógico, motivador que antes tenía, llegando a veces a convertirse en breves anotaciones telegráficas e intermitentes. Un ejemplo lo constituyen las entradas de julio y septiembre de 1945. En julio encontramos sólo notas de citas, actos sociales, cenas y almuerzos.

Creemos que es en el tomo tercero, correspondiente a la estancia del matrimonio en Puerto Rico, donde el diario se convierte para Zenobia, además de en el lugar íntimo en el que vuelca sus preocupaciones por su salud, por el futuro de la persona y la obra de Juan Ramón, en el documento con el que la diarista (que ya tiene muy claro que quiere dedicarse plenamente a su marido y al cuidado de su obra y de la Sala donada por la Universidad de Río Piedras) quiere dejar testimonio de su labor como compañera, confidente, enfermera y secretaria del gran poeta

español. En palabras de Anna Caballé (2008: 273) la diarista escribió en español la mayor parte del diario de esta etapa de su vida, “como si Zenobia quisiera ahora dejar muy claro el testimonio final de su vida junto al poeta”. Como dice Caballé, la relación de la diarista con el poeta se ha fortalecido enormemente y su aceptación de la debilidad de su marido es completa.

El diario de la estancia en Puerto Rico es el más bello, profundo y reflexivo, y en él va haciendo balance de su existencia. También tiene ya muy claro cuál es su deber: Juan Ramón. Los dos años finales de su vida (1955 y 1956) son los que tienen una atención más completa en el diario y resultan asombrosamente regulares, si tenemos en cuenta el trabajo sobrehumano que Zenobia se había impuesto y que debía compaginar con su enfermedad (en un estadio ya terriblemente doloroso) y el estado anímico de Juan Ramón, cada vez más misántropo e incluso agresivo. Es el empeño de una mujer que quiere dejar testimonio claro y lúcido de su labor al lado de uno de los poetas más grandes del siglo XX.

CONCLUSIONES

1. ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA EN GENERAL

Los diarios son una manifestación peculiar de la literatura autobiográfica, en el ámbito de la escritura intimista, ya con gran tradición en la literatura europea y mundial desde 1800, siguiendo el rastro dejado por la publicación de las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau. En occidente comienza a concederse valor a este tipo de escritura en los comienzos del siglo XIX, aunque son las *Confesiones* de San Agustín el punto de partida inicial de la literatura autobiográfica.

Georges Gurdof (1991: 9) y Georges May (1982: 21) coinciden en remontarse a San Agustín como punto de partida del género, aun cuando éste nace más recientemente, dos siglos atrás. A pesar de su juventud, el género autobiográfico evoluciona rápidamente desde los escritos piadosos de Santa Teresa (que constituiría un “eslabón intermedio”, según el profesor Romera (1981: 19), que ha estudiado este aspecto del *Libro de la Vida* de la santa) o San Ignacio de Loyola, hasta aquellos que tienen al hombre como punto central, como el caso señero de Montaigne y sus *Ensayos* nos ilustra.

La literatura autobiográfica tiene como referencia al yo, pues se da porque alguien decide escribir sobre sí mismo contando su propia vida. Es un tipo de literatura referencial y testimonial, construida mediante un relato centrado en el yo, que, por constituir necesariamente una narración, puede añadir a sus ingredientes cierto grado de ficcionalidad, pero también debe guiarse por el criterio de la honestidad, contando la verdad, pues es la realidad su marco de referencia.

Uno de los problemas que han sido objeto de estudio y discusión entre los especialistas del género autobiográfico es precisamente el originado por la delimitación de las fronteras entre lo que es verdad y lo que pueda haber de

ficción en un relato de estas características; pues quien escribe su autobiografía pretende mostrar un discurso verídico a la vez que una obra de arte, como ha sabido señalar Anna Caballé: “en realidad, cualquier estudio de la praxis autobiográfica contemporánea pone de manifiesto la tensión que existe entre ambos extremos: de un lado la transparencia referencial, del otro la búsqueda estética” (1995: 115).

Carlos Castilla del Pino lo ha explicado de forma muy clara al resaltar que en una autobiografía hay un autobiógrafo y un autobiografiado. Ambos son el mismo pero no idénticos, pues hay que tener en cuenta la vida vivida y la vida narrada. En la autobiografía “la vida narrada se superpone sobre la vida vivida” (Castilla del Pino, 2004: 20-26).

La escritura autobiográfica se manifiesta a través de diversas modalidades, constituyendo un árbol de muchas ramas, en imagen del profesor Romera (1997: 111), con sus peculiares características. La autobiografía, la biografía, las memorias, los autorretratos, la autoficción, etc. constituyen ejemplos importantes de esta modalidad de escritura, en la que encontramos otros “géneros vecinos” o híbridos, estudiados por el teórico Philippe Lejeune (1994: 51). Por supuesto, también los diarios forman parte importantísima de este tipo de escritura.

El gran estudioso P. Lejeune ha establecido la identidad de autor, narrador y personaje como rasgo esencial de este tipo de escritura, así como el llamado *pacto autobiográfico*, concepto acuñado por él mismo (1994: 64-65), con el que se establece un contrato entre el autor y el lector según el cual se acepta la identidad entre el autor, el personaje y el narrador. Según Lejeune, este pacto determina también la forma en que el lector realiza la lectura.

Aun cuando los planteamientos de P. Lejeune han sido cuestionados y pueden ponerse objeciones, como las planteadas por Celia Fernández Prieto (2004a: 18) sobre la inestabilidad de sus principios, debido a la

desconfianza en la capacidad representativa del lenguaje, el lugar del sujeto como producto del lenguaje y el cuestionamiento de la neutralidad de la narración, parece incuestionable que el destinatario desempeña un papel importantísimo en la autobiografía, pues ésta siempre apela a los lectores, como destinatarios a los que emocionar o persuadir con el testimonio que se quiere presentar como auténtico.

Como ha puesto de manifiesto el profesor Romera (2004a: 39), la literatura autobiográfica en España se encuentra en un momento excelente, hecho especialmente significativo a partir del final del franquismo, con la llegada de la democracia a nuestro país, hasta el punto de experimentar un crecimiento continuo, “con una inusitada fuerza”.

El buen momento de la literatura autobiográfica no es exclusivo de nuestro país, sino de carácter internacional, con gran pujanza editorial en sus diversas modalidades, incluidos los estudios críticos, publicaciones, congresos, ediciones o reediciones, revistas, etc.

Y es que curiosamente el mundo globalizado en que vivimos parece provocar la necesidad cada vez mayor de la búsqueda de la intimidad, de lo más personal, de lo individual, que en ocasiones necesita también el vuelco hacia el exterior, aunque sea reducido al ámbito de los que nos son más afines por nuestras aficiones, como demuestra el gran auge de los llamados *blogs*, especie de diarios a la vista de (casi) todos y que, además, permiten la interacción y por lo tanto la intervención de muchas manos en el cuaderno de bitácora del que podríamos llamar internauta-diarista.

En definitiva, no es posible ya sostener el tópico de la falta de tradición autobiográfica en la literatura española. Los extensos repertorios bibliográficos existentes sobre este tema desmienten esa afirmación. Los que aquí incluimos son sólo una sintética muestra de la gran cantidad de estudios críticos sobre el género y sus modalidades, que demuestran que el siglo XX ha sido en España muy prolífico en obras autobiográficas.

2. ESCRITURA DIARÍSTICA

También los diarios, como género de la literatura íntima, han experimentado a lo largo del siglo XX un gran auge en nuestro país. Aunque es, en efecto, el siglo XX la época en que fundamentalmente se desarrollan aquí, los diarios tienen en España un egregio antecedente en Cristóbal Colón y su *Diario de a bordo*.

El diario es una modalidad de literatura autobiográfica que tiene en la actualidad gran cantidad de lectores y cultivadores, aun cuando nace, como señala Anna Caballé (1995: 52), carente del “ámbito público de la comunicación”, como “a-literatura”. Pero da el salto del ámbito privado al público, salto importante que condiciona el desarrollo del género, al intervenir las estrategias de la comunicación, la influencia sobre el lector o la rentabilidad financiera.

La época que vive el auge de los diarios es el comienzo del siglo XIX, cuando en Francia se pone de moda llevar un diario. Girard (1996: 32-33) da nombres de algunos de los más importantes diaristas franceses, como Maine de Biran, Joseph Joubert, Stendhal, Benjamín Constant o Amiel, entre otros. Ilustres diaristas ingleses son Samuel Pepys, Jonathan Swift o Lord Byron.

Como ya hemos visto, Danielle Corrado (2000: 15-16) se remonta a los relatos de viajes, los diarios de navegación, las cartas, las crónicas, etc. que se escribieron a raíz del Descubrimiento de América, como referente de los textos diarísticos, opinión que coincide con la expresada por Andrés Trapiello (1998: 33), que ha estudiado este género además de cultivarlo profusamente.

A finales del siglo XIX, con motivo de la publicación de los diarios de Amiel, el diario pasa a ir acompañado del adjetivo “íntimo”. El “journal

intime”, en expresión francesa, vivirá un enorme desarrollo en el siglo XX, en el que dará obras muy importantes.

Nuestro país tiene también (como ya hemos demostrado en este trabajo) muchos e importantes escritores cultivadores del diario. Grandes nombres que podemos citar (ya que no podemos citarlos a todos) son los de Unamuno, Josep Pla, Rosa Chacel, Manuel Azaña, Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, Jaime Gil de Biedma, y de entre los que aún están en activo, Miguel Sánchez-Ostiz, José Jiménez Lozano y Andrés Trapiello (con una obra diarística monumental, su *Salón de pasos perdidos*), entre otros.

El diario es el género del yo por excelencia, tal como reconocen estudiosos como Anna Caballé (1995: 51), que habla de la manifestación “más genuina y consubstancial” del género autobiográfico, o Romera Castillo (1981: 46), que define el diario como la “quintaesencia de la literatura íntima”, lugar en el que “el yo autodialoga consigo mismo”.

Otras precisas definiciones del género nos dan, por ejemplo, Nora Catelli (1996: 87): “El diario es el género en el que se registran, siguiendo los días, las actividades e impresiones de un sujeto frente a sí mismo”; o Laura Freixas (1996: 12), al destacar que se trata de un tipo de texto escrito en primera persona y enraizado en la cotidianidad, con el que muchas veces se busca una reflexión sobre la condición humana y el sentido de la vida. Por su parte, Enric Bou (1996: 126) señala su carácter de *collage*, aludiendo a su capacidad de acoger todo tipo de contenidos como si de un cajón de sastre se tratara, aspecto que también ponen de manifiesto L. Freixas (1996: 12), llamándolo “saco donde cabe todo”, o Girard (1963: 36), que dice que en el diario se puede encontrar toda la complejidad del ser humano.

El concepto de diario íntimo como documento confinado al rincón más privativo del diarista varía desde el momento en que éste puede ser publicado o incluso escrito pensando en su publicación. Esto, en realidad,

enriquece las posibilidades del género, que no es ya sólo un texto en que emisor y receptor son la misma persona, sino que se puede abrir en diversos tipos: diarios de viajes, políticos, profesionales, dietarios, literarios, privados o públicos, etc.

Desde luego, la publicación del diario afecta a la sinceridad, según ha señalado E. Bou (1996: 125), que ve una sinceridad “auténtica” en el diario original y una sinceridad “manipulada, de cara a un público”, en el diario pensado para su publicación. Es de imaginar que, en efecto, la publicación del diario afecte a la naturaleza de éste. En ese sentido, Romera (1994a: 5) afirma que un diario escrito para ser publicado no es “un testimonio espontáneo y honesto”.

La escritura de un diario puede responder a una necesidad personal, a un impulso, a un hecho significativo o trascendental en la vida de una persona (como por ejemplo, una enfermedad), a un hábito para reflejar el día a día. Puede ocurrir también que sea un texto escrito para uno mismo o con idea de ser publicado, o incluso que fuera escrito sin ánimo de publicación y luego dado a la imprenta. Muchos escritores lo siguen a modo de banco de pruebas, para pergeñar futuras obras literarias o como auténtica ficción.

En España se da con fuerza el tipo de escritor de diarios que habitualmente los lleva como cualquiera otra de sus obras literarias, lo que da a estas piezas literarias un gran valor artístico más que propiamente testimonial.

Hemos visto antes cómo algunos estudiosos del género diarístico lo definían como cajón de sastre, por caber en él casi todo y ser, por tanto, una modalidad literaria abierta, pero se trata de un género que tiene también sus reglas, como respetar el “continuum” de la vida (Trapiello, 1998: 28), la cotidianidad, la regularidad, el calendario. La “cronología calendaria” es la gran ley que dice Manuel Alberca (2000: 15) impone la escritura de un

diario. Sin embargo, luego cabe en él todo lo que sucede en el “contexto cotidiano del autor”.

El diarista, por tanto, desarrolla un discurso enteramente libre, tanto en la materia como en el estilo, siempre que respete el calendario. “Demonio” lo llama M. Blanchot (1996: 47), una tiranía de la fecha que sujeta al diarista al día a día, a la cotidianidad, manteniendo el “continuum” de la vida a la vez que lo fragmenta.

No podemos aquí incluir tantos estudios específicos sobre diarios como hay. Además de los que citaremos aquí como más representativos, las referencias bibliográficas dan cuenta de la gran cantidad de estudios existentes, así como otros de los que hemos hablado a lo largo de este trabajo.

De entre los autores extranjeros, *Le journal intime* de Béatrice Didier; *Le journal intime* de Alain Girard; *Les journaux intimes* de M. Leleu; *Le journal intime en Espagne*, de Danielle Corrado; *La pratique du journal personnel*, de Philippe Lejeune (entre otros títulos suyos).

Entre los autores españoles, citamos *Antología de diarios íntimos* de Manuel Granell y Antonio Dorta; *El escritor de diarios* de Andrés Trapiello y *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra*, de Eusebio Cedena Gallardo.

Se han escrito también importantes artículos de obligada consulta. Comenzaremos con “Algo más sobre el estudio de la escritura diarística en España”, de José Romera Castillo, donde encontraremos un panorama de las investigaciones y abundante bibliografía acerca de este tipo de escritura. Pero además, “Escritura autobiográfica cotidiana. El diario en la literatura española actual”, “Se hace camino al vivir. Diarios de algunos poetas españoles actuales (1975-1993)” y “Diarios literarios españoles (1993-1995)”, también del profesor Romera. De Virgilio Tortosa cabe reseñar “La literatura pública como una forma de intervención pública: el diario”, y de

Anna Caballé, “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. Como representante de los estudiosos extranjeros, citamos “Le journal intime, texte sans destinataire?”, de Jean Rousset, entre otros muchos.

No podemos terminar esta breve relación a modo de testimonio, sin destacar los números de revistas dedicados monográficamente al diario, tales como el número 7-8 de la revista *Un Ángel Más* y el número 182-183 de la *Revista de Occidente*.

3. LOS DIARIOS DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

El tema de nuestro trabajo se enmarca en el siglo XX español, concretamente en el ámbito de la Guerra Civil y su efecto terrible en aquellos que debieron abandonar su país y tomar el camino del exilio, algunos de ellos (como es el caso de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez) para no volver jamás. La guerra, el exilio y la dictadura de Franco son hechos tan decisivos para la historia de nuestro país y de aquellos españoles que se vieron impelidos al destierro, que se convierten en germen y sustancia fundamental de la obra de muchos escritores que sintieron el impulso testimonial para así explicarse y explicar su vida.

Eusebio Cedená estudia profusamente la producción diarística de los escritores españoles de posguerra y destaca el carácter “mítico” de la Guerra Civil en la España del siglo XX. Los escritores que sufrieron la guerra y el llamado exilio republicano español “ocupan un lugar destacado en el ámbito de la escritura autobiográfica en España. Es ingente la cantidad de testimonios autobiográficos que produjo esta contienda y este exilio tremendo” (Cedená, 2004: 213). Muchos fueron los que sintieron la necesidad de dejar constancia de su testimonio y muchos, por tanto, las memorias, autobiografías, diarios, libros de recuerdos, novelas testimoniales y otros tipos de obras que conservamos. En palabras de

Romera Castillo (2004c: 24), era “un modo de tener a esa madre España presente”. Y este hecho enriqueció enormemente la tradición autobiográfica española, “y producida paradójicamente, en muchos casos, fuera de nuestras fronteras”, como señala Cedena (2004: 213).

Sin embargo, la producción diarística es muy limitada. Muy pocos escritores, artistas o políticos llevaron con regularidad un diario. Entre los que escribieron su diario durante prácticamente todo el exilio están Max Aub, Rosa Chacel y Zenobia Camprubí. Dice Cedena (2004: 238): “Los tres fueron grandes diaristas y dejaron testimonio de ello en libros que hoy basan su importancia en el gran testimonio que aportan sobre su propia experiencia de exiliados españoles, aparte de sus calidades literarias”. En su libro, Cedena estudia además los diarios de M. Altolaguirre, M. Azaña, L. Cernuda, Ramón Gaya, J. Gil-Albert, Ramón Gómez de la Serna, J. R. Jiménez, J. Larrea, J. Moreno Villa y Emilio Prados, configurando un estudio imprescindible para todo aquel estudioso o interesado en este tema.

Los *Diarios* de Zenobia Camprubí, objeto de este trabajo, son pues unos de los elegidos por Cedena como representativos de esta literatura testimonial del exilio. Los califica de “unos espléndidos diarios, llenos de intensidad, profundidad y belleza” (2004: 521), aun cuando él no pudo leerlos completos, pues sólo habían sido publicados dos tomos y faltaba el último escrito en Puerto Rico.

Si los diarios de Zenobia constituyen indudablemente un testimonio de gran valor, no sólo del exilio republicano español, sino también de su propia autora, hay que tener muy presente que constituyen asimismo una fuente importantísima de información acerca de uno de los más grandes poetas españoles del siglo XX, Juan Ramón Jiménez, su esposo tan presente, como hemos visto (y de qué manera), en ellos. Y es que, como señala Anna Caballé (2008: 257), el interés de los diarios de Zenobia está indisolublemente vinculado al que despierta su marido y “a la forma en que

ella consiguió resolver su relación con él a lo largo de sus cuarenta años casi exactos de matrimonio”. Sus diarios, dice, están hechos con el material de la experiencia de una vida, no con el de una obra literaria. Zenobia Camprubí no era propiamente una escritora ni fue una persona con protagonismo histórico, pero fue, tal como señala Caballé (2008: 261) “una diarista nata”, una “diarista consumada” cuyo mayor proyecto vital fue “la perfección de su amor a Juan Ramón” (2008: 262).

En ese proyecto ético fundamental habría que tomar en consideración el uso del diario como forma, para Zenobia Camprubí, de reflejar sus dudas, sus sentimientos, la necesidad de sentirse útil, que tan profundamente tenía inculcada; y también, por consiguiente, para verter todo aquello que era invisible para los demás. Como es natural, la autora se refleja en los mismos, y lo hace como una mujer de cultura, vitalista, de gran sencillez, inteligente, amante de la vida social, pero también capaz de recogimiento y reflexión, generosa y dispuesta a la ayuda desinteresada a su prójimo y muy especialmente a su esposo, por el que demuestra ser capaz de renunciar a muchas cosas. Zenobia era una mujer alegre y sonriente, muy sociable, pero los diarios nos muestran que en la intimidad (que tan bien supo reflejar en su diario) sufría y meditaba mucho acerca de su propia vida, de su porvenir y el de su marido en la incertidumbre del largo exilio, que se planteaba continuamente su enriquecimiento personal y la forma de canalizar sus energías profesionalmente.

No carecen, sin embargo, de valor literario. Dice de ellos Cedena (2004: 306): “Unos diarios intensos y apasionados, muy bellos, bien escritos, literarios y ricos desde muchos puntos de vista”. También Graciela Palau (2006: XIII), autora de la edición de los mismos, dice que son “una obra intimista, un monólogo que pone de manifiesto la competencia literaria de la autora”. Además, ella concebía el diario también como un refugio que, pasado el tiempo, en una relectura posterior, le procura placer o es

sencillamente una actividad gratificante, como consta, por ejemplo, en la entrada del 15 de noviembre de 1943: “Ayer, cuando cogí el diario de septiembre de 1939 a junio de 1940, leí y reviví el pasado con tal placer que sentí mucho haberlo abandonado cuando ocurrían cambios importantes en nuestra vida. Voy a reconstruir, para una futura lectura, algunos de los eslabones que faltan” (Camprubí, 2006b: 227).

Los diarios de Zenobia constituyen un documento de primer orden para conocer la historia de la etapa de madurez de una mujer que no se avenía con el concepto estándar de la época establecido para las mujeres en España. Medio americana por educación, vivió y se educó en los Estados Unidos, lo que hizo de ella un tipo de mujer muy diferente del que se daba en general en nuestro país: curiosa y activa intelectualmente, con dominio de idiomas, independiente, emprendedora, amante de la vida social. Su inquietud intelectual y creadora la inclinó ocasionalmente a la escritura (muy joven escribió cuentos, con uno de los cuales llegó a ganar un premio, y llegó a traducir la obra de Rabindranath Tagore), aunque finalmente de forma regular se expresó exclusivamente a través de su diario. Zenobia era una gran aficionada a esta práctica de escritura desde muy joven inculcada por su madre. Aunque llevó diarios durante toda su vida, los más regulares son los que llevó durante el exilio. Bordeando ya la cincuentena, con el futuro incierto en el exilio comenzado en Cuba y un marido cíclicamente enfermo, cada vez más dependiente física y mentalmente de ella, no parece disparatado sospechar que quizás Zenobia se resignara progresivamente a no tener un trabajo duradero ni una vida intelectual (literaria, pero no necesariamente) propia. Entregada a su marido, en lo personal por amor, y en lo artístico consciente de la inmensa valía y talla literarias de éste, Zenobia renunció finalmente a buscar su propio camino fuera de esa tarea, y, a cambio, se refugió en su diario, seguramente sabedora de la importancia que su contenido adquiriría.

Sus cuadernos, anotados disciplinadamente y con bastante regularidad (asombrosa regularidad en el último diario, cuando estaba tan minada por la enfermedad), fueron para ella refugio íntimo y personal, consuelo cuando se desahogaba escribiendo en ellos y cuando los releía mucho tiempo después. Pero, con toda probabilidad, Zenobia era consciente de la importancia documental de sus cuadernos; importancia doble, creemos. Primero, para conocer a la verdadera Zenobia, esa mujer seria, preocupada, responsable, tan distinta de la más visible para los demás: siempre sonriente y alegre, vitalista y amante de la vida social. Significativamente, es en los diarios donde la vemos llorar en algunas ocasiones. En segundo lugar, cuadernos importantes para conocer también mejor al verdadero poeta genial, al Juan Ramón Jiménez enfermizo, misántropo, maniático, débil y dependiente como persona de su mujer, a la que necesita también profesionalmente, no ya sólo como sabemos, para que le mecanografié sus escritos, sino también para que lo vigile y mantenga firme en su trabajo.

Por consiguiente, creemos que los diarios de Zenobia poseen, no ya un doble, sino un triple valor testimonial: Primero, para conocer a la mujer española del siglo XX, como recalca en el comienzo de su intervención Anna Caballé en el Congreso celebrado en Huelva en 2008, con motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte de nuestra autora. Allí afirma Caballé que es necesaria la recuperación en España de la historia de las mujeres, sobre todo por “la historia de sus vidas, [...] sus biografías”, “conscientes de la especificidad de su vivir” (2008: 255), pues las mujeres, dice, carecemos aún de un sentido propio del pasado, que nunca fue igual para las mujeres que para los hombres.

En segundo lugar, estos diarios poseen un gran valor testimonial acerca de la propia diarista en su esencia mejor; y, en tercer lugar, tienen un gran valor documental para conocer al que es un gran poeta español del siglo XX, Juan Ramón Jiménez, y profundizar en su personalidad creadora e

íntima, como ya hemos señalado más arriba. Aún podríamos afirmar que son útiles también para conocer la época convulsa del siglo XX en España y Europa, pues, como señala Cedena (2004: 307), “los de Zenobia son unos diarios puramente del exilio español, los diarios de una exiliada que, desde su privilegiada situación personal y literaria, nos sitúan ante la realidad de una experiencia inundada siempre de tragedia”.

En general, los diarios de Zenobia son regulares, cotidianos, casi diarios, de una persona que atiende a su vida cotidiana (aunque con un cierto carácter itinerante en sus páginas, debido a los traslados de domicilio de su autora y a sus viajes), y a la realidad exterior; aunque “tan personales, emocionantes, sentidos y atentos a los mundos interiores de la escritora que no pueden sino encuadrarse en la escritura íntima”, en opinión de Cedena (2004: 155). Son además de carácter autobiográfico, es decir, que conforman en buena medida una autobiografía (en este caso, parcial) de su autora, la de su vida en el exilio.

Sabemos que la práctica diarística se convirtió en una actividad de extraordinaria regularidad para Zenobia durante el exilio. No hay que olvidar que cuando lo inicia la diarista es ya una mujer madura, pero no puede encontrar su camino personal y profesional debido a la situación de destierro que sufre. Probablemente, al ser una mujer “excesivamente avanzada para el gusto español”, en palabras de A. Caballé (2008: 266), su mayor sufrimiento, más que la situación de exilio, era el no poder encontrar una forma de enfocar su vida.

De toda su vida de exilio, la etapa peor corresponde a su estancia en Cuba, lugar que, como vimos, no le agradaba para vivir a pesar de su belleza. Esta situación se agrava con el estado emocional de su marido y la difícil convivencia en un hotel, en el que debían compartir una única habitación y donde ella sólo encontraba una insulsa tertulia con huéspedes que sí entretiene en cambio al poeta. Zenobia acumuló actividades, en un

intento de ordenar su vida, y siguió su diario en inglés, quizá para preservar su precaria intimidad, como señala Caballé (2008: 270), de su marido, desconocedor en gran medida de ese idioma. Son estos los años en que la relación del matrimonio (como hemos podido ver en este trabajo) es más difícil, y no faltan los comentarios críticos de la diarista hacia su marido.

El cambio de residencia a los Estados Unidos mejora las cosas para la pareja, especialmente a partir de 1944, cuando Zenobia consigue emprender una carrera profesional, cerca ya de los 60 años, dando clases en la universidad. El trabajo y la responsabilidad que supone, hacen disminuir el volumen de entradas en el diario, y volver al español como idioma de expresión en ellos, quizá por encontrarse en un país en el que el idioma es el inglés o porque las referencias a su marido en el diario son sumamente elogiosas, ya que la diarista le está agradecida por su ayuda.

La vida de Zenobia en esta etapa se muestra plena, realizada, propia. En este sentido, quizá le sirve de reafirmación personal el interesante repaso que la diarista hace de todos los cuartos que ha tenido a lo largo de su vida. Sin embargo, en 1950 el poeta sufrirá una grave depresión que les conducirá al que será último lugar de residencia en Puerto Rico. Allí, la diarista continúa con sus clases en la universidad, ahora en la de Río Piedras, y su relación con su marido se ha fortalecido enormemente. Zenobia vuelve al español para escribir en sus diarios. Caballé aventura una hipótesis para explicarlo: “la mayor parte de esta última etapa está escrita en español como si Zenobia quisiera ahora dejar muy claro el testimonio final de su vida junto al poeta” (Caballé, 2008: 273).

El tono del diario gana en reflexión en este tercer tomo, cuando la propia diarista enferma gravemente y se impone el balance vital y pensar en el futuro. Es entonces cuando Zenobia decide que su único deber es Juan Ramón. La concesión del espacio dedicado a la obra del poeta (la que será Sala Zenobia-Juan Ramón) en la Universidad de Río Piedras, supone una

gran recarga de ayuda moral y personal a Zenobia, que vive de nuevo momentos muy difíciles con su enfermedad y la de su marido, cada vez más misántropo, maniático y a veces hasta violento.

Los últimos dos años reflejan una vida intensa y completa de Zenobia, que escribe con asombrosa regularidad a pesar de la carga de trabajo en la Sala y en casa con su marido; sobrellevando con gran entereza su enfermedad para no dejar la que será su dedicación y obra mayor: Juan Ramón Jiménez.

Ponemos fin a estas letras con las acertadas palabras de Anna Caballé, que tras exponer el deseo expresado por Zenobia de tener una habitación grande, con muchas ventanas y que fuera sólo de ella, afirma: “Esa habitación luminosa y confortable, imagen de una vida grata, me temo que sólo pudo construirla sobre el papel, y es su diario” (Caballé, 2008: 276). Y con las palabras de Emilia Cortés: “La obra de Zenobia es Juan Ramón: ella fue el eje, el equilibrio en la vida privada del poeta y en su obra” (Cortés, 2009: 90).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, J. L., ed. (1976). *El exilio español de 1939*, 6 volúmenes. Madrid: Taurus.
- ALARCÓN SIERRA, R. (2003). *Juan Ramón Jiménez. Pasión perfecta*. Madrid: Espasa.
- ALBERCA, M. (1996). “El pacto ambiguo”. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 1, 9-18.
- (1998). “Tres testimonios sobre el diario íntimo”. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 3, 101-110.
 - (1999). “En las fronteras de la autobiografía”. En *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, M. Ledesma Pedraz (ed.), 53-57. Jaén: Universidad de Jaén.
 - (2000). *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*. Oiartzun: Sendoa.
 - (2002). “La autoficción, ¿futuro o pasado de la autobiografía española?”. En *Autobiografía y literatura árabe*, M. Hernando de Larramendi et alii (eds.), 39-55. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
 - (2004). “La invención autobiográfica. Premisas y problemas de la autoficción”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández y M^a. A. Hermosilla (eds.), 235-255. Madrid: Visor Libros.
- ALEGRE HEITZMANN, A. (2008). *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un premio Nobel*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- ALEGRE HEITZMANN, A. (2008). “Zenobia y Juan Ramón: Los Dos en más Realidad”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 41-63. Huelva: Los Libros del Trienio.

- AMIEL (1996). *En torno al diario íntimo*. (Traducción y prólogo de Laura Freixas), Valencia: Pre-textos.
- ARRIAGA FLÓREZ, M., coord. (2001). *Representar – representarse. Firmado: mujer*. Actas del Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia Camprubí del 25-28 de octubre de 2001. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez.
- AZNAR SOLER, M. (1999). “Bibliografía selecta sobre las literaturas del exilio republicano español de 1939”. *60 años después: las literaturas del exilio republicano español de 1939*, revista *Ínsula* 627, marzo, 14-15.
- (2000). “Biblioteca del Exilio”. *Las literaturas del exilio republicano de 1939*, revista *Renacimiento* 27-30, 8-14.
 - (2001). “Presentación”. En *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*, J. M. Balcells y J. A. Pérez Bowie (eds.), 9-14. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- AZNAR SOLER, M, ed. (1995). *Las literaturas exiliadas en 1939*. Barcelona: GEXEL.
- (1998). *El exilio literario español de 1939*. Barcelona: GEXEL.
 - (2000). *Las literaturas del exilio republicano de 1939*. Barcelona: GEXEL.
- BALCELLS, J. M. y PÉREZ BOWIE, J. A., eds. (2001). *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- BLANCHOT, M. (1996). “El diario íntimo y el relato”. *Revista de Occidente* 182-183, julio-agosto, 47-54.
- BLASCO, J. (2009). *Juan Ramón Jiménez. Álbum*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- BONET, J. y CABALLÉ, A. (2000). *Mi vida es mía. 2.363 mujeres descubren su intimidad a partir de sus diarios personales*. Barcelona: Plaza y Janés.
- BOU, E. (1993). “El diario: periferia y literatura”. *Revista de Occidente* 183-183, julio-agosto, 121-135.

CABALLÉ, A. (1991). “Memorias y autobiografías en España (siglos XIX y XX)”. *Suplementos Anthropos* 29, 143-169.

- (1995). *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*. Málaga: Megazul.
- (1996). “*Ego tristis* (El diario íntimo en España)”. *Revista de Occidente* 182-183, julio-agosto, 99-120.
- (1998a). “Memorias y autobiografías en la literatura del siglo XIX”. En *Historia de la literatura española, siglo XIX (II)*, Leonardo Romero (coord.), 347-364. Madrid: Espasa Calpe.
- (1998b). “Memorias y autobiografías escritas por mujeres (siglos XIX y XX)”. En *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, Iris M. Zavala (ed.), 111-139. Barcelona: Anthropos.
- (1999). “La ilusión biográfica”. En *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, M. Ledesma Pedraz (ed.), 21-33. Jaén: Universidad de Jaén.
- (2002). “El memorialismo en la literatura española contemporánea”. En *Literatura y memoria*, 179-194. Jerez de la Frontera: Fundación Caballero Bonald.
- (2004). “La autobiografía contemporánea o la superación del memorialismo anecdótico”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández y M^a. A. Hermosilla (eds.), 145-155. Madrid: Visor Libros.
- (2008). “Pasé la mañana escribiendo: el diario de Zenobia Camprubí (1937-1956)”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 253-276. Huelva: Los Libros del Trienio.

CAMPRUBÍ, Z. (1985). *Vivir con Juan Ramón*. Madrid: Los Libros de Fausto.

- (2006a). *Diario, 1. Cuba (1937-1939)*. Madrid: Alianza (Edición, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes).

- (2006b). *Diario, 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Madrid: Alianza (Edición, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes).
- (2006c). *Diario, 3. Puerto Rico (1950-1956)*. Madrid: Alianza (Edición, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes).
- (2006d). *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz. 1917-1956*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

CAMPRUBÍ, Z., PALAU DE NEMES, G. (2009). *Epistolario. 1948-1956*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

CANETTI, E. (1982). *La conciencia de las palabras*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

CANO CALDERÓN, A. (1987). “El diario en la literatura. Estudio de su tipología”. *Anales de la Universidad de Murcia III*, 53-60.

CASTILLA DEL PINO, C. (1996). “Teoría de la intimidad”. *Revista de Occidente* 182-183, 15-30.

- (2002). “Después de la autobiografía”. En *Literatura y memoria. Un recuento de la literatura memorialística española en el último medio siglo*. Actas del Congreso Literatura y memoria de la Fundación Caballero Bonald, 81-103. Jerez de la Frontera: Fundación Caballero Bonald.
- (2004). “El eco autobiográfico”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández y M^a. A. Hermosilla (eds.), 19-26. Madrid: Visor Libros.

CASTILLA DEL PINO, C., ed. (1989). *De la intimidad*. Barcelona: Crítica.

CATELLI, N. (1991). *El espacio autobiográfico*. Barcelona: Lumen.

- (1996). “El diario íntimo: una posición femenina”. *Revista de Occidente* 182-183, 87- 98.

CAUDET, F. (2001). “El laberinto del exilio / El laberinto de la escritura”. En *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*, J. M. Balcells y J. A.

- Pérez Bowie (eds.), 285-294. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- CEDENA GALLARDO, E. (2004). *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- (2004a). “Exilio y vida: los Diarios de Zenobia Camprubí”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández Prieto y M^a. A. Hermsilla Álvarez (eds.), 343-360. Madrid: Visor Libros.
- CIPLIJAUSKAITÉ, B. (2008). “Zenobia y su contexto”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 175-191. Huelva: Los Libros del Trienio.
- CORTÉS IBÁÑEZ, E. (1997). “Zenobia Camprubí en su *Diario de Estados Unidos*”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 6, 119-137. Madrid: Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías de la Facultad de Filología de la UNED.
- (2008). “Cartas de Zenobia a Juan Guerrero: Una aproximación”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), 83-109. Huelva: Los Libros del Trienio.
 - (2009). “Zenobia Camprubí, una vida hacia Juan Ramón”. En *Zenobia Camprubí con luz propia*, José Luis Gozávez Escobar (coord.), 67-92. La Rábida: Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez y Universidad Internacional de Andalucía.
- CORTÉS IBÁÑEZ, E. ed. (2008). *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*. Huelva: Los Libros del Trienio.
- CORRADO, D. (2000). *Le journal intime en Espagne*. Provence: Université de Provence.

- (2003). “Escritura y espacio en el diario de Zenobia Camprubí”. *Memoria. Revista de Estudios Biográficos* 1, 13-17.
- CRESPO, Á. (1985). “Introducción”. En *Guerra en España*, 5-18. Barcelona: Seix Barral.
- CRUZADO RODRÍGUEZ, A. (2008). “Zenobia Camprubí: ¿Una mujer del siglo XX?”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 153-174. Huelva: Los Libros del Trienio.
- DIDIER, B. (1976). *Le journal intime*. París: PUF.
- (1996). “El diario ¿forma abierta?”. *Revista de Occidente* 182-183, 40-46.
- EAKIN, P. J. (1994). “Introducción”. En *El Pacto autobiográfico y otros estudios*, de Philippe Lejeune, 9-46. Madrid: Megazul Endimiión.
- FERNÁNDEZ PRIETO, C. (2004a). “De qué hablamos cuando hablamos de autobiografía”. *Quimera* 240, febrero, 18-21.
- (2004b). “Enunciación y comunicación en la autobiografía”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández y M^a. Á. Hermosilla (eds.), 417-432. Madrid: Visor Libros.
- FERNÁNDEZ PRIETO, C. y HERMOSILLA ÁLVAREZ, M^a. Á., eds. (2004). *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001. Madrid: Visor Libros.
- FREIXAS, L. (1996). “Auge del diario ¿íntimo? en España”. *Revista de Occidente* 182-183, 5-14.
- (1999). “Prólogo”. En *Diario*, de André Gide, 9-26. Barcelona: Alba Editorial.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, R. (2001). “Tras la huellas de Zenobia Camprubí en el *Diario de un poeta recienecasado*”. En *Representar-representarse. Firmado: mujer*. Actas del Congreso Internacional en homenaje a Zenobia

- Camprubí, Mercedes Arriaga Flórez (coord.), 49-56. Huelva: Fundación Juan Ramón Jiménez.
- GENETTE, G. (1993). *Ficción y dicción*. Barcelona: Editorial Lumen (Traducción de Carlos Manzano).
- GIRARD, A. (1963). *Le journal intime*. París: PUF.
- (1996). “El diario como género literario”. *Revista de Occidente* 182-183, 31-38.
- GOZÁLVEZ ESCOBAR, J. L., coord. (2009). *Zenobia Camprubí con luz propia*. La Rábida: Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez – Universidad Internacional de Andalucía.
- GRACIA, J. (1997). “El paisaje interior. Ensayo sobre el dietarismo español contemporáneo”. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 2, 39-50.
- (2004). “La voz literaria y la materia del dietarista”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández y M^a. Á. Hermsilla (eds.), 223-233. Madrid: Visor Libros.
- GRANELL, M. y DORTA, A. (1963). *Antología de diarios íntimos*. Barcelona: Labor.
- GRILLO, R. M^a. (2001). “Juegos de parejas en un espejo. Masculino y femenino en la escritura autobiográfica del exilio”. En *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*, J. M. Balcells y J. A. Pérez Bowie (eds.), 323-342. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- (2001b). “Los diarios de Rosa Chacel y Zenobia Camprubí”. En *Representar-representarse. Firmado: Mujer*. Actas del Congreso Internacional en homenaje a Zenobia Camprubí, Mercedes Arriaga Flórez (coord.), 69-81. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez.
- GUERRERO RUIZ, J. (1998). *Juan Ramón de viva voz*. 2 volúmenes. Valencia: Pre-textos.

- GUSDORF, G. (1991). “Condiciones y límites de la autobiografía”. *Suplementos Anthropos* 29, 9-18.
- HERNÁNDEZ, V. (1993). “Algunos motivos recurrentes en el género autobiográfico”. En *Escritura autobiográfica*, J. Romera et alii (eds.), 241-245. Madrid: Visor Libros.
- HERNANDO DE LARRAMENDI et alii, eds. (2002). *Autobiografía y literatura árabe. Actas del coloquio La memoria del futuro. Literatura árabe y Autobiografía*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- HERRERO CECILIA, J. (1993). “La escritura autobiográfica y el autorretrato lírico”. En *Escritura autobiográfica*, J. Romera et alii (eds.), 247-259. Madrid: Visor Libros.
- JIMÉNEZ, J. R. (1985). *Guerra en España*. Barcelona: Seix Barral.
- (2001). *Tiempo*. Barcelona: Seix Barral.
- JIMÉNEZ, J. R. y CAMPRUBÍ, Z. (1987). *Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón*. Madrid: Los Libros de Fausto.
- LEDESMA PEDRAZ, M., ed. (1999). *Escritura autobiográfica y géneros literarios*. Actas del II Seminario de Escritura autobiográfica de la Universidad de Jaén. Jaén: Universidad de Jaén.
- “Cuestiones preliminares sobre el género autobiográfico y presentación”. En *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, M. Ledesma Pedraz (ed.), 9-20. Jaén: Universidad de Jaén.
- LEJEUNE, Ph. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymión.
- (1996). “La práctica del diario personal: una investigación (1986-1996)”. *Revista de Occidente* 182-183, 55-75.
 - (2004). “El pacto autobiográfico, veinticinco años después”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de

- octubre de 2001, C. Fernández y M^a. A. Hermosilla (eds.), 159-172. Madrid: Visor Libros.
- LELEU, M. (1952). *Les journeaux intimes*. Paris: PUF.
- MAN, P. de (1991). “La autobiografía como desfiguración”. *Suplementos Anthropos* 29, 113-118.
- MARTÍNEZ SARRIÓN, A. (2002). “Memoria, autobiografía y diario: coincidencias y divergencias”. En *Literatura y memoria. Un recuento de la literatura memorialística española en el último medio siglo*. Actas del Congreso Literatura y memoria de la Fundación Caballero Bonald, 32-35. Jerez de la Frontera: Fundación Caballero Bonald.
- MAY, G. (1982). *La autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MOREY, M. (1992). “Cuadernos de notas”. *El País / Babelia*, 22 de febrero, 22.
- MUÑOZ MILLANES, J. (1996). “Los placeres de los diarios: el caso de Marià Manent”. *Revista de Occidente* 182-183, 136-146.
- PALAU DE NEMES, G. (1957). *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Gredos. 2 tomos.
- (1982). *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
 - (1992). “La Guerra Civil en el *Diario* de una exiliada: Zenobia Camprubí de Jiménez”. En *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Antonio Vilanova (ed.), 141-170. Barcelona: PPU.
 - (1993). “Literatura del exilio: la obra de Juan Ramón Jiménez y el *Diario* de Zenobia Camprubí”. En *Revista Anthropos* 148, 57-60.
 - (2006a). “Introducción”. El *Diario* de Zenobia Camprubí”. En *Diario, 1. Cuba (1937-1939)*, de Zenobia Camprubí, XIII-XXXVI. Madrid: Alianza.
 - (2006b). “Introducción”. En *Diario, 2. Estados Unidos (1939-1950)*, de Zenobia Camprubí, IX-XI. Madrid Alianza.

- (2006c). “Epílogo. Muerte y ausencia de Zenobia Camprubí”. En *Diario, 3. Puerto Rico (1951-1956)*, 369-408. Madrid: Alianza.
- (2008). “Zenobia vista desde la proximidad”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 15-39. Huelva: Los Libros del Trienio.

PÉREZ VICENTE, N. (2001). “Zenobia Camprubí o la identidad cautiva: La autobiografía del otro”. En *Representar-representarse. Firmado: mujer*. Actas del Congreso Internacional en homenaje a Zenobia Camprubí, Mercedes Arriaga Flórez (coord.), 57-68. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez.

PICARD, H. R. (1981). “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. *1616, Anuario IV*, 115-122.

POZUELO YVANCOS, J. M^a. (2002). “Memoria, autobiografía y diario: convergencias y divergencias”. En *Literatura y memoria. Un recuento de la literatura memorialística española en el último medio siglo*. Actas del Congreso Literatura y Memoria de la Fundación Caballero Bonald, 28-31. Jerez de la Frontera: Fundación Caballero Bonald.

- (2006). *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Barcelona: Crítica

PUERTAS MOYA, F. E. (2001). “La autoficción en España”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 10, 491-495.

- (2004). *Los orígenes de la escritura autobiográfica. Género y Modernidad*. Logroño: Seminario de Estudios sobre Relatos de Vida y Autobiografías de la Universidad de la Rioja.

REVISTA *Anthropos* (1991). *La autobiografía en la España contemporánea*. Número 125 (Coordinado por Ángel G. Loureiro). Barcelona: Editorial Anthropos.

- (1993). *Guerra Civil y producción cultural*. Número 148. Barcelona: Editorial Anthropos.

- *Suplementos Anthropos* (1991). *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Estudios e investigación documental, 29. Barcelona: Editorial Anthropos.
- REVISTA *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (1996-2001). Números 1 a 5. Barcelona: Unidad de Estudios Biográficos, Universidad de Barcelona (Dirigida por Anna Caballé).
- REVISTA *La Torre* (1987). *Conmemoración del centenario del nacimiento de Zenobia Camprubí de Jiménez*. Año I, Número extraordinario. San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico.
- REVISTA *Memoria. Revista de Estudios Biográficos* (2003), Números 1-3. Barcelona: Universitat de Barcelona (Dirigida por Anna Caballé).
- REVISTA *1616* (1981). Anuario IV. Madrid: Sociedad Española de Literatura General y Comparada.
- REVISTA *Quimera* (2004), 240, febrero.
- REVISTA *Revista de Occidente* (1987). Biografías y autobiografías, 74-75.
- (1996). *El diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles (1995-1996)*, 182-183.
- REVISTA *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* (1992-2010). Números 1 a 19. Madrid: UNED.
- REVISTA *Un Ángel Más* (1989), 7-8. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, (Editada por la Casa Municipal de la Cultura de Valladolid. Número monográfico sobre diarios, dirigido por Gustavo Martín Garzo, Carlos Ortega y Miguel Suárez).
- RODRIGO, A. (2002). *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*. Barcelona: Ediciones Carena.
- ROMERA CASTILLO, J. (1981). “La literatura, signo autobiográfico. El escritor, signo referencial de su escritura”. En *La literatura como signo*, J. Romera Castillo (coord.), 13-56. Madrid: Editorial Playor.
- (1991). “Panorama de la literatura autobiográfica en España (1975-1991)”, *Suplementos Anthropos* 29, 170-184.

- (1994). “Escritura autobiográfica cotidiana. El diario en la literatura española actual (1975-1991)”. *Revista Marroquí de Estudios Hispánicos*, 3, 3-18.
- (1996a). “Senderos de vida en la escritura española (1993)”. En *Actas del II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*, Manuel Criado del Val (ed.), II, 461-478. Guadalajara: Aache Ediciones.
- (1996b). “Senderos de vida en la escritura española (1995)”. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 1, 57-67.
- (1997). “Escritura autobiográfica”. *A Distancia*, 111-118. Madrid: UNED.
- (1998). “Senderos de vida en la literatura española (1994)”. En *Estudios de Lingüística Textual. Homenaje al Profesor Muñoz Cortés*, Estanislao Ramón Trives y Herminia Provencio Garrigós (eds.), 435-445. Murcia: Universidad /CAM.
- (1999). “Estudio de la escritura autobiográfica española (Hacia un sintético panorama bibliográfico)”. En *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, M. Ledesma Pedraz (ed.), 35-52. Jaén: Universidad de Jaén.
- (2000a). “Se hace camino al vivir. Diarios de algunos poetas españoles actuales (1975-1993)”. En *Poesía histórica y (auto)biográfica (1975-1999)*, J. Romera Castillo *et alii* (eds.), 105-117. Madrid: Visor Libros.
- (2000b). “Diarios literarios españoles (1993-1995)”. En *Homenaje a José María Martínez Cachero. Investigación y crítica. Creación*, tomo III, 389-401. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- (2001). “La escritura autobiográfica, espejo de una realidad histórica (I posterior a la guerra incivil)”. En *Estudios de Literatura*, Ángel Berenguer y Manuel Pérez (eds.), 249-264. Madrid: Ateneo/Cátedra Valle Inclán/Lauro Olmo.
- (2002). “Investigaciones sobre escritura autobiográfica en la Universidad Nacional de Educación a Distancia”. En *Autobiografía y literatura árabe. Actas del coloquio La memoria del futuro. Literatura árabe y*

autobiografía, M. Hernando de Larramendi *et alii* (eds.), 165-183. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

- (2004a). “Traducciones de literatura autobiográfica”. *Quimera* 240, febrero, 39-42.
- (2004b). “Algo más sobre el estudio de la escritura diarística en España”. En *Autobiografía en España: un balance*. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001, C. Fernández Prieto y M^a. Á. Hermsilla (eds.), 95-112. Madrid: Visor Libros.
- (2004c). “Panorama de escrituras autobiográficas del siglo XX”. En *El temblor ubicuo (Panorama de escrituras autobiográficas)*, F. Ernesto Puertas Moya *et alii* (eds.), 17-41. Logroño: Seminario de Estudios sobre Relatos de Vida y Autobiografías de la Universidad de la Rioja.
- (2006). *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*. Madrid: Visor Libros.
- (2009). “La memoria histórica de algunas mujeres antifranquistas”. En *Anales de Literatura Española*, 21, 175-188. Alicante: Universidad de Alicante.
- (2010). “La escritura (auto)biográfica y el Seliten@t: guía bibliográfica”. *Signa* 19, 333-369.

ROMERA CASTILLO, J. *et alii*, eds. (1993). *Escritura autobiográfica*. Actas del II Seminario Internacional de Literatura y Semiótica de la UNED. Madrid: Visor Libros.

- (2000). *Poesía histórica y (auto)biográfica (1975-1999)*. Actas del IX Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías de la UNED. Madrid: Visor Libros.

SALGADO, M. A. (2008). “Visiones y versiones propias y ajenas: Un (auto)retrato literario de Zenobia Camprubí”. En *Mujer y escritura*

- autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 65-82. Huelva: Los Libros del Trienio.
- SANZ MANZANO, M. A. (2008). “Juan Ramón y Zenobia, Escritores de Diarios. Un estudio comparativo”. En *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), 339-373. Huelva: Los Libros del Trienio.
- SPRINKER, M. (1991). “Ficciones del “yo”: el final de la autobiografía”. *Suplementos Anthropos* 29, 118-128.
- TORTOSA, V. (2000). “La literatura púdica como una forma de intervención pública: el diario”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 9, 581-619.
- TRAPIELLO, A. (1994). *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Editorial Planeta.
- (1997a). “El porqué de la sed”. En *Sólo eran sombras*. 135-137. Valencia: Pre-textos.
 - (1997b). “La manía reinante”. En *Sólo eran sombras*. 139-142. Valencia: Pre-textos.
 - (1998). *El escritor de diarios*. Barcelona: Ediciones Península.
 - (2009). “Calidoscopio juanramoniano (Un ensayo biográfico)”. En *Juan Ramón Jiménez. Álbum*, Javier Blasco, 17-54. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- VARIOS AUTORES (2001). *El diario como forma narrativa*. Actas del IX Simposio Internacional sobre Narrativa Hispánica Contemporánea. El Puerto de Santa María: Fundación Luis Goytisolo.
- VILANOVA, A. ed. (1992). *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Barcelona: PPU.
- VILLANUEVA, D. (1993). “Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía”. En *Escritura autobiográfica*, J. Romera et alii (eds.), 15-31. Madrid: Visor Libros.

- VILLENA, L. A. de (2002). “Memoria, autobiografía y diario”. En *Literatura y memoria. Un recuento de la literatura memorialística española en el último medio siglo*. Actas del Congreso Literatura y Memoria de la Fundación Caballero Bonald, 36-41. Jerez de la Frontera: Fundación Caballero Bonald.
- WEINTRAUB, K. J. (1991). “Autobiografía y conciencia histórica”. *Suplementos Anthropos* 29, 18-33.
- ZAMBRANO, M. (1995). *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela.